ARTE MORTAL

La muerte no podrá separarnos



MAR P. ZABALA

ARTE MORTAL

MAR P. ZABALA

Este libro no podrá ser reproducido, distribuido o realizar cualquier transformación de la obra ni total ni parcialmente, sin el permiso de la autora. Todos los derechos reservados. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escáner algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 917021970 / 932720445.

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y sucesos que aparecen en ella, son fruto de la imaginación de la autora o se usan ficticiamente. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, lugares o acontecimientos es mera coincidencia.

Título original: Arte mortal.
©Mar P. Zabala, mayo 2026
Diseño de portada: Adyma Design
Maquetación: Mar P. Zabala
Corrección: Tamara López
Sello: Independently published

«Nunca pinto sueños o pesadillas. Pinto mi propia realidad».
Frida Kahlo

Índice

PRÓLOGO
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25

Epílogo
Nota de la Autora
BIOGRAFÍA

PRÓLOGO

¡Es ella! Han pasado seis meses desde la última vez que la vi. Ha adelgazado. Unas oscuras ojeras destacan en su demacrado rostro. Se le marcan los pómulos bajo la piel apagada. Es culpa mía que su verde mirada se vea tan triste. Incluso su frondosa cabellera pelirroja luce sin vida.

Lugar y momento equivocados. No debería estar aquí. No quiero que me vea en este estado y le salpique el terror que me rodea.

Vale, algunos dirán que el responsable de este infierno es la persona que acabó con mi vida, pero, si yo no hubiera ido a aquel hotel esa noche con tanto retraso sobre la hora de mi cita, hoy estaría paseando por las salas de la galería de arte de la mano de Ana.

Ha venido con su amiga Pilar. No veo a nuestros hijos, se habrán quedado con los abuelos. Es una pena. Me hubiera gustado contemplar sus caritas y escuchar sus voces. Sin embargo, he de reconocer que una exposición no es lo que más les gusta recorrer una tarde de sábado. Ellos prefieren ir a un parque de atracciones o a jugar con sus amigos en una piscina de bolas.

Sonia es la mayor. A sus diez años, es toda una señorita. Tiene mis ojos marrones y el pelo negro que solía tener yo cuando era joven. Ahora soy calvo, bueno, mejor dicho, lo era. Cuando mi cabello comenzó a ralear, opté por rapármelo al cero. En mi opinión

y en la de mi mujer, de esa manera, mi aspecto resultaba más atractivo.

Paula es la mediana y una réplica exacta de Ana en miniatura. Pelirrojita, ojos verdes y con una miríada de pecas pintadas en sus redondeadas mejillas. Cuando se enfada, hace gala del mismo carácter que su madre. No puedo evitar encontrarla adorable al observarla enfrentarse a su hermana mayor por la posesión de un juguete o un lapicero de colorear. Menos mal que Sonia es tranquila y no pierde la paciencia con ella, si no, los vecinos harían una manifestación para pedir que nos mudáramos de casa. Tres niños pueden dar mucha guerra.

Juan es el benjamín de la familia. Ocho años de pura vitalidad inagotable. Un terremoto que nos traía de cabeza a nosotros y a sus hermanas. En cuanto a lo físico, una mezcla perfecta de ambos: pelo negro, ojos verdes y una alegría contagiosa en constante movimiento. Espero que no la haya perdido. Mi niño lleva el nombre de mi padre. Un homenaje que quisimos hacerle al poco de serle diagnosticado el Alzhéimer. Cuando vamos a visitarle a la residencia, a menudo le confunde conmigo. Supongo que, dadas las circunstancias, es una bendición que mi progenitor no sepa que estoy muerto. Le entristecería y angustiaría a partes iguales.

—Este cuadro es muy original —le comenta Ana a Pilar al acercarse hasta la pared donde estoy colgado. Su deliciosa naricilla casi me roza. ¡Qué bonita es!

No se creerían hasta qué punto ha llegado la imaginación maquiavélica de la artista que me utilizó como su particular material de Bellas Artes.

—Pone que la pintora usó óleo, cuerda, plásticos y otros desechos que halló en un basurero —comenta Pilar leyendo la plaquita que hay a mi lado.

¡A mí no me encontró en un vertedero! Más bien, vertió allí los restos que ya no le servían de mi cuerpo. Yo me apegué al lienzo convencido de que, desde aquí, algún día sería capaz de contemplar los rostros de las personas que tanto amé en mi corta vida. No me equivoqué. Mi dulce amor está a centímetros de mí.

—¿Cómo se llama la pintora? —quiere saber Ana con su preciosa nariz casi pegada a mí.

Mi chica es lista. Algo de lo que está viendo la atrae, y no es la calidad cuestionable de la obra. Estoy seguro de que siente la magia que surgió entre nosotros desde el primer segundo de habernos conocido.

—*Anilata Soeta* —responde Pilar—. No me suena de nada. Diría que es portuguesa, pero vete tú a saber. El lienzo se llama *Por siempre tuyo*.

Debo reconocer que el título de marras está bien puesto. Siempre, siempre seré tuyo, mi amor. No me iré de aquí hasta que nuestros hijos sean adultos. Quizá espere a que nos den nietos. La maldita luz puede apagarse, porque no pienso hacerle caso de momento. El alma de mi madre me ha llamado sin descanso durante estos meses, pero he preferido ignorarla. Es pronto para abandonar este mundo, aunque ya no pueda caminar sobre la tierra.

—¿A ti no te parecen huesos esos «palitos» de ahí? —le pregunta mi bella dama a su amiga señalando los seis huesecillos de mis oídos: martillo, yunque y estribo, tres de cada tímpano.

—¡Qué cosas tienes! ¿Qué te piensas? ¿Que la artista ha ido matando gente para recopilar material?

Pues me temo que justo eso es lo que ha hecho. Y no solo tomó huesos de mí. Mis globos oculares y mi cerebro fueron batidos con pintura de diversos colores. ¡La desgraciada no tendría otro aglutinante más a mano!

¿Ya he dicho que Ana es inteligente? Es muy perspicaz. No se le escapa una. Como buena madre, está al tanto de las trastadas que van a cometer los niños antes siquiera de que la idea se cruce por sus cabecitas. Ha captado algo extraño en el cuadro. ¿Sentirá mi presencia?

—Venga, que nos quedan tres salas por recorrer y esto se está llenado de gente. Al final vamos a perder la reserva del restaurante al que vamos a ir a cenar luego. Javier no va a aceptar quedarse con el niño otra noche hasta dentro de un tiempo. No quiero desperdiciar mi libertad.

—Espera. Voy a preguntar cuánto vale.

—¿Lo vas a comprar? —inquiere Pilar levantando la voz, asombrada por la ocurrencia de mi adorada Ana.

—¿Por qué no? Me ha llamado la atención.

Exacto, por qué no. Llévame a casa, mi vida, de donde nunca debí marcharme. Quiero ver a mis niños.

Capítulo 1

Sergio

Observo cómo hacen el equipaje desde mi privilegiada posición. Ana me ha colgado en el salón sobre el mueble de la televisión. Mientras lo hacía, la tuve tan cerca que, si aún tuviera mi nariz, habría inspirado su perfume. Sin maquillaje, sus ojeras son más pronunciadas de lo que un primer vistazo pude apreciar. No obstaste, su belleza natural permanece incólume. Sigue tan bella como cuando nos conocimos. Moriría de nuevo por besar sus labios una vez más.

Estoy situado justo enfrente del pasillo y puedo verla a ella y a los niños yendo de una habitación a otra. Juan insiste en llevarse a la playa la pelota gigante, la que le compramos por su último cumpleaños y que es tan alta como él. La aferra con sus manitas, poco dispuesto a desprenderse de ella.

—Cielo, busca una más pequeña —intenta hacerle razonar Ana.

—Es que es la que me gusta…

—En el maletero no entra, y detrás vais los tres en vuestras sillitas —le dice su madre con cariño—. No hay sitio.

En eso tiene razón. Tuvimos que comprar un coche con espacio en el asiento trasero para tres sillas de sujeción. No fue fácil. La mayoría de los automóviles, por mucho que lo prometieran en la publicidad, en realidad eran de dos plazas y media. Si le añadimos la holgada amplitud de los respaldos de este tipo de dispositivos de seguridad, la tarea se complica. Digamos que no elegimos el vehículo por su estética, sino por su funcionalidad.

—Paula no hace falta que venga —replica convencido con cara de pillo.

Seguro que mi adorable pelirrojita la ha vuelto a liar con sus hermanos. Tiene un don innato para hacerles enfadar sin proponérselo.

—¡Te he oído! —exclama la aludida.

—Lo sé, una más pequeña —contesta Juan volviendo a su habitación antes de que su madre tenga ocasión de decir nada. Sabia decisión.

Son buenos chicos. Pelean y discuten como lo hacen todos los hermanos, pero se reconcilian con idéntica facilidad. Además, no dudan en aliarse contra sus mayores cuando reclaman helados o ver la televisión hasta tarde. ¡Cuánto extraño sus risas y sus besos! Despertarme con alguno de ellos sobre mi cuerpo saltando porque quiere que me levante para hacerle tortitas. ¿Quién se las hará ahora? Ana no es de las de entretenerse preparando el desayuno. Es más de abrir una bolsa de magdalenas, o de llenar un tazón con cereales y leche fresca.

El ajetreo de hoy se debe a que se van a la playa a pasar una semana de junio en un apartamento. Es lo que solíamos hacer cada verano. La tarde del día que les daban las vacaciones en el colegio, los recogíamos a la salida y rumbo a la costa. Me alegro de que este año también lo hagan, aunque yo no esté a su lado para bañarme con ellos. Es la mejor época, porque los precios suelen ser menos elevados que a partir del 1 de julio. Con tres niños, hay que ahorrar hasta el último céntimo.

Espero que Ana no tenga problemas económicos. Ella es bien capaz de valérselas sola para dirigir las tres zapaterías que tenemos en Madrid. La sede central se ubica en la calle Fuencarral. Allí es donde solía estar yo gestionando la parte administrativa de la empresa, en tanto Ana se movía entre la de la calle Carretas y la calle Esparteros. Ella era mi mano derecha y mi perfecta socia. Heredé las tiendas de mi padre y este, a su vez, de sus abuelos. Era un negocio familiar en el cual siempre hubo un Rodríguez al frente. Mi progenitor nunca ha llegado a saber que, desde que me hice cargo del control de los establecimientos, la cabeza pensante es mi querida esposa. Su don de gentes y su increíble visión comercial,

resultan una potente combinación que hubiera sido estúpido por mi parte ignorar.

Entre alquileres, sueldos y facturas se va una ingente cantidad de los ingresos; a pesar de ello, los beneficios son más que aceptables. No nadamos en la abundancia, pero, con una familia numerosa, tampoco nos sobraba el dinero. Sin embargo, ninguno de los dos nos arrepentimos de tener tres niños. Fuimos a por ellos con muchas ganas e infinito amor.

Hay algo que me preocupa desde que hace seis meses me asesinaron: mi padre. No tengo hermanos, y mi madre murió de cáncer a los cincuenta y cuatro años. Yo era el que velaba por él desde que la demencia acabó campando a sus anchas por su mente. Convertirme en su tutor legal fue tan necesario como doloroso. Aunque nos planteamos traerlo a casa, una vez que hicimos números, y considerando también el bienestar de los niños, optamos por una residencia. Solía acudir a visitarlo un par de días laborales a primera hora de la tarde, y los fines de semana íbamos al centro de mayores toda la familia. Mis hijos son supercariñosos y pronto se ganaron las sonrisas del resto de abuelitos y del personal que los cuida.

Confío en Ana. Sé que no le abandonará a su suerte. Se convertirá en su nueva tutora y no permitirá que le falte nada.

—Sonia, elige dos chaquetas. Tampoco vamos a estar tanto tiempo en Estepona —le recuerda mi mujer a la mayor de las niñas al verla cargar con una descomunal torre de ropa que no se podría poner en la ciudad malagueña ni cambiándose de atuendo mañana y tarde.

A sus diez años, es una *presumidilla* de cuidado. Vamos a tener que atarla en corto. ¡Qué frustrante! Ahora será responsabilidad de Ana vigilarla. No me acostumbro a no poder interactuar con ellos. Si bien, he de reconocer que estar colgado en el salón es mucho mejor que permanecer en un rincón cochambroso del estudio de pintura donde fui creado.

De nuevo, Paula se acerca a su madre cargada de cosas; en esta ocasión, con peluches. Cada noche elige uno para dormir en

riguroso orden, para que todos reciban la misma dosis de mimos por parte de su mami adoptiva.

—Dos —dice Ana nada más verla.

—Cuatro —afirma la peque mirándola con sus verdes ojitos, tan parecidos a los suyos.

—Tres, y es mi última palabra.

La sonrisa que se forma en la boquita de Paula es de triunfo e inteligencia. Conoce bien a su madre y es una experta del regateo. Al ser la mediana, ha aprendido a hacerse un hueco entre la tiranía de su hermana y la melosidad de su hermano que, por ser el pequeño y varón, acapara la atención del resto de la familia.

El día que conocí a Ana, sus labios se curvaban en una sonrisa similar. En aquel entonces, hace veinte años, mi padre era quien dirigía las zapaterías y yo era uno más de la plantilla de dependientes. Mi progenitor pensaba que, para poder gestionar un negocio, debes conocer cada aspecto de la empresa, comenzando con el puesto de menos responsabilidad hasta llegar a la cima.

«—¿Cómo les vas a pedir a tus empleados que hagan algo si tú nunca lo has hecho? La experiencia es lo único que importa para ser un buen jefe. Que tu nombre aparezca al lado del epígrafe «propietario», es anecdótico —solía recordarme cuando me quejaba de que me hacía trabajar más horas que a mis compañeros».

A los nuevos no les contábamos quién era yo hasta que no llevaban un tiempo empleados con nosotros. Sin saberlo, mi padre había inventado lo del *jefe infiltrado* décadas antes de que a los productores de televisión se les hubiera ocurrido hacer un programa con la idea.

De aquella manera, una mañana de primavera, entré en la tienda de Fuencarral dispuesto a conocer a una de las jóvenes que irían rotando por las zapaterías sustituyendo al personal durante sus vacaciones estivales. Me cautivó sin remedio. Su melena pelirroja y su raudal de simpatía me dejaron embobado el resto de la jornada.

Yo solía estar en el establecimiento de la calle Carretas. Ansioso, contaba los días que faltaban para que Ana pasase un par de semanas en el local. Transcurrido el plazo, los catorce días me supieron a poco. Tenía que encontrar una solución. Una de las

dependientas estaba próxima a cogerse la baja por maternidad, y mi bella pelirroja sería quien la supliese sí o sí.

«—Hijo, he hecho la vista gorda cuando a veces, al cerrar, os vais de cañas —me dijo mi padre la noche que le planteé mi petición.

—Papá, no vamos solos. Otros compañeros también se apuntan —alegué cruzando los dedos a mi espalda. Era una vulgar excusa. Únicamente la primera ocasión fuimos todos, el resto de tardes, ella era mi única compañía.

—Sergio, que yo también tuve veinte años. Salta a la vista que Ana es guapa y simpática, pero ¿no has pensado que puede estar al tanto de que eres mi hijo y te está engatusando para quedarse en las zapaterías?

—No. Ana no es así —negué convencido—. Papá, has tenido que darte cuenta de que, allí donde esté ella, las ventas aumentan de manera considerable. Rara es la vez que un cliente se marcha con las manos vacías si es Ana la que le atiende. No podemos permitir que nos deje al terminar su contrato. Algún colega ya le ha echado el ojo y le prometerá un aumento de salario si se va con ellos en septiembre. Sabes tan bien como yo que encontrar a alguien con sus capacidades es complicado.

—Me encanta ver que te importa tanto nuestra empresa. Me lo pensaré».

Si quería que mi relación de amistad con Ana avanzara, ambos debíamos ser sinceros. No podía exigirle algo que yo no le estaba dando. Ella creía que yo era el gerente de la zapatería de Carretas, pero que mi puesto dependía del gran Rodríguez igual que el suyo. Decidí contarle la verdad tras la conversación con mi padre.

«—¡Has puesto en peligro mi sustento! —me gritó enfadada en medio del restaurante donde la había llevado».

Sí, era un cobarde que no se atrevió a enfrentarla en privado por miedo a su visceral reacción. Me dio igual. De la merecida bronca no me libré.

«—Eres un hijo de papá.

—Que se ha enamorado de ti —afirmé con rotundidad—. Mi padre es el propietario de tres zapaterías, dos de ellas heredadas de

mi abuelo que, a su vez, recibió el legado de mi bisabuelo. No hemos matado ni robado a nadie para conseguirlas. Ha sido fruto del esfuerzo y del trabajo diario. De prescindir de vacaciones y de criarme entre cajas de cartón y zapatos de piel. Estoy al cargo de la tienda de Carretas, y tú sabes que curro como cualquiera de vosotros. Si hay que limpiar escaparates o descargar una furgoneta, no se me caen los anillos.

—No llevas ninguno —me interrumpió con una sonrisilla ladina. Se estaba ablandando. Parecía que había conseguido apaciguar a la fiera.

Por fin, el resto de comensales dejaron de mirarnos. El espectáculo gratuito se había terminado.

—Ana, tenemos turno partido y un horario sacrificado que implica no poder hacer planes los fines de semana. Sin embargo, no nos faltará un plato caliente en la mesa, ni dinero en el bolsillo para salir a cenar o al cine de vez en cuando. No habrá grandes lujos en nuestras vidas, pero sí amor y cariño.

—¿No estás corriendo mucho? Parece que estás declarándote y solo somos amigos. Nada más.

—De momento —contesté sin amilanarme.

Aunque me moría por besarla y abrazarla, si ella necesitaba ir despacio, lo haríamos. Teníamos todo el tiempo del mundo o, al menos, eso creía».

No me lo puso fácil. Tuve que conocer a sus padres antes de lograr su perdón. Pepe era militar, en apariencia bonachón y divertido, pero, en realidad, con un carácter explosivo que su hija había recibido en los genes. Lola era una encantadora mujer que, con grandes dosis de paciencia y sabiduría, lograba campear entre los huracanes que desataban los miembros de su familia.

La primera vez que fui a comer a su casa, el padre de Ana me sometió a un tercer grado que solo la interrupción bondadosa de su mujer consiguió detener. Alabé la comida y engullí hasta la última miga sin rechistar. El empacho que arrastré durante una semana lo di por válido a cambio del apoyo que supuso Lola. Ella me quería como yerno, y yo estaba seguro de que no podría encontrar otra suegra mejor.

Los compañeros de la zapatería fueron otro escollo a salvar. Los que llevaban más tiempo trabajando con nosotros y me conocían desde antes de que me afeitara la barba y me salieran pelos en la entrepierna, sonreían con benevolencia ante nuestras furtivas miradas y los besos robados en la trastienda. Sin embargo, los nuevos eran recelosos. Solo el transcurrir de los meses les convenció de que estábamos enamorados y ni yo trataba de aprovecharme de mi subordinada ni ella quería dar un vulgar braguetazo[1].

Ana siempre ha sido una mujer de mente inquieta. No dudó en apuntarse a un curso de publicidad y venta *online* que nos vino de lujo cuando las compras por internet empezaron a ser una necesidad si no queríamos quedarnos rezagados. La mayoría de nuestros clientes prefieren probarse el calzado y comprobar su comodidad, pero hay otros que, por falta de tiempo o por vivir fuera de Madrid, buscan la facilidad de las compras a distancia. Un clic en el ordenador y, en veinticuatro horas, una agencia de transporte te lleva las botas perfectas de fiesta a tu mismo portal. Práctico, rápido y sencillo.

Mi padre, escéptico al principio, acabó dándole la razón a la que ya entonces era mi esposa. ¡Y menos mal que lo hizo! Durante la pandemia, fue lo que nos salvó e impidió que tuviéramos que aplicar un ERTE[2]. La demanda de zapatillas para estar en casa y de calzado deportivo aumentó exponencialmente. La mitad de la plantilla se dedicó a preparar los pedidos y la otra mitad a hacer repartos en la capital y zonas limítrofes. No era lo ideal, pero pudimos seguir pagando las facturas y los salarios.

Ahora contamos con una auténtica tienda virtual de la que se encarga una persona a jornada completa e incluso, a veces, Ana debe echarle una mano por el inmenso volumen de negocio en ocasiones señaladas como Navidad o rebajas.

Antes de que mi padre comenzase a dar síntomas de su demencia, aseguraba que sin la pelirroja estaríamos perdidos. Lo mío eran las compras y relacionarme con los fabricantes, mientras que el personal y tratar con el público eran tareas de Ana. Me imagino que las cosas habrán cambiado con mi fallecimiento.

—¡A la cama! —escucho que les ordena a los niños.

—¡No! —protesta Paula, que nunca ve la hora de ir a acostarse.

—Mañana es el último día de colegio y nos vamos de viaje en cuanto salgáis —comenta Ana con paciencia—. Tendréis que estar descansados para aguantar bien hasta la playa.

—Vale, pero yo ya no madrugo más días, que es un rollo —recalca la pequeña.

A sus hermanos no se les oye protestar. Juan es una marmota y se ha metido en la cama él solo. Fijo que está surcando los mundos de Morfeo. Sonia tira del brazo de Paula y las dos se dirigen a su dormitorio.

Ana suspira aliviada y se sienta en el sofá situado enfrente de la pared donde estoy colgado. Se frota la cara con la palma de las manos y, a continuación, se masajea los hombros. Está exhausta. Un momento, ¿va a conducir y controlar a los niños ella sola mañana? Es un viaje de casi seis horas. Al cabo de cinco minutos, los críos empezarán a protestar y alguno se mareará. ¡Es una locura!

—Buenas noches, mamá. Ya tengo las maletas hechas y a la tropa soñando con las vacaciones.

—Estarán tan contentos…

—Ni te lo imaginas. Paula y Juan se querían llevar todos los juguetes que poseen y Sonia medio armario. He tenido que poner orden.

—Ya verás qué bien te viene descansar después del año que llevas. Nos lo vamos a pasar genial.

—Muchas gracias por acompañarnos. Sé que una semana en la playa con tres niños no es lo más divertido del mundo.

—¡Tonterías! Sabes que los adoro. Será un placer hacer castillos en la arena con ellos y tomar pescadito frito en los chiringuitos. Así tu padre podrá ponerse los partidos del Mundial de fútbol uno tras otro en la televisión sin descanso y sin que nadie le moleste.

¡No van solos! ¡Menos mal! Lola siempre está dispuesta a dejarse arrastrar por las locuras que quieran cometer sus nietos. Con ella, Ana podrá relajarse en una tumbona al solecito junto al mar. Además, es buena conductora, y entre las dos se turnarán al volante. Ya me quedo mucho más tranquilo.

—Ta advierto de que no te librarás de ver los partidos de España. Sonia y Juan son tan futboleros como papá.

—Pues os quedáis los tres en una terraza viendo la tele, y yo me voy con Paula de mercadillos. He estado investigando por las redes y hay unas tienditas que me muero por visitar.

—Sabes que el maletero no se estira, ¿verdad? Vamos a ir muy justos de espacio.

—No te preocupes. Si hace falta, buscamos una agencia de trasportes, empaquetamos el exceso de equipaje y que nos lo envíen a casa.

—No es mala idea —ríe Ana divertida.

—Yo siempre tengo buenas ideas.

Una semana y los tendré conmigo otra vez. Contaré las horas y los minutos hasta su regreso. Seis meses lejos de mi familia han sido demasiado. ¿Por qué tuve que morir tan pronto?

Capítulo 2

Sergio

La casa está en silencio. Ana está a punto de llegar del trabajo. Regresaron hace dos días de la playa, morenos y felices. No me han olvidado, pero los días de juegos y paseos al anochecer junto al mar, han traído paz a sus corazones y serenidad a su alma. Me creen desaparecido, no saben que estoy muerto, o no lo quieren creer. Mantienen la esperanza a pesar de que todo lo que la policía les ha contado apunta en esa dirección.

Escuché la otra noche una conversación entre mi esposa y su amiga Pilar. Al parecer, hay una tercera hipótesis que están barajando: mi fuga con otra mujer o algo relacionado con asuntos turbios de índole financiera. Ana se niega a creer ni una cosa ni la otra. Estoy seguro de que ella piensa que estoy muerto. Nuestro amor era sincero. Teníamos las típicas discusiones de pareja por los niños, la casa o aspectos relacionados con las zapaterías. Sin embargo, eran meros desencuentros. Yo la amaba y la amo de un modo sincero y honesto, de la misma manera que ella me amaba a mí.

Nunca le fui infiel. Claro que tuve oportunidades, igual que las tuvo ella. Clientas que tonteaban conmigo o alguna dependienta que creía que detrás de mi trato cordial había algo más, pero nunca se me ocurrió buscar fuera de mi hogar lo que ya tenía en él. Sé que más de un viajante de calzado o de bolsos admira la belleza serena de Ana, a la que la maternidad y el transcurrir de los años le han sentado de maravilla. No obstante, a ninguno se le pasó por la cabeza convidarla a cenar. O íbamos los dos, o declinábamos la invitación. Lo último era lo más habitual. No es sencillo encontrar una canguro de improviso para tres niños. Suelen quedarse con sus

abuelos maternos o con Pilar y su marido Javier. La pareja tiene un niño, Ricardo, de la edad de Juan, y los dos hacen buenas migas.

Ahora no sé qué ocurrirá. Ana se ha convertido en una mujer libre, aunque todavía no lo sepa, y terminará rehaciendo su vida. Ojalá lo haga. Por ella y por nuestros hijos. Su abuelo es genial, pero me gustaría que pudiesen contar con una figura paterna que les ayudase a crecer y a convertirse en adultos. Un hombro en el que Ana pueda apoyarse. El cuidado de los pequeños y dirigir las zapaterías no va ser sencillo.

Admito que no me va a hacer ninguna gracia. Hay demasiados babosos y aprovechados que no quiero ver ni a dos metros de Ana. Uno de ellos es Gonzalo. Mientras era un hombre casado, no me importaban sus atenciones hacia mi mujer. Sin embargo, desde su divorcio, lo encuentro demasiado atento, demasiado simpático y demasiado todo. Sabía de sobra que la gestión de las compras la llevaba yo. De acuerdo que, en determinadas ocasiones, Ana me acompañaba a ver un muestrario, o le pedía opinión sobre colores o modelos cuando estaba indeciso, pero es que siempre buscaba la forma de pasar a verla en cada uno de sus viajes a la capital. O era para saludarla o para darle algún detalle que había comprado para nuestros hijos. Aunque tal vez solo fuera educación o cortesía, o la amistad que cultivamos las dos parejas antes de ser padres, a mí me roían las tripas con su presencia.

Es un hombre apuesto, separado y con dos hijos. Aún conserva todo su pelo sobre la cabeza, lo que también es otro motivo para que no me caiga bien. ¿Por qué a sus cuarenta y seis años apenas tiene canas en su cabello y yo perdí el mío a los treinta? ¿Cuestión de herencia o de mala suerte? ¡Que mi padre a sus setenta sigue haciéndose la raya a un lado!

Reconozco que Gonzalo es un tipo agradable. Su progenitor era viajante de calzado y él heredó su puesto y su clientela. De soltero, cuando me anunciaba su visita, era un motivo de alegría. A menudo salíamos a cenar o a tomar una copa al cerrar las tiendas, solos o acompañados de amigos. Su estancia rompía la monotonía de la rutina. Más o menos nos casamos en la misma época. Él asistió a nuestra boda y nosotros viajamos a su ciudad para la suya. La única

diferencia fue que Gonzalo y su mujer decidieron ser padres antes que nosotros. Ana prefirió esperar a los treinta para poder continuar compaginando su trabajo en las zapaterías y su formación en marketing e informática. Sabía que, con el primer bebé, nuestras vidas cambiarían sin remedio.

Un buen día, nos anunció su separación. Su mujer había conocido a otro hombre y rompió con el viajante de manera inesperada. A mí me sorprendió, pero a Ana no tanto. Según ella, los viajes por negocios con numerosas maletas de zapatos a cuestas, implicaban largas jornadas de soledad en el hogar familiar, durante las que su exmujer tenía que ingeniárselas sola para trabajar y cuidar de los hijos. Unos niños que crecían con un padre ausente del que solo disfrutaban en contadas ocasiones. Aunque la madre se quedó con la custodia, Gonzalo los ve cuando desea. Tienen un régimen de visitas estipulado por un juez, pero, en ese aspecto, ella es flexible y se adapta a la caótica agenda de él.

Lo último que recuerdo de la noche en que morí fue que iba a acudir a un hotel para ver un muestrario de Gonzalo. Creo que llegué a la planta donde se situaba la habitación, pero luego todo se vuelve borroso hasta que, semanas o meses después, no estoy seguro, desperté pegado a un cuadro mezclado con la pintura.

He debido de cometer grandes pecados, porque esto, sin duda, es el purgatorio o el infierno, aún no lo tengo claro. Solo las voces de mis abuelos y de mi madre llamándome en la lejanía, me dan esperanza. Aunque sería fácil seguirlas y abandonar esta existencia, las caras de mis hijos jugando en el salón y sus risas despreocupadas me anclan a la tierra.

Ha sonado la puerta. Debe ser Ana. Mis suegros se han llevado a mis pequeños al pueblo, como suelen hacer cada verano. Allí se lo pasan pipa con los nietos de los vecinos de Pepe y Lola. En septiembre, volverán a Madrid asilvestrados, y les costará un mundo retomar los madrugones y vestir el uniforme del colegio. Yo también lo odiaba, pero no se lo dije nunca. No hubiera sido un buen ejemplo.

—¡Ya estoy en casa! —grita Ana a la nada.

Ojalá oyera mi respuesta, si bien, sé que es imposible. Me conformaré con mantener un diálogo silencioso con ella. Se sienta cansada en el sofá y se despoja de las sandalias de un rápido movimiento. Por fin, su rostro ha perdido la palidez que mostraba antes de irse a la playa. El sol ha dotado de una bonita tonalidad dorada a su piel. Además, su melena pelirroja cae sobre sus hombros con aspecto saludable. Me encantaría poder deslizar mis dedos por sus rizos y comprobar si son tan sedosos como los recuerdo. Está preciosa.

—Hola, cariño. ¿Cómo te ha ido el día? —le pregunto desde el cuadro.

—Menudo jaleo hemos tenido —me responde como si me hubiese escuchado.

Ha cogido entre sus delicadas manos un marco de fotos. Somos los dos el día de nuestra boda, sonriendo felices al fotógrafo que mi padre había contratado. Teníamos un futuro prometedor por delante. Íbamos a comernos la vida a bocados y disfrutar de cada segundo. Nos imaginábamos envejeciendo juntos. Seríamos como esas parejas de ancianos que pasean del brazo y se sientan en los bancos de los parques a mirarse con amor. A una edad adecuada, delegaríamos en alguno de nuestros hijos la dirección de la empresa familiar para así disfrutar de una feliz vejez. Por desgracia, ya nada de eso será posible.

—Ha sido un no parar —continúa Ana hablando en alto mientras me explica los preparativos que están haciendo para la inminente campaña de rebajas—. Ya sabes que me gusta hacer inventario antes de empezar, porque así es más fácil controlar qué es lo que hay en cada tienda, por si hace falta hacer un reajuste y redistribuir existencias. Y, como siempre, hay datos erróneos. Vamos deprisa desde Fuencarral porque hay un cliente esperando en Carretas y, de paso, dejamos otra cosa en Esparteros. Pensamos que nos acordaremos de apuntarlo después y se nos olvida. Fijo que ha sido el chico nuevo. Para poder gestionar el negocio como hacías tú, me vi obligada a contratar a un dependiente. Es majo. Tiene mucha labia y con los jóvenes se entiende a la perfección, pero es un despiste andante.

—Aprenderá.

—Sí, ya lo sé. Si estuvieras aquí, me dirías que me lo tome con calma, que terminará cogiéndole en tranquillo, pero es que hay veces que me muerdo las mejillas por dentro para no gritarle. No tengo tiempo ni para respirar.

—Habrás contratado un par de personas a modo de refuerzo para estos días de jaleo y así cubrir las vacaciones estivales rotando por las tres zapaterías.

—Este año no puedo permitirme el lujo de ampliar más la plantilla. Puede que para la campaña navideña y, después, enlazando con los descuentos de enero, coja a otra chica. Ya veré. Ahora todo se lo lleva el abogado. Por cierto, he conseguido la tutela de tu padre, no ha sido fácil.

—Gracias, cariño. Sabía que podía contar contigo, aunque lamento que ese gasto extra te impida tener suplentes este verano.

—Resulta que, para todos los aspectos, lo mejor sería que estuvieras muerto en una zanja en lugar de desaparecido —afirma furiosa—. Como sea verdad que te has ido con alguna mujer y nos has dejado en la estacada a los niños y a mí, más te vale esfumarte del país. Encontraré la piedra bajo la que te escondes con tu fulana y no tendré piedad. Me pagarás el dolor por el que nos estás haciendo pasar con creces. Te odio.

—Cielo, estoy aquí. A unos centímetros de ti. No me he ido. Nunca lo haría y lo sabes. Os amo a ti y a los niños.

—Lo siento —se disculpa Ana sollozando—. Es mentira. Claro que te quiero y sé que no abandonarías a tu familia. Esa maldita noche, Paula y Juan te esperaban para que les leyeras un cuento y Sonia quería enseñarte su último dibujo. Teníamos planes para el fin de semana. Sé que no te hubieras ido por propia voluntad, pero ¿dónde estás?

—Junto a ti, mi vida.

—He revisado las cuentas por si habías hecho alguna transacción dudosa y todo está en regla. He preguntado discretamente a la gente que trabaja en la tienda de Fuencarral donde solías estar tú, y te echan de menos. Todos afirman que eras y eres un gran jefe. En apariencia, nadie te guardaba rencor ni

estaba tan resentido contigo como para considerar que matarte era la solución a sus problemas.

—Si porque un jefe le pida a un empleado que ordene la trastienda, se jugara el cuello, apaga y vámonos. No mandaba ni exigía nada que no hubiera hecho yo antes. ¡Si hasta he desatascado los inodoros en más de una ocasión!

—En ese aspecto, la que sale perdiendo soy yo. Siempre te he dicho que parezco la poli mala y tú el poli bueno. Con los niños hacías lo mismo. Les tenía castigados haciendo los deberes en la cocina porque se habían portado mal y, en cuanto tú asomabas por la puerta de casa, te camelaban con un par de «Papi, te quiero mucho», y les levantabas el castigo. Eras muy blandito con ellos.

—Son tan pequeñitos.

—Ya sé que son niños y tienen que jugar, correr y dar guerra, puesto que eso significa que están sanos, pero es que a veces es por demás. En la playa, nos miraban mal los de las toallas de al lado. No hay quien se relaje con tres diablillos haciendo castillos de arena a tu vera. Gracias a que mi madre demostró ser una experta localizando familias con hijos con los que los nuestros pudiesen entretenerse, logramos estar algo más tranquilas.

—¡Exagerada!

—Ahora se han ido al pueblo. El fin de semana me acercaré para estar con ellos y mis padres. Como no doy más de mí, he pensado que, salvo primeros de julio que comienzan las rebajas, el resto del verano, de las tres tiendas, solo abriré una el sábado por la tarde. Sin contratar a personal de refuerzo, es la única manera de compaginar horarios y que todos podamos disfrutar de días de descanso.

—Lo que tú hagas, está bien. Lamento mucho haberte puesto en esta situación. Sigo sin saber qué hice mal, pero es evidente que, de algún modo, la fastidié, y por eso estoy anclando en este lienzo, en lugar de estar sentado a tu lado en el sofá. ¿Qué narices pasó en el hotel?

—¿Dónde estás? —pregunta Ana sollozando, sin dejar de acariciar el cristal que cubre nuestra foto—. ¿Por qué nos dejaste solos? ¿Hicimos algo los niños o yo que te molestó? ¿Fue por tu

padre? ¿Te superó su enfermedad? Sabes que, si hubiéramos decidido tenerlo en casa, nos las habríamos arreglado. Yo le aprecio mucho.

—No, no te culpes ni busques explicaciones confusas. Alguien decidió matarme y, como tirarme a una cuneta le pareció poco, me troceó y me mezcló con pintura para decorar lienzos. Solo la muerte fue capaz de separar nuestros caminos. Nada más.

—Delante de los niños me mantengo animada y no pierdo la esperanza, pero mi corazón me dice que estás muerto. Averiguaré qué ocurrió, aunque sea lo último que haga.

—Puede ser peligroso, Ana. Piensa en los niños.

—Si algo me ocurriera, ni mis padres ni Pilar abandonarían a nuestros pequeños. Te volveré a traer a nuestro lado.

—Lo estoy, aunque no puedas verme.

Capítulo 3

Ana

¡Puff! Llevamos cuatro días de rebajas y creo que no me he sentado ni una vez desde las ocho que salí de casa hasta las nueve que me dispongo a cerrar. He comido de pie, apoyada en la barra de la cafetería que hay al lado de la tienda de Carretas. Un bocata de calamares con mahonesa chorreando por los bordes y una cerveza sin alcohol bien fresquita ha sido mi fantástico avituallamiento. ¡Al cuerno la dieta! Sano no es, pero rico, bastante. Con lo que estoy corriendo de una tienda a otra, los tres kilos que me traje de la playa ya debo haberlos perdido.

Aunque otros años nos hemos turnado durante el descanso del mediodía, este es imposible. La gente no para de entrar buscando las sandalias con las que sueñan desde hace tiempo, o los zapatos más estilosos para la próxima boda a la que deben asistir. ¿No se supone que Madrid se vacía en verano? Será en agosto, porque en julio doy fe de que las calles están abarrotadas.

Supongo que, en otra época, todo el que podía permitirse veranear en el norte o tenía una casa en la sierra, sustituía el calor del asfalto por el frescor de la brisa del mar o de la hierba recién cortada. En la actualidad, con pagar la hipoteca y la cuenta del supermercado los mileuristas pueden darse por satisfechos. Como mucho, una escapada de fin de semana o una visita a un afortunado amigo que tenga piscina.

Sergio se quedó con ganas de comprar un chalet en una urbanización en la Sierra de Guadarrama, pero, con el ingreso de su padre en la residencia, tuvimos que posponer la idea. Ahora ya no creo que se cumpla nunca. Fue una más de tantas cosas que

retrasamos pensando que nuestras existencias eran infinitas y siempre habría tiempo de cumplir los sueños. Nos equivocamos.

Por suerte, mis progenitores gozan de buena salud y reciben encantados a mis hijos en verano en el pueblo. No quiero abusar de ellos, así que solo será este mes. Buscaré una alternativa para agosto. Tal vez una ludoteca pública o un campamento de verano que mantenga entretenidos buena parte del día a mis hijos. Me tocará volver a reestructurar los horarios para poder estar con ellos después. No me queda otro remedio.

—Buenas tardes —dice un hombre entrando en la tienda.

Al principio, creo que es un cliente rezagado, pero no, es Gonzalo. Es el representante de Arnedo, el municipio de La Rioja donde se asientan la mayoría de las marcas españolas que vendemos en las zapaterías. ¡Qué raro! La campaña otoño/invierno ya está pedida y todavía faltan meses para que empiecen a circular los comerciantes con los muestrarios del próximo verano.

—Buenas tardes, casi noches, Gonzalo. ¿Qué te trae por los *madriles*?

—He pasado antes, pero estabais a tope. No quise molestarte y fui a ver a otro par de clientes. ¿Tienes que ir a por los niños? ¿Te pillo en mal momento?

—Están con mis padres. Iba a cerrar e irme a casa. Ha sido un día agotador.

—Pero tendrás que cenar. Vamos a una terraza y te cuento qué me ha traído a la capital.

Resulta tentadora la idea de disfrutar de algo de compañía en lugar de regresar a una casa sin las risas de mis hijos, llena de recuerdos dolorosos, pero con un sofá muy cómodo en el que había pensado ver una película mientras cenaba. Hace mucho que no me regalo una charla intranscendente sin prisas ni agobios tras una larga jornada de trabajo. Estoy considerando aceptar la invitación cuando noto un pellizco en el corazón. ¿Y si alguien nos ve? Pensará que he olvidado a Sergio. Estaría traicionando su memoria. Quizá es mejor que rehúse la sugerencia de forma educada.

—Ana, desde que tu marido desapareció, ¿has salido alguna vez por ahí con amigas?

—Claro que sí. No soy una ermitaña que se pase las horas encerrada en casa haciendo punto.

—Me refiero a dejar a los críos con una canguro o con tu madre, e irte de fiesta con tus amigas. O a cenar, o al cine.

—Es muy pronto —respondo mientras ordeno nerviosa unos papeles.

—Han pasado seis meses. No digo que desatiendas tus obligaciones, solo que te tomes un respiro.

—Hemos estado en la playa. En Estepona. Una semana.

—¡Genial! No se trata de olvidar a Sergio, yo tampoco lo hago. Era un buen tipo y un excelente amigo. Me limito a aconsejarte, igual que hiciste tú cuando me separé, que sigas viviendo. La ausencia de tu marido es terrible y muy dolorosa. Sin embargo, la vida continúa. La tuya y la de tus hijos. Ellos te necesitan fuerte para cuidarles y quererles. Dudo que el propio Sergio quisiera verte amargada y triste día tras día.

—Hay una terraza cerca de aquí —afirmo sin estar demasiado convencida, pero intuyendo que no le falta razón a Gonzalo—. Tendrá que ser algo rápido. De verdad que estoy agotada.

—¡Perfecto!

No es ni será la última vez que tomo un café o una caña con un representante. Ahora no tiene por qué ser diferente de cuando Sergio estaba en casa. Sin embargo, entonces no se me pasaba por la imaginación que alguien pudiese pensar que estaba engañándole.

Viuda. Qué palabra tan horrible para una mujer que apenas ha cumplido los cuarenta años. ¿Eso es lo que soy? ¿Una viuda? No sobre el papel, ni legalmente, pero es lo que siento. No me atrevo a contarle a nadie mis extrañas ideas. ¿Quién va a creer que mi corazón sabe que Sergio ha muerto? Intuyo que solo van a encontrar su cadáver. Estoy convencida de ello. Tal vez me acerque una mañana a comisaría a preguntar si hay algún avance en su búsqueda cuando el jaleo de las rebajas disminuya.

Natalia, la subinspectora que ayuda al inspector Quintana en la investigación de la desaparición de Sergio, es muy cercana. Con ella sí que me he tomado alguna que otra tila en su despacho y fuera de

él. Si en algún momento termina esta pesadilla, me da que seremos buenas amigas. Pilar también se lleva bien con ella.

El inspector es más circunspecto. Nunca levanta la voz ni pierde las formas. No obstante, he visto cómo sus subordinados se cuadran en cuanto él entra en una habitación o da una orden. Es meticuloso, estricto y posee una mente fría poco o nada influenciable por agentes externos. Sé que, si no hay pistas del paradero de Sergio, es porque el responsable de su desaparición no dejó ningún rastro tras el secuestro o el asesinato.

—¡Qué bien se está aquí! —exclama Gonzalo al tomar asiento en la terraza.

Por su situación, en un cruce de tres calles, corre el aire y se respira. Además, han puesto unas sombrillas con efecto bruma que crean un oasis de frescor muy reconfortante.

—Es una plaza muy agradable. Por las mañanas, temprano, pasan furgonetas de carga y descarga, pero después, salvo patinetes o alguna bicicleta, no hay más vehículos por aquí. Sin tubos de escape, rodeados de árboles, la temperatura desciende un poco.

—Se agradece. Estamos en plena ola de calor.

—Bueno, bueno, que es verano. Tiene que hacer calor. El invierno es muy largo. Aquí en Madrid son menos duros, pero que te cuente mi madre los sabañones que le salían de pequeña en el pueblo. ¿Tú no eres de Arnedo? Allí también pasáis de los cuarenta en agosto.

—Cierto. Y en julio. Aunque me da la impresión de que aquí es peor. El tráfico, las aglomeraciones, por no hablar del metro… Es insalubre. Si de por sí huele mal, con las altas temperaturas es el Infierno en la Tierra.

—Ja, ja, pobre. ¡Qué mal acostumbrado estás!

—Tú ríete. Ponte a cargar con maletas de un lado a otro. No puedo ir en coche porque hallar un lugar donde estacionar es tarea imposible. Prefiero dejar el vehículo en el aparcamiento del hotel y desplazarme en taxi o similar.

—Todavía no me has dicho qué te ha traído por aquí. Creía que durante el verano no te movías de Arnedo.

—Habitualmente suelo hacer suplencias en las fábricas para las que trabajo como representante. En el departamento de administración o gestionando los pedidos.

—¿Y este año?

—Mis jefes me dijeron que sería bueno que viajase, así que me toca fastidiarme. De todos modos, no te voy a engañar. Con internet, empleos como el mío terminarán desapareciendo. ¿Quién va a pagar los gastos de hotel, desplazamientos y sueldos de una persona cuando puedes crear un catálogo *online* en el que en cualquier momento del día o de la noche un potencial cliente, tanto privado como empresario, compra lo que quiere y lo tiene en su casa o en su tienda en poco tiempo?

—Pues empresarias como yo o como lo era Sergio, que queremos ver la calidad de las pieles y los diseños en persona —protesto con energía. Mi defensa del rol del comercial no es solo por Gonzalo, es por todos aquellos que nos dan a conocer nuevos productos—. Comprobar las plantillas, la sujeción de las tiras de las sandalias, los contrafuertes de las botas, las suelas…

—Eso díselo a mis jefes.

—¡Es ridículo! Sé de muchos compañeros de la zona que se dedican a la venta de ropa, y no adquieren nada sin verlo antes en la mano. Sois el nexo entre los fabricantes y los comercios. No todos podemos permitirnos ir hasta donde manufacturáis el calzado. Ni por tiempo ni por dinero.

—Hasta los visitadores médicos van a desaparecer, Ana.

—En ese caso, es normal. Lo de que los doctores disfrutaran de vacaciones a costa de tupir a medicinas de dudosa eficacia a sus pacientes, era algo vergonzoso. Menos mal que le pusieron coto.

—Ahora les citan en seminarios. Aunque ya no son siempre gratis. Muchas veces se los tienen que pagar.

—Como debe ser. Pero sigues sin explicarme el motivo de tu visita —le recuerdo mientras pincho un palillo en una patata recubierta de alioli.

—Han creado una colección microcápsula de sandalias metalizadas con cuña de esparto.

—¿En diversos colores?

—Sí. Hay dos gamas. Una es en todos dorados, bronces y platas; y la otra en rosas, verdes y azules. Están pegando fuerte y los fabricantes no lo habían previsto con antelación. Aunque llevan dos veranos centrados en las alpargatas, no esperaban que los modelos metalizados fueran a causar tanta sensación.

—¿Cuánto tardarías en servirlas? Estamos en julio. Ya la campaña está muy avanzada. No voy a comprar algo caro para tener que rebajarlo sin sacarle beneficio.

—Las tendrías en una semana y a un precio que tumbará a la competencia. No te hará falta rebajarlas. Además, fijo que hay números que te faltan en el almacén de los modelos que comenzaste a vender en abril.

—¿Cuándo podría verlas? —pregunto impaciente.

No me parece mala idea traer alguna novedad. Ahora la gente está acostumbrada a que cada quince días las cadenas de ropa pongan a la venta nuevas colecciones. En el mundo del calzado de los minoristas, seguimos a la vieja usanza. Al inicio de temporada, exponemos el surtido que ofertaremos durante seis meses. No me gusta el consumismo rápido de usar y tirar, pero considero que adquirir tres o cuatro modelos nuevos de sandalias dará frescura a los escaparates.

—Mañana a primera hora te las enseño. ¿En qué tienda estarás?

—En Esparteros. Hasta el mediodía no me moveré de allí. Hoy no me he podido acercar a esa zapatería y quiero asegurarme de que los clientes no pasan de largo. Ya estamos todos de rebajas y la competencia es cruenta.

***

He dormido bien, como no lo hacía desde que Sergio falta de mi vida. Fijo que la víspera de ese aciago día fue la última noche que concilié el sueño. Creo que el cansancio acumulado de los preparativos de las rebajas, no tener que estar pendiente de los niños y la conversación relajada con Gonzalo lograron lo que no han conseguido los somníferos y la melatonina.

La segunda jornada de descuentos no va a ser más tranquila que la anterior. Muchos clientes ayer adquirieron ropa que hoy buscarán complementar con calzado y bolsos a juego. Lo peor serán los cambios que también empezarán a surgir. No devolvemos el dinero, solo damos vales y la oportunidad de elegir otros zapatos. No es solo la mercancía, el tiempo empleado por el dependiente también debe ser amortizado en igual medida.

Hoy va a hacer calor. Son las nueve de la mañana y ya rondamos los veintidós grados. En cuanto salga el sol y empiece a calentar, va a ser insoportable. En las zapaterías tenemos aire acondicionado a una temperatura de veinticinco grados. No es bueno sudar durante horas, ni tampoco sufrir paseando por las estanterías de refrigerados del supermercado porque no te has puesto el abrigo para ir a comprar en plena canícula estival.

Estoy haciendo unos retoques al escaparate cuando llega Gonzalo con una maleta de gran tamaño.

—¡Buenos días, Ana!

—Buenos días. Veamos esas sandalias tan fabulosas.

Tenía razón. Son preciosas. Van a llamar la atención. Son cómodas, pero, a la vez, dan un toque elegante si se combinan con un vestido estiloso.

—Creo que me decanto por esas dos en tacón bajo y estas otras dos en cuña. No a todas las clientas les gustan las plataformas —afirmo echando un último vistazo a la que he rechazado. Aunque no son feas, debo elegir las que pienso que más agradarán a mi público—. Si sus pies son estrechos, deben ir tirando de la suela en cada paso, y es muy incómodo.

—Los diseños están estudiados para que eso no ocurra —se defiende Gonzalo.

—Ya. Pero una cosa es el papel o el ordenador, y otra cuando tienes que caminar horas con el mismo calzado y no quieres que te haga rozaduras.

—Visto así…

—Espera un segundo. Es la tercera vez que suena mi teléfono. Tanta insistencia me está poniendo nerviosa. Será para que cambie de compañía de la luz o de internet.

—O un timo —apunta mi acompañante.

—No lo descartes.

Cojo el móvil y me acerco a la puerta para tener mejor cobertura. Es mi madre. Me pongo en alerta. A esa hora los niños deberían estar durmiendo y ella preparando el desayuno mientras escucha a su locutor preferido en la radio. Mis alarmas saltan al instante. Ha ocurrido algo malo. No me llamaría tan pronto si no fuese así.

—Mamá, ¿qué ha pasado?

—Buenos días, hija. Tranquila.

¿De verdad la gente cree que la palabrita de marras va a hacer que los niveles de adrenalina bajen? A mí, que antes de decirme nada me pidan sosiego, siempre me ha dado muy mala espina. Para contarte algo bueno no te sugieren calma.

—¿Los niños están bien? ¿Y papá? ¿Se ha caído en el huerto? Mira que le he dicho que está mayor para ponerse a cavar.

—Pues bien que te gusta llevarte tomates de la huerta cuando vienes —me espeta mi madre con su orgullo ofendido.

Vale, que sí, que la actividad física les viene de lujo, pero un día les va a dar un vahído y vamos a tener un disgusto. Prefiero que compren la verdura en el ultramarinos y se dejen de bobadas.

—¡Mamá! Son las nueve y media y me has llamado tres veces. ¡Al grano, que a la que le va a dar un infarto es a mí!

—Ha sido Paulita —anuncia por fin—. Ayer se fueron ella y Sonia con las bicis a jugar con su pandilla y tuvo un pequeño percance. No frenó a tiempo, o se distrajo o veté tú a saber qué pasó, pero el caso es que se cayó y se ha hecho una herida en la rodilla.

—¿La ha visto el médico?

—Anoche ya se había ido cuando ella se accidentó. Eran las ocho y media y se va a las siete. Esta mañana la he levantado temprano y me la he traído al centro de salud. Le han puesto una inyección para el tétanos y le han dado unos puntos. Como aquí no hay radiografías, nos hemos venido a urgencias al hospital de Segovia para que se la hagan.

—¿Cuántos puntos?

—Seis. Y, antes de que digas nada, yo se la había vendado muy bien y no sangraba. Si no, no dudes que ya nos hubiéramos venido a la capital anoche.

No me pongo a gritar porque no va a salir nada bueno de mi boca. La cicatriz de mi brazo cuando me caí sobre una piedra y me hice un tajo considerable no sería tan grande si me hubiesen dado puntos. Aún recuerdo el trapo de cocina que me puso mi progenitora a modo de taponamiento en la herida.

—Tenías que haberme llamado anoche. ¡Es mi hija!

—Vale, puede que tuviera que haberte avisado antes, pero no es para dramatizar. Esto está un poco colapsado por las vacaciones y la falta de personal. Seguro que a la hora de la merienda ya hemos vuelto al pueblo.

—No os mováis de Segovia. En menos de dos horas estoy allí. Voy a por el coche y salgo enseguida de Madrid.

—Ten cuidado, no sea que ahora la que tenga un accidente seas tú.

Mi niña. Mi niñita. ¿Por qué tuve que enviarlos al pueblo? Iré a por ella y luego a por sus hermanos y nos volvemos a casa. Contrataré el personal que sea necesario, pero, hasta que no vayan la universidad o se casen, no les voy a quitar el ojo de encima.

—Ana, Ana, para —me ordena Gonzalo, obligándome a detenerme.

Me he puesto a dar vueltas en la tienda como una peonza. Mi cabeza va a mil. El corazón se me va salir del pecho. Primero Sergio y ahora Paula. Esto es una pesadilla. ¿Qué le he hecho al karma que se ha puesto a devolvérmelas todas juntas?

—Respira —me pide posando sus manos en mis hombros. El calor que desprenden sus palmas actúa como un bálsamo en mis contraídos músculos—. Por lo que podido escuchar, una de tus hijas, creo que la mediana, ha tenido un accidente.

—Sí, anoche. Paula. Pero mi madre…

—Ana. Olvídate de lo que debió de hacer y no hizo, así no vas a ayudar a tu hija. Estará asustada. Por muy bien que la cuiden sus abuelos, querrá a su madre al lado, y yo te voy a ayudar a llegar hasta ella.

—Puedo ir sola. Cojo el coche y...

—En este estado no puedes conducir. Te diré lo vamos a hacer. Esperamos a que lleguen tus empleados. Son las diez menos cuarto, ya no tardarán.

—Están a punto de aparecer.

—Perfecto. He dejado el coche en un parking público muy cerca de aquí. Guardo mis bártulos en el maletero y te llevo.

—¡Perderás el día!

—Nada que no se solucione con un par de llamadas. Pospongo las citas a esta tarde y listo. Vamos al hospital, veo cómo está Paulita y me vuelvo a Madrid, salvo que me necesites para regresar al pueblo.

—No. Mi madre nos llevará después. Hago las maletas, meto a los niños en el primer autobús y me los traigo —afirmo muy segura de mis palabras.

—No, no harás eso.

—¿Cómo que no? ¡Soy su madre!

—Por supuesto. Sin embargo, estás olvidando que son niños. Tienen que jugar, montar en bici, caerse y volver a levantarse. Si sus abuelos se despistaron, créeme que no les volverá a pasar. Fijo que tu madre no te llamó antes por miedo a tu reacción.

—¡Ja! Más que justificada.

—Aunque puede que no te falte razón, piénsalo con calma. Paula va necesitar ayuda para moverse durante unos días.

—A mi lado estará mejor.

—Tú debes trabajar. Esa es tu obligación. Eres autónoma. Una empresaria de la que dependen varios puestos de empleo. Tus trabajadores también te necesitan.

—Contrataré un encargado para las zapaterías o una enfermera para Paula. Me las arreglaré.

—¿Y los otros dos niños? ¿Se quedan encerrados en el piso el resto del verano a causa de tus responsabilidades y tus miedos?

—En agosto los he apuntado a un campamento urbano y voy a organizarme para tener las tardes libres. Anoche estuve reestructurando turnos.

—Perfecto. Estamos a 2 de julio y vas a tener a una niña inquieta encerrada en una habitación, desesperada por no poder ir a correr con sus hermanos. Los verá divertirse desde la distancia. Se pondrá insoportable. La inactividad, el calor…

—Eso no lo había pensado —respondo considerando que la convalecencia de Paula les puede servir de escarmiento a mis padres —. Mi hija no solo se parece físicamente a mí. Es igual de culo inquieto. Su reposo va a ser un infierno para ella y cuantos la rodean.

—Yo no lo decía por eso —ríe Gonzalo al comprender mi ladino razonamiento—. Pero, si te ayuda saber que los abuelos van a pasar un suplicio por su nieta, que así sea.

—Sí. Un poquito sí me alivia. Además, las bicicletas se van a quedar encadenadas a la pared y me voy a traer el candado. No quiero más sustos. Mis padres son muy blandos y, en cuanto que se descuiden, están pedaleando otra vez. Si quieren usarlas, será estando yo en el pueblo. Por si acaso, los patines de Sonia me los traigo en el bolso también.

Se abre la puerta y entran dos de las dependientas. Voy a explicarles lo que tienen que hacer y avisar a las otras zapaterías. Hoy y mañana que no cuenten conmigo. No me importa si el sábado tengo que trabajar. Al cuerno el descanso. Con el domingo me vale. Lo primero son mis hijos.

Capítulo 4

David

No he llegado hasta donde estoy por arrinconar casos sin resolver en un archivador. Mi tasa de desapariciones resueltas es la más alta del país. El departamento que dirijo es un referente a nivel mundial. Recibimos consultas no solo de otras provincias de España, sino también de colegas de diferentes cuerpos policiales de Europa e incluso de Estados Unidos.

A fecha de hoy, hay quince mil ciento veintiséis personas desaparecidas en España. Diez mil ochocientas setenta y siete menos que el año anterior. La mayoría, hombres adultos españoles. De las veinticuatro mil quinientas ochenta mil denuncias interpuestas en 2023, se resolvieron un noventa y cinco por ciento. Pese a lo que piensan las familias y los allegados, un noventa y dos por ciento son voluntarias. Y yo estoy convencido de que la de Sergio Rodríguez entra en esa categoría.

—No, David. Te digo que te equivocas —insiste la subinspectora Bastos.

Es mi segunda al mando y le confiaría mi vida. Es resuelta, cabezota y muy inteligente. Con su corto pelo negro y sus ojos aún más oscuros en permanente alerta, a veces olvido que es tres años mayor que yo. Cuando va tras una pista, parece una chiquilla emocionada a la que aguardan un montón de paquetes sin abrir debajo del árbol de Navidad. Sus antiguos mandos la subestimaron tanto o más que algunos delincuentes con los que se ha topado en su brillante carrera en la policía. Craso error. No tiene nada de niña. Llegó al Cuerpo con un doble grado en Derecho y Criminalística por la universidad de Salamanca y con cuatro medallas olímpicas conseguidas en atletismo. Su excelente forma física combinada con

su despierta mente son un gran activo para la Unidad de Desaparecidos que dirijo dependiente del CNDES[3].

—Natalia, es la explicación más sencilla.

—Y yo te digo que él nunca abandonaría a su esposa y a sus hijos por voluntad propia. Estoy segura.

—Venga, vamos a repasar todo lo que tenemos una vez más —propongo para que la subinspectora se quede tranquila y porque hay ocasiones en que, al examinar las pruebas al cabo de un tiempo, se captan detalles que en un primer momento pasaron desapercibidos.

—De acuerdo —responde Natalia poniéndose de pie y acercándose a la pizarra donde tenemos trazada la línea temporal de lo que sabemos sobre Sergio—. A la una de la madrugada recibimos en la comisaría la llamada Ana Durán denunciando que su marido no había vuelto a casa después de visitar a un viajante en un céntrico hotel. Le había estado llamando al móvil y estaba o apagado o fuera de cobertura.

—Correcto. La gente se va mentalizando de que hay que denunciar las ausencias en cuanto se tiene constancia de ello —afirmo exasperado por lo crédulas que son las personas. Cualquier declaración que se escuche de labios de supuestos expertos o en una película de ficción, da pábulo a teorías disparatadas —. Lo de las veinticuatro horas es cosa de las series americanas.

—Tanto C.S.I ha hecho mucho daño.

—Ni que lo digas. Continúa.

—Una patrulla se acercó al hotel y habló con Gonzalo Lamas, el comercial al que supuestamente iba a ver. Al parecer, no acudió a su cita y tampoco le avisó de la cancelación de la misma. Pensó que a Sergio le había surgido un imprevisto. Quizá algo relacionado con los niños, y no pudo o se olvidó de avisarle.

—No había recepcionista de noche —comento echando una ojeada a un folio con la información facilitada por el establecimiento hostelero.

—No. A partir de las diez, los huéspedes que lleguen deben registrarse en una máquina situada en la puerta del edificio. Una

especie de cajero automático de *autochecking*. Hasta las diez de la mañana del día siguiente no hay nadie que atienda en persona.

—Viajo poco, pero, por lo que cobran por una noche, es un timo que no haya alguien en recepción las veinticuatro horas del día. Pasa algo, como ocurrió esa noche, y ya está el lío.

—Si te cogieras más vacaciones y te fueras por ahí con tu pareja, estarías acostumbrado. ¡Estamos en la era digital!

—Lo que tú quieras —replico convencido de que, para algunos temas, la vida era antes mejor—. Yo soy de los que hacen las reservas por teléfono y quieren hablar con un humano y no con una máquina.

—Siento decirte que lo tienes crudo. No vas a poder eludir los trámites *online* eternamente. No siempre estaremos Teresa o yo cerca para echarte una mano.

No soy capaz de defenderme ante semejante acusación, que es la pura realidad. Desde luego, no he llegado a mi puesto por mi destreza con los ordenadores. Me manejo lo justo y necesario. Además, por mi trabajo, veo cada día los peligros que entrañan las redes sociales y las aplicaciones que tan alegremente instalamos en nuestros dispositivos. Hoy en día es imposible navegar por internet sin aceptar cada dos por tres *cookies* de dudoso origen que implican dar tus datos a desconocidos a los que nunca les permitirías saber ni tu nombre de pila.

Por desgracia, Natalia tiene razón. Las entidades bancarias, los comercios e incluso muchas administraciones públicas solo admiten trámites *online*. En el curro, les paso el marrón a alguno de mis subordinados. En casa es Teresa, mi pareja, la encargada de realizar ese tipo de actividades. Es farmacéutica. Por su profesión, ha desarrollado grandes dosis de paciencia para tratar con la gente y con los ordenadores. El programa con el que gestionan las recetas de sus clientes les da multitud de problemas que ella solventa sin perder la sonrisa. La admiro.

Yo me he cargado dos monitores y una impresora al darles un golpe desesperado por su lentitud. Esto es algo que negaré a cualquiera que me pregunte. Los dos primeros fueron en mi piso y me limité a sustituirlos por unos nuevos. Todavía no compartía techo

con Teresa y nadie se enteró de lo ocurrido. La segunda vez fue en comisaría, y un agente me cubrió dejando caer un archivador encima. La amplia baja de paternidad que obtuvo al nacer su hijo fue su recompensa.

—Lo sé. Y, si se da esa situación, me las tendré que ingeniar. Pero, de momento, procuro evitarlo. No me importa pagar más por hospedarme en un hotel con servicio de recepción día y noche.

—Tú sabrás —replica Natalia poniendo los ojos en blanco—. En fin, en lo que respecta a la investigación que nos ocupa, cuando los agentes se dirigieron al establecimiento hostelero, tuvo que ser el señor Gonzalo Lamas el que les abriera la puerta. Una vez dentro, procedieron a localizar al gerente. El hotel forma parte de una cadena hotelera. En Madrid tienen seis ubicados en diferentes zonas de la comunidad.

—Pero en el que desapareció Sergio es el único de la capital, por lo que no se pudo confundir con otro del mismo nombre que se ubique en diferente calle.

—Exacto. Este viajante en concreto siempre se aloja en él cuando viene a Madrid. Por tanto, la hipótesis de que se equivocó de lugar de encuentro queda anulada.

—No del todo —apunto pensativo—. No todos los comerciales se hospedan en él, y los dueños de las zapaterías acuden a unas cuantas visitas al cabo del año. Si estaba pensando en otra cosa, sus pies pudieron llevarle a otro hotel por inercia.

—Las rutinas que hacemos de modo automático sin reparar en ellas. Quizá tengas razón. Pero eso implicará preguntar a todos los posibles hospedajes de Madrid —contesta Natalia resignada. Nunca le ha echado para atrás lo inabarcable que pueda ser una línea de investigación. Si hay una ínfima posibilidad de dar con la persona desaparecida, merecerá la pena el esfuerzo—. Serán cientos o miles. No vamos a dar abasto. Tardaremos días.

Comprendo su agobio. En nuestra Unidad, solo somos cuatro miembros: Natalia, Ramiro, Carlota y yo. Lo habitual es que estemos tan superados que nuestras jornadas, en lugar de ser de ocho horas, se alarguen a doce o a quince. Si pidiéramos cobrar todas las extras que hacemos, arruinaríamos a mis superiores.

Ramiro es un agente de veinticinco años con grandes conocimientos en cualquier asunto que tenga que ver con pantallas electrónicas. En varias ocasiones, nos ha evitado tener que depender de la Unidad de Delitos Informáticos. Coincidí con él en el transcurso de una investigación y solicité su ingreso en nuestro equipo. No me arrepiento de haberlo hecho.

Carlota roza la treintena. Su aspecto aniñado le permite mezclarse con los jóvenes mejor que al resto de nosotros. Suelo encargarle los interrogatorios de adolescentes y universitarios. Digamos que habla su mismo idioma.

—Hay una forma de reducir la tarea —comento pensativo—. Pídele a Ana Durán una lista de los hoteles, hostales o pensiones a los que hayan acudido a ver un muestrario el año pasado. Podemos centrar la búsqueda en esos solo.

—La llamaré. Nos facilitará la tarea.

—De acuerdo. Sigamos. Nos hemos quedado en que Gonzalo abrió a los agentes. Él estaba igual de preocupado que la mujer de Sergio.

—Tampoco le había avisado de que iba a ausentarse —recuerda Natalia—. No solo mantienen una relación profesional. Son amigos desde hace décadas. Los padres de ambos ya colaboraban y, al continuar desempeñando la misma carrera que sus progenitores, no han perdido en contacto.

—Vale. Al cabo de dos horas, el gerente acudió al hotel. Él llamó al recepcionista que había estado allí hasta las diez y los agentes nos avisaron a nosotros.

—Yo fui con Carlota a casa de Ana y Sergio. Los niños estaban dormidos y ella estaba muy alterada. Unos amigos, Pilar y Javier, habían acudido a hacerle compañía mientras esperaba noticias. No paraba quieta. Los nervios le impedían permanecer sentada mucho tiempo.

—Ramiro me acompañó al hotel —continúo recordando la sucesión de hechos—. Le pedí que revisara el registro de las incidencias acontecidas a lo largo de la tarde noche. Las anotan en un archivo digital al que el personal de recepción y el gerente

pueden acceder desde sus dispositivos electrónicos mediante una aplicación y una clave única para cada uno.

—Las cámaras de seguridad están desconectadas —recuerda Natalia con fastidio. De haber funcionado, nos habrían ayudado para verificar testimonios y coartadas—. Son falsas, solo las tienen como medida disuasoria.

—Entiendo que la pandemia obligó a los dueños de los establecimientos hoteleros a hacer recortes, pero prescindir de las cámaras de vigilancia… Esas grabaciones son vitales si se produce un delito.

—Después de la desaparición de Sergio, las han instalado. La compañía de seguros se lo ha exigido al renovar la póliza.

—A buenas horas.

—Menos mal que el chico que estuvo recibiendo a los clientes aquella tarde era espabilado y concienzudo.

—No tanto, Natalia. Sí que anotó que un hombre acudió a visitar al viajante a las nueve y cinco, pero no le pidió el nombre. Están acostumbrados a que los comerciales reciban en sus habitaciones a los dueños de las tiendas y, por evitar esperas, los dejan pasar sin más.

—Bueno, David. Cuando le enseñamos la foto de Rodríguez, reconoció a Sergio sin dudar. Confirmó que había ido aquella noche a ver a Gonzalo.

—Sin embargo, confesó que no estaba seguro de la hora. Hizo la anotación sin fijarse en lo que marcaba su reloj. Estaba más pendiente del fin de su jornada que de otra cosa.

—En realidad, nos da igual si Sergio fue a las nueve y diez o a y cuarto —replica Natalia poniendo los ojos en blanco.

—¿Y si se marcharon los dos del hotel mientras el recepcionista se estaba cambiado y nos los vio salir? Piénsalo. El viajante lo mata en un callejón por algún motivo que ignoramos, se deshace del cuerpo y después regresa a su habitación como si tal cosa, aprovechando que no había nadie en recepción a partir de las diez.

Por si teníamos pocas hipótesis, he lanzado otra que, a priori, resulta disparatada. Es lo que suele ocurrir en estas situaciones. De las tormentas de ideas se sacan muchas conclusiones que, aunque

sean absurdas, sí que pueden ponernos en camino de la resolución del caso.

—Te habrás quedado a gusto —dice Natalia secándose las lágrimas—. Yo que tú apuntaba la sugerencia y escribía una novela de intriga. O mejor, te ayudamos los tres y nos marcamos un Carmen Mola[4].

—Gonzalo esconde algo —insisto, renuente a dar mi brazo a torcer.

—Está enamorado de Ana, que es la mujer de uno de sus mejores amigos. Estoy convencida de que el matrimonio del viajante no funcionó porque su corazón está ocupado por las pelirroja desde hace años.

—¡Un crimen pasional! —exclamo satisfecho—. Planearon el asesinato entre los dos para deshacerse del molesto marido. Así, Gonzalo se queda con la esposa y el negocio.

—Y con tres niños y el padre del difunto a su cargo. Vamos, lo que se dice una viuda de oro.

—A ti te cae bien Ana y no quieres ver que es una potencial asesina.

—Te recuerdo que el día de la desaparición estuvo en la zapatería de la calle Carretas hasta el cierre, después se fue a su casa, donde sus padres estaban cuidando a los niños. En su edificio sí que hay cámaras de seguridad que la grabaron al entrar en el portal. Después, no vuelve a salir.

—¿Lo ha revisado Ramiro?

—Fotograma a fotograma. A Sergio se le ve marcharse después de comer y ya no regresó. No hay otra entrada. Te recuerdo que la casa es antigua y no tiene garaje.

—¿Estamos seguros de que los padres de Ana se fueron en cuanto ella llegó?

—Sí. Hasta su hogar son cuarenta minutos caminando y veinte en metro. La noche era fría y optaron por el trasporte público. Hemos comprobado en sus tarjetas electrónicas que, en ambos bonos, se registró el acceso al metro en la boca que hay cercana a edificio de su hija.

—Por tanto, la coartada de la esposa no presenta fisuras. Es sólida. ¿Y otro amante? —inquiero dubitativo—. Un antiguo empleado, un cliente de la zapatería… Vale. Me callo —añado al ver la cara de circunstancias de mi subinspectora.

—Antes de que digas nada, tenemos el informe de la Unidad de Delitos Fiscales y Financieros. Todo en regla en las finanzas del matrimonio.

—Contratos, seguros sociales, impuestos…

—Sergio tenía un gestor que se encargaba de esos temas, y los libros de cuentas que nos ha facilitado no tienen un «pero». Aunque, con tres tiendas, los empleados y los niños no les sobraba el dinero, tampoco estaban necesitados. Una empresa familiar honrada de las que cada vez quedan menos en España.

—Las franquicias y la falta de relevo generacional han terminado con los negocios pequeños. Es una pena.

—Oye, tengo una hipótesis —grita Natalia emocionada—. Una multinacional que quiere hacerse con sus locales y su nicho de mercado. Contrataron a un sicario para que le hiciera desaparecer.

Ahora es mi turno de reírme. Si no fuera por estos ratos, nuestro trabajo sería imposible de realizar sin perder la cordura.

Capítulo 5

Ana

Este fin de semana voy echar de menos a los niños, pero me toca devolver los favores que, en el pasado, me hicieron a mí los dependientes. Se comieron el marrón de trabajar no solo el sábado, sino también el domingo por ser el principio de las rebajas. Este va a ser igual de ajetreado y no podré ir al pueblo a ver mis peques.

Gonzalo se portó genial. Me llevó en coche a Segovia sin pasar por casa siquiera. La urgencia por reunirme con Paulita me impidió pensar con claridad. No hubiera ocurrido nada por demorarme una hora e ir al piso a llenar una bolsa de viaje con ropa y los cosméticos esenciales. Me las tuve que arreglar con toallitas húmedas y la crema de día de mi madre. En cuanto a la ropa, en el mercadillo de los jueves del pueblo hice acopio de camisetas y lencería. No era glamurosa, pero sí de algodón y barata.

Cuando llegamos al hospital, todavía el médico no había recibido a la niña en su consulta. Aunque la pobre estaba demasiado asustada para quejarse, en cuanto me vio, rompió a llorar. Al abrazarla, noté su frágil cuerpecito temblando pegado al mío. Más tarde, sentada en la camilla, al quitarle el vendaje a fin de examinar la herida, me faltó poco para desmayarme. Prefiero que me den mil puntos a mí, que uno solo a mis retoños.

«—Vamos a hacerle una radiografía por si hay algún daño interno, pero creo que solo es el golpe y la herida. A medida que le baje la inflamación, podrá caminar y moverse mejor —aseguró la doctora de urgencias que nos atendió».

Por suerte, el pronóstico fue acertado y no había tendones ni ligamentos afectados. Le recetó un calmante suave y reposo. Algo harto difícil para una niña de nueve años que, en cuanto descansase unas horas, iba a querer ir tras sus hermanos.

«—¿Necesitas algo más? —me preguntó Gonzalo antes de subirse al coche para regresar a Madrid.

—Nada. Ya has hecho bastante —le respondí agradecida.

—¿Cuándo vas a volver?

—Supongo que en uno o dos días».

Todavía no había decidido el tiempo que me iba a quedar en casa de mis padres. Mi rol de madre me pedía prolongar mi estancia en el pueblo hasta que Paula estuviese bien del todo, pero, como mujer trabajadora y responsable, sabía que era imposible.

«—Si la primera cura es en tres días, ya te metes en el fin de semana. Quédate hasta el domingo. Yo tengo agendadas visitas por la zona de Madrid hasta el sábado por la mañana. No me cuesta nada darme una vuelta por las zapaterías y, si hay algún problema, solucionarlo sin que te haga falta adelantar tu regreso».

Dudé un segundo, tal vez dos. La cara de sorpresa de mi madre, que parecía asistir a un partido de tenis girando la cabeza de un lado a otro, era un poema. Frunció el ceño al escuchar a Gonzalo. Lo miró de arriba abajo, valorándolo de la misma manera que solía hacer cuando llevaba un noviete a casa de jovencita. Tomé nota mental de tener una charla con ella después. Era mejor dejar las cosas claras, no le fuese a ir con el cuento a mi padre de que estaba saliendo con un hombre a los seis meses de perder a Sergio.

«—Mami, mami —imploró Paula—. Yo quiero que te quedes conmigo. Me duele muchísimo.

—Tienes razón, Gonzalo. Hablaré con los encargados y, si surge algún problema que no pueda solucionar yo por teléfono desde aquí, les pediré que aguarden hasta que tú te pases por la zapatería o a que yo regrese. Me quedaré hasta que pase el fin de semana. Te lo agradezco.

—No hay de qué. Hablamos y me vas diciendo cómo va Paula».

Sé que mi madre tuvo que hacer un esfuerzo para no hablar. Mientras ayudaba a la niña a subirse al coche y sentarse en su silla, podía oír sus resoplidos y gruñidos. Si no decía nada, era por mi hija.

«—Ahora comes, te tomas la pastilla y duermes un ratito —le respondí ayudándola a ponerse el cinturón—. Seguro que anoche no descansaste nada.

—No tengo mucha hambre —afirmó con una mueca de dolor que me agarrotó el estómago.

—¿Tanto que no vas a poder comer un helado de postre?

—¿De chocolate?

—¡El que tú quieras!

—Vale.

—Pero primero la comida —comentó mi madre.

—Los helados son de leche. Es buena para los huesos —replicó Paula haciéndonos reír a las dos».

Una vez más, ha quedado demostrado que los niños son de goma. Si yo me caigo y me hago la mitad de daño que mi peque, estaría semanas arrastrando la pierna y no sanaría hasta que me machacaran unas cuantas sesiones en fisioterapia. Ella, en cuatro días, se ha restablecido casi del todo. El domingo, cuando me subí al autobús que me traía a Madrid, se despidió de mí saltando a la pata coja. Es muy difícil pretender que una niña de nueve años permanezca sentada mientras ve a sus hermanos correr con sus amigos por la orilla de la piscina. Eso sí, las bicicletas se quedan aparcadas hasta que yo vuelva. No quiero más sustos.

En cuanto a mi madre, le he dejado claro que Gonzalo es un buen amigo que conocí a través de Sergio. Su amistad se remonta a cuando los dos eran unos adolescentes tras los pasos de sus padres. Gracias a él, conseguí llegar pronto al hospital y sin arriesgarme a tener un percance por los nervios. Por suerte, no hubo nada fuera de lo normal en lo concerniente a las zapaterías que requiriera su presencia. Sé que mi progenitora se ha quedado con ganas de hacerme más comentarios, pero la actitud conciliadora de mi padre ha acallado sus protestas. Él ha alabado el comportamiento de Gonzalo y le está agradecido. Espero que se quede así el tema y no le den más vueltas a algo que no tiene mayor importancia.

Se me ha hecho extraño regresar a una casa vacía y solitaria. Sin las risas de mis hijos, la soledad resulta opresiva. Otros veranos, las semanas que se iban al pueblo se convertían en un tiempo en el que Sergio y yo disfrutábamos de intimidad. Al salir de trabajar por las noches, o nos íbamos a tomar algo o nos veníamos a casa a retozar bajo las sábanas sin miedo a sufrir una interrupción. Ningún

«papá» o «mamá» flotando en el aire que nos obligara a posponer lo que estuviéramos haciendo para más tarde cuando nuestros particulares querubines durmieran.

Suelo poner la radio en cuanto traspaso el umbral de la entrada, en un vano intento de sentirme acompañada por las voces de los locutores. Siempre me hizo gracia la costumbre de mi padre de ponerse a discutir con los periodistas de las tertulias como si pudiesen oírle. Ahora, yo hago lo mismo y me sorprendo dando mi opinión al aire. Debo tener cuidado. Si me pillan mis hijos, pensarán que he enloquecido.

El martes recibí una llamada de Natalia. Es una de las integrantes de la Unidad que se dedica a investigar la desaparición de Sergio. Desde un principio, me sentí cómoda con ella. Su superior, el inspector Quintana, es demasiado serio. Intuyo que procura mantener las distancias en aras de la profesionalidad, pero eso impide que la gente confíe en él.

Los familiares de los desaparecidos nos hallamos vulnerables y perdidos cuando descubrimos que nuestros seres queridos quizá no regresen nunca. Aunque es vital que demos a la policía todos los detalles posibles, el temor y la vergüenza nos embargan. Nos culpamos a nosotros mismos de lo acaecido. Si no hubiéramos hecho esto, si no hubiéramos dicho aquello…

Yo también lo hago. No dejo de pensar que, si hubiera acompañado a Sergio a ver el muestrario de Gonzalo, seguiría teniéndolo a mi lado. La persona que le agredió o lo secuestró o lo que sea que ocurrió, no lo habría tenido tan fácil. Sin embargo, la parte más racional de mi cerebro me dice que, si a mí también me hubieran matado, mis hijos nos habrían perdido a los dos. Crecerían arropados por mis padres, pero sin ninguno de sus progenitores a su lado. Se me pone la piel de gallina solo de imaginar esa situación. ¡Huérfanos tan pequeños!

Natalia quiere que haga una lista de los hoteles a los que solía acudir con Sergio a ver muestrarios. No me ha llevado demasiado tiempo elaborarla. Antes era la única forma de adquirir los productos que vendemos en las zapaterías, ahora se podría decir que la tercera parte de las existencias las selecciono de forma *online*. Es un rollo,

porque no me gusta comprar lo que no he tocado antes. La percepción de los colores y las texturas cambian al ser contemplados en una pantalla. Se pierden matices y aspectos esenciales. Por eso aprecio que personas como Gonzalo vayan de ciudad en ciudad cargando con sus maletas. Siempre priorizaré sus artículos, y los de otros representantes de calzado, frente a los de las marcas que solo facilitan catálogos digitales.

He quedado con Natalia a las nueve y media en un bar en una calle cerca de la Plaza Mayor para tomar unas cañas y alguna ración a modo de cena. El bullicio a estas horas es tremendo. Desde la esquina donde aguardo a la subinspectora, diviso dos despedidas de soltero y una de soltera. Este tipo de turistas no nos aporta nada al pequeño comercio. La hostelería estará feliz con ellos, pero el resto de establecimientos no demasiado. Además, como se alojen en un piso turístico, pobres vecinos.

—Hola. Perdón por el retraso —se disculpa Natalia tomando asiento frente a mí—. Alguno pasará la noche en el calabozo.

—Hola. Tranquila. En cuanto a los fiesteros, tienes razón. Mañana habrá vomitonas en las puertas de las tres zapaterías. Raro será que se libre alguna. Es que no se miden.

—Les da igual todo, Ana. Están de fiesta y el resto de gente que se aguante. A medida que ingieren alcohol, se olvidan de que no están solos. Les importa un cuerno molestar a los demás o destrozar mobiliario urbano.

—Suerte que ya no estás de patrullera.

—¡Horrible! Prefiero estar de pie horas y horas vigilando que no pase nada en un encuentro de fútbol o en un mitin político. Los borrachos te vomitan encima o se mean en el coche.

—¡Puag!

La camarera se acerca y le pedimos dos cervezas sin alcohol en copa helada y una ración de calamares y otra de croquetas. Ninguna hemos ingerido nada desde la hora de comer y estamos famélicas.

—Te he traído la lista —le informo a Natalia extrayendo una hoja de mi mochila.

—Es más corta de lo que me imaginaba.

—Los viajantes tienden a quedarse en los mismos sitios casi siempre. Piensa que son muchos días fuera de sus hogares. Al menos, si están varios hospedados en un hotel, pueden compartir ratos de asueto juntos.

—Tiene su lógica. ¿Y cuando acuden a eventos más multitudinarios?

—El MOMAD, que es la feria de calzado y moda, se realiza en el IFEMA. Normalmente, en septiembre. Los expositores se quedan en lugares próximos al lugar del congreso por comodidad y por precio.

—Pero los que vienen el resto del año, sí se alojan en el centro.

—Sí. En hostales o apartamentos que alquilan sus empresas con un considerable descuento. Piensa que nos visitan en temporada baja dos veces al año como mínimo. Además, son clientes fijos de estancias entre tres y cinco días. A los hosteleros les interesa tenerlos contentos.

—¿Acompañabas a Sergio a menudo? —inquiere Natalia con la boca llena de la jugosa masa de croquetas de jamón que estamos degustando.

—Al principio de nuestro matrimonio, cuando su padre delegó en él las compras, solíamos acudir juntos. Después, con el nacimiento de Sonia, un poco menos, y con la llegada de Paula y Juan, era raro que pudiese acompañarle. A ver, que mis padres están más que dispuestos a hacer de niñeros, pero no me gusta abusar. Ir a ver un muestrario implica o no comer, o cenar a las once de la noche. Ellos son mayores y tiene sus rutinas.

—Lógico. Y tú querrías pasar tiempo con los pequeños. Tan seguidos, cuando terminaras de cambiarle el pañal a uno, ya estaba el siguiente esperando.

—No te voy a negar que fueron unos años muy intensos. Mis padres nos echaban una mano y, aun así, en ocasiones tuvimos que recurrir a una canguro. A Pilar solo la llamo en situaciones concretas. Ella tiene a Ricardo, y encasquetarle mis tres niños es demasiado por mucho que los adore.

—Ana, las amigas y la familia está para apoyarse en lo bueno y en lo malo. Estoy segura de que no se ofrecerían de niñeros si no lo

desearan. Por lo poco que conozco a Sonia, Paula y Juan se hacen querer. Yo…

Natalia titubea. Es raro en ella. Siempre demuestra una firmeza y una seguridad en sus actos que me da mucha envidia. Soy fuerte, lo sé. Si no lo fuese, no sería capaz de levantarme cada mañana de la cama e ir a trabajar. Quedarme en casa, echa un ovillo en el sofá, sin inmutarme por cuanto me rodea, resulta muy tentador cuando la melancolía me invade. Ahora que no están mis hijos en Madrid, sería fácil derrumbarme. Pero no lo haré, a Sergio no le gustaría que lo hiciera. Cuando hablo con él, sentada en el salón como solíamos hacer después de una larga jornada, siento su brazo en mi hombro y oigo su voz animándome a continuar adelante sin rendirme. Su aliento me invita a no ceder al desconsuelo y la pena.

—No es ético ni profesional que un policía entable una relación de amistad con los familiares de una víctima.

—Diría que ya vamos tarde —respondo sonriendo.

Natalia se ha convertido en mi amiga. Le he contado cosas que no me he atrevido a explicar a mis padres o a Pilar por si me tachaban de loca o dudaban de mi cordura para cuidar a mis pequeños. Ella no me juzga. Me escucha en silencio y me tranquiliza. Se ve que no es la primera vez que oye los desvaríos de la mujer de un desaparecido.

—Lo sé. Cuando encontremos a Sergio…

—… o su cadáver —digo terminando la frase por ella.

—Y hallemos al culpable, podrás pasar página, y oficialmente seremos grandes amigas.

—Como si tu jefe no se hubiera percatado ya de ello. Aunque no diga nada, sabe que nos llevamos bien. La lista me la podías haber pedido por teléfono y yo habértela enviado por email y, sin embargo, aquí estamos, tapeando a las once de la noche.

—Mañana no madrugo. Estoy en mi tiempo libre.

—Suertuda. A mí me espera un fantástico fin de semana repartido en las tres tiendas. Ser autónomo es no tener vacaciones.

—Te van a echar de menos en el pueblo.

—Iré el lunes. Es posible que a Paula le quiten alguno de los puntos y quiero estar con ella.

—Ya verás como no le queda ni cicatriz.

—Yo tengo una en el mismo sitio —confieso recordando cómo me la hice—. También me caí de la bicicleta.

—¿Te castigaron tus padres?

—No. Me obligaron a subirme al sillín a la semana para que no le cogiera miedo.

Por la forma en que Natalia arquea las cejas, me doy cuenta de que, sibilinamente, me ha llevado donde quería. Resignada, suspiro. Tal vez tenga razón y el lunes deba devolverles las bicicletas a los niños.

Capítulo 6

Ana

¡Una cena en mi casa! ¿Por qué se lo he propuesto? La invitación salió de mis labios antes de que mi cerebro la analizara dos veces o mi conciencia tuviera la oportunidad de recapacitar. Por supuesto, él dijo que sí. Y aquí estoy, acabando de emplatar lo que he comprado a la carrera en una tienda de comida para llevar cerca de donde aparco el coche.

«—Buenas tardes —me saludó Gonzalo entrando en la zapatería de Fuencarral a las cinco y media. Yo estaba sola terminando de ordenar unos bolsos de fiesta a los que esperaba dar salida bajándoles el precio.

—Hola. ¡Qué sorpresa! ¿Cómo tú por aquí?

—Vengo de Galicia y ya voy de regreso a la Rioja para disfrutar de unas vacaciones en la playa con mis hijos. ¿Te llegaron las sandalias?

—Sí. Tan rápido como me prometiste.

—¿Y se venden bien?

—¡De locura! Es más, me estoy planteando pedir otro par de modelos. De hecho, te iba a llamar ayer y se me pasó».

Fue una pequeña mentirijilla. No se me había olvidado. En realidad, lo estaba posponiendo. Me daba miedo volver a hablar con Gonzalo. De sobra sabía que, si solicitaba las sandalias a la fábrica directamente, me pondrían en lista de espera y, cuando me quisieran llegar, ya estaríamos en otoño. Sin embargo, si era el viajante el mediador, tendría los artículos mucho antes.

El problema es que todavía no soy capaz de catalogar lo que experimenté cuando Gonzalo me acompañó al pueblo tras el accidente de Paula. La mezcla de alivio y sosiego al no sentirme sola para afrontar lo que me esperaba en el hospital, fue lo que me

mantuvo entera hasta abrazar a mi hija. Sé que es una tontería. Mis padres, junto con Pili y su familia, van a estar a mi lado en cada paso del camino que dé en esta vida. No obstante, la mirada especulativa de mi madre me hizo avergonzarme. Sergio podía estar en cualquier sitio, secuestrado o torturado, y yo dejándome tentar por un poco de afecto y una sonrisa atractiva.

«—Dime cuáles quieres y después hablo con el encargado de los pedidos. Con suerte, en diez días están aquí.

—¡Gracias! Me haces un gran favor. Ya te debo dos —titubeé como una colegiala a la que le faltan las palabras para formar una frase ante el chico guapo del instituto.

—Aquello no fue nada. Cualquiera lo hubiera hecho. No estabas en condiciones de conducir y dudo que hubieras aguardado a encontrar transporte público.

—Cualquiera no. Te obligué a retrasar tus citas. No estuvo bien.

—Porque no serán padres. A mí me dicen que uno de mis hijos ha tenido un percance y está en urgencias, y me pongo a temblar como un flan.

—Por ellos somos capaces de todo —añadí asintiendo a su afirmación—. Hasta de las mayores locuras.

—Compénsame con una cena —soltó Gonzalo descolocándome.

—Yo, no sé…

—Digo yo que tendrás que cenar. Si tus hijos siguen en el pueblo, no te espera nadie en casa.

—Terminaré cansada y mañana hay que madrugar —comencé a balbucear a modo de respuesta».

En realidad, me aterraba que algún conocido me viese compartiendo mantel con un hombre. Si me pillaban los padres de algún compañero de clase de mis niños, no dejarían de mortificarme con comentarios insidiosos en el chat del grupo del AMPA[5] del centro escolar.

No obstante, no quería ser descortés con un buen amigo que no había hecho otra cosa que apoyarme desde la desaparición de Sergio. Solo había una forma de solucionar el entuerto.

«—Hacemos una cosa. Según salgo, compro algo de cena en un sitio de comida para llevar que hay cerca de aquí. Contando que querré darme una ducha. ¿Qué tal si vienes a casa a las diez? ¿Te acuerdas de la dirección?

—Sí, claro. Una vez nos quedamos con vosotros mi mujer y yo. Hace años. Antes de tener los críos. Ambos nos acabábamos de casar.

—Parece que hace un siglo —dije melancólica.

—¿Llevo algo? ¿Vino, tal vez?

—Perfecto. Así nos preparamos unos tintos de verano fresquitos».

Y aquí estoy, asegurándome de que tengo hielos en el congelador y refresco de limón en la nevera.

—¿Por qué se me ocurrió invitarlo?

—Eso digo yo. Te podías haber quedado calladita. Un café de máquina hubiera sido suficiente.

—Sergio, no te enfades. Es un buen amigo.

—Que se quiere colar en tu cama.

—Se portó muy bien con Paula.

—Hay transporte público. Además, estaba con tu madre. Por coger un tren no te hubiera pasado nada. Conducir no. Eres demasiado temeraria.

—Pude ir yo sola, pero me pareció escuchar en mi cabeza tu voz diciendo que, cuando me pongo al volante, me gusta mucho pisarle.

—Y es cierto. Te empeñas en ponerte la primera de la fila y no hay necesidad. Tienes muy poquita paciencia con los otros conductores.

—Hubiera batido un récord. De Madrid a Segovia en media hora. Eso sí, me hubiera saltado todos los radares y la colección de multas habría sido de órdago.

¡El timbre! Voy a dejar de hablar en voz alta con Sergio, que como me oiga Gonzalo me va a mirar raro. ¿Dónde he dejado el pintalabios? ¡Aquí! Un poco de rubor en las mejillas tampoco me viene mal. Se me nota el cansancio en la piel. Creo que voy a comprar un frasco de vitaminas, que falta me hacen.

—Buenas noches, Gonzalo.

—Buenas noches, Ana. Ten la botella. Espero haber elegido bien. Reconozco que me han aconsejado en la tienda —añade con una timidez encantadora.

—Tranquilo. Mi paladar no es exigente. Al que se le daba bien era a Sergio. Yo me fiaba de él.

—Y si te fiaras más de mí, mandarías a este pazguato a su casa. ¡Anda, vete a La Rioja a beber vino!

—¡Cierto! Alguna vez que me topaba con un buen caldo, se lo traía.

—¡Bien que lo apreciaba! Yo me desesperaba, ya que por los embarazos y la lactancia no podía ni dar un sorbito, y mientras, él se dedicaba a paladear con su padre los riberas y los riojas.

—¿Qué tal sigue el señor Rodríguez?

—Perdido en su mundo. Confunde a Juan con Sergio. El niño le sigue el juego hasta que el abuelo se da cuenta de que mi peque tiene los ojos verdes y no marrones.

—¡Menudo era el gran jefe!

—A mí me imponía mucho. Recuerdo que, cuando hice la entrevista de trabajo para ocupar el puesto de dependienta, me temblaban las piernas al escuchar su vozarrón. Luego, con el tiempo, descubrí que era un buen tipo. Si mis padres me necesitaban, él no dudaba en darme el día libre sin descontármelo de mis vacaciones.

—La familia era lo primero para él. Por eso, mi propio padre congeniaba de maravilla con Juan Rodríguez. Veían la vida de la misma manera.

—No quiero ni imaginar el disgusto que se debió llevar cuando le dijeras que te ibas a divorciar.

—Bueno, tampoco le hacía mucha gracia que fuera el cornudo de La Rioja. Recuerda que mi ex se largó con otro y que aquella no fue su primera infidelidad.

—Pues poco te importa ponérselos a los demás. ¡Sinvergüenza! No sabes si estoy muerto. Deja de engatusar a la esposa de tu amigo, que soy yo.

Nos hemos sentado en la mesa que he dispuesto en el balcón del salón, donde corre un delicioso aire estival, y comenzamos a cenar. He de reconocer que tengo más apetito del que pensaba. Cuando estoy trabajando, se me olvida hasta que tengo que comer.

—¡Qué bien se está aquí! —exclama Gonzalo observando a los transeúntes por la barandilla.

—No es muy grande, y cuando están los niños lo cierro a cal y canto. Me aterra que se cuelen entre los barrotes y se caigan.

—Yo creo que ya son demasiado grandes para eso. Además, la barandilla les debe llegar por los hombros. Dudo que haya peligro de que se precipiten al vacío.

—Hombre, en algo estamos de acuerdo.

—Lo mismo decía Sergio, pero a mí me da miedo. Me limito a poner las hojas en modo oscilobatiente para que haya corriente con la galería de la cocina si hace mucho calor.

—En parte lo entiendo, pero es una pena. Durante el día, el calor será agobiante. Ahora se está de lujo.

—En verano, Sergio y yo cenábamos aquí cuando nuestros hijos estaban con mis padres en el pueblo. ¡Lo echo tanto de menos! —exclamo rompiendo a llorar.

Toda la fortaleza que he conseguido construir a mi alrededor a modo de corsé para sostenerme, se ha resquebrajado en un segundo. Recordar su risa y los momentos íntimos que solían seguir a estas veladas han podido conmigo.

—Ana. Mi vida. No llores. No me gusta verte así.

—Tranquila. Déjalo salir. No te guardes nada. Llora y desahógate. No hay nadie aquí que te pueda juzgar. Mejor ahora que delante de los niños.

—Es que… una parte de mí me dice que está muerto.

—No, no puedes pensar eso. Sergio regresará a tu lado y volveréis a despertar la envidia de cuantos os rodean. Sois puro amor. Veros junto a los pequeños es la imagen de una familia feliz.

—Al final, Gonzalito, no vas a ser tan cabrón. Aunque más te vale apartarte un poco de ella, o juro que, en cuanto sepa cómo hacerlo, te atormentaré en tus pesadillas. Dame tiempo.

—Tú mismo lo estás diciendo. Éramos felices. No hay motivos para que se haya ido por su propio pie. Si fuera un secuestro, ya habrían pedido un rescate. Tendría que vender alguna tienda para pagar lo que me pidieran por él, pero lo haría sin dudarlo.

—Ana, es ilógico. ¿Quién iba a querer hacerle daño?

—No lo sé, pero es la única explicación.

—¿Qué dice la policía?

—Están perdidos. Ya no saben de qué hilo tirar. Lo último ha sido pedirme una lista de los hoteles a los que solíamos ir. Especulan con la remota posibilidad de que, inconscientemente, en lugar de dirigirse a tu hospedaje, se equivocase y fuese a otro establecimiento. Por el camino, pudo sufrir un asalto o un atraco que terminó mal.

—¡Tonterías! A estas alturas ya habrán identificado los cadáveres de la morgue que aparecieran esa noche. ¡Que estamos en Madrid! No se acumulan los cuerpos sin nombre en las mesas de autopsias durante meses. ¡Menudos ineptos!

—Ya te digo, Gonzalo. Vosotros no os quedáis atrás. Me tenéis delante y no me veis. ¿Es que nadie se da cuenta de que los supuestos palitos del lienzo que tanta gracia os hacen son mis huesitos?

—Es esto te equivocas. Conozco a los investigadores. La subinspectora Bastos es un encanto. El inspector Quintana parece que se ha tragado un palo, pero, por lo que he podido averiguar, es bastante bueno. Es concienzudo, no deja piedra sin levantar. Si ellos no dan con el paradero de Sergio, nadie lo hará.

—Entonces, confía en la policía e intenta olvidarte del tema.

La mirada de cariño de Gonzalo me calma. Permito que sus palabras se filtren en mi conciencia y suelto el aire que mis pulmones han retenido. Nos ponemos a hablar del verano y de los turistas y, al filo de la medianoche, nos despedimos. Al día siguiente, temprano, él regresará a su casa y yo seguiré vendiendo sandalias.

—Me voy a la cama —le digo a la nada.

Desde que los niños se fueron al pueblo, me he acostumbrado a dar «los buenos días» y «las buenas noches» a Sergio. Donde quiera que esté, sé que me escucha. Es más, hay veces que juraría que me

responde. Supongo que es fruto de mi imaginación o del agotamiento, pero incluso noto su mano acariciando mi rostro y sus labios besando mi frente como tantas veces hizo en el pasado.

—Ya me he quedado sola.

—Como mejor estás. No te pierdes nada.

—Es inútil. Nadie me cree cuando afirmo que estás muerto. Todo mi ser me lo dice. Para los demás, es pesimismo; para mí, la realidad. Hasta que se encuentre tu cuerpo, solo tú y yo lo sabemos.

—No abandonaré esta existencia hasta que tu amiga Natalia dé con mi asesino.

—¿Y si fuera a una médium? Aunque seguro que en internet podría encontrar a alguien que me pusiera en contacto contigo, me da que acabarían timándome. No creo mucho en ese tipo de historias, pero tampoco desdeño que haya personas que, de alguna manera, logran traspasar el velo que separa la vida terrenal de la espiritual y pueden hablar con los fallecidos. Sin embargo, me da que esa gente precisamente no es de la que se anuncia durante la teletienda.

—Ana, tampoco sería de gran ayuda. Sí que recuerdo que fui a ver a Gonzalo. No me confundí de hotel. Fijo que era el suyo. El problema es que después todo se desdibuja hasta que me desperté en un estudio de pintura. Podía escuchar otras voces procedentes de los cuadros que me acompañaban. Ellas me explicaron que nos usan como material innovador para crear texturas misteriosas con las que asombran a los posibles compradores. Espero que, cuando sepas que mis huesos, mis ojos y mi cerebro están en este cuadro, no me tires a la basura.

—Me voy a dormir. Buenas noches, cariño.

—Buenas noches, mi amor.

Capítulo 7

Ana

Estoy tumbada en mi cama con Sonia pegada a mi costado derecho, Paula en el izquierdo y Juan sobre mi barriga. Escucho sus suaves respiraciones. Aún están volando entre las nubes en el mundo de las hadas y los duendes. Llegué a última hora de la noche del viernes. Mis peques estaban cenados y jugando en el patio de la casa de mis padres con otros niños de la calle.

Cuando me quedé a solas con ellos, nos sentamos en el balancín naranja del porche y compartimos una tarrina de helado de galletas oreo que no sé cómo había llegado en bastante buen estado al pueblo. Está visto que las bolsas de congelación del supermercado valen para algo.

La herida de Paula cicatriza a la perfección, libre de puntos y sin restos de inflamación. La caída será una anécdota para el recuerdo de la que presumirá al comenzar el curso escolar en septiembre. Una batalla en la peculiar guerra de la infancia. Vendrán más cuando les devuelva las bicicletas mañana, pero ellos han de crecer sin miedo. No deben sufrir las consecuencias de mis agobios.

Hasta mi nariz llega el suave perfume a lavanda de su cabello. Los tres están morenitos y preciosos. Pasar el día al aire libre les ha venido bien. La palidez y la pena por la ausencia de su padre estaban haciendo mella en sus cuerpecitos. Igual que yo no olvido a Sergio, ellos lo incluyen en sus plegarias y, con una naturalidad asombrosa, hablan del plato favorito de su padre o de lo mucho que jugaba con ellos al balón. Aunque sé que mi propio progenitor ha puesto toda su buena intención en llenar su ausencia, los años no pasan en balde. Este fin de semana tengo que sacar un ratito para dar patadas a la pelota.

Sonia se va a despertar pronto. Ha heredado de mí sus pocas ganas de dormir. He de admitir que adoro compartir el ratito del desayuno con ella. Las dos solas en la cocina hablando de lo que vamos a hacer a continuación. También es el momento de las confidencias. Le ha tocado madurar demasiado pronto. Cuida a sus hermanos de una forma tan protectora, que resulta enternecedora. Mi pequeña mujercita.

—Mami —me dice sin abrir los ojos—. ¿Nos levantamos?

—¡Vamos!

Con su ayuda, desplazo a Juan de encima de mí a su nuevo lugar sobre el colchón junto a Paula. Un suave gruñidito de protesta es todo lo que percibo. Se ha vuelto a quedar grogui al calor del cuerpo de su hermana. Los cubro a ambos con una sábana y paso por el baño antes de reunirme en la cocina con Sonia.

Pongo la cafetera al fuego. Una de las de toda la vida, de las que llaman «italianas», de las que hacen un café fuerte y sabroso, que nada tiene que ver con las de cápsulas de hoy en día. No hablemos del instantáneo. Eso es una aguachirle de color marrón y punto. A continuación, parto varias naranjas por la mitad y las coloco en un plato.

—¿Llegas bien? —le pregunto a Sonia, que se ha encaramado a un tajuelo de madera al que yo también me subía de pequeña para ayudar a mi madre a picar los ingredientes de la receta que estuviese preparando en aquel momento.

—Sí —responde agarrando con firmeza el exprimidor eléctrico. Es su cometido especial, preparar una jarra de zumo naranja para nosotras, sus abuelos y sus hermanos. Pensándolo bien, hará falta más fruta.

—Luego nos vamos al ultramarinos a comprar naranjas y lo que necesite la yaya.

Hay una lista de artículos sujeta con un imán en la puerta de la nevera. Sonrío al distinguir la letra de mis tres churumbeles entre las anotaciones de mis padres. Están claras las prioridades de cada uno. Sonia quiere galletas; Paula, chocolate; Juan, helado, mi padre cervezas y mi madre sandía. Me apresuro a añadir las naranjas y los ingredientes para hacer un buen gazpacho para la comida.

Después, me pongo a partir unas gruesas rebanadas de pan de hogaza de miga blanca y esponjosa que me hace paladear al pensar en las tostadas que vamos a desayunar.

—¡Yayo! —exclama mi niña al ver a su abuelo asomando sonriente por la puerta.

—¿Hay café para mí? —inquiere achuchando a Sonia, que ríe con las cosquillas que le hace mi padre.

—Me temo que no, órdenes del médico —contesto recordando las recomendaciones que le han hecho para controlar su tensión alta y su corazón.

—Una tacita pequeña puedo tomar —asegura con la misma cara de pilluelo que pone Juan cuando me pide algo que no debe comer.

—La yaya dice que el tuyo es el rojo —añade Sonia señalando con su dedito un tarro de descafeinado en polvo que hay en la alacena.

Ahogo una carcajada al ver la expresión de resignación de mi padre. Me siento tentada de ponerle esa tacita que desea, pero me contengo. Además de dar buen ejemplo ante mi hija, mejor ser precavidos. Este año, mi familia no resistiría otra pérdida ni una enfermedad grave. Aunque a cualquiera nos puede dar un ictus por el estrés o sufrir un problema de salud que desconocemos, con sus antecedentes de angina de pecho y subidas de tensión no me la voy a jugar.

—Lo siento, papá, te pondré un buen vaso de zumo.

—Si lo está haciendo Sonia, estará buenísimo. Como esas tostadas que vas a preparar.

—Pero la yaya… —comienza a decir la niña, pero esta vez la interrumpo antes de que nos recuerde que hay aguacate en la nevera y pan integral en el carrito.

—Te voy a partir una finita, y le pondré un chorrito de aceite de oliva. Nada de mantequilla ni de mermelada.

—Todavía no se ha levantado tu madre, si me la como rápido no se enterará.

Le observo con el entrecejo fruncido esperando que él mismo se dé cuenta de lo errado de su razonamiento. Mi madre hubiera

valido para detective. Solo con un fugaz vistazo, es capaz de adivinar lo que tu mente todavía no ha llegado a imaginar.

—Vale, he dicho una tontería. Lo sabrá por las migas o por el olor de mi aliento. No tiene sentido engañarla.

—Pórtate bien hoy, y mañana te prometo que voy a por churros al pueblo de al lado. Ya sabes que le encantan. No podrá decirte que no.

—De acuerdo, venga esa tostada.

Los tres desayunamos despacio saboreando nuestras viandas. El abuelo no podrá, pero mi hija se ha metido casi media hogaza entre pecho y espalda. Luego lo quemará corriendo, porque no le sobra ni un kilo. Mis tres niños parecen colas de lagartijas que no dejan de moverse ni separadas del cuerpo.

Cuarenta minutos después, hace aparición mi madre con su vitalidad acostumbrada. Yo necesito el café para ser persona y terminar de despertarme.

—Buenos días, familia —nos saluda mientras dedica una suspicaz mirada a lo que hay sobre la mesa—. Me comeré yo el aguacate o se va a estropear.

—Mamá, Sonia y yo habíamos pensado ir al ultramarinos a comprar lo que tienes apuntado en la lista —me apresuro a indicar antes de que riña a mi padre por saltarse la dieta—. Paula y Juan hasta las once no se van a levantar, pero si quieres aguardamos a que lo hagan y me los llevo también.

—No, no. Deja que duerman. Aunque si tu padre ha terminado de desayunar, mejor que te acompañe. Así os vais dando un paseíto para bajar las grasas y los hidratos de carbono que os habéis zampado.

—Entonces, mañana la niña que no traiga churros para ti, ¿verdad? —apunta con picardía mi progenitor queriendo chinchar a mi madre.

Para ellos, por muchos años que tenga, seguiré siendo tan niña como lo son mis hijos, a pesar de ser una mujer adulta. Sonia va a protestar. Por nada del mundo perdonaría no tener el domingo uno de sus desayunos favoritos. Le doy un suave toque en la rodilla a fin

de evitar que diga nada. Mi madre se ha metido en el lío ella solita, y ya sabrá salir de él.

—Mejor os ayudo a comerlos. No sé quién es peor. Si tus nietos o tú. No tenéis medida a la hora de jalar.

—Nosotras vamos a arreglarnos —anuncio cogiendo la manita de mi chiquitina—. Papá, en veinte minutos te espero fuera.

—¿Yo puedo ir con la bicicleta? —me pregunta Sonia esperanzada—. Iré despacito. No como Paula. Yo no hago carreras.

Prefiero mantenerme callada. Es obvio que mi diablilla pelirroja no se cayó de la bicicleta pedaleando con cuidado como le tengo dicho. Iría en plan kamikaze retada por alguno de sus amigos. Cuando se levanten ella y su hermano, les repetiré por enésima vez las normas básicas que deben seguir si quieren recuperar su vehículo preferido. Como dice mi amiga Pili: «Ya verás cuando te pidan monopatines eléctricos». Por ahí sí que no voy a pasar. Me parecen muy peligrosos, tanto para el que circula sobre ellos como para los peatones y los coches. Nunca sabes por dónde van a salir. Van a lo loco. Al menos, en el pueblo, por ahora están prohibidos. Los chavales pueden utilizar los de toda la vida, pero, si les pillan molestando a los mayores o causando algún problema, se los retiran.

Por fin salimos de casa. A este paso, nos da la hora de comer y seguíamos remoloneando por la cocina. Mi madre ha añadido siete artículos a la lista que no han sido más porque le he recordado que íbamos andando y solo podíamos cargar lo que cupiera en el carro de la compra y en nuestros brazos. Estoy segura de que ya está anotando en un nuevo papel los productos que comprará el lunes.

Sonia pedalea contenta delante de nosotros. Hemos decidido dar una vuelta antes de ir al supermercado. La excusa es que la cría se desfogue, pero en realidad es a nosotros a los que nos apetece hablar sin orejitas escuchando y sin mi amantísima madre fiscalizando.

—¿Cómo estás, cariño?

—Bien, papá. He dormido genial. En el pueblo hace fresquito por la noche. En Madrid, por mucho que abras las ventanas, no se mueve una hoja.

—Me alegro, pero no es lo que te preguntaba. ¿Qué sabes de la investigación? ¿Alguna pista?

—Nada. Están como al principio. Es desesperante.

—No creo que se fuera por voluntad propia.

—Yo tampoco.

—Y dudo que alguien lo secuestrara para pedir un rescate. ¡Que tenéis tres niños, una hipoteca y el suegro en la residencia!

—Más los dependientes, y los gastos fijos de las zapaterías. Ya me hubiera gustado a mí poder pasarme el verano entero aquí con los niños, pero no puedo pagar tanta suplencia.

—Has pensado… —comienza a decir mi padre con voz trémula.

—¿Que puede estar muerto? Sí. A mis hijos intento darles ánimos, pero, después de casi siete meses de espera, opino que es la hipótesis más posible. Otra cosa es cómo murió. ¿Un accidente? ¿Un asesinato?

—Lo raro es que no encuentren su cuerpo. Tal vez lo arrojaron a un contenedor de basura y de ahí pasó al vertedero sin que lo vieran. Mira el cadáver que apareció el otro día enterrado en una montaña de deshechos en Las Palmas.

—¿Somos malas personas por pensar esto?

—No. Y te digo yo que la policía también lo valora, aunque no te lo cuenten a ti.

Continuamos caminando sumidos en nuestros razonamientos durante un rato hasta llegar la final del pueblo. Le digo a Sonia que dé la vuelta y ahora sí que nos dirigimos al colmado.

—Papá, la otra noche cené con un amigo —me decido a contarle al hombre que más quiero en este mundo.

—¿El chico que te acompañó al hospital de Segovia?

—Sí. Bueno, no es tan joven. Tendrá unos cuarenta y cinco años. Es un poco mayor que yo.

—Sé quién es. Estuvo en tu boda y, si mal no recuerdo, también fuisteis a la suya. Creo que es riojano.

—En efecto. Se separó hace un tiempo. Nunca me cayó bien su exmujer. A Sergio tampoco. Incluso hemos comentado que su hijo mayor se parece muy poco a su padre.

—¡Por Dios! ¡Menuda fresca!

—Ya te digo. No sé si Gonzalo se lo ha planeado alguna vez. En cualquier caso, le quiere como si fuera suyo y nunca he visto que haga diferencias entre él y su otro hijo.

—¿Ha venido a Madrid por trabajo?

—Sí. Una colección cápsula de sandalias.

—¿Y eso qué es?

—Es cuando un diseñador de moda o calzado saca una línea muy limitada de pocos modelos y un número pequeño de unidades por cada artículo. Lo hacen aprovechando algún acontecimiento en concreto.

—¿Como cuando tienen por todas partes camisetas de la selección española por el mundial?

—Sí. ¿Te acuerdas el verano que estrenaron la película de *Barbie*? Las niñas nos tenían locos con la dichosa muñeca.

—Puff. No salíamos del *Primark*. Compramos cada chuminada que ponían a la venta.

—Pues este año se han puesto de moda las sandalias de cuña de esparto con tiras metalizadas en diversos colores. La fábrica para la que trabaja Gonzalo ha diseñado unos modelos a buen precio que se venden como churros. Fíjate, que la semana del percance de Paula hice el primer pedido, y esta he tenido que reponer.

—Así que el chico ha venido con el muestrario a Madrid.

—Y a Galicia. El otro día pasó a saludarme, según regresaba a su tierra, para ver cómo iban las ventas.

—Se ha desvíado un poco de su ruta. Hay modos más directos para llegar a La Rioja desde Galicia.

—Me imagino que no solo se acercó a verme a mí. Recorrería las zapaterías de sus otros clientes. Seguro que más de uno le volvió a pedir sandalias.

—¿Dónde fuiste a cenar? ¿A una terraza?

Tardo unos segundos en responder. De pronto, me resulta estúpido haberle invitado a casa por miedo a que alguien nos viera. Por querer disminuir el daño, lo hice mayor.

—En casa —contesto al fin—. Estaba cansada, y pensé que así sería más difícil que alguien nos viera. Pero me equivoqué. Cuando lo sepa mamá, se va a enfadar y con razón. Va a decir…

—Ana, para —dice mi padre deteniéndose delante de mí y poniéndome sus manos en los hombros.

Alzo mi mirada hasta él y sus ojos se topan con los míos. Unas lágrimas amenazan por derramarse por mis mejillas. Si no brotan, se debe a la autocontención que hago. No quiero que mi hija me vea así. No puedo flaquear y que ella lo perciba. Las guardaré como en tantas otras ocasiones. Me meteré un puño en la boca y ahogaré el grito que pugna por salir de mi boca.

—Yo no le voy a contar nada a tu madre, de modo que, si tú no se lo dices, no se va a enterar. Sé cómo es. La adoro. Daría mi vida por ella igual que por ti y mis nietos, pero también soy consciente de sus defectos. Entiéndeme, no es mala. Su único deseo es protegerte. Sin embargo, las enseñanzas que recibió de niña en estas mismas calles, perduran grabadas a fuego en su mente. En algún momento comprenderá que las posibilidades de que Sergio vuelta a estar con nosotros, disminuyen a pasos agigantados según avanza el calendario. Tú eres joven y, si en algún instante del futuro decides rehacer tu vida, será tu decisión. No debes tomarla por «el qué dirán» ni por prejuicios ajenos. Esos niños crecerán mejor con un padre a su lado. No es que tú lo vayas a hacer mal o no seas suficiente. Te bastas sola, mi niña. Eres muy capaz de eso y de lo que te propongas, pero todo es más fácil si tienes un hombro en el que descansar la cabeza por la noche.

—No siento nada por Gonzalo. Es un buen amigo.

—Que dejó su trabajo empantanado por traerte con Paula. Eso le da muchos puntos positivos a mi juicio. ¿Es guapo?

—Es atractivo. Simpático, amable, buena persona…

—¡Vaya dechado de virtudes! ¿Cuándo lo voy a conocer?

—¡Papá!

Sonia me rescata al instarnos a darnos prisa. Se ve que tiene miedo de que la reserva de galletas del ultramarinos se agote antes de que lleguemos.

Me alegro de haber venido. Estar con los míos es justo lo que necesitaba.

Capítulo 8

David

Son las cuatro de la tarde, y desde mi mesa observo a Natalia sentada junto Ramiro y Carlota. Se están repartiendo los hoteles de la lista que nos pasó la mujer de Sergio Rodríguez entre la agente y la subinspectora. Prefiero que vayan en persona y hablen con los recepcionistas y los gerentes. Aunque la teoría de que se confundiera de lugar a la hora de ir a ver el muestrario sea errónea, considero que con esas visitas obtendremos otros detalles sobre el desaparecido, su esposa y Gonzalo Lamas.

—Si conseguís los datos de otros representantes de calzado, también nos serán útiles —les digo interrumpiendo su conversación —. A medida que los tengamos, Ramiro puede ir buscando información en internet.

—Hecho, jefe —responde Natalia—. No son tantos. El mayor problema será que no pillemos al mismo personal que estaba trabajando la noche de la desaparición y nos toque volver mañana.

—Algunos ni seguirán empleados en los hoteles —apunta Carlota—. En ese sector hay mucha temporalidad. Incluso puede que ahora nos los encontremos en otros establecimientos de hostelería.

—¡Genial! Plena ola de calor y dando patadas por la ciudad. ¡Nos vamos a derretir! —se queja la subinspectora.

—En mis tiempos se llamaba «estamos en julio». De toda la vida se ha dicho que del 15 de julio al 15 de agosto es la época de más calor del año —afirmo recordando lo que siempre oí comentar a mis padres y a mis abuelos—. Ahora todo son DANAS, ciclogénesis o estrés estival. Nos hemos vuelto unos blanditos.

—Claro, pero tú y Ramiro os vais a quedar aquí con el aire acondicionado mientras nosotras nos vamos a la calle a sufrir —

protesta Natalia.

—Para algo soy el jefe —alego complacido.

El sonido estridente del teléfono fijo termina con las protestas. Me apresuro a responder y tomo nota de lo que mi interlocutor me está diciendo. Está visto que quien ríe el último lo hace más y mejor.

—Esto me pasa por hablar. Me han llamado los de arriba. Ha desaparecido un promotor inmobiliario íntimo amigo del concejal de Urbanismo.

—David, puedo ir yo y que Carlota se encargue de los hoteles —sugiere Natalia al ver mi cara de circunstancias. Sé que no pondrán ni un «pero» si delego en ellas y yo continúo trabajando desde la oficina. Sin embargo, una orden directa de mis superiores no es posible obviarla.

—No. Mejor seguimos con el plan. Preveo que nos van a presionar para que encontremos al amigo del político a costa de abandonar la búsqueda de Sergio.

—¡Eso no está bien! —exclama Carlota. La inocencia todavía no ha abandonado su mente. Es una agente joven que tiene mucho que aprender—. Los dos hombres son igual de importantes.

—Lo sé, y en esta Unidad no dejamos de trabajar en un expediente hasta que aparece la persona, viva o muerta. Por desgracia, salvo que os topéis con algo interesante al ir a los hoteles, el caso de Sergio está en pausa.

—Por mucho que me fastidie —comienza a decir mi subinspectora—, si el promotor ha sido echado en falta hace poco, las pistas estarán frescas y será más sencillo dar con él.

Asiento con la cabeza. Su proverbial intervención ha calmado los ánimos. Me despido de mi Unidad y me dirijo a la dirección que me han dado por teléfono. Como me esperaba, la vivienda de Casimiro Gómez, que así se llama el promotor, está situada en una de las zonas más caras de Madrid: la Moraleja. Aunque podía haber residido en alguna de las viviendas que su empresa ha construido, se ve que son poco glamurosas para su familia.

Al bajarme del coche, saludo a la patrulla que hace guardia en la puerta de la propiedad. Chasqueo la lengua, molesto. A bote pronto, se me ocurren cuatro o cinco sitios donde el par de agentes

realizarían un mejor servicio que haciendo de niñeros de un grupito de pijos que fijo que ya tienen su propia seguridad. Me imagino que su amigo el concejal quiere que vean que ha puesto firmes a los policías.

Una amable doncella sudamericana me franquea la entrada y me invita a seguirla hasta el salón.

—Enseguida viene el señorito Gómez a hablar con usted.

—¿Y la señora? Me gustaría hablar con ella.

—Está descansando.

¡Genial! ¿Para qué me habré molestado en venir? Que no me toquen mucho las narices, que la cito en comisaría y se acabó la tontería. Debo tranquilizarme. De malos modos solo conseguiré una amonestación. Sonrío a la chica de servicio y, mientras espero, echo un vistazo a mi alrededor.

El salón es frío e impersonal. En una estantería, veo varios marcos de fotos en los que identifico al matrimonio Gómez y a sus hijos. Contemplando las instantáneas, me hago una idea de cómo se criaron. Sus padres considerarían que eran una molestia a la hora de socializar. Las fiestas y los viajes de lujo se compaginan mal con los horarios escolares. El uniforme con el que aparecen los chavales en una de las capturas es de un internado inglés de esos con renombre mundial. ¿Irían también al extranjero para cursar sus estudios universitarios? En mi opinión, si quieres estudiar una carrera, no hay que salir fuera de España. Contamos con excelentes facultades públicas que pagamos todos con nuestros impuestos, y un número aún mayor de privadas. Quizá para un máster en concreto te veas en la necesidad de matricularte en la universidad de otro país. En caso contrario, son ganas de fardar y aparentar.

—Buenas tardes, inspector Quintana.

El hombre que ha entrado en la habitación es un calco de su padre, con menos kilos y más pelo, pero con la misma expresión de astucia que el desaparecido. Camina con paso decidido hacia mí con la mano extendida, la cual me apresuro a estrechar. No me inmuto ante el examen visual al que me somete. Estoy habituado a ver cómo la gente con abultadas cuentas corrientes considera que el resto del mundo es inferior a ellos. Mi atuendo es formal y, salvo la

marca, no tiene nada que envidiar al suyo. Sonrío mentalmente al rememorar la manera en que mi querida Teresa aprovecha las rebajas para adquirir ropa buena con grandes descuentos para los dos. Mi mujer es un lince para las ofertas.

—Buenas tardes, señor Gómez.

—Puede llamarme Casimiro, el señor Gómez es mi padre. Tome asiento, por favor. ¿Un café?

—Sí, gracias.

—¿Cómo le gusta?

—Solo y sin azúcar.

—Matilde, tráenos un par de tazas. Gracias.

Aguardo a quedarnos solos y, puesto que mi anfitrión no dice nada, decido empezar a preguntarle detalles de la desaparición de su padre.

—¿Y está seguro de que no se ha ausentado por trabajo? Tal vez se haya ido a comprobar la marcha de algunas obras y no se lo ha comunicado a ustedes.

—Tenemos gente que se encarga de ese tipo de cometidos. Además, aunque mi padre es la cara visible que el público ve en los medios de comunicación y en las vallas publicitarias, actualmente, la parte administrativa la llevo yo.

—Él es el «relaciones públicas» y usted es la sombra del gran hombre.

Me es difícil contener la sonrisa que pugna por florecer en mis labios. Si Natalia estuviese aquí, pondría los ojos en blanco. Desde que he venido, no hago más que oír respuestas ensayadas. Casimiro hijo finge el dolor que se supone que debería estar sintiendo ante la ausencia de su progenitor. El muy idiota se pensará que me engaña. Con los años que llevo trabajando en la Unidad de Personas Desaparecidas, no me hace falta un detector de mentiras para saber cuándo un familiar me está mintiendo.

—Los dos trabajamos en la empresa, junto con mi hermano Mateo, que es el abogado de la firma —añade haciendo una minúscula pausa para que me quede clara la amenaza: si le incordio, me mandará al letrado de la familia a ponerme en mi sitio.

—Mire, hace una hora, mientras estaba en la comisaría, me ha llamado el Comisario presionado por el concejal de Urbanismo. Como usted, yo también tengo una torre de expedientes en mi despacho que me mantienen muy ocupado. Si lo he dejado todo y he venido hasta aquí, ha sido por deferencia a su familia. Que le quede una cosa muy clara: como continúe mintiéndome y ocultándome información, me marcho. Hay niños que lloran cada noche llamando a su padre o a su madre porque ha desaparecido. Basta de amenazas. ¡Cuénteme la verdad o me largo!

La nuez de mi anfitrión se mueve de arriba abajo a la vez que una vena palpita en su sien izquierda. Es un hecho que le he cabreado. Apuro mi taza y hago el amago de levantarme.

—¡Espere! —me ordena haciéndome un gesto para que continúe sentado. Por el contrario, él se pone de pie y se dirige hacia la puerta. La abre, se asoma fuera, y la vuelve a cerrar. En esta ocasión, con llave. Es evidente que no quiere que nos interrumpan.

—Lo que le voy a contar no puede salir de esta habitación, ¿de acuerdo?

—Puede estar seguro de que no voy a filtrar nada a la empresa, pero, si considero que son datos relevantes, se los transmitiré a mi equipo. Si quiere que encontremos a su padre, no hay otra opción.

Casimiro valora durante unos segundos lo que le he dicho. No le gusta, pero no es tonto. Se está jugando la vida de su progenitor. Intuyo que, si no le quisiera, no habría presionado a sus conocidos hasta traerme al hogar familiar.

—El matrimonio de mis padres es pura fachada desde hace más de una década. Duermen en cuartos diferentes y hacen vidas separadas. Sin embargo, el mundo de las finanzas sigue siendo bastante convencional. La gente de a pie se siente más predispuesta a invertir sus ahorros en una casa que solo ven en unos planos, si la persona que se la oferta da una imagen de formalidad. Una pareja bien avenida con hijos, símbolo de una genuina empresa familiar, aporta seguridad.

—Eso se llama tener pocos escrúpulos.

—Son negocios, inspector. Nosotros nunca hemos dejado tirado a nadie. Cuando comenzamos una construcción, la terminamos.

Quizá nos excedamos en los plazos, pero cumplimos. No todos nuestros colegas pueden decir lo mismo.

—De acuerdo. Por el momento, el tema empresarial lo postergamos. Continúe con su narración.

—Anoche, mi madre no estaba aquí. Aunque tanto ella como mi padre son discretos, ambos tienen sus amantes. Mis hermanos y yo preferimos no saber los detalles. Mientras no aparezcan retratados en el papel cuché, nos da lo mismo. El caso es que ella volvió de madrugada y se fue directamente a su dormitorio. Esta mañana, a la hora del desayuno, al ver que él no bajaba, se dio cuenta de su ausencia.

—De modo que, al hacer la denuncia, han mentido al afirmar que se ha esfumado al salir a correr por la urbanización —expongo enfadado—. Han entorpecido la investigación. Además de ser un delito, su negligencia puede haberle costado la vida a su padre.

—No culpe al mensajero —niega Casimiro hijo moviéndose incómodo en la silla. Es la primera vez que pierde el aplomo desde que iniciamos la conversación—. Fue una decisión de mi madre. No tuve nada que ver. Cuando me he enterado de la situación, he llamado al concejal para intentar solucionarlo. Es un buen amigo de la familia desde hace años.

—Lo supongo.

Si a mí me dieran un abultado sobre de dinero u otra prebenda por favorecer a ciertas empresas o por mirar hacia otro lado, también sería un fiel amigo de tan generosa persona.

—El caso es que subieron al dormitorio de mi padre y comprobaron que no había dormido en su cama.

—¿Cuándo estiman que desapareció en realidad?

—Ayer por la tarde mi madre se marchó a las ocho, pero él salió antes, sobre las siete, para jugar al pádel.

—Traducido: para ver a su amante.

—Lo más seguro. Desde entonces, no sabemos nada de él. Mi progenitora, por aquello de evitar un escándalo aún mayor, prefirió decirle al agente de policía con el que habló, que su esposo no volvió después de salir a correr temprano. Pensó que así eludiría dar detalles de su particular situación marital.

—¿Dónde está? Quiero hablar con ella.

—Voy a avisarla. Consideré que era mejor que primero le explicase yo los detalles del matrimonio de mis padres, para que pudiera entender el motivo de sus acciones.

Le miro en silencio con el ceño fruncido. Estoy cabreado. Muy cabreado. Nos presionan para encontrar a su padre, pero se permiten el lujo de callarse información esencial. Valoro seriamente no llevarme a la madre y al hijo a comisaría detenidos y dar el chivatazo a los periodistas para que estén en la puerta haciendo fotos. Casimiro es listo y se abstiene de hacer ningún tipo de comentario. Sabe que no puede tensar más la cuerda sin salir perjudicado.

No tarda ni cinco minutos en aparecer acompañado de su progenitora y otro hombre más joven. Se parecen mucho. Diría que es el hermano mediado. En el impase de espera, he leído un breve informe que me ha enviado Ramiro. Le he pedido a mi equipo que amplíe la búsqueda en hospitales y en la morgue a la tarde anterior desde las siete.

—Inspector Quintana, le presento a mi madre, Luz Panel, y a mi hermano, Mateo.

—El abogado —afirmo estrechando la mano del recién llegado, que no muestra la sorpresa de Casimiro. Aunque el vástago mayor sea el que ayuda al padre, acabo de conocer al cerebro de la familia.

—El mismo. Veo que usted también ha hecho los deberes.

Me apuesto el sueldo de un año de que antes de llamarme ya sabía hasta el pie que calzamos cada uno de los miembros de la Unidad de Personas Desaparecidas. Estoy orgulloso de mi equipo. Acaban de demostrar su eficiencia dándoles una patada en la espinilla a estos estirados.

Durante un rato, escucho a la dueña de la casa. No aporta nada nuevo a lo que ya me contó su hijo, pero insisto por si de repente recuerda algo importante.

—Voy a necesitar las grabaciones de la cámara de seguridad de la urbanización. Aunque he visto que esta mañana ya mis compañeros cursaron una petición, al ampliar la horquilla temporal

de la desaparición, requeriremos más vídeos de vigilancia. Si llamo yo a la empresa, tardarán. De modo que si…

—Deme un segundo —contesta el abogado, que ha captado mi indirecta.

Pido hablar con el personal de servicio, pero, como ya suponía, no saben nada. Las dos mujeres encargadas de la limpieza y la cocina llegan a las nueve, y el jardinero no tiene que venir hasta el viernes.

—En una hora, su informático recibirá los vídeos que ha solicitado —asegura Mateo Gómez cuando me despido de él y su familia para regresar a la oficina. Aquí no puedo hacer nada más.

Mientras conduzco, pienso en qué estampa tan diferente presentaban la mujer de Sergio y sus tres pequeños el pasado enero. Aquel día hubiera deseado ser un superhéroe para devolverles a su padre. En cambio, hoy no me parecería extraño que al final resultara que el promotor inmobiliario ha huido a un paraíso fiscal con su amante y los bolsillos llenos de dinero.

Cuando entro en la oficina, descubro a Natalia hablando por teléfono con alguien. En cuanto me ve, aparta el auricular y me suelta la bomba:

—David, anoche apareció un hombre muerto en un polígono industrial. Los agentes pensaron que era un vagabundo y su cuerpo estaba en un rincón del depósito esperando a que los forenses tuvieran tiempo de examinarlo. Al recibir tu mensaje, les he instado a que tomaran sus huellas para cotejarlas con las de Casimiro Gómez, que consiguieron los de la científica esta mañana en su despacho.

—¿Y?

—Es él. Estoy hablando con homicidios para pasarles el caso.

—Diles que ahora les llamo para contarles lo que me han dicho su mujer y sus hijos esta tarde.

Por una parte, me alegro de no tener que seguir con la investigación. Solo hemos perdido unas horas y podemos volver a nuestros expedientes de desaparecidos. Pero mi instinto me dice que no va a ser la última vez que el nombre del promotor se pronuncie entre estas cuatro paredes.

¡Ojalá me equivoque!

Capítulo 9

Ana

¡Por fin es viernes! Se me ha hecho larguísima la semana. Es increíble que, con cuarenta grados, derritiéndose el asfalto, la gente salga de compras. Es cierto que la mayoría de clientes que han entrado en las zapaterías entre las doce del mediodía y las ocho de la tarde han sido turistas. Los madrileños, o venían a primera o a última hora. Aunque, bien pensado, menos mal. A nivel de dependencia, estamos bajo mínimos. He conseguido sortear las vacaciones de los empleados sin contratar a más gente que el chico nuevo que comenzó a trabajar tras la desaparición de Sergio.

Estoy esperando sentada en una terraza con un tinto de verano en la mano a mis amigas. Vamos a celebrar mi santo. Con mi familia ya lo festejaré mañana. Ya llega Pili.

—¡Hola, belleza! Te vendes cara —me dice dándome dos besos.

—El día tiene pocas horas. Necesitaría que fueran treinta en lugar de veinticuatro para hacer todo lo que me gustaría —afirmo resignada.

—Voy a pedir lo mismo que tú. ¿Natalia?

—Me acaba de mandar un mensaje. En diez minutos está aquí.

A las diez menos cuarto, estamos por fin las tres juntas disfrutando del ligero aire que corre. He buscado una cafetería situada en un cruce para estar algo más frescas. Es de noche y seguimos a treinta y dos grados.

—¿Dentro de dos domingos ya te traes a los niños? —inquiere la policía.

—Sí. Mis padres necesitan vacaciones también —respondo riendo—. A ver, que están genial, pero tres renacuajos que no paran

quietos requieren mucho esfuerzo. Con ellos no hay siestas ni reposo. A las cinco, a la piscina, porque en casa ya no aguantan.

—¿Cómo te vas a organizar lo que resta de verano? —quiere saber Pili.

—Por las mañanas van a ir a una ludoteca. En su colegio. Al ladito de casa. Saldrán a las dos menos cuarto. Los recogeré y a casita a comer.

—¿Y por la tarde?

—No puedo pagar más sueldos, así que he decidido que, durante el mes de agosto, cada zapatería cierre dos tardes de lunes a sábado. El personal irá rotando de una a otra. De esa manera, yo estaré con los niños y los dependientes tendrán sus vacaciones.

—Los locales están cerca. Si van a uno a comprar y está cerrado, se pueden acercar a otro —afirma Natalia.

—Exacto. Esa es la idea. Soy consciente de que perderemos ventas, pero también las perdemos los domingos. Mi suegro se negó siempre a abrir ese día porque consideraba que el horario es lo suficientemente amplio como para que la gente encuentre un hueco libre.

—Como el del *Mercadona*. Aquí estáis acostumbrados a que las tiendas casi abran las veinticuatro horas los siete días de la semana. En otras ciudades, dependiendo de la Comunidad Autónoma a la que pertenezcan, solo se permite la apertura un número determinado de domingos y festivos.

—En Castilla y León creo que son unos ocho —afirmo recordando el horario comercial en Segovia, donde mis padres se acercan durante el verano a adquirir lo que no llega al pueblo.

—A mí me parece lógico. Nos hemos vuelto muy comodones —añade Pili—. Antes ibas al supermercado los viernes y llenabas el carrito con todo lo necesario hasta el lunes. Ahora, si nos falta algo, corriendo a buscarlo. Por cierto, ¿los polis libráis los sábados y los domingos?

—En teoría sí, pero depende de los malos —contesta Natalia encogiéndose de hombros—. Digamos que hacemos turnos para estar de guardia localizada. No hace falta que estemos en la comisaría.

—Os llevaréis el trabajo a casa —digo al considerar lo difícil que me resulta a mí desconectar al salir de las zapaterías—. Como haya un tema que me preocupe, le estoy dando vueltas sin parar.

—Entonces, eres como David. Yo creo que hasta durmiendo continúa dándole al coco. Su mujer se queja por ello.

—Pues como hacía Sergio. Él me regañaba por ser tan obsesiva y no le faltaba razón.

—¡Y lo sigues haciendo, bonita! ¿A que le sigues dando vueltas a la cena con Gonzalo?

—¡Anda! ¡Eso no lo sabía yo! —interviene Natalia uniéndose a Pili.

—¿No queréis otro tinto de verano? —les sugiero tratando de distraerlas, pero me da que no me voy a librar de responder a sus cuestiones—. Es mi santo. ¡Vamos a celebrarlo!

—Pedimos otra ronda, pero háblanos de Gonzalo —me pide Natalia.

—¿Me lo preguntas como amiga o como la subinspectora que investiga la desaparición de Sergio?

—Estoy bebiendo, así que estoy fuera de servicio —responde algo incómoda la policía. Ahora, la que se siente mal soy yo. Por intentar esquivar el cuestionario, he sido una cabrona.

—Perdona. Ha sonado fatal —reconozco avergonzada—. No iba con indirectas, es que me da apuro hablar de Gonzalo.

—No te preocupes —niega Natalia. Si es que encima es buena gente. Me lo ha demostrado miles de veces—. Sé que no nos conocimos en las mejores circunstancias, pero, por encima del desempeño profesional, soy tu amiga. Hasta ahora, mi superior no me ha hecho inhibirme del caso.

—¿Qué harás si te lo ordena? —inquiere Pili.

—Abandonaré la investigación. Cualquiera de mis compañeros de Unidad puede hacer lo que hago yo. No es porque sean ellos, pero te he asegurado que no hay nadie mejor que nosotros para encontrar a tu marido. Por desgracia, cada semana el número de expedientes abiertos que cubren nuestras mesas aumentan. Si no es en uno, podré trabajar en otro. Sin embargo, los amigos son mucho más difíciles de encontrar. Con mi curro no es sencillo mantener ni

las relaciones de pareja ni las amistades. Para mí sois importantes, chicas.

—Me has hecho llorar —gime Pili entre sollozos.

—¡Mira que eres blandita! —exclamo al ver los lagrimones que se deslizan por sus mejillas. Yo estoy haciendo esfuerzos por no imitarla, pero, si nos ponemos las tres a gimotear, nos echan de la terraza—. A ver si estás embarazada.

—¡Quita, quita! —niega Pili—. Tengo cuarenta y dos años. Con mi pequeño Ricardo de ocho he cerrado la fábrica.

—Pero una niña… —apunta Natalia.

—Mis ansias de muñecas y lacitos las sacio con Sonia y Paulita. No me seáis cafres, que la liamos. Y delante de Javier ni mu.

—¿Tu marido quiere otro hijo? —inquiero curiosa.

—Ya sabes que dicen que las niñas son de los padres y los niños de las madres. Asegura que necesita una hija. Va a ser que no. Venga, Ana. Desembucha.

No tengo escapatoria. El problema es que no sé qué decir porque ni yo misma soy capaz de discernir los sentimientos que me inspira Gonzalo.

—Os conté que cenamos en casa. Nada serio. Lo hice por comodidad y porque no me apetecía que me viesen con él.

—Lo que piensen los demás no debería importarte —argumenta Pili.

—Sí, si empiezan a cuchichear de mí los padres de los compañeros del colegio de mis peques, y después les sueltan cualquier tontería que ellos no entiendan. Como que nunca quise a Sergio, que estoy encantada con su desaparición, que solo han pasado seis meses, que vaya forma de guardar su ausencia…

—Me gustaría estar de acuerdo contigo —comenta Natalia mirando a Pili—, pero Ana tiene razón. Incluso mis colegas de Unidad la verían como una viuda negra que se va cargando maridos para engrosar su patrimonio.

—Pues con el viajante me da que es al contrario —replica mi amiga—. Divorciado, con dos hijos y todo el día yendo de una ciudad a otra cargando maletas. Visto desde fuera, él es el que gana con esta relación.

—Claro, y por eso Gonzalo hizo desaparecer a Sergio —replico con sorna—. Así se queda con las tiendas y con la viuda rica. El problema es que ahora mismo tengo que hacer malabares para llegar a fin de mes con tres niños y un suegro dependiente. Vamos, que soy un partidazo.

—Visto de ese modo…

—Pili, quédate tranquila. Al represente de calzado le investigamos en cuanto supimos que Sergio se dirigía a verle en su hotel cuando desapareció. No encontramos nada extraño. Es más, a mí me parece un santo. No todas las personas tienen una relación tan civilizada con su ex, y mucho menos si el motivo de la separación es que le pusieron los cuernos.

—¿Ves? —le pregunto satisfecha a Pili.

Aunque no me hacía falta contratar a un detective para husmear en el pasado de Gonzalo para saber que es buena gente, me alegra escuchar que es tan noble como aparenta. Lo supe desde el primer momento en que lo conocí, cuando apareció con su muestrario en la zapatería de la calle Fuencarral donde comencé a trabajar. Nos trató y nos saludó a los dependientes con el mismo respeto e idéntica educación que al dueño. Hay algunos viajantes que miran por encima del hombro al personal, puesto que solo les interesa hablar y hacer la pelota al propietario de los establecimientos para que les haga un pedido grande con el que ganarán una cuantiosa comisión. ¡Ilusos! Si sus artículos no los venden los dependientes, se quedarán arrinconados en las estanterías y, cuando vuelvan, se encontrarán con que los jefes no tienen tan buena disposición a adquirir sus productos.

—Entonces, ¿cuál es problema de que te vean con él, Ana?

—Pues que me juzgarán por no quedarme en casa esperando a mi marido —respondo nerviosa.

Ahora mismo no sé si llorar o reír. Ambas sensaciones me embargan. ¡Es tan frustrante!

—Cielo, te lo comenté en su momento —comienza a decir Natalia agarrando mi mano derecha mientras Pili posa su mano en mi rodilla y le da un suave apretón—, deberías concertar una cita con un psicólogo. Puedo facilitarte un par de nombres con los que

trabajamos. Te ayudarán a gestionar ese cúmulo de sentimientos que te desbordan y te impiden seguir adelante.

—Y a los niños les vendría bien también —añade Pili—. De acuerdo que en el colegio les hace un seguimiento el psicólogo del centro, pero alguien externo quizá sea mejor.

—El del cole es agradable. A mis hijos les gusta.

—Aunque seguro que es un excelente profesional —argumenta Natalia—, estará desbordado si tiene a su cargo a los miles de chavales que estudian allí. Además, hay grupos de apoyo para familiares de desaparecidos.

—¿Y qué se supone que tengo que hacer? ¿Ir a un local donde haya un montón de sillas en círculo, en el que te pones de pie y comes donuts rancios que intentas tragar bebiendo un café vomitivo como en las películas americanas?

—Algo así —ríe la policía—. Hablar con personas que están pasando por lo mismo que tú, hará que esos pensamientos negativos que pasan por tu cabeza no te parezcan tan insanos.

—En cuanto a Gonzalo, en tu mente has pasado de cero a cien en un segundo —interviene Pili—. Habéis cenado juntos. Perfecto. Sois amigos desde hace años. ¿Por qué no vas a seguir quedando con tus amistades masculinas? ¿Se supone que solo puedes salir con chicas?

—Imagina que descubres que ahora te van las mujeres —bromea Natalia con su chispeante humor—. Nosotras somos más interesantes que los hombres. Cuesta encontrar uno decente.

—¿Piensas cambiarte de orientación? —le pregunto a la poli en el mismo tono jocoso.

—Lo estoy pensando. A lo mejor es hora de ampliar horizontes. Tal vez nos estamos perdiendo algo bueno con tanta testosterona.

—Yo a mi churri no lo cambio por nadie —afirma Pili.

—Javier es un encanto. Igual que mi Sergio. Con ellos se rompió el molde.

—Pero si llega un momento en que un nuevo amor llama a tu puerta —señala Natalia mirando fijamente—, le abres la puerta y le permites pasar. Es una de esas personas que conviene mantener cerca.

—Venga, que ya hemos hablado mucho de mí. ¿Cómo va vuestro verano? —inquiero cansada de tanto psicoanálisis bienintencionado.

La primera en contarnos sus planes es Pilar. Se va ir con su marido y su hijo quince días a la Costa Blanca a ponerse morena y darse largos paseos por la playa. ¡Qué suerte! A mí, la semana que pasé en junio con mi familia en Estepona me parece ya algo lejano. Si alguna vez me toca la lotería y gano mucho dinero, me compraré una casa en primera línea de playa y, de junio a septiembre, no me moveré de allí. Contrataré suficientes dependientes para las zapaterías y a disfrutar del verano.

Natalia tuvo una quincena de vacaciones en junio y hasta otoño no podrá disfrutar de la otra que le corresponde. Eso me consuela un poco.

—Ahora se va ir Ramiro, el informático. A Carlota no se le dan mal los ordenadores, así que nos arreglaremos.

—Leí lo del promotor inmobiliario en el periódico —les comento a mis amigas—. Que primero se pensó que era una desaparición y después lo encontraron muerto.

—Eso fue culpa de su mujer —nos cuenta Natalia—. No puedo entrar en detalles, pero digamos que no nos dio toda la información al hacer la denuncia y, por su culpa, nos demoramos en encontrarlo.

—¿Os ocupasteis vosotros de la investigación?

—Durante unas horas, luego se la pasamos a los inspectores de Homicidios. En cuanto tuvimos sus huellas y las metimos en el sistema, descubrimos que pertenecían al cuerpo de un varón desconocido que estaba en la morgue. Todo apunta a que le clavaron un cuchillo en el vientre para robarle. Lo que en estos momentos tratan de averiguar los compañeros es qué hacía en el polígono a esas horas de la noche. Se supone que salió de su casa para reunirse con su amante, no para hacer negocios extraños.

—¿Un club clandestino? —sugiere Pili pensativa.

—¡Tú ves muchas películas! —contesta la subinspectora riendo.

Otra familia destrozada. Es desesperante. Tantas incógnitas y tan pocas respuestas.

Capítulo 10

Natalia

Se nota la ausencia de Ramiro. Aunque a Carlota se le dé bien el tema informático, vamos lentos sin nuestro joven compañero. David se ha estado resistiendo, pero al final ha tenido que pedirle al Comisario que nos envíe un agente con conocimientos tecnológicos para reemplazar a Ramiro. Como después se irá Carlota de vacaciones, será todo un mes el que necesitemos al sustituto en la Unidad.

—¿Sabemos algo del nuevo? —le pregunto al inspector a primera hora de la mañana—. Estoy desbordada. Cuando ves a Ramiro, te parece que le da a un par de teclas y listo. Tiene la información. Sencillo y rápido. Luego te pones tú y, si no se cuelga el ordenador, te dice que no encuentra lo que has pedido.

—Yo hago lo que puedo —se disculpa la pobre Carlota.

—Tranquila, bastante haces compaginando tus tareas y ayudándonos a la vez —la tranquiliza nuestro jefe—. Me han dicho que esta tarde ya tendremos con nosotros a Jesús. Es jovencito, veintitrés años, pero los de Antivicio dicen que es una joya. Encontró unas cuentas bancarias ocultas a la vista de todos que a los de Delitos Financieros le habían pasado desapercibidas.

—¿Y por qué no se lo quedan ellos? —inquiero suspicaz.

—Según me ha dicho el Comisario, se pasó de listillo e hirió ciertas sensibilidades. Es demasiado bueno para enviarlo a otra comisaría, así que, por el momento, se viene a nuestra Unidad.

—¿Nos lo podemos quedar? —le ruego a David—. Siempre estamos justos de personal y, además, «perdemos» mucho el tiempo delante de los ordenadores en lugar de estar hablando con sospechosos.

—Eso, eso —jalea Carlota—. Que estoy harta de ver cómo os vais a patear la calle, mientras a mí se me está poniendo el culo gordo de estar sentada. Pensad que Ramiro no da abasto con todas las tareas que le encargamos.

—Bueno, por el momento veamos cómo funciona este mes y luego hablamos. Ya que tenemos la oportunidad de probar qué tal se adapta a la Unidad estas semanas, no la vamos a desperdiciar. Si en lugar de ser una ayuda es un estorbo, se va por donde ha venido.

No es que seamos unos hurones, pero nos conocemos y funcionamos como una maquinaria bien engrasada. Creo, y dudo que me equivoque, que precisamente ese el motivo del alto número de desapariciones resueltas en nuestra Unidad. Así que entiendo los recelos de David: si Jesús es un incordio, puede ralentizar el ritmo de trabajo. Sin embargo, es un hecho que necesitamos más gente. Habrá que darle una oportunidad al novato.

Por la tarde aparece el Comisario con un chaval a su lado. Se meten en el despacho del inspector y, al poco rato, el jefazo se marcha solo.

—Bueno, chicas, os presento a Jesús. Como veis, he pedido que nos pongan una mesa de escritorio y un ordenador para él. Me parecía lo más lógico, puesto que primero hará las vacaciones de Ramiro y luego las tuyas, Carlota. Así no tiene que ir rotando de un lugar a otro.

Sonrío ante el detalle que ha tenido David. Sabe que tanto el uno como la otra son muy suyos con sus ordenadores. En general, cada cual personaliza su terminal a su manera, y no es agradable que un intruso trastee en tu portátil o en tu CPU, por muy buenas intenciones que le muevan. Nuestros equipos, en teoría, pertenecen a la Unidad, no son privados, pero, en la práctica, yo no uso el de mis compañeros ni ellos el mío. Aunque todos tenemos acceso a los archivos comunes, después cada uno creamos los nuestros e, incluso, usamos determinados programas que el resto no necesitan.

—Estaréis un poco más apretados —continúa diciendo David con timidez.

—No importa —responde Carlota atusándose el pelo.

¿Está tonteando con Jesús? He de reconocer que es guapo el chaval. A pesar de ser un cerebrito, posee un cuerpo cincelado por largas jornadas de entrenamiento. No tiene pinta de ser de los que se atiborran a patatas fritas mientras juegan *online* con otros frikis.

Carlota tiene seis años más que él. No obstante, posee un rostro angelical que la hace parecer una jovencita universitaria. Algo que nos viene muy bien cuando precisamos que alguno de nosotros se infiltre en ese ambiente. Ramiro no daría el pego. No es que tenga aspecto de policía, sino que la fiesta y él son como el agua y el aceite, no se mezclan. Estoy segura de que durante las vacaciones se pondrá delante de la televisión a ver series de anime japonés. Es un apasionado de la cultura oriental.

Por cómo le devuelve la mirada el novato, me da que el interés es mutuo. Solo hay que ver lo dispuesta que está a darle las indicaciones pertinentes a Jesús para que se ponga a trabajar. David niega con la cabeza, también se ha dado cuenta. No dice nada y regresa a su oficina mientras yo retomo mis tareas.

De pronto, me sobresalta el timbre del teléfono fijo que descansa en mi escritorio. Estoy tan ensimismada que pego un respingo en mi asiento.

—Buenas tardes. Soy la agente Cristina Ramírez. ¿¿Puedo hablar con la subinspectora Natalia Bastos, por favor?

—Buenas tardes, soy yo. ¿Qué desea? —respondo sin reconocer el nombre de mi interlocutora.

—Le llamo porque he acudido con mi compañero a primera hora de esta tarde a un aviso en un supermercado. Un joven ha intentado pagar en una caja electrónica con una tarjeta de crédito que no le pertenecía. Al pasarla por el datáfono, ha dado error, y en el terminal del encargado ha saltado una alarma. El personal de seguridad ha procedido a su retención y nos han llamado.

Sin darme cuenta, estoy conteniendo la respiración. La mano con la que sostengo el auricular la tengo tan apretada que he contraído todos los músculos de mi brazo derecho hasta el hombro. Si nos están llamando, es que el titular de la tarjeta es alguno de los desparecidos que estamos buscando. ¿Cuál será?

—Cuando hemos realizado las comprobaciones —continúa la agente—, nos han informado de que el nombre que figura en la tarjeta pertenece a un hombre desaparecido en enero: Sergio Rodríguez.

Miles de preguntas se agolpan en mi cabeza a la vez. ¿Le robaron la cartera y le mataron ocultando su cadáver después? ¿Está muerto? ¿El chico al que han pillado será el responsable?

—Necesito que traigan al detenido hasta aquí. Es muy importante.

—Dígame la dirección y vamos para allá con él —afirma con seguridad la policía.

Cuelgo el teléfono y procedo a informar a mis compañeros de lo sucedido. ¿Será la pista que necesitábamos para dar con el paradero del marido de Ana? Desde luego, es el revulsivo que nos pone en marcha.

—Jesús, ponte en contacto con la entidad bancaria —ordena David—. Quiero saber si ha sido utilizada con anterioridad esa tarjeta o si han sido rechazados cargos a la cuenta de los que la mujer de Sergio no haya sido informada.

—Ahora mismo, señor.

—Natalia, sé que Ana nos lo hubiera dicho, pero es importante que te confirme si ha recibido notificaciones de cargos de origen desconocido con las credenciales bancarias de su marido. Tal vez las haya confundido con *spam* o *phishing*[6] y no le ha dado importancia. Pídele también que revise las cuentas de correo electrónicos y los *sms* de su móvil.

—David, creo que es mejor si voy en persona a hablar con ella. Va a alterarse mucho al saber que alguien está utilizando la tarjeta de su marido. Así puedo tranquilizarla y ayudarla a consultar los saldos bancarios y a revisar su terminal telefónico.

—Me gustaría que estuvieras aquí cuando traigan al detenido —admite un receloso David.

—Iré después. A estas horas, Ana estará trabajando en alguna de las zapaterías. Si voy a la hora de cerrar, antes de las nueve, nos

quedaremos solas en la tienda y podremos chequear con calma los extractos. No tendrá prisa porque sus hijos están en el pueblo.

—¿Habéis comprobado si en su teléfono o en su portátil le han colocado un troyano o cualquier otro tipo de *malware*? —inquiere Jesús—. ¿O en el del desaparecido? Quizá la estén monitorizando a distancia y no lo sepa.

—Oye, pues es buena idea —afirmo sonriéndole al novato—. El móvil de Sergio desapareció con él; en cuanto al ordenador, diría que es el que utiliza Ana. ¿Tardarás mucho en revisar sus dispositivos? Dudo que pueda prescindir de ellos mucho rato.

—Unas horas. Si los tengo a primera hora, al mediodía se los puede llevar. No le haré mucho trastorno, salvo que halle algo y tenga que retenerlos más tiempo.

—¡Genial! Natalia, pídeselos esta noche o que los traiga en persona antes de abrir la tienda mañana —me indica David.

—¿Y los de sus hijos? —pregunta Jesús.

—Son pequeños, no tienen.

—Por si acaso, averigua si entre sus juguetes hay alguno que se conecte a internet —explica el novato—. Hay pizarras electrónicas o tabletas que requieren conexión a la red para descargarse contendido. No es lo habitual, pero mis sobrinos tienen una así. Por mucho que le diga a mi hermana que es peligroso que la usen, no me hace ni caso.

—Se lo preguntaré —respondo dispuesta a revisar en persona las pertenencias de los chiquillos. No solo por la ausencia de su padre, sino porque hay mucho perturbado suelto dispuesto a colarse por cualquier rendija que quede abierta en el muro de seguridad que los adultos creamos en torno a los menores.

—Carlota, ponte en contacto con la compañía telefónica de Sergio —le pide el inspector a mi compañera—. Investiga si su móvil se ha conectado a la red en los últimos días o si ha habido tráfico de datos desde su terminal. Si se niegan, solicita una orden del juez.

Tres cuartos de hora más tarde, la agente Cristina Ramírez se sitúa delante de mi mesa observando el ritmo vertiginoso que se ha apoderado de la Unidad. Para llegar a nuestras oficinas han tenido que atravesar toda la comisaría y, a estas horas, una tarde calurosa

de julio, debe reinar la tranquilidad en el resto de dependencias. Ella y su compañero escoltan a un chaval que, esposado y nervioso, cambia su peso de un pie a otro.

Está muy delgado y dudo que haya visto una ducha en mucho tiempo. La ropa que lleva puesta le queda holgada. Un afeitado tampoco le vendría nada mal. Sus ojos lucen cansados, pero no están rojos ni abotargados. Apostaría a que la compra que pretendía pagar con la tarjeta era comida, en su mayoría.

—Buenas tardes —digo saludando a los recién llegados.

—Buenas tardes, ¿la subinspectora Bastos?

—La misma. Tendrán que aguardar un momento. El inspector está hablando por teléfono.

Como si me hubiera escuchado, David se gira hacia mí y, por señas, me indica que en quince minutos podrá recibirnos.

—Nos va a tocar esperar un rato. Venid conmigo. Aunque no tenemos cafetería, hay un par de máquinas de bebida y comida envasada. Vamos a por algo fresco.

Decido comprar cuatro botellas de agua y, además, para el detenido, un refresco de cola, un pack de dos bocadillos de atún, una chocolatina y una bolsa de patatas fritas. Pasamos a una sala de interrogatorios y sé que mi jefe se demora a propósito para darle tiempo a comerse las patatas. El resto de provisiones han ido a parar a los amplios bolsillos del chaval. Me pregunto si para consumirlas más tarde o para compartirlas con alguien más.

Cristina y su compañero aguardan en una salita. Creo que también les puede la curiosidad y no quieren irse hasta saber si la información que logramos sonsacarle al pilluelo es útil para la investigación de la desaparición de Sergio.

—¿De dónde has sacado la tarjeta? —le pregunta David con voz firme, empujando hacia el joven una bolsa transparente de pruebas con la pequeña pieza rectangular de plástico en su interior.

—Yo no he robado a nadie —afirma levantando la cabeza en un vano intento de fingir fortaleza cuando su temblorosa voz dice lo contrario.

—Pues no es tuya, así que tú dirás.

—La encontré en el bolsillo de un abrigo que me dieron en Cáritas en abril.

—¿Solo la tarjeta? ¿No había más documentación?

—No, nada. Estaba en un bolsillo interior. De esos que se usan para guardar el móvil o la billetera. Pero no había nada de eso. Solo la tarjeta. Lo juro.

La seguridad de su afirmación me incita a creerle. Yo misma, alguna que otra vez, he guardado en mi cazadora o en la chaqueta con la que salgo a correr, cosas en ese tipo de bolsillos. En una ocasión, no me di cuenta de que mis llaves estaban ahí dentro, y mi sudadera terminó girando ruidosamente en el bombo de la lavadora. De ser la documentación o el teléfono, la hubiera hecho buena.

—¿No la has intentado utilizar antes?

—No. Vivo con mi abuela. Con su pensión y con lo que ganaba descargando mercancía de los camiones de Inditex que llegan a la ciudad nos bastaba, pero ya no me han vuelto a contratar. Han reducido costes. Si pago las medicinas que mi yaya necesita, no tenemos para comer. De modo que pensé que, a lo mejor, no se daban cuentan si la usaba.

—¿Dónde está tu abuela? —le pregunto preocupada por la anciana. Puede ser un cuento, pero siempre he sentido debilidad por los mayores. Los grandes olvidados de nuestra sociedad.

—En casa. ¿Cuándo me van a soltar? Tengo que ir a ponerle la cena.

Ya sabemos para quién ha guardado parte de la comida que le he comprado. Junto con los agentes que le han traído desde el supermercado, vamos al piso donde el joven vive con la anciana mujer. Puesto que no tiene antecedentes, salvo que encuentre algo en el registro la vivienda que le inculpe de la desaparición de Sergio o una posterior investigación de los servicios sociales desvele que nos había mentido robando artículos que no sean de primera necesidad, no irá a prisión.

Dos horas después, regreso a la comisaría con el abrigo en una bolsa de basura para que lo inspeccionen los forenses. A estas alturas, cualquier resto o huella de poco nos va a servir, pero, si hay una minúscula posibilidad de hallar una pista, nos vendrá bien.

También tendremos que hablar con los encargados del guardarropa de la organización caritativa.

Tras semanas de inactividad, tenemos un hilo del que tirar.

Capítulo 11

Ana

Otra noche sin dormir. Entre el calor y las preocupaciones, mi mente es incapaz de relajarse. Tengo abiertas las dos hojas de la ventana con la persiana a media altura. Además, he dejado sin cerrar el balcón del salón por si así conseguía que se formase algo de corriente que refrescara la casa. Cuando vuelvan los niños no me atrevo a hacerlo, no sea que por curiosidad o jugando acaben asomándose a la barandilla para ver la calle y tengamos una desgracia.

Nada. Es inútil. He contado dos rebaños de ovejas y Morfeo sigue sin querer arrullarme. Me voy a levantar a beber agua y dar un paseo por el piso. Tal vez así me entre sueño.

Lo que en invierno no se me ocurriría, beber directamente de la botella de la nevera, ahora lo hago sin que el líquido frío me moleste al pasar por la garganta. Yo diría que la nevera enfría menos en verano. ¡Y eso que no la abro mucho! En cuanto tenga a mis terremotillos por aquí, las excursiones a la cocina a por galletas y batidos serán continuas. Eso me recuerda que debo hacer una buena compra antes del fin de semana para estar abastecida durante una temporada.

Me preparo una tila y, con ella en una mano y una libreta en la otra, me siento en el sofá enfrente del cuadro que compré en la exposición. Cada día me gusta más. No sé por qué. Me resulta muy tranquilizador mirarlo. No es del mismo estilo que decora el resto de las habitaciones, pero queda bien.

—Sergio, si hubieras ido conmigo a la galería, este cuadro no estaría aquí ahora.

—Puedes estar segura. Sin embargo, no te puedes imaginar lo que me alegro de que lo compraras. Es la única forma en la que puedo estar a tu lado y al de los niños. He intentado proyectar mi espíritu hasta el pueblo y no lo consigo. No sé si es falta de experiencia o es que a mi muerte no me otorgaron ese don. Sería fantástico poder verlos reír durante el día, y por la noche velar tu descanso. Aunque, por lo que veo, hoy de dormir poco.

—A ti siempre te gustaron los lienzos que representan objetos, paisajes o personas reales. Nada de figuras abstractas. No obstante, no me negarás que las tonalidades y texturas de esta obra son muy atrayentes.

—Literalmente, me mantienen pegado a él. Más atracción imposible. Aunque he de reconocer que, sin tu peculiar gusto artístico, no estaría tan cerca de ti. Yo creo que me sentiste, porque bonito no soy.

—Dudé si ponerlo en una de las zapaterías, pero, por lo que me costó, me pareció que quedaba mejor en el salón.

—Me matan, me mezclan con pintura y acabo decorando la pared. Si ya sabía yo que este año no iba a ser bueno. Esto me pasó por no comerme las uvas en fin de año. Con eso de que no las comprábamos para que no se atragantaran los niños, atrajimos la mala suerte.

—Hay novedades en tu caso.

—¡Cuenta!

—A última hora de la tarde, me fue a ver Natalia cuando estaba cerrando la tienda de Fuencarral. Ya sabes, la subinspectora. Quería que repasara los cargos de la tarjeta, por si había algo extraño. Con la aplicación, solo podía ver los movimientos de la cuenta de los últimos seis meses. Tuve que ir al banco a primera hora de la mañana a pedir un informe detallado desde el día de tu desaparición hasta ayer. Así nos asegurábamos de que no había ningún gasto desconocido. Como la cuenta estaba ligada a tu móvil y no lo tengo, si hubiera llegado alguna notificación, no me habría enterado.

—Los psicópatas que me asesinaron y me usaron de pintura no son tan torpes. Retorcidos sí, pero no van dejando miguitas que podáis encontrar.

—Salvo los cargos habituales como el seguro de la casa, la luz o los gastos de comunidad, no había asientos extraños. Lo interesante del asunto es que un chaval intentó pagar en un supermercado la compra con tu tarjeta de crédito. Se la encontró en el bolsillo…

—…interior del abrigo. ¡Es verdad! La guardé ahí para tenerla a mano después de ver el muestrario de Gonzalo. Tenía pensado acercarme a la farmacia a por los pañales para mi padre.

—El abrigo se lo habían dado en Cáritas. No revisarían bien la prenda o ese bolsillo se les pasó. Tuve que ir a comisaría a reconocerlo y, sin duda, es el tuyo. Aunque me ofrecieron devolvérmelo cuando terminen de revisarlo los forenses, he dicho que se lo den al joven. Natalia me contó que vive con su abuela y no tiene mucho dinero. Vale que, si se hubiera salido con la suya, me habría llegado un cargo a la cuenta, pero no llegaba ni a veinte euros. No voy a presentar una denuncia por eso. Además, gracias a él tenemos una pista.

—¿No os habrá mentido? ¿Y si se lo dio mi asesino?

—No tiene pinta de delincuente. Solo aspecto de pasar hambre y estar desesperado. En su casa aún tenía el recibo de la organización benéfica que le dio la prenda. Al mediodía me he acercado al perchero solidario y no he visto ninguna otra pertenencia tuya. O nunca hubo nada más, o se lo han dado a otro hombre, o no las he visto.

—Tirarían mi ropa a algún contenedor de reciclaje. Muchos escrúpulos a la hora de contaminar el planeta, pero asesinar les importa un comino.

—Había muchas mesas llenas de pantalones, camisas, chaquetas y lo que se te pueda ocurrir, esperando a ser clasificados.

—¿Cómo llega hasta allí?

—Según nos dijeron, parte es donada por la gente directamente, y otras la reciben de diversas empresas de reciclaje de textil. Yo le pedí a Natalia que enviara un perro. De esos de las películas que encuentran de todo. Hará la solicitud, pero demasiadas manos pueden haber tocado tus ropas.

—Por lo que me cuentas, la subinspectora y tú os habéis hecho amigas. Fijo que no cejará hasta conseguirlo.

—Antes de venir a trabajar está mañana, me pasé por su oficina a dejarles el portátil y mi móvil. Un chico nuevo de la Unidad quería revisarlos en busca de troyanos o cualquier otro *malware*. Me preguntó si los niños tenían alguna pizarra electrónica o algún juego que se conectase a internet, y les dije que no. A primera hora me los acercó a la tienda con un programa de protección paternal instalado en mi teléfono. Dice que es lo más adecuado teniendo tres hijos pequeños.

—Menos mal que le has hecho caso. No será porque no te lo haya dicho yo veces. Mira como a mí no me lo pedían. Sabían que yo no se los dejaba.

—Ya sabes que Sonia a veces me coge el teléfono para jugar y, según me ha explicado el informático, ahora cuelan muchos anuncios en las aplicaciones para que la gente pique y compre vidas o cualquier otra chorrada que necesiten para seguir jugando. Tal y como me lo ha configurado, no podrá adquirir nada por muy seductores que sean los anuncios.

—En el mío lo tenía instalado y en la televisión también lo puse. Paula y Juan, cuando se ponen a ver dibujos, tocan todos los botones del mando. Adrede o distraídos. Tú no los veías, pero son unos listillos.

—Lo importante es que, salvo varias *cookies* de seguimiento que ya no están, no había ningún programa dañino en los dispositivos.

—Bueno, por ese lado estamos tranquilos.

—La cuenta común seguirá funcionando con ciertas limitaciones mientras no se aclare tu desaparición. La mitad de lo que había hasta enero, se considera que es tuyo. No puedo tocarlo para irme de vacaciones a las Bahamas yo sola, pero el resto de pagos cotidianos sí están permitidos. Y ahora, cualquier notificación bancaria llegará a mi móvil en lugar de al tuyo.

—Sería todo más sencillo si me declararan muerto, algo que será complicado, puesto que esos malnacidos se han deshecho de mi cadáver. Me gustaría ser capaz de escribir en el espejo del baño mientras te duchas que estoy en el cuadro. Te daría un buen susto, pero al menos tendrías pruebas de mi muerte. Aunque en las

películas parece muy fácil, ya te digo yo que no lo es. A mí no me ha dado nadie un manual de instrucciones para comunicarme con los vivos. No soy capaz de ver nada más allá de este salón. Es muy frustrante.

Apoyo la cabeza en el respaldo y cierro los ojos. Imagino que estoy entre los amorosos brazos de mi marido. Sergio me besa la cabeza y me mece con suavidad. Restriego la nariz contra la tela del respaldo como si fuese su pecho. Por un instante, el olor de su piel, único e inigualable, se cuela en mis fosas nasales. Incluso noto su aliento en mi cabello. Daría lo que fuera por poder apretarme contra su cuerpo una vez más. Buscar el refugio de su anatomía pegada a la mía. Un dulce sopor me invade. Cierro los ojos y creo que voy a dormirme.

¿Vuelvo a la cama? No. Mejor me tumbo en el sofá. Ahora que estoy amodorrada, sería un error levantarme e irme al dormitorio. Son las tres de la mañana. Con suerte, me dormiré unas horas.

***

La melodía del tono de llamada de mi móvil me despierta. ¡Qué dolor de cuello! He pasado demasiado tiempo en la misma posición retorcida.

—¡Voy! —grito en voz alta, como si la persona que me está telefoneando pudiese escucharme.

Desde luego, es insistente. Se ha cortado en un par de ocasiones y sigue sonando. ¿Serán mis padres desde el pueblo? ¿Le habrá ocurrido algo a los niños? Me apresuro y me golpeo con el dedo meñique contra la pata de la mesa. ¡Duele mucho! ¡Maldita sea! No es la primera vez que me pasa. Me esperan dos o tres semanas de caminar en sandalias y con un apósito uniendo mi pobre dedito lastimado con el de al lado. A la pata coja, retorcida de dolor, llego a la cocina, donde dejé mi teléfono cargando. Alargo el brazo hasta agarrar el ruidoso aparatito. Como sea un comercial para venderme algo, le voy a decir un par de cosas.

—Buenos días, Ana —me saluda Natalia—. ¿Has estado haciendo ejercicio? Te escucho fatigada.

—Estaba en la ducha y he venido corriendo a por el teléfono, que lo había dejado cargando en la mesilla —miento como una bellaca. No hace falta que reconozca en voz alta mi torpeza y que mi gentil amiga se ría de mí.

—¿Has desayunado?

—Todavía no —respondo sin saber el motivo de la pregunta.

—Pues abre, que estoy abajo.

¿No dicen que se pilla antes a un mentiroso que a un cojo? Yo soy ambos. ¡Qué vergüenza!

Media hora más tarde, estoy sentada en la cocina, duchada, vestida y con el pie en alto. Natalia le dedica miradas suspicaces a mi pie. Me ha querido llevar a urgencias y he declinado la oferta. Aún estoy esperando que el ibuprofeno haga efecto. Entre la tortícolis y el traumatismo, menudo día tengo por delante.

La subinspectora no está mucho mejor que yo. Unas profundas ojeras dignas de un oso panda destacan en su cansado rostro. El inspector Quintana le ha dado a ella y a sus compañeros la mañana libre hasta las cuatro. Se han pasado la noche entera trabajando y, antes de irse a su casa, Natalia ha venido a informarme de las novedades, o más bien de la ausencia de ellas.

—Aunque una prenda llegue al centro de distribución esta semana, es imposible saber de qué contenedor de reciclaje procede. Los camiones hacen rutas por diferentes barrios de la ciudad, y después lo llevan todo a una nave, donde proceden a catalogar lo recogido. Se mezclan las bolsas. No van etiquetadas.

—Entiendo. No se puede seguir el rastro de un abrigo en concreto.

—De todas formas, esta mañana irán los perros. Tenemos la bufanda que nos diste en enero. La olfatearán e intentarán encontrar otras pertenencias, pero lo más seguro es que no consigan nada. No quiero darte esperanzas. Aunque, si hallan algo, ten por seguro que se analizará en busca de huellas o rastros. Pueden ser de los secuestradores o de cualquier otra persona.

—Una transferencia —digo interrumpiéndola, recordando lo que a veces sale en los capítulos de las series de misterio.

—Exacto. Por otra parte —continúa Natalia—, según me han contado, un porcentaje altísimo no se puede reutilizar. Hay ropa tan destrozada que, de forma directa, va a parar a una planta de producción de nuevas fibras textiles.

—Y, aunque hallaran ADN, no es como en las películas. En realidad, puede tardar semanas en estar un resultado.

—Nuestros laboratorios tienen una larga lista de espera para este tipo de pruebas. Tampoco hay bases de datos mágicas que apretando un botón comparen miles de perfiles.

—Hemos vuelto a la casilla de salida. Estamos igual que el día que Sergio desapareció —concluyo con tristeza.

—Más o menos. Si donaron o reciclaron su ropa, es porque le despojaron de ella. ¿Qué puede significar? Lo ignoramos. No obstante, cuando un robo se complica y la víctima es asesinada, los ladrones suelen huir dejando el cuerpo en el lugar de los hechos. No lo desnudan, tiran su ropa a un contenedor y se llevan el cuerpo.

—Entonces, sí que es un secuestro. ¿Tráfico de órganos? ¿Lo despedazaron en algún quirófano y vendieron sus órganos en el mercado negro?

—Casi, casi. No sé si me mataron en el hotel o fue posterior. Tampoco recuerdo cuándo me despojaron de mis cosas, pero ahora, cariño, estoy en este cuadro triturado y machacado.

—La posibilidad de que se marchase por su propio pie sigue sobre la mesa. Ya sé que la probabilidad de que te abandonara y se deshiciera de sus pertenencias para que no pudiéramos seguir sus pasos es ínfima, pero no podemos desdeñarla a tenor de las pruebas.

—No, me niego a creerlo.

—En su momento, pedimos los registros de los pasajeros de los vuelos, trenes y autobuses que salían de Madrid. Sergio Rodríguez no aparecía en ninguno de los listados ni su rostro fue captado por ninguna cámara del aeropuerto o de las estaciones.

—¿Ves?

Natalia me está dando la razón. Él no dejaría a sus hijos por nada del mundo. Es un hecho. Nosotros no habíamos discutido ni nos habíamos peleado. Nos seguíamos queriendo. De acuerdo que la

pasión del principio se había suavizado a medida que las obligaciones nos quitaban más y más tiempo, pero siempre encontrábamos el momento de reencontrarnos bajo las sábanas. Podíamos ser muy silenciosos. No en vano, habíamos aumentado la familia a lo largo de los años. Porque me planté en el tercer embarazo, si hubiese sido por él, habríamos continuado aumentando la población del país.

—Hay otras formas de viajar.

—¿Cuáles? —pregunto a la defensiva.

—Alquilar un vehículo o un *BlaBaCar.* Ya sabes, esa aplicación en la que la gente comparte coche. El conductor se saca un dinero que le viene bien para pagar la gasolina y los peajes, y los pasajeros se ahorran las incomodidades del transporte público.

—Él no, él no pudo…

Rompo a llorar desesperada. ¿El Sergio que yo conozco es capaz de algo así? La mirada de comprensión de Natalia me indica que no sería la primera vez que se enfrenta a una investigación en la que una supuesta familia feliz no lo es tanto.

Capítulo 12

Ana

Catalina está mirando el escaparate con su hija mayor. Es una nueva clienta que frecuenta la zapatería de la calle Fuencarral desde hace meses. Tiene buen gusto y dinero, así que no escatima en gastos. Ella se prueba zapatos y escoge el que se adecua a sus necesidades o le resulta cómodo sin mirar el precio. Desde luego que no somos los vendedores de calzado más caros de la zona, pero nuestros artículos son de calidad y eso hay que pagarlo. Las plantillas de piel, suaves y mullidas, que insisto que pongan en los modelos que escojo, marcan la diferencia. Detalles como ese hacen que la gente vuelva a comprar en nuestras tiendas.

Es algo mayor que yo, debe estar cerca de los cincuenta, si no los ha cumplido ya. Está casada con el concejal de Urbanismo. Ignoro si es del mismo partido que el alcalde o es de otro. Ahora da igual quién gane las elecciones, los políticos hacen sus chanchullos para pisar moqueta.

No obstante, Catalina es de trato agradable. Es simpática, charla por los codos y siempre está sonriendo. El matrimonio tiene una niña de diez años, Carmen, y un niño de ocho que se llama como su padre, Lorenzo. Por ser justo las mimas edades de Paula y Juan, me siento muy identificada cuando me habla de las trastadas de los pequeños o de los problemas que surgen de la crianza de dulces infantes. Por supuesto, los suyos van a un colegio privado y los míos a uno concertado. El sueldo de un edil no es tan suculento como lo que a mí me queda a final de mes.

—Buenos días, Ana.

—¿Qué tal todo, Catalina? —respondo dándole un par de besos. Es muy cariñosa. Yo solo lo soy con mis peques, con el resto de la gente soy más despegada. Salvo con ella que, a medida que aumenta la buena sintonía entre nosotras, se incrementa la intensidad de sus abrazos. Es un ciclón que se hace notar allí donde esté.

—Aprovechando que he venido a la ciudad para llevar al médico a Carmen, que lleva fastidiada desde ayer, voy a hacer unas compras que ya no admiten más demora.

—Nada grave, espero —afirmo observando a la niña de carita congestionada y ojos lagrimosos.

—Un catarro estival. Ya sabes. Demasiados helados y mucho tiempo en la piscina después de sudar como un pollito. Pero pronto se va a poner bien. ¿A que sí, cariño?

—A lo mejor mañana me puedo dar un bañito corto —responde la cría levantando esperanzada la mirada hacia su madre.

—No sé yo.

Además de su vivienda habitual en una privilegiada y lujosa urbanización de las afueras, poseen una casa en la sierra madrileña. Suelen ir cuando las vacaciones escolares lo permiten y algún que otro puente largo. Lorenzo Fuentes, el marido de Catalina, tiene una apretada vida social que no le deja disfrutar de sus retoños tanto como le gustaría. En un consuelo saber que los ricos y poderosos deben enfrentarse a los mismos problemas cotidianos que el resto de los mortales. Al final, estamos criando a nuestros hijos en la distancia, rodeados de un sinfín de cosas materiales, pero en manos de cuidadores.

—¿Los tuyos siguen en el pueblo? —inquiere Catalina.

—¡No! Ya no. Ayer me los traje. Mis padres necesitan un descanso. Aunque adoran a sus nietos, también tienen derecho a hacer su vida sin depender de tres niños.

—¿Has contratado una niñera? ¿Cómo te las arreglas?

—Antes de abrir la zapatería, los he llevado al colegio. Tiene un servicio de ludoteca. Están con otros compañeros de clase, jugando y riendo, tan felices. Las monitoras a veces se los llevan a un parque

cercano con sus mochilitas y sus gorritas. Aprenden cosas sobre la naturaleza y se divierten.

—¿Están todo el día?

—No. Este mes trabajo únicamente por la mañana. Las tardes las pasaremos en la piscina. Cuando no haga tanto calor, iremos al parque de atracciones o al zoo, que les encanta.

—Unos veterinarios en potencia —ríe Catalina.

—Las niñas no sé, pero Juan no te digo yo que no. En julio, mientras estaban con mis padres, han ido en varias ocasiones a ver los terneritos recién nacidos y a darles de comer. Estaba dispuesto a compartir su dormitorio con uno, si le dejaba adoptarlo —le cuento recordando la última ocurrencia del benjamín de la familia—. Al decirle que era muy grande, me aseguró que se conformaría con un conejito.

—Tú acabas teniendo un perrito.

—No, no. Para nada. Que luego me tocaría a mi sacarlo tres veces al día —niego de forma contundente.

—Yo quiero un gatito —dice Carmen con voz ronca por la mucosidad que se ha apoderado de su nariz y su garganta.

—Mira, buena opción. Son más independientes y no hay que bajarlos a la calle a diario —añado observando la expresión de espanto de Catalina.

Creo que a ella le hace tan poca gracia como a mí tener mascotas en casa. Es cierto que los mininos son menos dependientes, pero requieren también sus cuidados. Adoptar un animal no es una decisión que se deba tomar a la ligera. Todos tienen unas necesidades que no se han de obviar, aunque te vayas de vacaciones. Abandonarlos en cualquier cuneta como si fueran un objeto no es la solución.

—Tú no le des ideas o me voy a comprar las sandalias a otra zapatería —me advierte risueña la madre de Carmen.

—Pasad. ¿Cómo las quieres?

Cuando me las describe, son justo como las que le estoy comprando a Gonzalo este verano sin parar. Es increíble la manera en que se agotan. Van dos reposiciones y me planteo una tercera.

Catalina está interesada en las de más altura en tonos plateados con una banda en blanco.

—Es muy cómoda —afirma moviendo los dedos de los pies.

Los míos siguen sujetos por una cinta de esparadrapo. Empieza a bajar la hinchazón, pero son muchas horas sin sentarme y no quiero forzarlos. Esta tarde, en la piscina, los dejaré sueltos para que el agua los masajee cuando me bañe.

—De todos los modelos, el que has escogido seguramente sea el que más vista. La cuña es alta y no lleva colorines como aquellas otras —digo señalando las últimas que recibí—. Las elegí por sus vibrantes tonos ácidos que dan alegría a los looks más atrevidos. Son alegres y divertidas. Las adolescentes las adoran.

—A mí me gustan —asegura Carmen.

—Y a Sonia, mi hija mayor, también, pero por el momento es mejor un zapato que se adapte mejor a la forma de vuestros piececitos. No paráis de correr, saltar y montar en bici. Necesitáis sujeción y seguridad para no tropezar y reducir el riesgo de accidentes.

—Pero molan. Son de mayores —responde la niña con un gesto gracioso de su diminuta naricilla.

—¡La que nos espera en cuanto lleguen a secundaria! —exclama Catalina dándole un nuevo pañuelo de papel a su pequeña —. Menuda edad del pavo van a tener si con diez años ya quieren llevar tacones.

—Bueno, como todas a su edad. Luego crecemos y volvemos a ponernos zapatillas e ir casi planas porque, en caso contrario, no damos un paso. De todas formas, a mí me da mucha pena —comento recordando a mis niños—. Yo les pido que no crezcan tan rápido, pero no me hacen caso.

—Te entiendo. Nos quejamos mucho de sus trastadas y después no podemos vivir sin ellos.

—¿Quieres probarte alguna otra?

—No hace falta, gracias. Me llevo estas.

—Perfecto. Te las pongo en una bolsa.

—Van a ser las fiestas del pueblo al que pertenece la zona donde se ubica el chalet de la sierra, y solemos acudir a cenas y

reuniones con amigos. No quiero ir demasiado elegante, pero tampoco en chancletas. Estas sandalias son ideales para ir mona y *casual* a la vez.

Dudo que la mujer que tengo delante vaya alguna vez «casual». Desde luego, su concepto de ir de *sport* fijo que es diferente del mío. No hablo «de ir de trapillo», como me echa en cara mi progenitora cuando, según ella, no voy suficientemente arreglada por el pueblo. Me refiero a ir con algo desenfadado, pero adecuado para cenar con amigos que estarán vestidos de forma similar a la mía. Tal vez sea cuestión del círculo en el que te mueves. Salvo contadas excepciones, nunca debo ir empingorotada a ninguna parte. Ni ahora ni cuando salía en pareja con Sergio.

Catalina y Carmen se marchan a continuar con su lista de recados, no sin antes volver a repetirnos la invitación de ir a su casa una tarde. No es que sea una mala idea acudir un día entre semana a su residencia veraniega, cuando supongo que no estará el concejal, y permitir que mis hijos disfruten del lujo de una piscina privada. Carmen es un amor y fijo que Lorenzo también es igual de majete. Mis peques seguro que hacían buenas migas con ellos.

¡Bobadas! Es una clienta y, por muy simpática que sea, siempre habrá un abismo de distancia entre su mundo y el mío. Seguro que, por el cargo político de su marido, ella está acostumbrada a socializar con extraños a diario. El matrimonio hará promesas e invitaciones que nunca se cumplirán. Se trata de quedar bien y que los futuros votantes piensen que los concejales se preocupan de verdad por los ciudadanos. En fin, mejor no critico, que yo también sonrío y muestro cara afable a cualquier persona que atraviese la puerta de mi tienda.

Termina la mañana y voy a recoger a mis pequeños al colegio. Sonia sale parloteado con sus amigas, Paula hace lo propio con las suyas, pero Juan ya me ha visto y viene corriendo hacia mí. Me pongo de rodillas para estrecharlo entre mis brazos. Todavía no ha llegado a la edad en que le dé vergüenza que su madre le achuche y lo coma a besos. Acaricio con mi nariz su suave piel de melocotón.

—¿Te lo has pasado bien?

—¡Sí! Nos han contado un cuento.

Nos vamos a casa y, mientras comemos, me explican que hoy les ha visitado un grupo local de teatro para niños. Les han contado historias graciosas y han realizado varias actividades divertidas con ellos.

—El miércoles nos van a maquillar. Yo voy a ser una mariposa —me informa Paula sonriendo feliz.

Aunque no les voy a aguar la fiesta, la última vez que hubo un taller similar tardé dos días en quitarles los restos de pintura de sus caritas. Ni con productos especiales, capaces de borrar la más persistente mascarilla de pestaña *waterproof,* conseguía eliminar las marcas. Espero que en esta ocasión sea más sencillo. De todas formas, compraré en la perfumería que hay cerca de la zapatería una buena solución micelar para pieles sensibles.

A las cuatro y media, salimos del garaje dispuestos a pasar unas agradables horas en la piscina. En nuestro edificio no contamos con tales lujos, pero en el de mis padres sí, y allí acudiremos cada tarde de agosto. Los niños tienen a varios amigos entre los vecinos de sus abuelos, a cuyos progenitores conozco desde que yo misma no levantaba un palmo del suelo. De modo que, mientras los críos juegan, los adultos podemos relajarnos sobre la hierba.

Es una comunidad de casi ciento treinta viviendas, por lo que suele haber cierto bullicio, a pesar de que muchos de los propietarios estén fuera de vacaciones en la playa o la sierra. Sin embargo, no está tan abarrotada como una piscina pública. ¿Cómo será tener una para ti solo? Poder llegar del trabajo o de hacer la compra y en cualquier momento disfrutar de un refrescante chapuzón sin preocuparte de si hay gente o está abierta. El engorro será mantenerla limpia, pero estoy segura de que alguien como Catalina tiene personal que se encargue de que siempre esté lista para ser utilizada.

Una mujer de un concejal no tendrá que molestarse en ir al supermercado a diario porque se le ha terminado la leche, los huevos o no hay suficientes yogures para sus hijos. Yo me paso la vida haciendo malabares entre atender a mis niños y el negocio. En fin. Como se suele decir: unos nacen con estrella y otros estrellados.

—Mami, ¿te bañas con nosotros? —me pregunta Sonia con una sonrisa que me derrite—. ¡Está muy calentita!

—¡Voy!

Me han debido de echar de menos tanto como yo a ellos. Por mucho cariño que les den sus abuelos, no es lo mismo que el amor de una madre y de un padre. Sergio ya no está para zambullirse de cabeza y pasar horas en el agua jugando como si fuese otro niño. No necesito hacer ningún esfuerzo para recordar sus carcajadas y la forma en que envolvía a los tres con una gigantesca toalla, asegurándose de secar bien sus cuerpecitos. Doy gracias a que el agua de la piscina ha empapado mi cabello y caen gruesos goterones por mis mejillas, que disimulan las lágrimas que, sin remedio, han brotado de mis ojos.

Noto tanto su ausencia que me duele el corazón. Sería capaz de pasar horas llorando. No lo hago por los niños, y porque intento ofrecer mi mejor cara ante mis amigas, mis clientes y mis dependientes. Hay veces en que la pena da paso a la ira. En instantes así, como tuviera delante a la persona que hizo que mis hijos se quedasen sin padre, la mataría con mis propias manos. Me contendría un poco al pensar que ya han perdido a uno de sus progenitores y no pueden perder a un segundo. No obstante, si me asegurasen de que nunca me vería ante un juez, el pulso no me temblaría pese a las normas, las reglas y las creencias que me inculcaron desde pequeña y la sociedad establece. También valen para el asesino o el secuestrador de mi Sergio. A él o a ella no le importaron lo más mínimo. Fijo que, si Natalia y los suyos le atrapan, algún abogado con mucha labia y pocos escrúpulos logrará que entre por una puerta y salga por otra.

Los bracitos de Paula rodean mi cuello. La herida de su rodilla está sanando bien. La costra ha desaparecido. Las molestias que arrastra al caminar y que la hacen cojear a ratos, acabarán esfumándose.

Inspiro y me fuerzo a sonreír. Por ellos, por mí, por ti, Sergio, donde quiera que estés.

Capítulo 13

Ana

¿Soy mala madre por alegrarme de que haya llegado el momento de que los niños regresen al colegio? Los quiero, los adoro, pero, después de tres meses de vacaciones, mi cuerpo está al borde del colapso. Aunque no ha sido fácil hacer malabares entre mis horarios de trabajo y su cuidado, lo he logrado. Cuando Sergio estaba con nosotros, no me preocupaba dejarle solo al frente del negocio para disfrutar en la piscina con mis pequeñuelos. Sin embargo, ahora, si estoy en alguna de las zapaterías, me da la impresión de que soy una pésima progenitora, pero, si estoy con ellos, me siento una mala empresaria.

¿A los padres de familia les pasará lo mismo? Creo que a algunos sí. Por desgracia, en este mundo tan acelerado en el que vivimos, los niños parecen ser todavía responsabilidad de las madres. Se nos llena la boca asegurando que las tareas domésticas y el cuidado de los hijos son compartidos, pero la realidad es otra. Las mujeres siguen siendo las que mayores sacrificios profesionales deben hacer por el bien de su familia. Se nos sigue juzgando con un doble rasero. Tenemos que demostrar que debemos ser igual de buenas en los negocios y en la vida privada. Es más, en la mayoría de los casos, nosotras mismas somos las peores jueces.

—El uniforme pica —afirma Juan sacándome de mis ensoñaciones.

El niño se rasca la pierna y se mueve inquieto. Menos mal que hoy tienen jornada reducida, porque no va aguantar con los pantalones largos puestos demasiado tiempo. Está adorable con sus *shorts* y sus piernecitas morenas correteando por la piscina o el

pueblo. Los tres lucen un tono dorando en su piel, a pesar de la alta protección con que mi madre y yo les solemos cubrir.

—Los zapatos me hacen daño —dice Paula con cara de dolor.

El problema no es el calzado del colegio, la cuestión es que sus piececitos se han acostumbrado a ir en sandalias o en zapatillas sin excesivas sujeciones, libres como el viento. He visto varios adolescentes en la zapatería incapaces de enfundarse unos mocasines para un acto formal. Sus pies se han ensanchado al crecer sin retenciones. No digo que vayamos como las geishas de antaño, pero tampoco es bueno salir a la calle en chanclas. Incluso se pueden originar lesiones que causan serios problemas al caminar al llegar a la edad adulta.

—No les hagas caso. Son unos cuentistas. Lo que quieren es ablandarte y quedarse en casa jugando.

—Es solo al principio. Ya veréis como, a la salida del cole, ni el pantalón te picará —aseguro mirando a Juan—, ni los zapatos te molestarán —añado depositando un beso en el suave pelo de Paula.

Sonia es la única que no ha protestado. Está sentada en una silla de la cocina y no ha emitido ningún sonido de queja. De acuerdo que es la mayor y la más formal de los tres, pero me estoy preocupando.

—Venga, id a por vuestras mochilas y esperadme en la puerta.

—A Sonia le pasa algo.

Cuando se han ido mis dos hijos menores, me acerco al lugar donde se haya Sonia y percibo cómo sus hombros se agitan. ¿Está llorando? Es imposible que sea por regresar a las aulas. Cada septiembre es la que espera con más ilusión volver a reunirse con sus compañeritos. Le gusta aprender y estudiar. No es porque sea mi hija, pero es igual de lista y espabilada que yo.

—Mi vida, ¿estás llorando? —inquiero a la vez que paso un brazo por su espalda y la atraigo contra mi pecho.

—Echo de menos a papi.

—Y yo a vosotros.

Debo hacer uso de toda mi voluntad para no unirme a sus sollozos desgarradores. Cada curso, el primer día, ambos los llevábamos juntos al centro escolar. Era una tradición que

implantamos desde que comenzaron a ir a la guardería. No importaba lo atareados que fuéramos a estar aquella mañana de septiembre. Siempre, primero con Sonia, después con Paula y por último con Juan, la familia unida acudía a conocer a las nuevas tutoras y a saludar a los padres de los otros niños.

Hoy va a ser distinto. Él no está. Por supuesto que no van a ser los únicos colegiales a los que los acompañe uno solo de sus progenitores, pero sí serán los marcados ante la sociedad como los niños del padre desaparecido. Algunos me mirarán con pena y pensarán que Sergio se marchó porque no nos soportaba, otros callarán y eludirán acercarse a nosotros, como si les fuésemos a contagiar una enfermedad peligrosa. Yo me callaré las ganas de gritarles que se preocupen por sus miserias y no por las de los demás. No lo haré, puesto que seguro que complicaría más la situación.

—Sonia, la tía Pilar y el tío Javier van a venir con Ricardo. ¿Y sabes un secreto? —le pregunto bajando la voz en tono confidente, algo que despierta la curiosidad de mi niña y detiene sus lloros por unos segundos—. Natalia también estará allí. No puedes decir que es policía, pero ¿a que seguro que ninguno de tus compañeros tiene un familiar tan importante?

—No. En la clase de Paula, el papá de un niño es bombero.

—¿Ves? Y tú tienes una tita poli.

En la edad de la inocencia, cuando la mayoría de los pequeños quieren ser policías, bomberos o jugadores de videojuegos, la profesión de Natalia es lo más. Ellos solo ven que capturan a los malos y ayudan a los buenos. Ya tendrán tiempo de crecer y descubrir que el día a día de una subinspectora es peligroso, complicado y la mayoría de las veces frustrante.

—Al menos, salió algo bueno de mi asesinato: Natalia. Es una tía genial que no sé si conseguirá descubrir qué me ocurrió, pero que lo está intentado con tesón y no solo por ser tu amiga. Es una excelente profesional.

Le lavo la cara a Sonia para limpiarle los restos de lágrimas y los moquitos. Lo que no he conseguido hacer desaparecer es el enrojecimiento de sus ojos. Tendrá que pasar como alergia. No

obstante, habrá más niños con rostros tristes por el final de sus largas vacaciones estivales.

Hoy entran a las nueve y media y salen a la una. Mis padres los recogerán y se los llevarán a su casa. A la hora de comer, me reuniré con ellos. Me he organizado para tener la tarde libre, ya que es el primer día que van a ir la academia de inglés. Catalina me habló de ella, pero pensé que era demasiado cara para llevar a los tres. Pili me persuadió porque ellos iban a inscribir también a Ricardo. Al final, acepté el ofrecimiento de mis padres que, gustosos, se van a hacer cargo de las matrículas y mensualidades de las extraescolares de sus nietos.

Son las nueve y veinte cuando bajamos al portal. Ya llegamos tarde. ¡Qué desastre! Más me vale ponerme las pilas para que esto no se convierta en costumbre. Mañana pongo el despertador antes y me pondré firme con mis hijos. Nada de «cinco minutitos más». A las ocho y cuarto, como mucho, los cuatro arriba desayunando en la cocina.

A escasos metros de nuestro edificio, observo que Natalia nos aguarda apoyada en su coche. ¡Qué bien le queda el pelo corto! Si yo me lo cortase así, tendría una pinta horrible. Algunos días, mi cabellera pelirroja se asemeja a un estropajo. Debo utilizar una miríada de productos capilares para que mi melena forme rizos y luzca sedosa. Paula todavía no necesita más que un poco de secador y está igual de pizpireta que un duende de un bosque encantado.

Los niños saludan a la policía con sonoros besos. Se los ha ganado igual que a mí. Bajo su aspecto serio, hay una mujer divertida y cariñosa. Solo hay que rascar un poco la coraza que la rodea para descubrir su brillante interior.

—¿Contentos por volver a ver a vuestros compañeros? —les pregunta a mis hijos. Por la forma en que acaricia el rostro de Sonia, no le han pasado desapercibidos los restos del llanto y el hálito de tristeza que procura disimular ante sus hermanitos.

—El uniforme pica —responde Juan que, sin duda, es al que menos le gusta ir al colegio. Luego se acostumbrará, pero de momento lo lleva fatal.

Al llegar al centro escolar, diviso a Pilar con su familia. Ricardo le tira de la camisa a modo de saludo a mi benjamín, y los dos juntos van a ver al resto de alumnos de su clase. Javier va tras ellos, mientras Pilar y Natalia se quedan rezagadas conmigo.

—No te pregunto qué tal los ánimos, porque ya he visto los ojos de Sonia —dice Pilar dándole un abrazo a la subinspectora.

—Sergio siempre nos acompañaba este día —explico permitiéndome un momento de bajón ahora que estoy con ellas—. Paula y Juan son más pequeños y no se dan tanta cuenta. O, al menos, no lo manifiestan.

—Sonia era la favorita de su padre. «Es», quiero decir —rectifica Pilar visiblemente apurada.

—Tranquila. Yo también hablo de él en pasado algunas veces —reconozco en voz baja.

—No te culpes —afirma Natalia—. Si hubiera sido un secuestro normal, a estas alturas ya te habrían llamado para un rescate. Es duro, pero, salvo que se fuese por su cuenta por algún motivo que aún ignoramos, lo más seguro es que esté…

—…muerto —digo completando por la policía la frase.

La llegada de más padres de alumnos con sus hijos nos obliga a cambiar de tema. Pronto, la algarabía reina en el patio del centro escolar. Descubro a Natalia examinando con atención a la gente que se ha reunido a nuestro alrededor. Me aproximo a ella y le susurro al oído.

—Relájate. Dudo que un padre se haya cargado a Sergio porque considerase que su retoño debía tener un papel estelar en la función navideña en lugar de mis hijos.

—Lo siento —contesta avergonzada—. Deformación profesional.

—Tranquila. Y gracias por estar aquí. Los niños se pusieron muy contentos al saber que venías.

Un ligero rubor cubre las mejillas de la policía. Creo que es la primera vez en su vida que tiene amigos fuera de su absorbente trabajo. Sus horarios variables son un hándicap para tener relaciones amorosas o de simple amistad. Puesto que los míos no son menos caóticos, el poco tiempo que compartimos siempre es bienvenido. Sé

que, independientemente de que encuentre a Sergio, nosotras seguiremos siendo amigas y compartiendo confidencias.

—Yo, bueno, lo hago encantada —asegura Natalia con una conmovedora timidez.

—Para Sonia eres una heroína. Saber que te vería hoy fue el empujón que necesitaba para venir al colegio. Me estoy temiendo lo peor. Te admira demasiado. Lo suyo no va a ser pasajero. Va a seguir tus pasos, si no, al tiempo. Tendré una policía en la familia.

—Es muy pequeña —ríe la subinspectora coreada por Pilar—. A estas edades, las personas que pertenecemos a las Fuerzas y Cuerpos de Seguridad del Estado les parecemos héroes de *Marvel*.

—Ricardo me dijo ayer muy serio que él quiere ser astronauta —comienza a contarnos Pili—. Le he explicado que para eso hay que estudiar muchas matemáticas. Pensé que eso le asustaría, pero ha sido todo lo contrario. Nos ha prometido sacar un diez. Su padre y yo alucinamos.

Con pesar, me despido de las chicas y de mis hijos. Me esperan seis largas horas de trabajo en la zapatería. ¿Qué irá a cocinar mi madre? Algo rico. Los niños y yo lo agradeceremos. Digamos que no soy demasiado buena en la cocina. Si tengo tiempo, me esmero, pero esa no ha sido la situación durante este último mes.

Se nota que los pequeños de la casa están en sus centros escolares en la afluencia de público en las tiendas nada más abrir. Las madres han dejado a sus chiquillos con sus compañeritos y algunas se han lanzado a aprovechar los saldos de rebajas, mientras que otras se decantan ya por el calzado invernal. Los botines bajos de ante, que tan coquetos quedan con vestidos y faldas largas, vuelven a ser los reyes del otoño.

Al mediodía, me despido de mis dependientes y me encamino al piso de mis padres. A partir de mañana, se acabaron las tardes libres entre semana, pero hoy merecerá la pena. Quiero ver con qué grado de aceptación acometen las clases extras de inglés. En numerosas ocasiones, Sergio y yo habíamos comentado que sería una buena idea apuntarlos a una academia. Bien, el momento ha llegado. Crucemos los dedos. Si protestan mucho, estoy dispuesta a permitir que Paula y Juan las abandonen hasta el curso que viene.

Sin embargo, Sonia no tendrá excusa. El idioma extranjero se le da regular y, además, considero que dominarlo es importante para su futuro. Confío en que Juan se adapte sin problemas al estar en compañía de Ricardo y Lorenzo. Ha hecho buenas migas con el hijo menor de Catalina y, como van a distintos colegios, compartir pupitre en inglés es una excelente forma de que se mantengan en contacto. Carmencita y Sonia tampoco se llevan mal. Paula, en su línea habitual, tan pronto está con las niñas como con los niños. Según lo que le apetezca en cada instante. Sin duda, va a ser la más independiente de los tres. Socializa con cualquier infante de una edad próxima a la suya. No necesita ir pegada a alguno de sus hermanos para divertirse. ¿Será culpa nuestra? ¿No le daríamos de bebé suficiente amor, como suele ocurrir con los hijos medianos? ¿O es solo un mito y su carácter se debe a su mezcla individual y exclusiva de genes? Los tres han salido de mi vientre y doy fe de que su padre es el mismo, pero son muy distintos entre sí.

Desde la puerta de la academia, Pilar, Catalina y yo hemos visto entrar a los niños en sus respectivas aulas. En cincuenta minutos pasaremos a recogerlos y escucharemos sus impresiones.

—No os preocupéis —nos dice la mujer del concejal. Para Carmen es el segundo año de inglés y su madre sabe a qué atenerse —, hacen juegos y se divierten aprendiendo. No lo sienten como una obligación y, sin darse cuenta, mejoran su nivel.

—¡Eso espero! A Sonia le hace falta, el curso pasado aprobó con un cinco pelado. Y a sus hermanos no les vendrá mal.

—Pues Ricardo ha venido tan contento. De verdad, no parece hijo mío. A mí lo de estudiar se me daba fatal y a él le encanta. Javier asegura que el niño tiene su inteligencia.

—Lo dice la que hizo Veterinaria y empezó a trabajar al día siguiente de licenciarse —afirmo negando con la cabeza ante las palabras de mi amiga.

—¿En serio? —inquiere Catalina.

—Aquí la señora sacó matrícula de honor en el colegio, por lo que el primer curso de su carrera no tuvo que abonar las tasas.

—En realidad, nunca tuve que pagarla —afirma con orgullo mal disimulado—. Con mis calificaciones, no me fue difícil obtener becas

que cubrieran los gastos universitarios.

—¡Ojalá se le pegara algo a mis hijos! —exclama la mujer del concejal.

—Ya te digo —declaro convencida mientras asiento con la cabeza—. Durante sus prácticas, trabajó en las caballerizas de la familia de Javier. Contentos por su forma de atender a los caballos, le ofrecieron un contrato al acabar cuarto. Que el hijo del dueño le hiciese ojitos también ayudó.

—¡Oye! Que soy muy buena veterinaria —replica fingiendo enfado—. Igual que tú en las zapaterías del padre de Sergio. Destacaste por tu valía y no por tu romance con el hijo del dueño.

—Cierto. Sergio y Javier eran amigos desde los tiempos del colegio —añado para explicarle a nuestra acompañante cómo nos conocimos—. Nos presentaron, y enseguida tuvimos claro que nos llevaríamos bien.

—Sí que es casualidad que ambas conocierais a vuestras parejas en el trabajo —replica Catalina.

—¿Y tú? ¿Cómo conociste a Lorenzo? —inquiere Pili.

—En una exposición de cuadros en la galería en la que curraba como secretaria. Lo dejé al quedarme embarazada de Carmen. Además, mi marido cada vez ganaba más peso en el partido. Debíamos acudir juntos a mítines y reuniones en diversas ciudades. Ya sabéis que, de cara al público, la imagen familiar de un político vende mucho. Hay que estar perfecta, aunque estés enferma, cansada o los niños te hayan dado una mala noche.

—¡Caray! —exclamo pensando que ser un edil de la ciudad debe acarrear tantas prebendas como cargas—. Me da la impresión de que tu vida no es tan glamurosa como se ve desde fuera.

—Te garantizo que no —responde Catalina—. Hoy, por ejemplo. Esta noche, lo que más me apetecería es darme una ducha caliente que relajase mis músculos, dar la cena a los niños y ver un rato la televisión con mi marido en el salón. Ha sido un día largo e intenso. Pues no va a poder ser. Inauguran un hotel y tenemos que ir.

—Lo he oído en las noticias —dice Pilar.

—Yo he visto las vallas publicitarias —comento recordando la inmensa lona decorada como si fuera una fachada de un edificio,

con los balcones ocupados por personal del hotel en diferentes posturas, que ha estado oculta eb las obras de reforma durante meses—. ¿Es el que está al lado de la Gran Vía? ¿Ese tan lujoso con habitaciones tan grandes que cabría mi piso dentro?

—El mismo —responde Catalina—. Le hacía falta un lavado de cara. Estaba muy anticuado y contaba con escasas comodidades que ahora hasta establecimientos hoteleros más ínfimos ofrecen a sus huéspedes.

—Es de la promotora *Casimiro Gómez* —cuchichea Pili—. ¿Os acordáis que encontraron al dueño muerto por una puñalada en el corazón en un polígono? ¿Qué haría allí?

—Nada bueno —afirmo sin dudar—. Un hombre tan acaudalado como él no va a una zona tan apartada de la ciudad y tan poco recomendable de noche, si no es para realizar alguna actividad turbia que no puede acometer en su despacho o en un lugar público.

—A mí me han dicho que se drogaba y era aficionado a las partidas de póker de alto nivel. Esas en las que, si te descuidas, pierdes hasta la camisa que llevas puesta —nos cuenta Catalina bajando la voz.

De repente, estoy incómoda en la silla. ¿Y si Sergio también estaba enredado en algo como lo que le costó la vida al constructor? Un secreto tan oscuro que nos lo ocultó tanto a mí como a Javier, su mejor amigo.

Se ha levantado un aire frío que hiela mi piel.

¿Cuánto falta para que salgan los niños? Estoy deseando irme a casa.

Capítulo 14

Natalia

La reapertura del prestigioso hotel de la Gran Vía madrileña ha sido todo un éxito. Fue hace dos semanas y todavía la prensa local sigue haciéndose eco del evento. Por no mencionar la miríada de famosos e *influencers* que han llenado estos días sus muros de publicaciones al respecto. Las posturas que adoptan algunas personas en el momento de posar son demenciales.

—¿En serio hay que hacer el ridículo para tener «me gustas» y aumentar el número de seguidores? —me pregunta David señalando una foto de una rubia con un estilizado vestido de Lamé plateado, que se inclina sobre el muro de la azotea del hotel en una precaria posición. Medio cuerpo queda fuera, suspendido a varios metros de la bulliciosa calle. En una mano agarra con delicadeza una copa de cava, mientras que finge sostener en la palma de la otra la luna. Desde luego, el encuadre que logró el fotógrafo es espectacular, pero no veo la necesidad de jugarse la vida por obtener más visualizaciones.

Me limito a encogerme de hombros. No tengo redes sociales, de modo que el postureo me importa un bledo. Dirijo una mirada a Jesús, nuestro joven agente, que, tal y como predije, se ha quedado en la Unidad. Descarga de trabajo a Ramiro y permite que Carlota desarrolle otras facetas. Es buena entrevistando a potenciales testigos y pateándose la calle. La década que nos separa al inspector y a mí de los otros tres integrantes del grupo se nota en determinados ámbitos de nuestro trabajo. No estamos a la moda y desconocemos lo que mueve a las masas en la actualidad.

—Ha sido uno de los eventos más importantes del año —comienza a explicar Jesús—. El arranque de la temporada otoño-invierno en la capital. Se acaba la época de las terrazas. Los bares,

restaurantes y demás establecimientos de hostelería pugnan por obtener clientes. En el caso del hotel, necesita huéspedes acaudalados que puedan permitirse alojarse en sus carísimas habitaciones. Las campañas publicitarias convencionales están bien, pero su nicho de mercado está en TikTok, Instagram y otras redes por el estilo.

—Ya os digo yo que la mitad de los *influencers* que fueron, lo hicieron previo pago de unos buenos honorarios —recalca Ramiro.

—Me da igual —dice David—. Los de Homicidios están convencidos de que el promotor Casimiro Gómez fue secuestrado a la salida de una reunión en la sede de sus oficinas, después fue asesinado y se deshicieron de su cuerpo en el polígono. Son muchas las incógnitas. ¿Extorsión? ¿Debía dinero a alguien poderoso y poco dispuesto a negociar? ¿Querían entorpecer su identificación y así prolongar la hipótesis de una desaparición?

—Quizá planeaban retenerlo hasta que satisficiera sus peticiones y se les fue la mano —sugiero mirando la foto del empresario—. Acabaron matando a la gallina de los huevos de oro.

—Por el momento, no descartaremos ninguna hipótesis. Además, trabajaremos en colaboración con la Unidad de Homicidios —nos informa el inspector—. Si fue un secuestro, entra en nuestra competencia.

—¿Y si a Sergio Rodríguez le ocurrió lo mismo? —inquiero en voz alta, verbalizando mis pensamientos—. Solo que en su caso fueron más hábiles a la hora de deshacerse del cuerpo y no lo encontramos.

—Aunque dudo que Sergio y Casimiro se movieran en los mismos círculos empresariales, vamos a buscar nexos que les pudiesen unir. Jesús, averigua si tenían facturas impagadas o deudas con Hacienda que ocultaron a sus familias —ordena David. Ya hemos revisado los asuntos financieros de Sergio hasta la saciedad, pero tal vez un par de ojos nuevos descubran algo que se nos ha pasado por alto—. Si por algún motivo estaban justos de efectivo y no querían o no podían recurrir a un préstamo bancario, quizá acudiesen a un prestamista cuyos elevados intereses no fueron capaces de complacer.

Me parece demasiado turbio para el marido de Ana involucrarse en asuntos de escasa o nula legalidad. No obstante, cosas más descabelladas hemos visto. Por el contrario, el promotor era un hombre que no aceptaba un «no» por respuesta. Siempre alcanzaba sus objetivos de una forma u otra. Una puntual escasez de liquidez no iba a detener ninguno de sus proyectos, y mucho menos la rehabilitación del emblemático establecimiento hotelero que tanta expectativa estaba causando.

—Su empresa ha sido la encargada de la rehabilitación del hotel. Hasta ahora, el nombre de la promotora estaba asociado a la construcción de viviendas en barrios residenciales —comienzo a conjeturar—. Eran muy conocidos y estaban extendiéndose por otras comunidades autónomas a pasos agigantados. Obviamente, lo siguiente era la expansión mundial, y esta obra les ha puesto en primera línea.

—Invitaron a muchos VIPS famosos no solo de Madrid —recuerda Carlota—. Había actores, cantantes, políticos, modelos, futbolistas…

—Para semejante evento, hace falta dinero a espuertas —comenta David.

Si de algo estamos cada vez más seguros, es de que el móvil del asesinato de Casimiro Gómez fue el dinero. Mi instinto me dice que en la desaparición de Sergio hubo otro motivo, pero, mientras no haya pruebas en un sentido u otro, todas las posibles causas siguen siendo objeto de nuestra investigación.

—Había varios patrocinadores. Si os fijáis en el *photocall*, veréis marcas importantes —añade Ramiro proyectando en la pizarra electrónica de la oficina una serie de imágenes de gente posando y luciendo palmito delante de unos inmensos paneles con logos de marcas que reconozco, pero que nunca me podré permitir—. Supongo que los gastos se habrán repartido. Que el nombre de tu empresa esté en las fotos no es gratis. Esa noche se movieron millones de euros en concepto de marketing y publicidad.

—Pero la promotora no es la dueña del hotel, ¿verdad? —inquiere Carlota confusa—. Ellos se limitaron a llevar a cabo las reformas.

—Exacto. Los propietarios son un importante *holding* empresarial centrado en hoteles y resorts de lujo —me apresuro a responder consultando unos papeles que tengo sobre la mesa—. No obstante, sí que Casimiro recibió, como parte del pago, una participación en los beneficios que tenga el hotel los cinco primeros años. Aunque no es algo común en los negocios, no es ilegal.

—Y, después de tantos esfuerzos, le matan antes de que se inaugure el hotel —comenta David—. Gómez no pudo verlo terminado.

—¿Tenemos que considerar a todos los invitados sospechosos? —pregunta Ramiro, agobiado por lo que supondría tener que examinar las finanzas y las conexiones con Casimiro de tanta gente.

—No —niega David—. Dudo que el par de futbolistas que salen en esa foto hayan tenido nada que ver. Centraos en sus hijos y sus socios. Averiguad también si hubo algún conflicto con la cadena hotelera. No creo que le mataran porque se hubiera pasado del presupuesto, pero estos ricachones tienen la piel muy fina. Cualquier desacuerdo puede exacerbar sus henchidos egos. De todos modos, Natalia, habla con nuestros colegas de Homicidios. Tal vez ellos ya han hayan cotejado datos y nos ahorren algo de tiempo.

Nos ponemos a trabajar sin levantar cabeza. David tiene razón, y alguna de nuestras vías de investigación ya las han examinado los compañeros de la otra Unidad, pero en otros aspectos somos nosotros los que aportamos detalles interesantes. Sin embargo, lo único en lo que avanzamos es en descartar sospechosos; por lo demás, estamos dando palos de ciego.

—Chicos, ¿habéis encontrado alguna conexión con Sergio Rodríguez? —les pregunto a mis jóvenes compañeros antes de dar por finalizada la jornada.

—Nada —me responde Jesús—. Es posible que una o varias personas de las que hemos investigado compren o hayan comprado calzado en las zapaterías del desaparecido, pero hasta ahí cualquier posible nexo de unión.

—Como otras tantas otras personas de Madrid o turistas que estén aquí de vacaciones —alego frustrada.

—Y tampoco he encontrado facturas impagadas, deudas con Hacienda o la Seguridad Social, fabricantes, etc.

—Es una empresa familiar, solvente y sin deudas —recalca Ramiro—. Por supuesto, tienen sus altibajos en la cuantía de los beneficios, pero, si tuvieran que pedir un préstamo, se lo darían. El hogar familiar o los inmuebles de las tiendas valdrían como avales.

—Ana es buena gente —apunta Carlota—. He confirmado con la gerencia de la residencia de ancianos en la que se ha ingresado al padre de Sergio que su nuera está al día con los pagos. Ella y los niños lo visitan con relativa frecuencia. Ahora que los peques han retomado el curso escolar, todos los domingos van a verle. Os garantizo que, aunque debería ser lo habitual, los familiares pasan mucho de sus mayores. En la que está mi abuela, hay situaciones de abandono denunciables. Abuelillos sin mudas porque sus hijos o sus sobrinos no les compran ropa. A Juan Rodríguez no le falta nada más que la memoria.

—Es un alivio —afirmo satisfecha al verificar que no me he equivocado al estrechar lazos con la mujer de Sergio y su amiga Pilar. He descubierto que hay vida fuera de las paredes de la Unidad y que no todo el mundo es malo. En mi trabajo solo nos topamos con desgracias. Las alegrías son escasas.

Esta noche haremos una reunión solo de chicas en mi casa. Los hijos de Ana se quedan con sus abuelos maternos, y el de Pilar con su padre. Eso me recuerda que debo hablar con mi superior de mi relación personal con la mujer de Sergio. Mejor lo hago ahora. El otro día me arriesgué yendo al colegio por el comienzo de curso. Fue por un buen motivo: Sonia me lo había pedido. Me dio mucha pena negarme. Ella y sus hermanos siguen notando la ausencia de Sergio y necesitan dosis extra de cariño. Cualquier padre, profesor o alumno de Bachillerato pudo subir una foto a las redes sociales en la que salga yo al fondo, y de boca en boca haber llegado el rumor al Comisario o a David. No quiero seguir ocultándoselo a ninguno de los dos. El riesgo de ser acusada de conflicto de interés o ser sancionada es elevado.

—David, ¿podría hablar contigo un momento? —le pido al inspector al pasar por la puerta de su despacho

—Claro, entra y siéntate.

Me tomo unos segundos para ordenar las ideas en mi mente mientras me acomodo en una silla. Inspiro y elevo la cabeza. Mi estimado jefe me observa con una expresión en la que se mezclan la suspicacia y la curiosidad. Un atisbo de sonrisa pinta mis labios antes de comenzar a explicarme.

—Bueno, creo que no te habrá pasado desapercibido que me llevo bien con Ana Durán.

—Pues no. Es evidente que hay mucha confianza entre vosotras.

—En efecto —confirmo tomando impulso para soltar de carrerilla lo que le quiero contar al inspector. Si me pongo a analizar lo que voy a decir, acabaré titubeando—. Somos amigas. De hecho, también soy amiga de Pilar. Hemos quedado algunas veces.

—No es muy ético. Lo sabes, ¿verdad? De acuerdo que no hemos hallado ninguna prueba que la involucre en la desaparición de su marido, pero, aun así, es una investigación abierta. Si al final resulta que está implicada, un buen abogado defensor lo usará a su favor, obstaculizando la labor del fiscal.

—Sí. Lo sé. Por eso te lo estoy contando de forma oficial. Entenderé que me apartes del caso. Hay otros expedientes en los que puedo trabajar sin perjudicar a la Unidad.

David reflexiona en silencio sin dejar de tamborilear con los dedos en el tablero de su mesa. Le he fastidiado. Sé que soy buena y no le hace ninguna gracia tener que mantenerme al margen.

—No es adecuado mezclar la vida profesional y la personal. No obstante, hay pocas personas que acepten sin protestar que no tengamos casi nunca vacaciones o que tengamos que marchamos de improviso de una comida o de una fiesta porque nos reclaman en comisaría. Si ellas respetan eso, has hallado un tesoro.

¿Me va a echar de la Unidad? Tanta reflexión me está consumiendo. Que me diga lo que sea de una vez, que me va a dar algo. Amo mi trabajo y he luchado muy duro por estar donde estoy. He perdido familia, amigos y potenciales parejas por el desempeño de mi profesión. No puede hacerme elegir entre las chicas o mi puesto. ¿O sí?

—Por otra parte, iría contra las reglas que siguieras implicada en la investigación de la desaparición de Sergio. Vas a echarte a un lado y te ocuparás del caso de Casimiro Gómez. Entre otros motivos, porque eres nuestro enlace con la Unidad de Homicidios y la que está más al tanto de las indagaciones. Desgraciadamente, sin pruebas, Carlota y Ramiro se bastan con lo poco que tenemos para mantener abierto el expediente del marido de tu amiga Ana.

—Gracias, jefe. No te preocupes. No les contaré ningún detalle ni sobre su esposo ni de ninguna otra investigación de la Unidad.

—A estas alturas, empiezo a pensar como tú: Sergio está muerto —me confiesa el inspector frotándose la cara en un vano intento de borrar el cansancio de su rostro—. No hemos hallado su cadáver, pero eso es algo que quizá nunca logremos hacer.

—Puede. Diría que fue un robo que salió mal si no hubiera aparecido ese chico intentando pagar con su tarjeta en el supermercado.

—Tal vez el asesino no la vio —sugiere David—. Al estar en el bolsillo interior del abrigo, pudo pasarle desapercibida.

—¿Y por qué le quitó la ropa? Era un buen abrigo. Si estaba tan necesitado para robar, una prenda de esa calidad no le habría venido mal. Recuerda que era enero. Un frío espantoso. ¿Quién se deshace de algo así con heladas nocturnas que congelan hasta las tuberías?

—Ya te lo contaré cuando demos con el responsable —responde mi jefe—. Venga. Fuera de aquí. Descansa. ¿Has quedado con las chicas?

—Sí. Vienen a cenar a casa.

—¿Estás loca? ¿Quieres envenenarlas y que dejen de ser tus amigas?

—¡No seas malo! —exclamo ofendida—. No soy tan pésima cocinera. Una tortilla de patatas, una ensalada y unos saladitos que voy a comprar en el supermercado que me pilla de camino y listo.

—¿Tengo que recordarte que Ramiro se rompió un diente con las magdalenas que trajiste el año pasado por tu cumpleaños?

—¡Ya me disculpé! Puse garbanzos a remojo y, por accidente, uno se cayó en la mezcla. No fue intencionado.

Salgo del despacho escuchando las carcajadas del inspector. Tal vez no sea mala idea comprar algún otro plato para llevar en el punto caliente del super. Solo por si acaso.

Capítulo 15

Ana

Se me hace raro salir un viernes por la noche con amigas. Mis padres se han venido a casa a ejercer de niñeros. Desde el verano, mis hijos no han vuelto a quedarse a dormir con ellos y no sé a quién les hace más ilusión. Mi madre ha comprado seis prendas de dormir iguales para hacer una fiesta de pijamas. El mío aguarda sobre la colcha de mi cama a mi regreso.

—Cielo, si se alarga la juerga no pasa nada —afirma mi padre antes de que baje al portal donde ya me espera Pili en su coche.

—Papá, mañana tengo que madrugar.

—¡Bobadas! Los niños no tienen colegio, y si tú no abres la zapatería, otra persona lo hará.

Le doy dos besos y me dirijo al ascensor. De espaldas no ve cómo he puesto los ojos en blanco. Me siento como cuando fui mayor de edad y me dieron permiso para volver de madrugada. Suspiro con nostalgia. Sergio y yo nos conocimos tan jóvenes, que apenas recuerdo ir de fiesta sin su compañía. Él se aseguraba de que entraba en el portal y no se movía de la acera hasta que no le enviaba un mensaje desde la seguridad de mi hogar de la infancia. Detalles como aquel me hacían comprender lo enamorado que estaba de mí y, además, se ganaban la aprobación de mis padres. Creía que lo nuestro sería un para siempre. ¡Qué equivocada estaba!

Me contemplo en el espejo y apruebo la elección de vestuario que he hecho. Una falda larga en tonos marrones con vuelo, unos botines oscuros y un jersey en un suave dorado. Por encima, un abrigo de paño ligero, de esos que en pleno invierno nunca te pones, o porque llueve tanto que el agua lo estropearía, o porque el frío es tan intenso que cala hasta los huesos. He potenciado el

maquillaje de mis párpados y me he aplicado una generosa dosis de máscara de pestañas de efecto volumen. Sin embargo, los labios los llevo en un suave tono anaranjado. ¿Me he pasado con la colonia? En el baño no me daba la impresión de que oliera tanto, pero en este pequeño habitáculo mi pituitaria se ve sobrepasada por la fragancia. El pelo suelto y brillante bajo la luz del techo desprende reflejos anaranjados. En cuanto a mis pecas, ya no intento disimularlas como antes. Son mi herencia materna y las luzco orgullosa, igual que espero que haga Paula en un futuro. Unos discretos pendientes dorados y un colgante a juego completan mi atuendo.

Pilar está apoyada en la puerta de su vehículo, mirando la pantalla de su móvil y riéndose de algún video que está viendo en *TikTok* o en alguna aplicación similar.

—¡Hola! ¿Qué te hace tanta gracia?

—Te paso el enlace para que lo veas según vamos a casa de Natalia. Es una chica muy graciosa que hace *reels* sobre situaciones cotidianas comparando los comportamientos de las personas a lo largo del tiempo.

—*¿Reels*?

—Vídeos cortos que se crean en las redes sociales. Hay muchos creadores de contenido que los comparten en varias plataformas como *Tiktok*, *Instagram*, *Youtube*, *Facebook*…

—¡Ah! Vale.

—No es la única a la que sigo. Hay otros chicos que también hacen monólogos divertidos sacando punta a todo. Ahora el tema común es la vuelta al cole, los resfriados, ese tipo de cosas.

Dedico unos segundos a ver el vídeo y he de reconocer que la mujer tiene mucha chispa y es muy graciosa. Cuántas veces en televisión ponen programas de humoristas prestigiosos que son infinitamente peores que ella. Después me salta otro de un chico que habla de los cuñados en España. ¿De dónde saca la gente tantas ideas?

—¿Sonia ya te ha pedido un teléfono móvil? —me pregunta Pilar al pararnos en un semáforo.

—Este verano le ha debido de dar la murga a mis padres, y casi los convence. Sin embargo, me voy a mantener firme con el tema. Hasta tercero de la ESO no voy a ceder. Mientras tanto, si quiere mensajearse con alguna amiguita, tiene que usar el mío.

—Puedes instalar el control parental.

—Con lo lista que es, si no es ella, algún compi del cole le explicaría encantado cómo burlarlo. Hoy en día, tanto para lo bueno como para lo malo, puedes encontrar respuestas a cualquier cuestión en internet.

—Me parece que llevan un pin. Es cuestión de cambiarlo con frecuencia para que no sean capaces de averiguarlo.

—Aunque no te digo que no tengas razón, creo que es más aconsejable darles las herramientas para que sepan discernir si las páginas en las que navegan son las oficiales o si detrás de un supuesto colega cibernético no hay un pederasta. Ese aprendizaje requiere cierta madurez que nuestros niños aún no poseen.

—¡Puff! Me da miedo. Va a ser como echarles a los leones, pero, por otra parte, no podemos meterles en una cajita y aislarlos del mundo —reflexiona Pilar.

—Le pediremos consejo a Natalia. Sé que la policía da charlas en los colegios e institutos a fin de informar y enseñar a los peques. También dan cursos para los mayores a los que la tecnología les ha pillado tarde.

—Apúntalo, no se te olvide preguntárselo hoy, que luego nos ponemos a cascar y se nos va el santo al cielo.

La casa de Natalia está decorada de forma sencilla y funcional. Mi madre diría que es un piso masculino por la ausencia de tonos pasteles y flores. Hay que conocer a su dueña para saber que es una mujer que pasa poco tiempo en ella y que, cuando lo hace, es para dormir y poco más. Los adornos son austeros y no hay nada superfluo, ideal si no quieres estar limpiando todo el día. Acostumbrada a toparme con juguetes desperdigados por las habitaciones e incluso calzado allí donde mis hijos han considerado que les sobran los zapatos, es un descanso para la vista observar las despejadas superficies.

—¡Cómo se nota que no viven niños aquí! —exclama Pilar, que debe estar pensando lo mismo. En su caso, a pesar de tener solo a Ricardito, debo reconocer que vale por los tres míos. Es un huracán en miniatura con efectos devastadores.

—Está muy vacía —responde Natalia—. Siempre me hago la promesa de coger el coche un fin de semana e irme a un centro comercial para comprar adornos, muebles auxiliares, algún cuadro... Lo que ocurre es que nunca la cumplo. Me emperezo y acabo quedándome dormida en el sofá después de comer sin hacer nada productivo.

—¿Cuánto llevas en este piso? —inquiero pensando que, si no hace mucho que se mudó, es lógico que se haya ido arreglando con lo esencial.

—Cuatro años —contesta en voz baja.

Ambas la observamos asombradas unos minutos. Desde luego, el interiorismo no se cuenta entre las aficiones de la subinspectora. ¿Quién puede resistirse a pasearse por los pasillos de tiendas como IKEA y no adquirir nada? Está visto que personas como mi amiga Natalia.

—¡Eso no puede ser! —afirma Pilar—. ¿El domingo por la tarde lo tenéis libre? Javier y Ricardo se van al fútbol. Podemos quedar pronto y poner remedio a este desastre.

—Tampoco es para tanto —protesta la propietaria de la vivienda —. No me falta nada. Si no, ya lo hubiera comprando. Estáis exagerando.

—¿Necesitas que te digamos que lo importante está en los detalles? —inquiere Pili apuntando a Natalia con un dedo y entrecerrando los párpados. Siempre he dicho que mi amiga debería ser decoradora en lugar de veterinaria—. Hay pisos de estudiantes con mejor aspecto que el tuyo. Hasta Ana sabe cuándo se requiere un cambio. Si no, fíjate en el lienzo que compró en aquella exposición.

—¿El del salón? —me interroga la policía.

—Ese mismo. Lo vi colgado en una galería y, no me digas el motivo, pero sentí una atracción instantánea.

—¿Quién es el autor?

—Anilata Soeta. Lo busqué en internet —contesto orgullosa de mi cuadro. Sin duda, es el que más me gusta de todos los que adornan los muros de mi vivienda—. Es una artista de Río de Janeiro que se caracteriza por utilizar diversas técnicas en sus obras. En realidad, usa cualquier cosa que tenga a mano. Es muy original. Y el colorido muy alegre. A los niños les encanta.

—Tal vez debería mirar si hay catálogo *online* de sus piezas —dice Natalia.

—No, bonita —niega Pili. Fijo que ya está visualizando espacios e ideando cambios—. Eso tardaría mucho. El domingo vamos a ir en la furgoneta de Javier. Se la voy a pedir prestada.

—Luego es un rollo montar los muebles. Si compramos algo, que sea pequeño y que no requiera ensamblaje —responde la subinspectora sin darse cuenta de que empieza a ceder terreno ante el entusiasmo de Pili.

—A Ana se le da de vicio. Ella y Javier son capaces de armarte una estantería de las grandes en un par de horas. Yo me sentaba a jugar con los niños en la cocina y, cuando quería darme cuenta, habían acabado.

—¡Puff! Montar un cuarto de bebé puede ser agotador, te lo aseguro. Las cunas y los cambiadores son lo peor. Aún recuerdo con pavor las dos cajoneras que aquí mi amiga se empeñó en encargar a una empresa francesa. Una para Juan y otra para Ricardo. Yo estaba embarazada de seis meses, y tuve que estar tirada en el suelo un montón de tiempo apretando tuercas.

—¿Y lo bien que les viene ahora para guardar su ropa?

—Sí, sí. De lujo. Pero los treinta euros que cobraban por montarlas los hubiera dado gustosa con tal de no pasar tan mal rato.

—Bueno, ahora no estás preñada. Así que no lo pasarás mal —añade Pilar. Natalia y yo nos miramos extrañadas. ¿Qué quiere decir? No la entiendo—. Javier y tú estáis un poco desentrenados, pero seguro que no os cuesta demasiado montar la cuna y lo demás. Tenéis práctica.

—¿Estás embarazada? —inquiere la subinspectora, que se ve que tiene la mente más rápida que yo a las diez de la noche.

—De dos meses. Javier quería que aguardáramos hasta el segundo semestre, y así lo haremos con el resto, pero a vosotras os lo quería contar. Os habría extrañado que no bebiera vino con la cena.

—¿A por la niña? —le pregunto a mi amiga dándole un fuerte abrazo y posando mi mano es su insignificante barriguita.

—La parejita —comenta Natalia sonriendo.

—En realidad, he de confesaros que ha sido sin premeditación. Llevaba tres meses sin regla, y ya pensaba que estaba en la menopausia, pero se ve que era la premenopausia y todavía mis óvulos funcionan.

—¿Dejaste los anticonceptivos? —le pregunto suponiendo que esa fue la causa del feliz descuido.

—Sí. Ya sabes que me sientan fatal. Me dan muchos dolores de cabeza, náuseas, malestar. En fin, creíamos que con los preservativos valdría.

—Se ve que no —concluyo encogiéndome de hombros.

—Desde luego. Y más cuando tu marido, en lugar de comprar una caja nueva, usa los que tenía guardados en el cajón de la mesilla a saber desde cuándo —añade Pili poniendo los ojos en blanco.

—¿Se lo habéis dicho a Ricardo?

—Esta mañana. Me vio vomitando en el baño y se asustó. ¡Malditas náuseas matutinas! Por eso quería contároslo hoy. Le hemos dicho que no le diga nada a nadie, pero, en cuanto vea a Juan, le dirá que él también va a tener una hermana.

—Es pronto para tener la certeza —argumenta Natalia—. ¿Es lo que os gustaría? ¿Una niña?

—Si te soy sincera, a mí con que nazca sano el bebé, me da igual el sexo. Tened en cuenta que tengo cuarenta y dos años. Es un embarazo de riesgo. Me van a dar la baja pronto. Continuaré trabajando en la clínica con animales domésticos durante tres meses a lo sumo, pero será mi ayudante quien atienda las granjas y las caballerizas de mi marido a partir del lunes.

—Javier y tus clientes lo entenderán —afirmo convencida—. No puedes arriesgarte a que te dé una coz un caballo.

—Me da miedo que se vayan con otro veterinario —suspira mi amiga.

—Eres una gran profesional y tu ayudante es excelente. Estarían locos si renunciaran a ti. Seguro que ellos también delegan en otras personas cuando no pueden llevar a cabo todas sus tareas.

—Yo la entiendo —dice Natalia—. Los agricultores y los ganaderos siguen siendo, en su mayoría, hombres. Es un mundo bastante machista. En los cuerpos policiales cada vez menos, porque el acceso es vía oposición. Ante un examen o unas pruebas no importa el género, sino la persona.

—Cada vez hay más mujeres al frente de ganaderías o de granjas. Heredaron las tierras de sus padres y, como tampoco es que el trabajo abunde, muchas han terminado quedándose al cargo –nos explica Pilar.

—Y lo hacen igual o mejor que un varón —declaro con seguridad, porque conozco a algunas de ellas, que, con amabilidad y cariño, han invitado al hijo de Pilar y a los míos a visitar sus propiedades. No hemos terminado con una ovejita como mascota de puro milagro.

—Mi marido y mi hijo se alegrarían si dejase de ir de granja en granja en cuanto amanece o no tuviese que salir corriendo cuando el parto de una vaca se complica. Mi intención es contratar a otro ayudante y, después de dar a luz, centrarme más en la clínica de la ciudad por un tiempo. No quiero delegar el cuidado de este garbancito a nadie más que lo estrictamente necesario. Aunque no haya sido buscado, va a ser muy querido.

—Entonces, tu ofrecimiento para ayudarme con la decoración del piso es una excusa —especula Natalia con sonrisa ladina—. Tú lo que quieres es ir a mirar dormitorios de bebés.

—No, bonita. Yo solo voy a mirar, no a comprar. La que le va a dar aire a la tarjeta vas a ser tú.

A duras penas conseguimos sentarnos a cenar antes de que Pilar, con la aplicación de notas en mano, recorra cada una de las estancias de la vivienda de la policía apuntando lo que ella considera imprescindible en una casa.

—Menos mal que me tienes a mí. Voy a dejar tu piso que no lo vas a reconocer —asevera Pilar colándose en el baño para investigar el armario del lavabo.

—Tú tranquila —le susurro a Natalia—. Ya le explicaré luego que no hace falta adquirir todo junto. Será más divertido ir poco a poco. Con suerte, se le olvidará el afán decorador a medida que aumente el tamaño de su barriga.

La subinspectora me mira horrorizada. No se ha creído ninguna de mis afirmaciones.

Hace bien.

Capítulo 16

Ana

Tengo a tres niños sobreexcitados por el azúcar en el asiento trasero de mi coche. Los he recogido hace un rato de casa de Catalina y Lorenzo. El concejal ha resultado ser un tipo afable que adora a sus hijos y se desvive por ellos. Solo así se comprende que haya estado dispuesto a bregar con todos los amiguitos de Carmen y Lorencito, que han acudido a una fiesta de Halloween que nada tiene que envidiar a las celebraciones americanas que veo en las series y en las películas.

Sonia y Paula se han integrado con el desparpajo propio de los críos en la pandilla del colegio de la primogénita de Catalina. Del mismo modo que Lorencito, Juan y Ricardo se han convertido en inseparables. Todo gracias a las clases en la academia de inglés. No puedo estar más contenta de que me convencieran de apuntarlos. Mis tres pipiolos han mejorado perceptiblemente en el idioma extranjero y han ampliado su ya gran círculo de amistades. Eso implica un sinfín de fiestas infantiles a los que son invitados y acuden acompañados por mí, por Pilar o por sus abuelos, según mis compromisos en las zapaterías y lo complicado que tenga el día mi amiga con su embarazo.

Pilar y su marido ya han hecho oficial el futuro aumento de la familia y están pletóricos. Mis hijas quieren que tengan una niña para cuidarla como a sus muñecas preferidas. Sin embargo, Ricardo y Juan ruegan que sea un niño que iguale en número de chicas y chicos el grupo. Ninguno se da cuenta de lo que les espera cuando el benjamín les persiga por los rincones y ellos solo piensen en salir con sus amigos de fiesta en plena adolescencia.

Parece que la pubertad es algo muy lejano, pero por el retrovisor observo a Sonia, que mira por la ventana ajena al parloteo de Paula y Juan. Hay momentos en que su mirada adopta una madurez poco propia de sus once años recién cumplidos. Creo que perder a su padre a una edad tan temprana la está haciendo crecer demasiado rápido. Aunque me gustaría que disfrutara de la niñez un poco más, me da que es imposible ralentizar el paso del tiempo.

—Paula, guarda esa chocolatina en la bolsa. Hoy ya has comido suficientes dulces —le advierto a mi pequeña, que arruga la naricilla con fastidio.

—De estas no —afirma poniendo ojos de corderito.

Es difícil resistirse a su carita. Mis tres niños saben que pueden derretirme con carantoñas, pero me mantengo firme. Desde las cuatro de la tarde que los llevé a casa de Catalina, hasta que los hemos ido a recoger Pilar y yo, han pasado varias horas brincando, jugando y zampando. Antes de irse en su coche, la veterinaria afirmó que nos los devolvían asilvestrados, y no le faltaba razón. Los monitores que el concejal contrató para cuidarlos y entretenerlos se han ganado con creces el sueldo que les hayan pagado.

—Si tienes hambre, solo debes aguardar hasta que estemos en casa. Os prepararé la cena en un momento.

—¿Pizza? —pregunta Juan esperanzado.

—Barritas de pescado con guisantes —respondo conteniendo la risa ante la expresión de desagrado de los tres.

Por lo general, son tragoncetes y comen cualquier cosa que les ponga en el plato. Sin embargo, después de una copiosa merienda repleta de hidratos de carbono, grasas y azúcar, que habrán regado con refrescos, la idea de un plato sano y equilibrado no les seduce mucho.

—Al baño derechos en cuanto subamos —les digo mientras aparco en el garaje.

Las niñas no necesitan mi ayuda. Se las arreglan solas en la bañera de mi cuarto de baño. Juan es más remolón y, si quiero que se frote detrás de las orejas, tengo que estar con él. Juro que cada noche le restriego bien el cuero cabelludo, pero tiene una facilidad pasmosa para llenarse de barro hasta la coronilla.

Les dejo poniéndose el pijama y meto en un cesto los tres disfraces. Sospecho que me pasaré buena parte del día de fiesta de mañana frotando con quitamanchas y muchos puños los restos de comida y sudor de su ropa. Sonia y Paula iban de adorables brujitas. Juan y Ricardo de esqueletos. Me da que el del niño terminará en la basura. El año que viene es imposible que le valga y, con lo destrozado que ha quedado, prácticamente está inservible.

El sonido del timbre del portal me sobresalta según camino por el pasillo. ¿Quién será a estas horas? Me apresuro a responder.

—¿Sí?

—Hola —responde una voz masculina—. Soy Gonzalo. Pasé antes por la zapatería y me dijeron que habías salido temprano porque tenías que recoger a los niños de una fiesta de Halloween.

Se queda callado unos segundos. Supongo que espera que responda, pero estoy descolocada. Hemos estado hablando por mensajes desde agosto. Aunque sabía que venía en breve con el muestrario del próximo verano, no le esperaba en pleno puente de Todos los Santos.

—Acabamos de llegar —acierto a balbucear.

—¿Puedo subir? Hay algo que me gustaría contarte. Traigo cena —añade tras una nueva pausa.

—No le permitas que entre. Ese cantamañanas aquí no pinta nada. Mándale a paseo. Lo que quiera decirte puede esperar al sábado en la tienda. Allí estarás acompañada por los dependientes.

No voy a dejarle en la calle, así que le abro el portal y llevo a la carrera la ropa de mis hijos al cuarto de la lavadora. Una vez en el vestíbulo, me meto bien la camiseta por la cinturilla de los vaqueros y vuelvo a hacerme la coleta. Cuando me quiero dar cuenta, estoy franqueándole la puerta al viajante. Trae dos pizzas de tamaño familiar humeantes en las manos.

—¡¡¡Pizza!!! —grita alborozado Juan, que tiene el olfato de un perro de presa. Apostaría a que ha olido su comida favorita desde que Gonzalo estaba a diez metros del edificio.

—¿Hay pizza? —pregunta Paula asomando su cabecita entre mis piernas, seguida por Sonia, que mira con ojos golosos las cajas grasientas.

¡Al cuerno la dieta sana! Yo lo intento, pero siempre surge algo que desbarata mis planes. Cualquiera les dice a los niños que voy a freírles el pescado. Me considerarían la peor madre del mundo mundial. Resignada, me hago a un lado para que pase mi visita y le indico con la cabeza dónde está la cocina.

—¡Sois unos vendidos! Por un trozo de pizza. Ana, hazte valer. Dile que se vaya por donde ha venido con su cena. Ni la quieres ni la necesitas.

Ya ha estado en varias ocasiones en el piso, acompañado por su ex, en cenas informales antes de tener a los niños, y con ellos después, por lo que no es rara su buena sintonía con mis hijos. Además, con la cena que ha traído, se los ha metido en el bolsillo. Lo extraño es que se haya presentado sin avisar y de improviso. La curiosidad me puede. No me ha pasado por alto la inquietud que mostraba su rostro cuando le he visto bajo la luz del techo.

—Así que habéis estado recaudando caramelos. ¡Qué suertudos! En mi época, ni calabazas ni ir por las casas pidiendo dulces.

—Eso es porque eres igual de viejo que mamá —concluye Juan tan tranquilo. Es mi niño y lo adoro, pero tiene unas salidas…

—En realidad, yo soy mayor que tu mami —le responde riendo Gonzalo—. Es que hace años no era costumbre en España.

—Vosotros no habéis ido puerta a puerta pidiendo dulces tantas veces —le digo al sinvergüenza de mi vástago—. Quizá una vez por el pueblo con los abuelos, y otra vez con los niños del tercero. En la ciudad no podéis ir de calle en calle.

—Pero en colegio sí que nos disfrazamos todos los años —comenta Paula.

—Y en carnavales —apuntilla Sonia.

—No quiero ni imaginarme con tres niños la colección de disfraces que debéis tener guardados —dice Gonzalo—. Los míos son los más pequeños de todos los primos, por lo que, por suerte, siempre han tenido variedad para elegir. Se los pasan de unos a otros.

—En el colegio hacemos como con los libros de texto, una especie de *releo* mediante el cual hay un fondo de disfraces para los alumnos que los precisen —le explico a Gonzalo—. Por otra parte, mi

madre y la de Pilar son buenas con la aguja y el hilo. Son unas fieras reutilizando tejidos y accesorios. Incluso las niñas han llevado alguno mío de pequeña.

—Seguro que en el pueblo tenéis un buen trastero, de esos a los que va a parar todo lo que estorba por casa.

—En la calle Carretas tenemos una trastienda enorme. Una sección la aislamos del resto, y allí guardo cada verano las cosas del colegio que ya no van a utilizar o la ropa que no les vale. Algún día me pondré en serio y separaré los artículos en cajas para reciclar.

A continuación, los niños le cuentan a nuestro invitado lo que han hecho en el chalet de Carmen y Lorencito esta tarde. Ambos alucinamos cuando nos explican que, además de un mago, han tenido un cuentacuentos y un taller de vaciado de calabazas. Desde luego, el sueldo de concejal da para mucho. No me extraña que los políticos se peleen tanto cuando hay elecciones.

—El próximo año voy a decirle a Catalina que las madres también queremos ir y participar en la fiesta —afirmo convencida de que haré malabares con mi horario laboral, pero no me quiero perder otra celebración como la que han disfrutado los críos.

—¿No te invitaron hoy? —quiso saber Gonzalo.

—Sí, y a Pilar también. Me dio cosa no ir a trabajar y, como Pili tampoco iba, no me animé.

—Había muchas mamis —me explica Sonia—. Ellas estaban dentro tomando café y los niños estábamos fuera con los monitores. Algunas salían a ver las actuaciones.

—¿Y el padre de Carmen? —le pregunto a mi peque.

A este tipo de eventos acuden menos progenitores masculinos que femeninos. Por lo general, en el grupo social en el que se mueven Catalina y Lorenzo, ellas son ociosas mujeres que disfrutan dándole aire a sus tarjetas de crédito y delegando el cuidado de sus hogares en niñeras y asistentas. No puedo generalizar porque me consta que alguna sí que trabaja fuera de casa, pero son pocas. Me parece increíble que, en pleno siglo XXI, pueda seguir habiendo felices esposas que no necesitan ejercer una profesión y prefieren vivir de sus maridos. Yo no podría. Y no es por cuestiones económicas, es por realización personal. En mi caso, no me sentiría

completa como mujer si no tuviera las tiendas. Tanto cuando era dependienta como ahora que soy jefa, relacionarme con personas ajenas a mi entorno y ser de alguna forma útil a los demás, me distrae de las preocupaciones y me proporciona una gran autoestima. Nunca nos planteamos que me quedase en casa al cargo de los niños. Ni cuando eran bebés. Primero con mis padres y después en guarderías, siempre supimos que estaban bien atendidos.

—Llegó a media tarde. Después de merendar —contesta Paula.

En silencio, escucho cómo Gonzalo intercambia comentarios con mis hijos. Ellos están relajados y, si piensan que hay algo extraño en compartir mesa con un hombre que no es su padre, no lo demuestran. Aceptan con normalidad que el que ha sido su tío putativo durante años haya venido de improviso a cenar. Creo que somos los adultos los que damos demasiadas vueltas en nuestra cabeza a pensamientos que nos llenan de miedo y frustración sobre situaciones cotidianas en las que queremos ver segundas intenciones. Sonia y sus hermanos me están enseñando que la vida es más sencilla que eso, y no debo dar importancia a lo que no la tiene.

—Ya habéis cenado. Ahora que se largue a su hotel, que en esta casa estorba. Los niños deberían estar durmiendo y tú estás muy cansada. ¡Puerta! Cuatro son compañía; cinco, multitud.

Me he sentado en el suelo del pasillo y escucho cómo Gonzalo le lee a Juan las últimas páginas de su cuento favorito. Yo he hecho lo mismo con las niñas, pero se han quedado groguis en el segundo capítulo. Mi hijo está disfrutando, y lucha por dormirse. El viajante es un buen narrador. Sabe dar la inflexión apropiada a cada personaje y dota su narración de emoción en los pasajes más trepidantes. Sergio era muy bueno también leyéndoles o inventándose historias a la hora de dormir. He de reconocer que a mí no se me dan tan bien. Supongo que mi imaginación es menos vívida que la del hombre que compartió mi existencia durante tantos años.

—Ey —dice Gonzalo cuando me descubre acomodada contra la pared.

—Hola. Eres bueno. Hasta a mí me tenías enganchada a la historia de *Buky*[7].

—No la conocía. He de reconocer que es muy entretenida y despierta el amor a la lectura.

—Mi madre se lo regaló a las niñas cuando Juan aún no había nacido. Yo creo que escuchaba a su padre leyéndoselo a sus hermanas mientras estaba en mi tripa y por eso le gusta tanto. ¿Un café? ¿Una infusión?

—Lo segundo. Si tomo un café después de las seis, ya no duermo.

—Bienvenido al club de los insomnes —respondo poniéndome de pie y encaminándome hacia la cocina.

Cinco minutos después, nos hemos acomodado en el salón con dos humeantes tazas de rooibos entre las manos. Gonzalo contempla el lienzo que adorna la pared. Siempre ocurre igual. En cuanto una persona entra en esta habitación, sus ojos son atrapados por las formas coloridas del cuadro. No deja indiferente a nadie.

—¿Te gusta? —le interrogo con una sonrisa.

—Sí. Es diferente. Original. Divertido.

—Vamos, que te mueres de risa mirándome. ¡Capullo!

—Lo compré en una galería. Me llamó la atención. No suelo gastar en artículos así. Con tres niños siempre hay agujeros que tapar, pero tenía aún el dinero que mis padres me regalaron por Navidad. Siempre me insisten en que me compre algo para mí, y no para la casa ni para mis hijos. Así que…

—Y no te imaginas cuánto me alegro de que lo hicieras. Es la única forma en la que puedo estar cerca de vosotros, vigilándoos para que no cometáis tonterías como dejar que ese mequetrefe se siente en mi sofá.

—Fue un impulso. A veces en la vida hay que dejarse guiar por ellos y salir de tu zona de confort.

Me quedo observando fijamente a Gonzalo. Lo que ha dicho no es solo por una compra compulsiva. Hay algo más y, sin duda, está relacionado con lo que le ha traído a Madrid y a mi piso. Da un sorbo a su infusión y comienza a hablar.

—Desde que me separé de mi ex encuentro más y más complicado mi día a día en La Rioja. Mis hijos son mayores que los tuyos. Durante el verano me fui de vacaciones con ellos a Croacia, pero, ahora que han vuelto a la universidad, ya casi no los veo.

—No has venido solo para enseñar el muestrario a tus clientes, ¿verdad?

—Estás en lo cierto. He hecho un par de entrevistas de trabajo y el lunes tengo dos más. Planeo mudarme aquí. Mi hijo mayor estudia en la Carlos III, con lo que a él le vería con frecuencia. El pequeño se ha ido a Barcelona, pero el máster de postgrado lo cursará aquí.

—¡Vaya! —exclamo sorprendida—. ¿Vas a dejar lo de ir con tus maletas de una ciudad a otra?

—Sí. Espero haber tenido suerte con alguna de las entrevistas y poder trasladarme a Madrid en breve.

—Te deseo la peor de las suertes.

—Voy a echar de menos no tratar contigo —afirmo pesarosa.

Una vocecita en mi cabeza me dice que no es solo porque Gonzalo sea uno de los viajantes más agradables que me he encontrado nunca, sino por algo más. Sus esporádicas visitas siempre me alegraban el día.

—Bueno, ya no te traeré muestrarios, pero, si tú quieres, podemos seguir viéndonos. Como amigos o algo más —añade con timidez.

—¡Te lo dije! Este granuja quiere meterse en tus bragas, Anita. Además de asesinado, ahora voy a ser un espíritu cornudo.

—Yo… —balbuceo impactada por su confesión.

Ahora mismo tengo tal cúmulo de pensamientos encontrados en mi mente que no sé ni qué responder. No soy tan obtusa como para negar que en presencia de Gonzalo experimento sensaciones que otros hombres no me provocan. ¿Se parecen a lo que sentía con Sergio? Sí y no. Es a la vez similar y diferente. A Sergio le amaba. Por Gonzalo no sé ni lo que siento.

—Me gustas —declara él firmemente—. Sin embargo, entiendo que todavía no estés preparada para iniciar una nueva relación de pareja. No ha pasado ni un año desde la desaparición de Sergio. Tal

vez nunca lo estés o yo no te atraiga de ese modo. En ese caso, me encantaría ser un buen amigo en el que confíes y con el que desees compartir tu tiempo libre en ocasiones.

—Gonzalo, no esperaba que esta noche me fueras a decir algo así. De hecho, hasta tu visita ha sido una sorpresa.

—Lo siento. Tienes toda la razón. Debí llamar antes. No lo pensé. Me marcharé. Esto ha sido un error.

—Eso es lo primero coherente que has dicho por tu boquita en la última hora. Ya sabes por dónde se sale.

—No. No es un error —niego notando mi pulso acelerado—. Tú también me gustas, pero necesito ir despacio. Por mis hijos y por mí. Todavía no he superado el duelo por la muerte de Sergio.

—¿Muerte? —inquiere perplejo.

—Sí. A estas alturas, es lo más seguro. Natalia y sus compañeros de la Unidad de Desparecidos creen que está muerto. Hasta dar con su cuerpo no sabremos si fue un asesinato o un asalto frustrado. La hipótesis de que se fuera por voluntad propia está prácticamente descartada.

—Lo siento.

—¡Mentiroso!

—Has de saber que deben pasar diez años para que a un desparecido le den por fallecido. Por tanto, a ojos de la ley, yo seguiré estando casada, aunque comencemos una relación.

—¿Seré tu amante? —me pregunta con un brillo pícaro en sus pupilas.

—Me temo que sí.

—Puede ser divertido —afirma sin rubor.

Niego con la cabeza. ¿En qué me estoy metiendo? ¿Debería dar un paso atrás? ¿Qué dirán mis hijos? ¿Y mis padres? Esto es una locura.

Capítulo 17

Natalia

Cada vez que voy al supermercado me entra el agobio máximo. Los congeladores de helados y las vitrinas de gazpachos dieron paso a los productos típicos de Halloween. Las calabazas, las brujas y las telarañas llenaron los escaparates de toda la ciudad durante el mes octubre, pero ahora son los turrones navideños los que sobrecargan las estanterías.

¡Estamos a mitad de noviembre! ¿Qué pasa con las personas a las que nos amargan estas fiestas? Pues se ve que no importa. Debemos apechugar con ellas sí o sí. Por si fuera poco, desde hace años hemos adoptado el *Black Friday* con ardor. Aunque nos estamos resistiendo al Día de Acción de Gracias, dudo que tardemos mucho en reunirnos en una mesa con un gran pavo en el centro.

Vale, a los niños les encanta. Los hijos de mis amigos estaban adorables disfrazados. Con su pelo rojo rizado y sus brillantes ojitos verdes, el mini clon de Ana, su pequeña Paula, estaba para comérsela. El año que viene, el bebé de Pilar y Javier se unirá a la fiesta. Me alegro mucho por ella. Deseo de todo corazón que su embarazo vaya bien y no sufra demasiadas complicaciones. Es paradójico que, pese a haberse prolongado la expectativa de vida, las mujeres sigamos teniendo un reloj biológico interno que no atiende a razones.

¿Qué haría en su situación? A mis treinta y ocho años, puedo considerar que se me ha pasado el arroz también. Nunca me he parado a reflexionar si quería ser madre. Simplemente, he ido cambiando de década sin preocuparme por más. Durante mis cortas relaciones amorosas tampoco ha surgido el tema. Me imagino que mi instinto maternal no es demasiado fuerte o no se ha despertado.

¿Me gustan los niños? Sí, pero a ratos y los ajenos.

Creo que la crueldad que vemos en nuestra profesión provoca que muchos de nosotros nos planteemos hasta qué punto es justo traer un hijo a este mundo. Sin embargo, varios de mis compañeros son felices padres. Carlota, a sus veintinueve años, es la única de la Unidad que es madre. Tiene una preciosa niña de dos años que vuelve locos a sus padres. Imagino que no le importó aparcar un tiempo su trabajo, y ese es el principal motivo por el que sigue siendo agente y no ha ascendido. Ha logrado compaginar su matrimonio con ser policía. La admiro por ello.

En lo que respecta al trabajo, no hemos avanzado mucho. Es muy frustrante. La investigación por la muerte del promotor inmobiliario está parada hasta que la Unidad de Delitos Informáticos le dé alguna pista a homicidios de por dónde tirar del hilo. Quince días después de hallar su cadáver, encontraron al hombre que lo mató muerto por sobredosis en un callejón por el barrio de la Latina. Las cámaras de una gasolinera cercana al polígono lo grabaron conduciendo una furgoneta cuyas huellas aparecieron al lado del cuerpo de Casimiro Gómez. Unos trabajadores del turno de noche de una fábrica lo vieron tirar algo a un contenedor de la zona. Al registrarlo, el equipo forense halló un cuchillo de afilada hoja que coincidía con la herida mortal del promotor.

A todos nos pareció muy oportuno que el asesino también muriese al poco tiempo, y más cuando no tenía ninguna otra marca de pinchazos en sus brazos. Era un drogata, sí, pero más pastillero que otra cosa. El inspector que investiga los asesinatos piensa que la misma gente que le encargó deshacerse de Casimiro, decidió eliminar cabos sueltos.

Por otra parte, la hipótesis de que tuviera algo que ver con la desaparición de Sergio se ha venido abajo. Ni tenían nexos en común ni el motivo de acabar con ellos es el mismo. Hemos vuelto a la casilla de salida.

Aunque yo estoy apartada del caso, me mantengo al día de la investigación del marido de Ana y sé que ya no es una prioridad en la Unidad. Por desgracia, seguimos abriendo expedientes por desapariciones casi a diario. Es desesperante que haya tantas

familias sufriendo por sus allegados y nosotros seamos tan pocos. No damos abasto.

Miro el reloj y veo que es hora de irme de la oficina. Jesús sigue tecleando en su ordenador, David está en su despacho, pero Ramiro y Carlota hace una hora que se marcharon. Es el momento de que yo los imite.

—Me voy. Hasta mañana, chicos.

Hoy, en lugar de irme directa a mi casa, me voy a acercar a la Calle Esparteros. Ana está allí trabajando esta tarde. Quiero comprarme unas botas para el frío y la lluvia. Las del invierno pasado están destrozadas. La semana anterior llovió todos los días y se me filtraba el agua cada vez que ponía un pie en la calle. Tener que pasar horas en la comisaría con los pies mojados me resultó incomodísimo y muy desagradable.

—Buenas tardes, Natalia. Enseguida estoy contigo.

Ana está cobrando a unas clientas mientras una joven dependienta asesora a un hombre mayor indeciso entre tres modelos de mocasines. Las mujeres se van y la atención de mi amiga se centra en mí.

—¡Hola! Déjame que guarde las cajas que he sacado antes y vemos qué necesitas. Echa un vistazo al escaparate y así me das una idea de cómo te gustan las botas.

Hago lo que me sugiere y sonrío ante el amplio muestrario que hay expuesto. Adivino que en la trastienda debe haber aún más variedad. Desde luego, por algo las zapaterías han resistido tantos años abiertas a pesar de la llegada de las marcas *low cost* y la proximidad de míticos grandes almacenes. Ni el confinamiento con las compras *online* han podido con ellas.

Unos zapatos te deben quedar perfectos si quieres aguantar con ellos puestos varias horas al día. Nada de hormas estrechas que enjaulen los dedos, pero tampoco tan anchas que el continuo vaivén te produzca rozaduras. Es fundamental que sean de piel con plantillas del mismo material. La suela la prefiero de goma y que no resbale. Aunque la de cuero es blanda y transpira mejor, las aceras no son una superficie lisa perfecta. Además, si es muy porosa, con la

humedad actúa como una esponja. Para eso ya tengo las que deshecho.

—Me gustan esas marrones, y aquellas dos negras —le indico señalando unos botines de cinco centímetros de tacón con cremallera lateral.

—Perfecto. Te voy a sacar también esa de la esquina.

—¿La granate? Nunca he tenido botas de ese color.

—Dentro la tengo en negro si lo prefieres, pero me gustaría que te la probaras y la vieras en la mano. Yo me las he cogido y, hace un par de semanas, Catalina se las llevó negras. Están hechas con un tafilete muy fino que se amolda al pie. Ya verás. Es como ir en zapatillas.

Me sigue resultando curiosa la buena amistad que han hecho con la mujer del concejal. Los políticos me parecen unos Judas en potencia que solo te sonríen para que les votes. De todas formas, Pilar asegura que es muy cercana y que los críos son un encanto. Puede que sean la excepción que confirma la regla.

Al menos Catalina, porque su marido, el concejal de Urbanismo, es harina de otro costal. Investigando al promotor asesinado, el nombre de Lorenzo Fuentes salió varias veces. Sin embargo, en realidad no tiene nada de raro. Al gestionar las obras públicas de la ciudad y los permisos de las privadas, conoce a la mayoría de los empresarios ligados a la construcción de Madrid. Por no mencionar que la gente con dinero se mueve en los mismos entornos: restaurantes caros, fiestas exclusivas…

—Me haces dudar —confieso mientras examino mis pies. Ambos con idéntico modelo de bota, pero el derecho en negro y el izquierdo en un bonito tono rioja oscuro en el que destacan más los detalles que adornan el empeine y el lateral exterior.

—Siempre pasa igual. Si solo lo ves en negro, te encanta. Pero en marrón o en granate parece más bonito. ¿Te obligan a vestir de una determinada manera en comisaría? —pregunta Ana ahora que la dependienta se ha marchado y nos hemos quedado solas. Ha cerrado por dentro para que no se cuele nadie, y gozamos de toda la intimidad que permiten los cristales del exterior.

—No, salvo que vayamos con el uniforme. Tampoco voy a ir con tacones de quince centímetros, no sería practico.

—Ja, ja —ríe mi amiga—. Sería un puntazo perseguir a los malos por la calle y tú «tiqui, tiqui» con unos tacones de infarto saltando obstáculos y marcándote un récord mundial en atletismo.

—Como en las series. Sin torcerme un tobillo, sin una arruga en el vestido y el peinado impecable.

—Y resolviendo los casos en un día porque en el laboratorio hacen los análisis unos superordenadores alucinantes.

Nos carcajeamos un rato sobre lo idealizado que es el mundo de los policías, forenses y patólogos en los guiones. Aunque, claro, si los resultados tardasen tanto como en la vida real, serían unos capítulos muy aburridos. La adrenalina que se dispara gracias a la agilidad de las tramas es la clave para que la gente se enganche semanas tras semana a la pequeña pantalla.

—Creo que me llevo las granates.

—Buena elección.

—Y esas otras negras impermeables con forro de borreguito también las quiero. Hay veces que nos tocar recorrer auténticos barrizales o hacer guardia en el coche. Sí. No hace falta que lo digas. Como en las películas, solo que con menos glamour y más dolor de espalda.

—Estoy buscando algún colega que las tenga en tallas infantiles para las niñas. Me encantaría tener una sección para los pequeños de la casa, pero ni dispongo de sitio ni de presupuesto. Quizá en un futuro.

—Uy, eso significa que algo ronda por tu cabecita —afirmo mirándola fijamente.

Su sonrisa de medio lado me confirma que he dado en el clavo. Sé que no ha hecho cambios en las zapaterías porque ha querido mantenerlas como estaban en tiempos de su marido. Por aquello de que, si vuelve Sergio algún día, encuentre todo en el mismo estado en que lo dejó. No obstante, el tiempo pasa y la situación es la que es. La probabilidad de hallarlo con vida es casi nula.

—Por lo menos hasta que pase Navidad no haré nada. Pero sí, me estoy planteando dedicar una de las tres tiendas a moda infantil,

calzado y puede que algo de ropa. Como madre de tres niños, sé lo complicado que es coordinar ropa y zapatos para un evento o cuando buscas un color concreto que esté en la gama de un determinado estampado.

—Oye, pues no es mala idea.

—He de confesar que se me ocurrió hablando con Gonzalo la otra noche que tomamos una caña cuando salí de trabajar.

—¿Gonzalo? ¿El viajante?

—Sí. Se muda a Madrid en dos semanas. Ha dejado su puesto de trabajo como represente para tres fábricas. Se cansó de estar todo el día en la carretera. Además, sus hijos son mayores y estudian aquí.

—¿Dónde le han contratado?

—En El Corte Inglés. Se va encargar de gestionar las compras y de dirigir el departamento de calzado de los centros de la capital. Tampoco está muy ducho con la moda infantil. No es lo que ha manejado hasta ahora. De modo que, a medida que él va aprendiendo y me cuenta cosas, yo tomo nota.

—Interesante.

Mientras introduce las dos cajas en una bolsa con la práctica que da haber repetido el gesto en miles de ocasiones y pasa la tarjeta de crédito por el datáfono, considero que a Gonzalo no le ha venido nada mal la muerte de Sergio. Cierto que eran buenos amigos, pero he visto traiciones entre hermanos, así que cualquier cosa es posible.

—No quiero ser demasiado curiosa. No me respondas si no quieres. ¿Entre vosotros hay algo más que amistad?

Ana se queda callada. Un tono rosado ha encendido sus mejillas y le cubre la tez hasta las orejas. Traga saliva y juguetea nerviosa con unos papeles del mostrador. Al cabo de unos segundos, inspira, llenándose de valor, y me mira.

—No me ha besado ni nada de eso, pero sí que el tiempo que ha estado aquí hemos buscado el modo de vernos a diario. Ahora está en su tierra empaquetando sus cosas. Este fin de semana se viene ya a Madrid. Por el momento, hasta diciembre, a un hotel, y

luego a un piso que ha alquilado no muy lejos del mío. Se puede ir de uno a otro caminando.

—Y hablareis a diario —conjeturo observando con ternura su vergüenza.

El arrobo la hace parecer mucho más joven. La sombra negra de pesar que acompañaba su mirada desde que la conozco se ha desintegrado en su mayor parte, siendo sustituida por un brillo luminoso de esperanza. Me alegra que comience a rehacer su vida, pero no puedo evitar sentir resquemor hacia el hombre que ha elegido.

¿Gonzalo? ¿Precisamente él? ¿Justo la persona a la que se dirigía a ver Sergio cuando desapareció? Muy conveniente por su parte. ¿Y si le asesinó porque estaba enamorado de Ana y quiso quitarlo de en medio? Eran un matrimonio feliz. El divorcio nunca hubiera entrado en sus planes. Puede que se deshiciera de alguna manera del cadáver del comerciante y ha aguardado un tiempo prudencial hasta desvelar sus verdaderas intenciones.

¿Corren peligro los niños? ¿Serán un estorbo para él? ¿Estará tan cegado de amor y deseo por su madre que ellos supondrán un escollo en el futuro?

No me gusta. No me gusta nada.

Me da igual que David me haya apartado del caso. Le pediré a Ramiro que investigue a fondo al viajante y a su exmujer. Quizá el motivo de mudarse a Madrid sea huir de algo turbio de su pasado. ¿Mala praxis en el trabajo? ¿Un pago en mano de facturas que nunca llegó a los fabricantes de los zapatos de sus muestrarios? Hemos creído, sin dudarlo, su versión del divorcio: la infidelidad de su esposa. ¿Y si no fuera cierto? ¿La maltrataría? ¿Se cansó de aguantar abusos y guardar la ausencia de un esposo que no se lo merecía?

Pienso averiguar hasta la talla de calzoncillos del hombre que ha encandilado a mi amiga antes de que sea demasiado tarde. Están comenzado su relación. Le dolerá menos separarse ahora que dentro de unos meses, cuando su corazón y el de sus hijos estén en manos de Gonzalo.

—Sí. Cuando los niños se van a dormir, solemos hacer una videollamada que a veces dura horas —me confiesa Ana—. ¿Te parece mal? ¿Soy una mala persona por sentir algo por otro hombre cuando aún no ha pasado un año de la desaparición de Sergio?

—No, cariño. Ya lo hemos hablado. No vas a guardar luto eterno por él. Sin embargo, ve despacio. Él en su casa y tú en la tuya. En cuanto a la idea de una tienda de niños, me parece perfecto, pero que sea con tu dinero. Los negocios y la pareja mantenlos separados. Piensa que las zapaterías son el futuro de tus hijos. Mejor que no haya terceras personas.

«Y así me das tiempo de averiguar qué esconde en la mochila Gonzalito», pienso en silencio.

Aunque no voy a chafarle la alegría a Ana y a los niños, estaré ojo avizor sobre ellos. A la menor sospecha, el riojano se vuelve a su casa en el acto. De eso me encargo yo personalmente.

Capítulo 18

Catalina

Pilar ha vuelto a invitarme a un café en su casa con Ana y Natalia. No sé qué excusa poner esta vez. Me resulta difícil pensar en un motivo coherente por el que no quiera reunirme con ellas y su amiga policía a la que quieren presentarme.

—Ve —me dice mi marido sin dejar de consultar las notificaciones de su móvil, que no ha parado de sonar mientras comíamos.

No hay manera de que lo ponga en silencio. Lo máximo que consigo es que lo deje en otra habitación, pero el tono continuo de entrada de mensajes me saca de quicio. ¿Cómo les voy a enseñar a mis hijos buenos modales en la mesa si su padre no sabe comportarse?

—¿Y encontrarme con la subinspectora? No quiero correr riesgos innecesarios. Hasta ahora he conseguido estar fuera de su radar. No me voy a servir en bandeja y con un lacito.

—No te das cuenta que tu actitud distante es mucho más sospechosa. Se supone que son tus amigas. Es lógico que quieran que conozcas a su otra amiga. Tú también las has presentado a personas de tu círculo cuando han venido con los niños a casa.

—Es diferente.

—No veo por qué. Es política. Te lo he dicho mil veces. Solo debes tener cuidado de que tu mano izquierda no sepa lo que haces con la derecha. Pilar debe guardar reposo durante un mes por su embarazo. Como buenas amigas, lo normal es que vayáis a verla un rato para distraerla.

—Tengo muchas cosas que hacer.

—Que puedes posponer para mañana o cuando sea —insiste Lorenzo—. Si quieres, te llamo una hora más tarde con cualquier

pretexto y te vas antes. Por ejemplo, que alguno de los niños está indispuesto. Incluso ellas te insistirán para que vengas a casa rápido.

Imagino que, como animal político que es, no hubiera llegado hasta donde está haciendo solo lo que le gusta. Le ha tocado sonreír y posar con personas a las que querría bien lejos. Me ha arrastrado con él a fiestas tediosas en la sede del partido para celebrar victorias ajenas. Vale que, cuando la suerte cambió, y comenzó a ser mi marido el agasajado, me empezaron a parecer más entretenidas, pero, aun así, son un suplicio.

—Está bien, iré —claudico al final—. Me dijo que llevase a los niños porque Ana iba a asistir a la reunión con los suyos y así podían jugar.

—¡Genial! Lorencito habla mucho de Juan y de Ricardo. Se han hecho amigos. Me gusta que no se relacione solo con sus compañeros de clase. Algunos son muy pijos y malcriados. Te empeñaste en que los matriculáramos en ese colegio tan caro y exclusivo cuando en uno público se formarían igual de bien y en contacto con gente real.

—De algo tiene que valer el dinero que tanto nos ha costado ganar. Quiero que tengan acceso a lo que ni tú ni yo tuvimos de pequeños. ¿Qué hay de malo en ponérselo fácil? ¡Son nuestros hijos! ¿No quieres lo mejor para ellos?

—Por supuesto que sí, pero la realidad a la que se enfrentarán el día de mañana será muy diferente. En el colegio, los profesores los van a llevar en palmitas hasta la universidad.

—¡Exacto! Y luego les inscribiremos en una privada para que tengan un título con el que adornar su despacho.

—¿Y cuando tengan que enfrentarse a entrevistas de trabajo?

—¿Estás tonto? ¿De verdad me haces esa pregunta? O estarán enchufados en el partido o en una empresa de algún amigo tuyo. De esas que recibes sustanciosas comisiones a cambio de otorgarles los derechos de construcción de obras públicas. A Carmen le buscaremos un rico marido que la mantenga.

Lorenzo me mira sorprendido y con gesto huraño. Ya no es el hombre atento, elegante y educado que conocí hace quince años y del que me enamoré. Últimamente ha engordado y está perdiendo

pelo. Su atractivo se va marchitando con el tiempo. Le queda media legislatura de concejal y después peleará por la alcaldía. Espero que la consiga, porque yo no me voy a conformar con menos.

—Catalina, los votantes son personas normales y corrientes. Se identifican más con los candidatos cercanos a ellos. El que vivamos en esta casa tan grande, rodeados de lujos y nuestros niños vayan a escuelas exclusivas, me quita votos.

—Tú encárgate de hacer parques, zonas verdes y ese tipo de tonterías que agradan a la gente que vive en los barrios pobres. Así conseguirás que te voten. Pero no te olvides de las grandes fortunas que son las que sustentan las campañas políticas y nos hacen ganar el dinero que paga la ropa que vistes y el coche que conduces. Con tu sueldo de concejal, ni para pipas tendríamos.

—¿No te arrepientes? —me pregunta mi marido enfadado.

Le he sacado de sus casillas y ahora me toca calmarlo. No vale para esto. Si consigo que le nombren alcalde, será un triunfo. Aunque sus misóginos compañeros de partido dirían que no, soy yo la que debería postularme para el puesto. Lorenzo no tiene agallas para según qué asuntos en los que hay actuar y no detenerse a pensar.

—¿De haberme casado contigo? —respondo irónica con otra pregunta. Ya que se está cabreando, que lo haga de verdad—. Pues sí. Alguna que otra vez lo he pensado. Puede que, en estos instantes, en lugar de con el concejal de Urbanismo, estuviese casada con un senador, o con el presidente. Puestos a imaginar…

—¿Es un chiste? ¿Debo reírme? —inquiere colérico—. ¿Qué diría tu amiga Ana si supiera que la mujer con la que intercambia consejos sobre la crianza de los hijos es la que mató al padre de los suyos?

—No fue culpa mía. Te dije que no te reunieras en aquel hotelucho con Casimiro. Un encuentro casual en una cafetería no hubiera levantado las sospechas de nadie. Pero no. Aquí al menda, que ha visto demasiadas películas de espías, le pareció que un encuentro clandestino era lo mejor para intercambiar un maletín con diez millones de euros.

—Si Gómez hubiese cerrado bien la puerta, y esta no se hubiera abierto por la corriente, el maldito zapatero no nos habría visto.

—Suerte que me dio por seguirle. Ya llevabais quince minutos y me aburría de esperarte en el coche. Justo entré en el vestíbulo vacío a la vez que él. No sospechó nada al subir juntos en el ascensor.

—Ni tampoco imaginó que le ibas a atizar con el bolso segundos después. No debiste darle tan fuerte. Murió en el acto. Con que se hubiese quedado un poco atontado, nos habría valido. Nadie creería lo que dijera después. Lo habrían achacado a la conmoción cerebral.

—Quizá no supiese quién era el promotor, pero a ti, con lo que sales en los medios, te reconoció en el acto.

—Aun así, cruzaste una raya que nunca debiste traspasar, Catalina.

—Da gracias a que Casimiro era menos escrupuloso. Lo de meter el cuerpo en un carrito de limpieza y después echarlo en el maletero del coche fue una idea genial. El promotor comprendió enseguida la situación y no se anduvo con melindres.

—Claro y, en lugar de tirarlo a una cuneta, consideraste que llevártelo al chalet de la sierra como quien recoge un perrito abandonado, era lo más inteligente. Teníamos que habernos desecho de él aquel día.

—Lorenzo, no te alteres. Nadie lo va encontrar.

—En tu taller del desván sigue habiendo restos suyos. No te atrevas a negarlo. Lo sé.

—Allí solo subo yo. No hay ningún riesgo.

—Quema lo que te quede del cuerpo de Sergio y, si hay todavía algún lienzo que lleve una minúscula parte de él, que arda también —insiste mi marido con cabezonería machacona.

Me muerdo las mejillas para no ponerme a gritar. Soy una incomprendida. Lorenzo nunca ha entendido mi arte.

Pese a mi esfuerzo, pronto comprendí que una simple pintura hecha con pigmentos y óleo no era suficiente para plasmar mis sentimientos. Aunque cada brochazo que daba en el lienzo surgía directo desde mi corazón, los materiales habituales se me quedaban cortos. No eran los suficientemente buenos como para transmitir la

esencia vital con la que yo quería dotar a mis cuadros. Por lo tanto, me vi obligada a buscar otros medios.

Primero probé con telas, plásticos, cuerdas y cualquier cosa que pudiese rescatar de la basura. Fue un gran avance. Mis obras comenzaron a captar la atención de los galeristas. Firmar con el seudónimo *Anilata Soeta*, un vulgar juego de letras de mi nombre, y crear un pasado ficticio, fue sugerencia de Lorenzo. Le avergonzaba que a él, un prestigioso político, le asociaran con una artista. Entonces me molestó. No obstante, cuando comenzaron a aumentar mis ingresos, me vino genial tener una cuenta bancaria en un paraíso fiscal de titularidad única. ¿Quién iba a asociar a la esposa de un concejal español con una artista de Río de Janeiro?

Estuvo bien por un tiempo, pero mi arte seguía estando incompleto a mis ojos. Le faltaba alma.

El gato de los vecinos solía colarse en nuestro jardín y se paseaba indolente entre mis flores. Un día, cansada de verle vagabundeando por el porche, le tiré una zapatilla y le di en la cabeza. No fue mi intención matarlo, pero justo eso fue lo que ocurrió. De pronto, el brillo de su sangre me pareció sublime. Lo envolví en una bolsa y lo subí a mi taller. No solo su plasma aportaba una textura sin igual a la pintura, sus huesos triturados eran un plus. Además, incrusté alguno entero entre diminutas ramas y trozos de telas en un collage. Cuando terminé, di un paso atrás y contemplé el resultado. Aunque se acercaba más a mi idea de genialidad, le faltaba algo.

Entonces, se me ocurrió hacer lo mismo que con el gato, pero con un ser humano. El problema era que no podía ir a una tienda y comprarlo. Tampoco podía preguntarle a mi marido. Es demasiado timorato. La única persona que conocía con una moral abierta como la mía era Casimiro, así que le llamé y, sin preguntas absurdas, me puso en contacto con un tipo que, por un módico precio, me traería un cuerpo de forma discreta a mi taller cuando quisiera. Da gusto tratar con gente tan competente.

O, al menos, eso creía yo.

Hace unos meses, Gómez se atrevió a pedirle a Lorenzo que cambiase su voto para que su empresa saliese beneficiada en unas

contratas, pero, a cambio, en lugar de la jugosa comisión estipulada, nos ofrecía su silencio. Mi marido se asombró. El pobre no estaba enterado de mis negocios con el promotor. Yo intuía que, una vez que comenzara con el chantaje, no tendría fin. Nos seguiría solicitando favores o dinero por no hablar. De modo que, el mismo hombre que me facilita la materia prima de mis lienzos, se encargó de cerrarle la boca de manera definitiva. Lástima que en esa ocasión no pude disponer de su cuerpo. No se puede tener todo.

—¿Me has entendido? —pregunta Lorenzo sacándome de mis cavilaciones—. Mañana, mientras me llevo a los niños a hípica, aprovecha que no viene la asistenta y límpialo todo.

—No veo la urgencia. Voy a conocer a Natalia en casa de Pilar. No va a ir ella al chalet. Y, aunque lo hiciera, no pasaría de la planta baja. Ni siquiera subiría a la segunda, así que mucho menos a la buhardilla.

—Por si acaso.

—Cariño, soy la primera interesada en que mi faceta artística no se descubra —afirmo cambiando mi tono enfadado por uno más meloso que me valga para calmar a mi maridito—. Es divertido oírlas hablar del lienzo que compró Ana en la galería con tanto orgullo.

—Desde luego, mira que fue casualidad. De todas las obras que había expuestas, justo se tuvo que fijar en la tuya.

—Ana me dijo que, cuando vio mi cuadro, sintió que debía ser suyo. Algo de él la atrajo. ¿Sería el espíritu de su marido?

—Pura serendipia. No me vengas ahora con fantasmas, que entonces a la que estaría acosando sería a ti por matarlo.

Me rio imaginando a la colección de muertitos de mi taller enviándome malas vibraciones para que me dé miedo y confiese sus asesinatos. Más vale que me teman ellos a mí o los haré incinerar.

—¿Qué haría Ana si descubriera que yo pinté el cuadro de su salón? Muchas veces me planteo contárselo. A ella y al resto de mis amistades y conocidos. ¡Que todo el mundo se entere de que yo soy *Anilata Soeta*! De esa forma, recibiría las alabanzas y los halagos en persona. Sería entrevistada en las cadenas de televisión y en las emisoras de radio. Estoy harta de tener que limitarme a la prensa

escrita. Al principio, el halo de misterio estaba bien, pero ahora me sabe a poco.

—¿Y correr el riesgo de que también lo sepa Hacienda? Te gusta demasiado el dinero como para tener que darle parte al fisco.

—Ya. Esa es la pega.

—A mí me dan algo de pena los tres niños que se quedaron sin padre. Son encantadores. Bien educados y nobles. Son buenos amigos para Carmen y Lorencito. En cuanto a su madre, me parece una buena mujer a la que hemos obligado a hacer malabares para llegar a fin de mes.

—Se ha hecho cargo del padre de él. Está en una residencia.

—No me cuentes más detalles, que me pongo malo. Me arrepiento de lo que ocurrió.

—Cuando pones la mano para que te la unten con comisiones o te hagan regalos costosos no te entran escrúpulos —le recrimino a mi marido, que se ve que posee una moralidad relajada.

—Eso es distinto. No perjudicamos a nadie. Al contrario. A la larga, beneficiamos a muchas personas que pueden comprarse un piso gracias a nosotros.

—Bueno, lo hecho, hecho está. No le des más vueltas.

—Enchufa a Ana en un mercadillo de esos que organizas. Véndele la milonga de que, por ser la primera vez, no le cobrarás ninguna cuota. Seguro que no le hace ascos a poner un puesto con bolsos u otros artículos. De cara a la Navidad, le vendrá bien el dinero.

—De acuerdo, se lo diré durante la reunión en casa de Pilar.

—Perfecto. Me alegro de que al final vayas.

—No me has dejado otra opción —niego chasqueando la lengua.

Si así deja de darme la monserga Lorenzo, haré lo que dice. En realidad, no me resulta del todo desagradable ir. Me apetece mucho conocer a la subinspectora que trata de darme caza.

Capítulo 19

Catalina

Está saliendo genial. Trasladar el mercadillo del mugroso local de la iglesia a los salones de este prestigioso hotel recién inaugurado ha sido un acierto. Nos hemos asegurado la presencia no solo del público que hubiera venido al otro sitio, sino también de la multitud de curiosos ávida por recorrer los pasillos y vestíbulos de un lugar en el que nunca podrán hospedarse ni celebrar un evento.

En cuanto traspasas la entrada, donde un botones de los de antes, con gorra y librea, te da la bienvenida, huele a dinero. Mi marido dice que son tonterías. Que lo que capta mi nariz es un ambientador de los caros. No le falta la razón, pero yo sé lo que me digo. Además, el dinero llama al dinero. Tratándose de recaudar fondos, cuanto más mejor.

Formo parte del comité que lo organiza desde que Lorenzo empezó a postularse como concejal. Es bueno que nos vean en este tipo de reuniones en las que se busca ayudar al prójimo desinteresadamente. Salir en prensa sonriendo, rodeados de miembros de la alta sociedad, siempre hace que el carisma aumente.

El mercadillo solidario de Navidad reúne a lo mejorcito de Madrid, pero también supone largas jornadas de trabajo. Aunque parte de las tareas se delegan, da la impresión de que, cuanto más prestigio tengas, más debes pringarte las semanas previas. Y yo aspiro a estar en la cima, así que este año no me permito ni tomarme un respiro.

Siguiendo el filantrópico consejo de Lorenzo, invité a Ana a vender artículos de sus tiendas en un *stand*. Un quince por ciento de lo recaudado se donará a comedores sociales y a Cáritas para que

ningún niño se quede sin regalos. Como me suponía, en un principio, la dueña de las zapaterías fue reacia a aceptar mi ofrecimiento.

«—No sé, Catalina —me dijo reticente—. Yo vendo zapatos. No creo que sea lo que se busca en un mercadillo navideño.

—También tienes bolsos. Y, si mal no recuerdo, una sección de zapatillas. Ese tipo de productos son regalos muy preciados en esta época. Incluso puedes hacerte unas tarjetas a modo de minifolletos publicitarios, y repartirlos entre todo aquel que se acerque a tu mesa. Quizá no te compren ese domingo, pero puede que lo hagan más tarde».

Terminó accediendo. Por supuesto. Yo siempre consigo lo que me propongo.

He estado tan absorta asegurándome de que los elfos y el Papá Noel contratados para hacerse fotos con los niños llegaban a su hora, que no he tenido ocasión de darme una vuelta por los puestos y hablar con ella. Al menos, este año están sobrios. El anterior, les pareció una buena idea salir de copas la noche anterior y vinieron de empalme. Tuve que remover Roma con Santiago para encontrar a última hora a tres sustitutos dispuestos a trabajar desde las doce hasta las nueve, con dos horas de descanso al mediodía. Hoy en día es complicado encontrar empleados responsables y capacitados. Por el favor que me hicieron, he contado con ellos en cada evento que he organizado este año.

Voy a hablar con mi amiga ahora que la afluencia de público ha disminuido. Al fin y al cabo, es domingo, y las sobremesas se alargan. A partir de las cinco, comenzará el jaleo de verdad.

—Buenas tardes, Ana. ¿Qué tal lo llevas?

—Hola, Catalina. ¡Ha sido una locura! De doce a tres, no he parado ni un segundo.

—¿Estás tú sola? Si no te has podido ir a comer, te pido algo —le ofrezco mirando alrededor por si veo a algún dependiente con ella.

—No. Tengo un ayudante. Ahora se ha ido a comer él. Estará a punto de venir. Yo me fui a las tres y media para ver un rato a los niños.

—¿Con quién los has dejado?

—Con mis padres. Pilar se ofreció, pero mejor que descanse. Ricardo ya alborota bastante como para cuidar a tres más en su estado.

—Podías haberlos llevado a mi casa. Se hubieran quedado jugando con mis niños tan felices.

—No es necesario, pero muchas gracias. Luego vendrán a verme. Bueno, más bien a Papá Noel. Cuando me fui, Paula y Juan estaban escribiendo sus cartas muy concentrados.

—¿Y Sonia?

—¡Oh! Ella lo tiene clarísimo. Una *tablet* y un patinete eléctrico. Me da que lo primero se lo traerán lo Reyes Magos, pero lo segundo se va a demorar hasta los dieciséis, que es lo que marca la DGT[8], y luego ya se verá.

—Lorencito también quiere uno. En su caso, ni siquiera valoramos comprarle uno normal. Bastante se cae ya como para regalarle una tabla con ruedas.

—¡Te entiendo! Pasillo arriba, pasillo abajo todo el día. De momento, las únicas ruedas que les permito son las de bicicletas y, después del percance de Paula este verano, hasta eso me da miedo.

Detenemos un momento la charla para que Ana pueda atender a una joven que se ha encaprichado de un bolso en un bonito tono burdeos. Desde luego, mi amiga es una excelente vendedora. Es agradable y simpática. Logra persuadir al potencial cliente de que el producto en el que ha posado sus ojos es esencial para él o ella, convenciéndole de que lo raro es que haya podido subsistir sin el bolso o los zapatos hasta ese momento. Aunque, en esta ocasión, no ha tenido que ejercer mucha fuerza de persuasión, porque la chica ha venido directa al expositor. En siete minutos justos, la venta se ha efectuado y volvemos a estar hablando. Ana tiene potencial. Estoy convencida de que le he hecho un favor librándola de un marido que debía ser un lastre para ella. Al final, hasta me lo va a agradecer.

—Ves como era buena idea que vinieras —le comento con un guiño cómplice—. Ya te dije que fijo que te era rentable.

—Gracias a tu generosidad, Catalina. Sé que estar aquí no es gratis. He oído lo que han pagado mis compañeros y eso me lo he ahorrado. Me gustaría hacerte un regalo. ¿Hay algún bolso que te guste? He traído una colección de fiesta que está gustando mucho.

—No tienes que darme nada. Usa ese dinero para los regalitos de los niños. Pero, desde luego, esas carteritas son una monada.

—Confieso que, después de comer, en lugar de venir directa, me he pasado por la zapatería de Fuencarral a coger más. Voy a tener que hacer una reposición. Me las quitan de las manos.

—Son diferentes y originales. Nada que ver con las encuentras en otros establecimientos que parecen hechas en serie. Al final, vamos todas con accesorios idénticos.

—Porque son de China. Igual pasa con las que encuentras en las franquicias. Las compran allí o en la India. Si entras en las aplicaciones de venta *online*, tipo *Shein o Temu*, verás que los mismos proveedores que sirven a las marcas de renombre, venden sus artículos a la mitad de precio a clientes particulares a través de esas plataformas.

—¿En serio?

—Sí. Me da igual que sea ropa o accesorios. Solo hay que saber buscar.

—Pero tú no traes la mercancía de tus zapaterías de Asia —comento echando un vistazo al *stand*.

—No. El calzado es todo de origen nacional. La mayoría proviene de Alicante o La Rioja, aunque también hay de otras ciudades. En cuanto a los bolsos, carteras y demás accesorios que he traído al mercadillo, han sido realizados por artesanos locales o que he conocido en ferias. Cada uno es diferente y hecho a mano. Por supuesto que en mis tiendas puedes encontrar de marcas conocidas, pero, al ser más convencionales, he preferido no cargar con ellos hoy.

—Supongo que los diseñadores sacan líneas completas de zapatos y bolsos a juego. A las que nos gusta ir combinadas, nos encanta que los complementos armonicen.

—Y ya sabes, todo de piel y tela. Nada de plástico. Aunque encarecen el precio de coste, merecen la pena.

—Si es bueno, lo pagamos a gusto.

—Pues espero que penséis lo mismo con el calzado de niño. ¡Me voy a lanzar! —exclama Ana emocionada—. Llevaba un tiempo tentándome la idea, y Gonzalo me ha persuadido.

—¿Gonzalo? ¿Es la persona que te ayuda hoy? —inquiero confusa.

—Sí, es un amigo. Puede que incluso algo más —añade en voz baja ruborizándose, lo que me hace sospechar que no es una mera amistad lo que la une a ese misterioso hombre—. El caso es que la tienda de la calle Carretas la voy a dedicar de manera exclusiva al público infantil.

—¡Cuenta con mis niños como clientes!

—¡Gracias! Además de zapatos, habrá ropa preciosa también. He contactado con cuatro casas de moda para niños cuyas líneas de diseño van desde las prendas cómodas y esenciales para la rutina diaria, hasta una línea más especial para fechas como las que se avecinan en que van más arreglados.

—¡Vaya! Es una gran idea. Con la confección infantil ocurre lo mismo que lo que hemos hablado sobre las franquicias: todo es igual y de calidad dudosa. Prácticamente de usar y tirar. Si quieres algo bueno y bonito, debes pagar unos precios carísimos. Y total, lo van a destrozar igual.

—¡Lo sé! Las navidades pasadas fuimos al pueblo con mis padres. No me digas dónde se metieron Paula y Juan, que acabaron llenos de manchas de barro y chocolate hasta las orejas. Mi madre intentó limpiarles la ropa, pero fue imposible. Tuvimos que tirarla a la basura.

—Deseo de corazón que funcione bien —afirmo dudando de si Ana logrará competir con las boutiques infantiles consolidadas de Madrid. Me imagino que dependerá de lo atractivas que sean las marcas con las que va contar.

—Eso espero. En cualquier caso, he pensado que probaré un año; si no recupero gastos, volveré a centrarme en el público adulto.

—¿Cuándo vas a comenzar a vender para niños? —inquiero curiosa—. Para Navidad ya vas tarde.

—Después de rebajas. En primavera. De cara a las comuniones, bodas, bautizos… Primero debo deshacerme de parte del *stock* de adultos, para poder recolocar las secciones de mujer y hombre en las otras dos tiendas. Por otra parte, he reducido las compras de esos artículos para implementar las infantiles.

—¿Y tu *dependiente* tiene experiencia en el sector?

—¿Dependiente? ¿Lo dices por Gonzalo?

—Sí. El hombre especial que te hace sonrojar.

—¡No! No es mi empleado. Es un amigo. Antes trabajaba como comercial de unas fábricas de la zona de La Rioja. Ahora se ha mudado a Madrid, y es el nuevo jefe del departamento de Calzado y Marroquinería de El Corte Inglés.

¿Es un viajante? ¿No será al que iba a ver Sergio aquella noche? Un escalofrío recorre mi espalda. Esto no me gusta nada.

—Me lo tienes que presentar.

—Lo tienes justo detrás de ti —responde Ana sonriendo a un hombre moreno de ojos marrones, cuya estatura rondará el metro ochenta, de reconocible atractivo.

Rebusco en mi memoria, repasando los rostros de las personas que me crucé por los pasillos del hotel la noche de la muerte de Sergio. Estoy segura de que solo vi al marido de Ana. Lo que no implica que Lorenzo se topara con alguien más o que, desde sus habitaciones, fuera divisado por otra persona.

—Catalina, te presento a Gonzalo. Gonzalo, ella es la amiga gracias a la que hoy estamos aquí.

El guapo hombre me da dos besos. Debo reconocer que Ana no tiene mal gusto para sus parejas. Si Sergio era atractivo, el viajante lo es aún más. Se han intercambiado una tierna mirada al verse. Sin duda, están enamorados. Vaya con la viudita. ¡Qué pronto ha cambiado un amor por otro!

—Un placer conocerte, Catalina. Ana me ha hablado mucho de ti, y los niños también me han contado cosas de tus hijos.

—Sí, se llevan muy bien. Lorencito ha hecho pandilla con Juan y Ricardo. Creo que vendrán luego con su padre a dar una vuelta.

—Los míos están a punto de llegar. Mi madre dijo que primero se pasarían por el mercadillo y luego se irían a merendar chocolate

con churros. Aunque me da que esto último es más cosa de mi padre. Le chiflan, pero no puede comerlos. Usa a los nietos como excusa para dar rienda suelta a su glotonería.

Ana se separa de nosotros para atender a una clienta y yo me quedo charlando un poco más con Gonzalo. No da muestras de haberme reconocido. Espero que de verdad sea así. Sentiría mucha pena por mi amiga si me viese en la obligación de matar a su nuevo hombre. No obstante, pensándolo bien, con su fisonomía tendría mucho material para mis cuadros. Ya me lo estoy imaginando: un nuevo lienzo decorando su salón al lado del de Sergio. Marido y amante unidos hasta la eternidad.

Debo tranquilizarme. Resultaría sospechosa una segunda muerte en el entorno de Ana. Se estrecharía el círculo de la investigación, y hasta esos negligentes policías darían conmigo. Menos mal que Natalia no sigue al cargo del expediente de la desaparición de Sergio. Cuando la conocí, me bastaron dos segundos para darme cuenta de que es lista e inteligente. No se le escapa una. Le caí mal. Es un hecho. No dejó de mirarme con cierta reserva durante todo el rato que estuve en casa de Pilar. Quizá fue solo desconfianza por la recién llegada, o por los trapicheos que se sospecha que hace mi marido, pero de los que no se tiene ni una prueba. He hecho bien en mantenerme alejada y evitar encuentros con ella.

—Ana me ha contado que le vas a ayudar con su plan de ampliar las colecciones de las tiendas.

—En realidad, no me necesita tanto. Se las vale sola. Seguro que sin mí también lograría el triunfo de su nueva sección infantil —replica Gonzalo dedicándole una mirada llena de orgullo a mi amiga.

Ahora me dan envidia. Hace siglos que Lorenzo no me mira de esa manera. Suspiro y le dedico una sonrisa al apuesto hombre.

—Debo continuar saludando a la gente. Ha sido un placer conocerte, Gonzalo.

Me giro y voy al siguiente puesto, tomando nota mental de indagar sobre el pasado del compañero de Ana. Nunca está de más conocer los puntos flacos de las personas que te rodean, máxime cuando pueden ser un peligro para ti.

Capítulo 20

Ana

Falta una semana para el día de Navidad y he decidido que es un buen momento para poner el árbol. Me estaba resistiendo por miedo a que los fantasmas de las navidades pasadas se pasearan tristes por nuestra memoria. Sergio era un niño más a la hora de bajar las cajas del altillo y ponernos manos a la obra con la decoración festiva. He pensado que, como no está en mi mano impedir que mis hijos rememoren las risas de otros años, voy a hacer que sonrían de nuevo sembrando otros recuerdos a modo de semillas en sus inocentes cerebros.

De todas formas, tampoco podía seguir cerrada en banda. Los elfos, las guirnaldas de colores y los muñecos de Papá Noel inundan las calles. En el colegio ya tienen casi lista la fiesta de fin de trimestre. Sonia tiene que ir de nube, Paula de árbol y Juan de conejito. Yo no sé qué es lo que van a hacer, pero, desde luego, prefería mil veces mi época escolar, cuando todos íbamos de pastorcillos, salvo los que hacían de San José y la Virgen María. Aunque no soy religiosa, era divertido, y el disfraz te valía hasta que crecías.

El del benjamín de la familia ha sido fácil de encontrar en el chino de la esquina de la casa de mis padres, pero el de nube y el de árbol nos ha tocado crearlo a nosotras. O, mejor dicho, le ha tocado a mi madre. Yo me limité a pasarle las instrucciones que nos había dado la profesora. Hay que tener un máster en Corte y Confección para lograr algo medianamente parecido a lo que quieren en el colegio. Gonzalo, cuando me dio un ataque de nervios al tratar de dibujar la silueta de las ramas de la copa del árbol, me aseguró

que el resto de padres estarán tan perdidos como yo. Los habrá mejores que el de Paula, sí; pero también mucho peores. Mi progenitora, más resolutiva, me quitó las tijeras de las manos y me mandó a la cocina a tomarme una tila. Espero ansiosa el 20 de diciembre para averiguar si hemos triunfado o debemos cambiarnos de centro escolar por la vergüenza.

No obstante, quedan cinco días para la función. Hoy toda la familia nos vamos a centrar en llenar la casa de espumillón. Será peor quitarlo después, pero ya me ocuparé del tema cuando llegue enero.

Mis padres nos han acompañado en la comida dominical con un asado para chuparse los dedos que mi madre trajo ya cocinado. Yo me encargué de preparar una ensalada y de comprar unos pasteles en una confitería en la que, con solo entrar, engordas dos kilos. Claro, que cuando tienes tres termitas en casa, cuatro contando a mi padre, sabes que nada más durarán unos minutos en la bandeja sobre el mantel. Mis caderas lo agradecerán.

Normalmente, las sobremesas con los abuelos se alargan, pero hoy mis hijos estaban impacientes por ponerse a decorar sus habitaciones con elfos y guirnaldas de colores. Su paciencia ha llegado al límite después de visitar a su abuelo paterno en la residencia. La terapeuta ocupacional se ha venido arriba y ha puesto renos y muñecos de Papá Noel en cada esquina. La verdad es que los ojitos de los ancianos resplandecían igual de contentos e ilusionados que los niños que había hoy por el centro de mayores.

—¿Sacamos las cajas? —pregunta impaciente Juan al mismo tiempo que suena el timbre del portero automático.

—Un momento, campeón —le respondo acariciando su pelo negro alborotado—. Vienen refuerzos.

—Así me gusta. No quiero que estéis tristes. Hay que poner el árbol y cantar villancicos. ¡Que os oiga desde el salón!

Como esperaba, han llegado Pilar, Javier y Ricardo a las cuatro y media, tal y como habíamos acordado.

—Hola, guapa —me saluda mi amiga con la expresión de felicidad y cansancio que pinta su rostro desde que supo que estaba embarazada. Cada vez se le nota más la barriguita. No lo está

llevando tan bien como el primero, pero la alegría la ayuda a soportar las molestias.

—¿Y esas bolsas? —inquiero al ver a Javier con las manos repletas de bultos. Incluso Ricardo trae una caja de cartón con un dibujo de unas luces en forma de copo de nieve de diversos colores. ¿Niños y electricidad? Mala combinación. Me da que se quedan guardadas en su envase hasta que vayan a la universidad.

—Son de led —me explica mi amiga al ver mi cara de susto—. Van por pilas. Aunque estoy embarazada, las neuronas me siguen funcionando. Nosotros hemos comprado unas y Ricardo ha querido que Juan tenga unas iguales.

Chantaje emocional. Mal empezamos.

Mi ahijado me mira con esa carita suya de no haber roto un plato y, viendo los gritos de emoción que suelta Juan al ver el obsequio de su amigo, sé que esa batalla no la voy a ganar.

—De acuerdo. Pero para encenderlas debes estar con adulto presente. ¿Entendido? —inquiero con la ceja levantada en gesto inquisitorial.

—¡Eres la mejor mami del mundo! —exclama Juan provocando que mi corazón se derrita de amor.

—Es listo —bromea Javier dándome un beso en la mejilla a modo de saludo para, a continuación, caminar por el pasillo rodeado de niños hacia el salón.

—¿Y el resto de cosas? No me dirás que más luces, que esto no es Vigo[9].

—He supuesto que no has renovado los adornos últimamente —me informa Pilar—. Fijo que pensabas utilizar los del año pasado.

—Claro —replico confusa—. Los que pongo siempre. El espumillón no cambia. Tienes unas cosas…

—Vamos, que ibas a colgar los que comprasteis cuando Sonia nació. ¿Me equivoco? Porque, hasta entonces, este piso podía haber sido el hogar de Ebenezen Scrooge[10].

—¿Se puede saber qué tienen de malo?

—Están desfasados.

—Bueno, también tengo un misterio que me regaló mi madre hace cinco años. Lo hizo en sus clases de manualidades —afirmo en mi defensa, dedicándole una sonrisa cómplice a mi progenitora—. Es muy bonito. Con pan de oro y todo.

—Fue hace ocho, al nacer Juan y Ricardo. Recuerda que nos regaló otro a nosotros.

—¿Y qué pasa? ¿Como estás embarazada toca renovar? —inquiero exasperada. Para colmo, mi madre le da la razón a Pilar asintiendo con la cabeza. ¡Genial! En lugar de ponerse de parte de su hija, que soy yo, se une al enemigo.

Yo no lo sabía, pero, al parecer, lo bonito es cambiar las tonalidades de los adornos cada Navidad. Tener de dos o tres colores e irlos rotando. Es decir, que, según la diseñadora de interiores frustrada en que se ha convertido mi amiga, el año que viene debo adquirir otro juego. No tengo ni idea de dónde voy a guardar tanto adornito el 7 de enero. Lo bueno es que mis hijos se encargarán de reducirlos a la mitad con sus juegos y carreras persiguiéndose de una habitación a otra.

—¡Qué bonito! —exclama Sonia al ver una Mamá Noel de casi un metro de alto que, al darle a un botón, sube y baja un brazo mostrando un farol blanco que porta en la mano.

—¡Me lo pido para mi habitación! —afirma Paula abrazando una muñeca con gorro puntiagudo, que viste unas polainas de lana en banco y rosa, con una chaqueta a juego. Está diseñada para sentarla en una balda y que le cuelguen las piernas.

—Te he comprado tres más para que las pongas en los escaparates de las tiendas. Ya verás qué chulas son. Mañana te las doy en el colegio. Hoy no me cabían más cosas en el maletero —me informa Pilar.

No sé si reír o llorar. La fiebre de la Navidad en tonos pasteles va a inundar las zapaterías.

—Para a tu amiga, que a este paso os vais a tener que salir de casa para que quepan los elfos.

Me giro para ver dónde está Juan. Ricardo y él, acompañados de mi padre, se han sentado en el suelo del dormitorio del niño y proceden a estirar la ristra de luces. Me había parecido pequeña,

pero debe medir cuatro metros. Ya me informaré bien de si no representan ningún peligro para un chiquillo inquieto y curioso.

Un nuevo timbrazo me sobresalta.

—¿Gonzalo? —inquiere Pilar con una sonrisa picarona.

—No —niego con idéntica expresión. Se va a quedar sin cotillear. ¡Por lista!

—¿Por qué no viene a ayudarnos? Llámalo —pide mi madre, que está visto que se propone amargarme la tarde.

—Está trabajando. Os recuerdo que los grandes almacenes y muchas tiendas abren todos los domingos de diciembre. Los raros somos algunos compañeros y yo, que optamos por cerrar. Los dependientes y los dueños tenemos derecho a disfrutar de la familia y las fiestas igual que los clientes. Si una persona ha visto en el escaparte de una de mis zapaterías una bota que le guste, os garantizo que no le importará esperar a mañana para comprarla.

—Tienes razón —afirma Pilar—, pero es una pena no contar con otro par de fuertes manos.

—Ni falta que hace. Ya está la casa muy llena. No hay espacio para tanta gente. Mejor que corra el aire.

—No te preocupes. Es Natalia. Creo que sois bastantes para destrozarme las paredes.

Me dirijo al vestíbulo escuchando a mi madre y a Pilar comentar lo arisca que me he puesto y lo desconsiderada que soy con ellos, que solo quieren ayudarme. Mejor no respondo, que la tenemos. Estoy rodeada de una panda de cotillas.

—Hola, Ana —me saluda la subinspectora dándome un beso.

Atónita, descubro que trae más paquetes repletos de bolas de Navidad en idénticos tonos que los adornos que ha comprado Pilar. Esto es una confabulación. Mi madre está en el ajo, porque no muestra el más mínimo recelo. Ha cogido las bolsas de la policía con aparente satisfacción, seguida por Sonia y Paula, que no sueltan sus muñecos. De pronto, el piso se ha llenado de unos atareados elfos dispuestos a transformar mi hogar en una de esas casas que se ven en las películas americanas repletas de tanta decoración navideña que hace daño a la vista.

—Os habéis puesto de acuerdo, ¿verdad? —le pregunto a Natalia—. No me irás a decir que es casualidad que hayas comprado adornos similares a los de Pilar. Al parecer, en la actualidad hay un amplio catálogo de colores para elegir. ¡Y los tuyos son los mismos!

—Culpable. No te enfades —añade bajando la voz—. Pilar y tu madre piensan que los niños y tú necesitáis un aliciente para que estas fiestas no se vean opacadas por la ausencia de Sergio. Lo han hecho de corazón. No te enfades con ellas.

—Y a ti te ha liado —digo algo menos envalentonada.

—Cerca de donde vivo hay un chino gigantesco. No he visto nunca uno tan grande. Como te puedes imaginar, ahora casi medio establecimiento lo tienen dedicado a la Navidad. Pilar me mandó una foto de lo que había comprado ella y me pidió que trajera bolas en rosa y blanco.

—En mi árbol no van a caber tantas —declaro encogiéndome de hombros.

—En cuanto a eso…

Perpleja, observo cómo Javier y mi padre aparecen por el vestíbulo con una caja de cartón donde se ve la imagen de un abeto en un costado. No me había fijado en que, al entrar la subinspectora, ellos se habían ido. El marido de Pilar no podía con el peso él solo y no quería que su mujercita se hiera daño en la espalda.

—¡Qué guay! —exclama Sonia.

—Lo montamos en un periquete en el salón —asegura Pilar—, y comenzamos a decorarlo.

—¡Es precioso! —declara Paula.

—Y este para tirar —dice mi madre pasando a mi lado con el armazón del viejo.

Antes de que pueda protestar, lo han bajado al contenedor junto con varios adornos antiguos que Pilar y mi progenitora aseguran que están desfasados y no merece la pena que continúen ocupando espacio en el altillo. Teniendo en cuenta que el que pretenden instalar es mayor que el antiguo, no sé yo si nos harán falta. Aunque claro, seguro que mi querida amiga me dice que no se

pueden mezclar tonalidades porque se rompe la armonía o algo similar.

—¿Las ponemos? —me pregunta Juan emocionado señalando la guirnalda. Ricardo, a su lado, le ayuda a sostenerla entre sus manitas. Ambos tienen tales caritas de ilusión que haber quién les dice que no.

—¿En tu cuarto? —inquiero sonriendo.

—¡¡¡Sí!!!

—Son para el árbol —aclara Pilar—. Hijo, te has confundido de paquete. Juan, para tu dormitorio hay otra cajita con una de dos metros de largo. La tengo en el bolso.

—*Porfi* —implora mi niño.

—Venga. Estoy segura de que la tita puede conseguir más guirnaldas. Nosotros vamos a tu habitación —le digo mientras me agacho para liberar a los críos de su carga.

Oigo a cierta embarazada refunfuñar. No le hago ni caso. Fijo que se las ingenia para hacerse con otro juego de luces. Mandará a mi padre o Javier a comprarlas en cuanto dejen aseguradas las ramas en los enganches del palo metálico que hace de tronco del abeto artificial. Después serán mi madre, Natalia y Pilar, ayudadas por las niñas, las que se encarguen de colocar las bolitas, las estrellas y el resto de adornos. Es innegable que han dejado sin existencias el chino. ¡Se han pasado!

Juan tiene una estantería con cuentos y peluches que procedemos a perfilar con la tira de copos de nieve. La aseguro con cinta aislante en varios puntos para evitar que se caiga al suelo. Por suerte, la guirnalda queda a una altura de más de medio metro por encima de la cabecita del niño, así que es difícil que la alcance con su manita traviesa.

—No intentes tirar de ellas, que se pueden romper —le explico muy seria para que se percate de que no es un juego—. Solo tienes que darle a este botón negro y se encienden. ¿Ves?

—¡Mola!

—Y con este otro se ponen intermitentes. Lo que tú prefieras.

—Yo quiero unas grandes también —afirma Ricardo—. Las mías son más pequeñas. No cubren todas las baldas.

—Por supuesto, cariño —respondo sin dudar—. Te voy a comprar unas preciosas. No te preocupes.

Ya sé cuál será mi venganza por esta trampa navideña en la que me han enredado. Me meto en internet con el móvil y busco unas luces con sonido. Además de encenderse unos simpáticos elfos, suenan villancicos. Conociendo a mi sobrino putativo, hará que funcionen durante horas. ¿No quería adornos originales? Pues a mí me parecen supermolonas. Mañana me llegan. Cuando salgan del colegio se las llevo. Faltaría más.

Al entrar en el salón, compruebo que se ha desatado una frenética actividad. Todo el mundo está atareado. Mi madre se ha sentado en una silla y ayuda a Paula a desempaquetar estrellas rosas y unos brillantes copos de nieve. Pilar cuelga adornos con la cooperación de Sonia encaramada a un taburete. Mi padre y Javier pliegan cajas de cartón vacías. Allí se dirigen Ricardo y Juan. Lo que sea armar ruido, es siempre lo más divertido. Sin embargo, Natalia permanece ensimismada observado el lienzo de Anilata, ajena a cuanto le rodea.

—Es bonito, ¿verdad?

—Ajá —contesta sin mirarme acercando su rostro a los troncos y ramas que se agrupan en la parte central—. ¿Puedo tocarlo?

—Sí —respondo extrañada.

La veo inclinar el cuello y mover la cabeza en señal de negación. Se gira hacia a mí y me doy cuenta de que su expresión se ha vuelto seria.

—Ana, ¿podemos ir un segundo a la cocina?

—Claro, vamos —respondo extrañada.

Me hace sentarme a la vez que ella hace lo mismo. Ha sacado su móvil y teclea algo con rapidez. Después de un par de minutos, me coge las manos y me las aprieta. ¿Por qué de pronto tengo frío? La calefacción está alta, pero no percibo el calor que emana de los radiadores.

—Lo siento, cariño. Ojalá pudiera evitar que pasaras este mal trago, pero es necesario.

—¿Tienes el justificante de pago del cuadro? Nos servirá para saber el nombre de la empresa que se encargó de vendértelo.

—Eh… Creo que no. Lo aboné con tarjeta. Puedo buscar el extracto *online*.

—Perfecto. Luego lo miramos.

—¿Ocurre algo, Natalia? Me estás asustando.

—He hablado con David. Puesto que da igual esperar unas horas más, aguardaremos a que los niños estén acostados y tus padres y Pilar se hayan marchado. No tiene sentido amargarles la tarde.

—¿Por?

—Vendrá un técnico forense y un compañero de la Unidad de Homicidios. Serán discretos y silenciosos. Quizá lo mejor es que nos llevemos el lienzo a comisaría, y allí que lo analicen con tranquilidad.

—Sigo sin entenderte.

—Ana, no son «tronquitos» ni «ramitas». Son huesos.

—¿Qué? —inquiero asustada—. ¿De animal? Los artistas utilizan materiales muy raros.

—Me temo que no. He podido distinguir un martillo y un yunque, tal vez dos. No estoy segura.

—Te equivocas. No pueden ser humanos. Además, ¿de quién serían?

—Ni idea. Hay que localizar a la autora e interrogarla.

—Digo yo que primero habrá que saber a ciencia cierta que son de personas y no de gatos. No digo que esté bien matar animales, despedazarlos y pegarlos en un lienzo mezclados con pintura, pero no sería tan grave.

Natalia no dice nada. Se limita a mirarme con pena y en silencio. Parece que toda la mala suerte del mundo ha caído sobre mis hombros. Para una vez que me decido a comprar un cuadro, me traigo un muerto a casa. Recuerdo que, cuando lo adquirí, bromeé con Pilar en la exposición sobre su aspecto. ¡Madre mía! Estaba en lo cierto.

Estoy deseando que termine de una vez este maldito año. Tengo el cupo de desdichas cubierto.

Capítulo 21

Natalia

Estoy sentada en la silla que hay enfrente de la mesa del escritorio de David. Mi inspector y amigo da vueltas por su oficina como un león enjaulado. Sé lo que piensa. Se debate entre dejarme seguir colaborando en la investigación por la desaparición de Sergio, o continuar exigiéndome que me mantenga al margen.

Es complicado.

Hace tres días, el domingo, para ser exactos, lo que se suponía una festiva y alegre tarde decorando la vivienda de Ana y sus hijos, tuvo un desenlace inesperado. No era la primera vez que acudía al piso, pero en ninguna otra ocasión había observado con detenimiento el lienzo de su salón. Comprendo que le cautivase en la exposición de la galería. La composición, las tonalidades y su gran tamaño, bajo la luz adecuada, atraen la atención del espectador como un imán. Es complejo definir lo que ocurre cuando lo miras. El caos de su superficie provoca que tu mente sea subyugada y ya no puedas percibir nada más de cuanto te rodea.

Pensé que sería un buen momento para sacar tres o cuatro fotos de la bella estampa que constituía la algarabía infantil animando con sus gritos y sus exclamaciones a los adultos a colgar los adornos en las ramas del abeto artificial, pero muy realista, que habían instalado en un rincón de la habitación. Mi intención era enviárselas después a Ana y que las guardara como recuerdo. Le vendrían bien para arrancar sonrisas de sus labios cuando la tristeza y la añoranza se apoderasen de su corazón durante las reuniones navideñas.

Eran muchos y me costaba conseguir enmarcarlos a todos dentro del objetivo de la cámara de fotos de mi teléfono. De modo que me fui retirando hacia atrás y, después de hacer unas cuantas

capturas, me apoyé en la pared para visionarlas. Se me ocurrió que, cuando terminásemos, podía pedirles que se colocaran donde yo estaba, para hacerles una con el árbol ya decorado. El cuadro se vería al fondo. Giré mi rostro hacia el lienzo, y el grupúsculo de telas, cuerdas y palos quedó a la altura de mis pupilas. Estaba cerquísima de ellos. Apenas a unos diez centímetros. Desde esa minúscula distancia, podía perfilar cada elemento adherido a la tela.

Aunque no soy forense, he visto suficientes autopsias y poseo los necesarios conocimientos de anatomía como para distinguir un palito de un hueso. En cualquier caso, era mi deber avisar a mi superior y a los técnicos de la Científica a fin de asegurarme.

Fueron unas horas muy tensas. Ana consiguió mantener las formas a duras penas delante de los niños. El resto de invitados se sorprendieron cuando se percataron de que yo me quedaba a cenar con la excusa de ayudar a la anfitriona a terminar de recoger y acostar a los sobrexcitados pequeñuelos. Puede que al resto los engañáramos, pero Pilar intuyó que algo ocurría. Según se iba, sus ojos nos decían que luego nos llamaría.

A las once les envié un mensaje a mis compañeros informándoles de que estábamos solas. Ana observó boquiabierta cómo retiraban la televisión para alcanzar mejor el lienzo y realizar los pertinentes análisis.

—Son huesos, no hay duda —afirmó la forense—. Nos lo llevamos.

—¡Madre mía! ¿Qué va a pasar ahora? —inquirió Ana con incredulidad.

—Tranquila. Reorganizaremos el salón en un periquete —le respondí con la aprobación de mi colega de Homicidios.

—¿Y cuando mañana los niños me pregunten dónde está el cuadro?

—Les explicas que, al recolocar los muebles, rompimos el marco y que conozco un taller de enmarcado donde lo pueden arreglar. A tus padres, si también quieren saber qué ha pasado con el lienzo, les contestas lo mismo.

Me di cuenta de que no mencionaba a Pilar. Ninguna de las dos dudábamos de que ella no se iba a tragar aquel pretexto. Por otra

parte, comprendía las dudas de mi amiga. Por su salud mental, era mejor que hubiese alguien de confianza con quien pudiese desahogarse. Tampoco le recomendé que se lo ocultase a Gonzalo. El guapo riojano y Ana estaban iniciando una relación que quién sabe dónde los llevaría. Él se estaba convirtiendo en un apoyo constante en su vida. Por lógica, hablarían de lo ocurrido.

Según mis compañeros de Unidad que le habían investigado a fondo de nuevo, el hombre no ocultaba ningún turbio secreto. Su ex le puso los cuernos y se separaron sin demasiados conflictos. Custodia compartida y un régimen de visitas fluidos. Sus antiguos jefes de las fábricas de calzado lamentaban su marcha. Además de tomar un nuevo rumbo laboral que no implicara recorrer miles de kilómetros al año por carretera, era normal que quisiera estar cerca de sus vástagos y de Ana.

Braulio Morán, el jefe de la Unidad de Homicidios, decidió pedir unos análisis de ADN por vía urgente, algo inédito en toda la historia de la comisaría. Lo habitual era que los resultados se demoraran al menos dos meses. El presupuesto para tales pruebas era restringido y, por desgracia, la lista de peticiones demasiado larga. Los técnicos estaban saturados y no podían ir más rápido por falta de efectivos, algo que la administración no estaba dispuesta a enmendar.

El Comisario, David y Braulio acordaron que, puesto que aquel hogar ya había sido el centro de una desaparición, había que darle máxima prioridad. Al saber que el ADN de Sergio estaba presente en las muestras, nos quedamos sin respiración.

—Es increíble —murmura mi inspector una y otra vez.

—Desde luego, las probabilidades de que Ana fuese a la galería y eligiera justo ese lienzo era ínfimas —comento en voz alta—. Aunque vete tú a saber, lo mismo la artista usó los mismos huesos para decorar el resto de cuadros de la exposición. Se me pone la piel de gallina.

—Hay que hablar con la galerista, pedirle una lista de los compradores y recuperar las macabras obras de arte.

—Carlota está buscando datos sobre Anilata Soeta —afirmo recordando lo que mi compañera me ha contado hace un rato—. Jesús y ella están de acuerdo que lo que aparece en internet es

falso. No hay ninguna partida de nacimiento, ni datos de Hacienda ni de ningún registro oficial en que aparezca una mujer de Río de Janeiro con ese nombre. Nos hemos puesto en contacto con las autoridades brasileñas. Van a hacer sus indagaciones. Cuando sepan algo nos dirán.

—Los dueños de la galería firmarían un contrato con ella —insiste David—. Allí deberían figurar sus datos personales y fiscales.

—Al parecer, no contactaron de forma directa con la pintora. Lo hicieron a través de un intermediario que afirmó ser su representante. Es algo normal en los casos de artistas de renombre. Estamos tratando de localizarlo. Reside en Londres. Pero…

—Habla —me pide David.

—Dudo que obtengamos algo que nos valga para dar con Anilata. Sospecho que se ha cubierto muy bien las espaldas, poniendo capa tras capa sobre su rastro. Es lista y cuidadosa. No va a ser tan negligente como para dejarnos miguitas que nos conduzcan hasta ella.

—Suponiendo que sea mujer. Ni de eso podemos estar seguros.

—Cierto. Sin embargo, apostaría a que es española, de aquí mismo, de Madrid. Por eso usó los huesos y la sangre de Sergio.

—O no, Natalia. Igual que hay tráfico de órganos para trasplantes, puede que lo haya para otros usos. Por mucho que nos pese, siempre ha habido gente sin moral ni escrúpulos.

—Hay un amplio abanico de posibilidades —digo mientras me froto las sienes, donde unas punzadas me avisan de una cefalea inminente—. Muchos hilos de los que tirar.

—¿Y qué hacemos contigo? Estás apartada de la investigación por la desaparición de Sergio por tu relación personal con su esposa.

—Te recuerdo que, sin mí, no tendrías nada. Soy yo la que he descubierto los restos humanos en el cuadro de Ana. Que sean de Sergio es una fatal casualidad.

David se queda mirándome unos segundos, maldice en alto y, por fin, se sienta en su silla. Es la señal de que se ha tranquilizado. Aún me mantiene en tensión unos instantes tamborileando con sus dedos en el tablero de la mesa. O me dice lo que quiero oír, o le corto la mano. Estoy al borde del infarto y firmemente decidida a

continuar indagado sobre la diabólica pintora que usó al marido de mi amiga como materia prima.

—Debes saber que el Comisario quería que te tomaras unas vacaciones forzosas para mantenerte alejada de aquí.

—¿Qué? ¡Es ridículo! —proclamo enfadada—. Yo nunca haría nada que pudiera perjudicar la labor del fiscal en el juicio. Me conoces. ¿Cómo piensas eso de mí?

—No lo hago, pero un abogado habilidoso es capaz de cualquier cosa con tal de librar a su cliente de la cárcel. De todos modos, el inspector jefe de la Unidad de Homicidios ha solicitado que te unas a ellos. Continuarás siendo el enlace entre las dos Unidades y la familia de Sergio. Ambos confiamos en ti lo suficiente como para estar convencidos de que no te irás de la lengua con la viuda.

—Viuda. ¿Ya es oficial? —pregunto pensando en Ana y en los niños.

Aunque tuvieran el pálpito de que no volverían a ver a su padre con vida, es muy distinto a tener la confirmación oficial y saber que durante meses han estado cerca de sus restos sin saberlo.

—Más o menos. A principios de año, el juez confirmará el fallecimiento de Sergio Rodríguez y podrán comenzar con los trámites pertinentes para su entierro, lectura del testamento, pensiones, etc… Confiamos en dar con la pintora en ese tiempo y que no se produzca ninguna filtración a la prensa.

—Es espeluznante.

—¿Los niños saben algo? —inquiere David bajando la voz.

—No. Ana les va a decir que el cuadro se rompió y nos les va dar más explicaciones hasta que sean mayores. No tiene sentido que sepan los detalles macabros. Cuando puedan darle sepultura, les anunciará que su padre está muerto. Con que asimilen que no van a volver a verlo, es suficiente.

—¿Les ofreciste ayuda psicológica?

—Sí. Al producirse la desaparición, acudieron a unas sesiones con una psicóloga. Ana me ha confirmado que, tanto ella como sus hijos, retomarán las visitas si son necesarias.

—Lo mejor en estas circunstancias es procurar que continúen con sus rutinas como si nada hubiera pasado, por duro que sea. El

colegio, sus amiguitos, las vacaciones… ese tipo de cosas les ayudarán a no pensar en lo que ha ocurrido.

—Los abuelos querían que se fueran al pueblo el mismo día que terminen el trimestre escolar. Sin embargo, Ana se ha negado. El plan original era quedarse en Madrid y disfrutar de las actividades navideñas que ofrece la ciudad. Su intención es que nada cambie. Aparentar normalidad, aunque su corazón esté de duelo.

—¿Y ese novio suyo? El tal Gonzalo.

—Es un buen tipo. Hemos vuelto a investigarle y no tiene ni una multa de tráfico sin pagar. En lo personal, las veces que he coincidido con él, me ha parecido un hombre coherente, educado y de trato afable. Ahora está sabiendo darle espacio a Ana. Ni la atosiga ni la acosa. Me da que han retrocedido a la etapa de «solo amigos».

—El tiempo volverá a poner todo en su sitio. Si están destinados a amarse, lo harán antes o después.

—¡David! No te imaginaba tan romántico —afirmo sorprendida por el comentario de mi inspector—. No lo parece, pero tienes tu corazoncito.

—Te recuerdo que llevo viviendo con Teresa casi diez años. Aunque no hemos pasado por el altar, somos una pareja de hecho. Creo en el amor. Sin ella, este trabajo nuestro habría acabado con mi cordura.

Antes de despedirnos, David me dice que Braulio me espera en su despacho y que vaya a verle. Espero no encontrarme con el Comisario según me dirijo a la oficina del jefe de Homicidios. Mejor no toparme con él hasta que se le haya pasado el enfado. Entiendo su postura. Lo más ético sería mantenerme alejada, pero no todo es blanco o negro. Hay multitud de grises entre ambos. En este caso, mi relación de amistad con Ana y el afecto que siento por esos tres pequeños a los que una artista trastornada ha dejado sin padre, me coloca en una zona muy próxima al gris marengo. Sé que, en cuanto tenga delante al responsable de que Sergio expulsara su último aliento, me tendré que controlar. Más vale que mi dedo no esté tocando el gatillo o dudo que la ira me mantenga cuerda.

Al llegar a la Unidad de Homicidios, saludo a los compañeros que se encuentran allí. Me desean suerte. ¿Hasta allí ha llegado mi supuesta metedura de pata? Si no fuera por mi curiosidad desmedida, la investigación estaría estancada. Como me toquen mucho las narices, pido vacaciones y continúo indagando por mi cuenta. Sé lo que fastidian los detectives privados entrometidos, así que ellos mismos.

—Hola, Natalia. Pasa.

—Gracias, Braulio.

—Me imagino que David ya te ha echado la bronca —afirma observándome con una nota de diversión en los ojos.

—Vengo de su despacho y no está muy contento. Por lo que me ha dicho, tampoco estoy entre las personas favoritas del Comisario.

—Lo imagino.

—Si vas a pedirme que rompa mi amistad con Ana, no te molestes —aseguro dispuesta a mantenerme firme en mi postura.

—¡Tranquila! —dice levantando las manos en son de paz—. No te embales. He solicitado que te reasignen con nosotros precisamente por tu relación con la familia. Es habitual que los parientes de las víctimas se cierren en banda con la policía, cansados de nuestras recurrentes visitas o de la falta de respuestas. Mejor que sea una cara amiga la que les dé la tabarra.

—Por desgracia, hay una pregunta que ya está contestada: Sergio está muerto. Reconozco que, aunque mantuviéramos cierta esperanza, no ha sido sorprendente el desenlace de la desaparición. Sin embargo, el modo en que hemos hallado sus restos pasará a los anales de la historia.

—No quiero imaginarme lo que ocurrirá cuando salte a los medios la noticia de una artista que trocea cuerpos para pegarlos en lienzos que luego vende por medio mundo —niega Braulio suspirando—. Los periodistas no nos van a dejar tranquilos ni a la policía ni a la familia. Esperemos que respeten a los críos.

—He hablado con Ana. Si les acosan los periodistas, se irán unos días al pueblo hasta que surja una nueva noticia que acapare la atención del público. Allí estarán más tranquilos. Esperemos que no se vean obligados a hacerlo.

—Desde ya te digo que de aquí sale una serie de Netflix.

—Ojalá que no —pienso por el bien de Ana.

—Natalia, no lo sabes todo. El ADN de Sergio no es el único que hemos hallado.

—¿Qué?

—Esto no ha hecho más que empezar —afirma Braulio sacudiendo la cabeza.

Capítulo 22

Natalia

En la Unidad de Homicidios reina el desánimo. Las navidades han terminado, estamos a 8 de enero, y seguimos igual que antes de que la primera bola del bombo de la Lotería de Navidad cayera en el platillo dorado. No tenemos nada. Ninguna pista nueva ni ningún hilo del que tirar.

Se han identificado restos de ADN de un hombre y una mujer mezclados con los de Sergio. No hay una base de datos mágica con la que compararlos, así que no sabemos a quién pertenecen. ¿Qué criterio ha seguido Anilata Soeta para convertirlos en material utilizable en sus cuadros? ¿Ha sido el azar o fueron señalados por algún motivo que todavía desconocemos?

—Natalia, ¿cuándo me vais a devolver los restos de Sergio? —me pregunta Ana.

Sus ojos verdes han vuelto a perder el brillo que habían recuperado durante el verano. Ha adelgazado varios kilos e incluso su melena pelirroja luce unos rizos menos perfectos. Su aspecto es idéntico al que tenía cuando la conocí tras denunciar la desaparición de su marido. Su tristeza es tan evidente, que los niños comienzan a estar más apagados. Sobre todo Sonia, la mayor. No sabe qué es lo pasa exactamente, pero no es tonta. Intuye que su madre está atravesando un mal momento.

—Es complicado —respondo moviéndome incómoda en la silla de la cafetería a la que nos hemos acercado durante un descanso matutino.

—¿Por qué? Sé que son pocos, pero me gustaría enterrarlos en el cementerio y tener un lugar donde ir a llorarle. Lo necesito. Mis hijos lo necesitan —insiste con mirada melancólica.

—No debería contarte nada de la investigación…

—Natalia, por favor. Eres mi amiga.

La observo con la ceja levantada. Está usando la carta del chantaje emocional. Debería negarme, pero no puedo. Si estuviera en su lugar, me volvería loca. Su paciencia es digna de admiración. Al final, suspiro resignada y asiento con la cabeza.

—Ayer dimos con otro lienzo que se vendió en la misma exposición en la que tú compraste el tuyo.

—¿También hay restos de Sergio? —inquiere alarmada.

—Es posible, y de las otras personas que hallamos en el cuadro de tu salón. De momento, es una hipótesis. No es nada seguro.

—Si me lo estás contando, es porque hay bastantes posibilidades de que esa asesina emplease la sangre y los huesos de mi Sergio en otras obras de su supuesto arte.

—Hay que esperar a los resultados del laboratorio. La otra vez, mis superiores autorizaron que uno externo hiciera las pruebas con premura. Ahora no es el caso. Van por la vía normal y se demorarán varias semanas o incluso un mes.

—Habéis encontrado más, ¿verdad? —quiere saber Ana, que parece leerme el pensamiento. Es evidente de dónde ha sacado la pequeña Sonia su perspicacia.

—Dos. Uno había ido a parar al vestíbulo de una entidad bancaria y el otro se hallaba en una colección particular. No todos los propietarios actuales de los cuadros acceden con facilidad a dárnoslos. Algunos no lo hacen hasta que los requerimos con una orden judicial.

—¿Aun sabiendo que tienen a un ser humano de adorno? ¿Tan loco está el mundo? ¿Cuántos depravados viven en Madrid?

—Por desgracia, bastantes. Lo que ocurre es que no les estamos dando detalles. Estamos consiguiendo que la noticia no rule en los medios. Cuando les solicitamos la entrega de los lienzos, solo les decimos que estamos investigando una red de tráfico de obras de arte. De esa forma, evitamos alarmar a Anilata Soeta y vamos estrechando el cerco.

—Pero seguís sin saber quién es ni dónde vive.

—Lo único cierto es que es un seudónimo, e ignoramos si detrás se esconde un hombre o una mujer. Además, en el extranjero

también se han vendido sus cuadros. Braulio ha solicitado la colaboración de la Interpol.

—¿Alguna vez podré enterrar a Sergio?

—No lo sé —niego con pesar—. Nunca tendremos la certeza de haber recuperado todo el cuerpo de tu marido. Y piensa que hay partes que están mezcladas con otras personas. Va a ser complicado.

—Me da miedo encontrarme un día un titular en un periódico con el nombre de Sergio y que lo vean los niños o se lo cuente algún compañero en el colegio. Son muy pequeños. Sus mentes no están preparadas para comprender algo tan macabro y monstruoso.

—Sí puedo decirte que el Comisario le ha pedido al juez que declare oficialmente la muerte de Sergio, y el magistrado se ha manifestado favorable a la solitud. De esa forma, podrás hacer un funeral y después solicitar las pensiones y las ayudas por viudedad y orfandad.

No soy vidente, pero la expresión del rostro mi amiga me lo dice todo. Ella quiere el cuerpo de su marido, volver a verlo una vez más, pero eso es algo que nunca ocurrirá. No habrá un ataúd de madera presidiendo su sepelio, rodeado de bancos con sus seres queridos llorando su pérdida. En su lugar, una urna de algún frío material hermético recogerá las exiguas cenizas de sus restos. Igual que ocurrirá con las otras personas de cuyos cuerpos estamos hallando evidencias en los análisis.

No sé en qué momento terminará la pesadilla.

La página web oficial de Anilata Soeta, así como sus perfiles en las redes sociales, permanecen inactivos y sin actualizarse. Creo que su representante le debe haber alertado de que estamos tras ella. O quizá haya sido uno de sus clientes. De cualquier manera, los pocos indicios que poseíamos se están evaporando antes de que podamos convertirlos en pistas sólidas.

Sus cuentas bancarias en paraísos fiscales son inaccesibles. No me extrañaría que la pintora esté destinando parte del dinero que ha recaudado con sus lienzos a eliminar a posibles soplones. Si fuera una allegada suya, que tuviese conocimiento de su dudosa forma de

obtener materia prima, no estaría nada tranquila. Podría ser la siguiente en su particular lista de la compra.

El quid de la cuestión es si Anilata mata a sus víctimas ella misma o se vale de un sicario.

Braulio opina que, el hecho de que Sergio sea uno de sus mártires, desbarata la hipótesis de que la artista obtenga partes de cuerpos humanos desechadas en operaciones, que hayan sido sustraídas de los hornos incineradores por personal sin escrúpulos de algún hospital. El marido de Ana tampoco era un vagabundo ni estaba en una precaria situación. Por tanto, según el inspector de la Unidad de Homicidios, Soeta señala a sus objetivos por alguna razón que ignoramos.

Sin embargo, yo creo que no debemos descartar que algunos de los restos de ADN sí pertenezcan a esos colectivos. Puede haber estado sirviéndose de gente a la que nadie echaría de menos al carecer de vínculos familiares o de un trabajo estable, y que Sergio engrosara la lista por pura casualidad. Vamos, que se topó con quien no debía en las peores circunstancias.

Al entrar en la comisaría, estoy cavilando aún en las diversas posibles causas que desencadenaron en la desaparición y posterior asesinato de Sergio. Cuando subo a la zona destinada a la Unidad de Homicidios, me doy cuenta de que hay una inusual actividad. David y Braulio están encerrados en el despacho del segundo con el Comisario.

—¿Qué ocurre? —le pregunto a Ángel, uno de mis compañeros que es subinspector como yo.

—Lorenzo Fuentes ha huido de España —me responde mientras me enseña la pantalla de su ordenador, donde se está reproduciendo un noticiero de ámbito estatal.

—¿En serio? —cuestiono incrédula.

Después de escuchar el avance informativo, Ángel me cuenta que los de Delitos Financieros han confirmado, sin lugar a dudas, la implicación del concejal huido en varias dudosas concesiones de obras públicas, y en unas cuantas recalificaciones de terrenos que, de forma misteriosa, pasaron a ser considerados aptos para la edificación de viviendas.

—La mayor parte del dinero que recibió Lorenzo por sus favores fue ingresada en sus cuentas en paraísos fiscales, por lo que no se puede demostrar de manera fehaciente la relación entre ambos hechos. No obstante, su tren de vida no coincide con su sueldo. El chalet de la sierra, los colegios privados, la ropa cara, los coches…

—¿Y su esposa? —inquiero al recodar a la carismática mujer con la que apenas he coincidido, pero que es amiga de Ana y Pilar.

—Ella y los niños siguen en Madrid, recluidos en su piso y con una legión de periodistas apostados en el portal.

—Es clienta de las zapaterías de la viuda de Sergio. Sé que se ven con frecuencia porque sus hijos van a la misma academia de idiomas que los de Ana. Se llevan bastante bien.

—¿Son amigas?

—Aunque no creo que sean de contarse sus intimidades, son más que conocidas. Eso sí, te garantizo que de lo del lienzo con los restos de Sergio no le ha dicho nada. De sus amistades solo está al tanto Pilar.

—Más le vale —comenta David, que ha salido de su reunión con mi jefe actual—. La discreción es fundamental. En cualquier caso, hay que reconocer que menuda suerte tiene la viuda del zapatero. Parece que está implicada en todas las investigaciones que llevamos a cabo.

—Oye, que ella no tiene nada que ver con las fechorías del concejal —digo en defensa de Ana—. Que conozca a la esposa es mera coincidencia.

—Son políticos —reflexiona Braulio—. Con el puesto de concejal de Lorenzo en el Ayuntamiento, el matrimonio se habrá relacionado con media ciudad. No envidio a los compañeros de Delitos Financieros. Les va a costar dar con el fugitivo. Fijo que tiene más de un contacto capaz de ayudarle a salir de España.

—Puede, pero que no nos venga ahora su mujer con lo de «yo no sé nada» o «no estoy al tanto de los negocios de mi marido», que da la impresión de que a las esposas de los acusados por turbios tejemanejes se les borra la memoria cuando les interesa —replica David.

—¿Por qué no se habrán ido Catalina y los hijos con su padre? —pregunta Ángel pensativo—. El concejal posee los medios y el dinero que se precisa para comenzar una nueva vida en un país sin tratado de extradición con España. En poco tiempo, retomarían su puesto en la sociedad sin importarles que aquí tengan pendientes órdenes de detención.

—Quizá por el bien de Carmen y Lorencito —especulo en voz alta—. Aquí van al colegio, tienen sus amigos, su casa. Es duro desarraigar a unos niños de lo que conocen y dan por seguro.

—Pero, quieran o no, se van a ver envueltos en habladurías —insiste Ángel—. La prensa no les va a dejar en paz. Y si su centro escolar es uno de esos pijos y elitistas, sus propios compañeros les dejarán de lado presionados por sus progenitores.

—Imagino que se tendrán que cambiar de colegio si les acosan demasiado. Aunque te recuerdo que el *bullying* está penado por la ley —afirmo mirando sin pestañear a mi compañero de Unidad—. Esos pobres críos no tienen la culpa de que su padre sea un hombre sin moral.

—Cierto —corrobora Braulio—. No obstante, coincido con David en que es imposible que Catalina haya sido ajena a los negocios de su marido. Su firma no estará en los contratos ni en las concesiones, pero bien que se ha paseado del brazo del concejal codeándose con los miembros más ilustres y adinerados de nuestra sociedad.

Por mucho que me pese, en eso debo de darle la razón al inspector. Catalina es una mujer inteligente que sabe moverse entre la gente mucho mejor que su marido. Es carismática, culta y con un innegable atractivo que atrae miradas a su paso. En el mercadillo navideño pude comprobar su gancho tanto para captar expositores como clientes.

—¿Habéis investigado sus finanzas? En Navidad organizó un rastrillo en el que os puedo garantizar que se vendió bastante. Estuve en él porque Ana tenía un *stand*. Catalina la invitó a participar, de modo que ella no pagó la cuota de inscripción que abonaron el resto de vendedores. Por lo visto, con ese dinero se cubrían los gastos de organización. Ya sabéis, el alquiler del espacio, la publicidad, la decoración, el Papá Noel…

—¿No era benéfico? —pregunta Ángel—. En esa época, la mayoría lo son.

—Sí y no. Se supone que un quince por ciento de los ingresos iba destinado a una organización benéfica, el resto era para los comerciantes.

—De acuerdo, investigadlo —ordena Braulio—. Si la mujer del concejal cuenta con su propia fuente de ingresos, y ha sabido mantenerla lejos de las manos de su marido, puede que no le necesite para conservar su nivel de vida. Sería un buen motivo para no haber huido con toda la familia.

—Se hablaba de Lorenzo Fuentes como el candidato a la alcaldía de su partido en las próximas elecciones —nos recuerda David—. Dudo que haya abandonado un futuro tan prometedor sin una razón de peso. Y entrar en prisión, con la consiguiente confiscación de bienes, es un excelente incentivo para subirse a un avión y salir de España.

—Deberíamos poner vigilancia a los hijos de Casimiro a fin de evitar nuevas fugas —sugiero pensativa—. Al menos al mayor, Casimiro Junior, que lleva las riendas del negocio desde la muerte de su padre, y al mediano, Mateo, el abogado. A ver si se les va a ocurrir imitar al concejal.

—Por si las moscas, también al pequeño —apunta David—. Pedro, el cirujano. Comprobad si ha anulado citas en su clínica, o si tiene planeado algún viaje. Es médico. Suelen asistir a congresos y conferencias. Puede poner de excusa un seminario y, en realidad, ir a hacer compañía al político.

Tenemos por delante un arduo y pesado trabajo de vigilancia. Surgirán más propuestas e ideas que deberemos examinar también con atención. He solicitado continuar encargándome de dar con Anilata Soeta. Nadie en la comisaría tiene tantos motivos para encontrarla como yo. Ojalá pueda comunicarle a Ana pronto buenas noticias. Me da la impresión de que estoy rozando con la punta de mis dedos la solución al enigma de la desaparición y asesinato de Sergio. Sin embargo, cada vez que me acerco, se me escapa. Es muy frustrante.

Capítulo 23

Ana

Carnavales. Me parece que fue ayer cuando estábamos poniendo el árbol e hicimos el aciago descubrimiento, pero ya han pasado dos meses. No fue fácil sobrellevar la Navidad con todo lo que implicaba. Sin embargo, hice de tripas corazón y procuré que los niños estuviesen distraídos y no pensaran demasiado en su padre. Tampoco es cuestión de que lo olviden sin más. La psicóloga me recomendó que les permitiera expresar sus sentimientos. No pasa nada por llorar, si después eres capaz de remontar y continuar con tu vida sin hundirte en la miseria.

La teoría está muy bien, la práctica es otra cosa.

Sonia se ha vuelto más seria e introvertida. En el colegio y en la academia de inglés se relaciona con sus compañeros, pero es evidente que en casa busca la soledad, dejando que sus hermanos jueguen solos. Para mi sorpresa, es con Natalia con quien se muestra más desenvuelta. De alguna manera, la subinspectora logra atravesar el caparazón que se ha puesto mi hija a modo de protección. La policía le ha traído libros que ella leía a su edad, y mi pequeña los devora con prontitud. Aunque les he hecho carnets de biblioteca a los tres, va a ser Sonia la que más uso le dé. Ir los viernes por la tarde con mi padre a por un par de cuentos se ha convertido en una sana costumbre.

Paula es la más sensible. Una noche en que el sueño se escapaba de mi alcance, me quedé hasta tarde sentada en la mesa de la cocina, con una tila entre las manos, mirando a la nada. De pronto, su cuerpecito vestido con un pijama blanco y rosa que la hacía parecer un osito de peluche, se situó a mi lado. Estaba tan

ensimismada en mi mundo, que no la había escuchado caminar por el pasillo.

—Hola, cariño. ¿Quieres agua? —le pregunté suponiendo que aquel había sido el motivo de que abandonara su confortable camita.

—Te quiero mucho, mami —me respondió poniendo sus dulces manitas en mis mejillas para, a continuación, encaramarse en mi regazo.

Sus brazos rodeando mi cuello fueron el mejor de los relajantes. Hundí mi rostro en el suyo y aspiré el olor de su pelo. Estuvimos unos minutos así, hasta que la escuché murmurar en mi oído:

—Prefiero chocolate.

Esa noche, madre e hija compartimos una gran taza de la humeante y deliciosa bebida, coronada de nubecitas. Fue nuestro secreto. Nunca les dejo tomar alimentos ricos en glucosa tan tarde, pero se lo había ganado con su ternura.

Juan sigue siendo un inocente pequeñuelo que se sorprende cada día con cosas que, para el resto, resultan cotidianas, pero que para él son pura magia y le llenan de asombro. Ahora está viviendo el embarazo de Pilar con mucha curiosidad. Tanto a él como a su amigo Ricardo les hemos explicado la concepción de los bebés, su gestación y su nacimiento. Aunque nos dio la impresión de que lo había comprendido, una tarde en que sus hermanas estaban haciendo deberes y él ya había terminado, se quedó mirándome muy serio y me preguntó:

—¿Y Gonzalo no puedo poner un bebé dentro de ti? Niño. Que ya hay muchas niñas en esta casa.

Por un parte, se me saltaron las lágrimas de la risa al escuchar su opinión sobre los miembros de la familia. Ignoraba su necesidad de un compañero varón en un reino de feminidad. Por otra, comprendí que mis hijos no eran tan ajenos a mi relación con Gonzalo como nosotros suponíamos.

Después del descubrimiento de Natalia, no pude evitar alejarme de él. El dolor por la pérdida de Sergio regresó a mi corazón y a mi alma. Constituía una pesada losa que me impedía incluso respirar. Tuve que retomar las visitas a mi terapeuta. Hasta que ella no me

ayudó a reorganizar mis pensamientos y a entender mis sensaciones, no volví a ser yo misma.

Gonzalo supo estar a la altura de las circunstancias. Me dio el espacio que necesitaba, sin presiones ni malas caras. Fue un amigo, un hombro donde llorar y un buen compañero de juegos para los niños cuando íbamos al parque. En la actualidad, es obvio que somos pareja, puesto que nuestros esfuerzos por ir despacio para que mis hijos se adapten son inútiles. Nos han pillado. Mejor no le cuento la idea de Juan o me veo embarazada de nuevo. De todas formas, a mis cuarenta años tampoco estoy como para pensármelo mucho.

¿Qué estoy diciendo? ¿Otro hijo? ¡Estoy loca! Deben ser las hormonas, que se me alteran por culpa de Pilar.

Ni siquiera nos hemos planteado el irnos a vivir juntos, algo que soy consciente que sucederá antes o después. No quiero precipitarme y confundir a mis retoños. Ellos son y serán lo primero para mí.

Hoy es lunes de carnaval y los niños no tienen que ir al colegio. Catalina ha decidido celebrar una fiesta en su chalet de la sierra para sus hijos. Invitó a los míos y al hijo de Pilar. A pesar del desacarreo que es tener que coger el coche para llevarlos y traerlos, hemos terminando aceptando. Como era de esperar al saber que su marido se embolsó grandes cantidades de dinero en forma de generosas comisiones durante el tiempo que ejerció de concejal de Urbanismo, muchas de sus supuestas amigas le han vuelto la cara. Ninguno de sus acaudalados antiguos allegados quiere verse salpicado por sospechas de corrupción o desfalcos a Hacienda. Incluso los compañeros de clase de Carmen y Lorencito han dejado de jugar con ellos en el recreo y los convites a cumpleaños han disminuido. Se plantea cambiarlos de centro escolar y valora elegir el concertado al que llevamos nosotras a nuestros pequeños.

—Si pongo en la balanza las lágrimas con las que Carmen vuelve a casa después de clase cada día, y la disminución del rendimiento escolar de Lorenzo, dudo que el cambiarles a mitad de curso sea tan malo —nos confesó Catalina una tarde mientras aguardábamos a que terminase la hora de inglés en la academia.

—Eso se llama acoso escolar —afirma Pilar arrugando el ceño, preocupada por los dos niños que hemos llegado a querer mucho.

—Sus tutores y el director no opinan lo mismo —replica Catalina con una perceptible mezcla de tristeza e ira en la voz—. Creo que lo más adecuado es buscar otro colegio.

—Hazlo. Sin dudarlo —aseguro convencida.

—Además, debo reducir gastos, y eso incluye eliminar mensualidades innecesarias como las de escuelas caras que no enseñan valores.

—¿Y vender el chalet de la sierra? —pregunta Pilar.

Yo no me he atrevido a inquirir demasiado, pero, igual que mi amiga, tengo curiosidad por saber cómo Catalina va a enfrentarse al hecho de tener que criar a dos hijos cuyo padre es un prófugo de la justicia. Aunque su situación es bastante similar a la mía, yo al menos puedo ir con la cabeza alta a cualquier parte.

—Es mi intención. Los abogados están intentando obtener el permiso del juez. Con las cuentas embargadas hasta que den con el desgraciado de mi marido, solo me permiten manejar la mitad del dinero que me pertenece, siempre y cuando justifique los gastos.

Sin embargo, los acontecimientos se precipitaron y Catalina logró el permiso para vender la propiedad de la sierra antes de lo previsto. Lorenzo se había beneficiado de múltiples concesiones, pero también gastó sin medida, resultando que el número de acreedores era cuantioso. Al dejar de recibir el elevado sueldo del concejal, tanto el oficial como el que se sacaba bajo mano, los ingresos disminuyeron para su familia. La forma más directa era deshacerse del chalet, y el juez dio su consentimiento.

Catalina no nos ha contado nada, pero Natalia nos cotilleó que dos unidades de técnicos forenses e informáticos revisaron cada centímetro del chalet y de los terrenos ajardinados que lo rodean durante una semana entera. Encontraron documentos interesantes en una caja fuerte enclaustrada en una pared, dos millones de euros en billetes en un falso techo y cocaína en su escritorio. De la droga no había cantidad suficiente para considerarlo un traficante, más bien era para consumo propio.

No todos son desgracias para mi amiga. Al parecer, hay un comprador interesado, que, según las malas lenguas, es un rival de Lorenzo que se la tenía jurada. Un hombre al que le gustan los negocios legales sin un átomo de corrupción y que ha visto durante años frustrados muchos contratos por no querer untar a los supuestos facilitadores. Si todo sale de acuerdo a lo pactado, irán al notario a finales de febrero, por lo que la celebración de carnaval en la sierra es algo así como una fiesta de despedida.

Me he tomado la tarde libre para no tener que estar pendiente del coche. Se tardan unos cuarenta y cinco minutos en llegar al chalet, de modo que, ir a llevar a los niños para luego volver a recogerlos, es una tontería. Iba a estar más tiempo conduciendo que trabajando en alguna de las tiendas. Además, Pilar y yo queremos darle nuestro apoyo a Catalina. Suponemos que la fiesta se va a parecer muy poco a la que celebró en Halloween cuando había niños por todos los rincones y numerosas madres glamurosas, elegantes y desocupadas paseando por el jardín.

—Es una pena que haya tan poca gente —me susurra mi amiga mirando el jardín desde la mesa en la que nos hemos acomodado—. Le ha quedado precioso.

—Gracias. Quiero demostrar al mundo entero lo que soy capaz de hacer —dice Catalina a nuestra espalda, para, a continuación, tomar asiento con nosotras.

La anfitriona nos ha pillado cotilleando. ¡Qué vergüenza! Nunca aprenderé a mantener la boca cerrada hasta estar fuera del alcance de oídos ajenos. Hay veces que suelto comentarios que pueden resultar hirientes sin que esa haya sido mi intención al emitirlos.

—He hecho muchas fotos que esta noche subiré a las redes sociales —nos cuenta agitando su teléfono móvil—. Violeta Campomar me ha invitado a colaborar de forma continua en su empresa de organización de eventos.

—¿Es la misma que se encargó del mercadillo solidario de Navidad en que participé en diciembre? —inquiero con interés.

—Exacto. Es una de las pocas personas que, junto con vosotras, sigue a mi lado tras la fuga de Lorenzo. Supongo que en los malos

momentos se sabe quiénes son tus verdaderos amigos —comenta Catalina dando un sorbo a su taza de té negro y canela.

—Eso siempre ocurre —le respondo encogiéndome de hombros —. Para ir de fiesta y pasárselo bien, todo el mundo se apunta. Cuando les dices que no puedes hacer determinado plan porque tienes que trabajar, te acaban olvidando.

—Ana… —comienza a decir Pilar cogiendo mi mano con ternura.

—No lo digo por ti y Javier, cielo —me apresuro a aclarar—. Si no por esas parejas de amigos con las que solíamos quedar a veces para comer los domingos y que los niños jugaran juntos. Después de la desaparición de Sergio, me llamaron durante un par de semanas con bastante asiduidad. No obstante, cuando me quise dar cuenta, había pasado más de un mes desde la última conversación. Da la impresión de que la ausencia de mi marido fuese una enfermedad contagiosa.

—Lo siento, lo siento mucho. De todo corazón —afirma Catalina.

Me mira a los ojos y percibo su sinceridad. Sus pupilas brillan. Seguro que se identifica conmigo. Mi situación, tan similar a la suya, le toca de cerca. Tengo que morderme la lengua en sentido real y no figurado a fin de recordarme que Natalia me advirtió de que no puedo contar que mi marido ha fallecido y que sus restos continúan en los bajos del Instituto de Medicina Legal y Ciencias Forenses de Madrid. El juez lo ha declarado de forma oficial muerto y he podido iniciar los trámites legales, pero, más allá de mi padres, Pili y Gonzalo, tengo absolutamente prohibido decir ni una palabra a nadie. Un nudo atenaza mi garganta. No quiero llorar delante de mis amigas, así que me invento una vulgar excusa para hacerlo en privado porque sé que, si no dejo salir la angustia de mi ser, los niños lo van a notar luego.

—Gracias. Necesito ir al baño. Solo será un momento —digo levantándome de la silla antes de que a ninguna les dé tiempo a reaccionar.

Cruzo el salón y desemboco en el vestíbulo. Hay un aseo en esta planta, pero prefiero subir al otro, puesto que quiero intimidad. Ya en el primer escalón, las lágrimas ruedan por mis mejillas. Sigo

subiendo sin ver por dónde piso debido a la cortina acuosa que tengo delante de mis pupilas. Una vez en el rellano, camino ligera hacia el baño, abro la puerta y, apoyando mi espalda en la plancha de madera, lloro durante unos minutos. Más calmada, me seco el rostro y me sueno la nariz. Hago varias respiraciones hasta que noto que mi corazón vuelve a latir con normalidad. Entonces me doy cuenta de que me he equivocado de estancia. En lugar de hallarme en un coqueto aseo, estoy en una buhardilla.

Varios lienzos cubren tres de las paredes, porque en la cuarta hay un amplio ventanal por el cual entra la luz del exterior. Está anocheciendo y es algo exigua, pero todavía resulta suficiente para vislumbrar lo que contiene la habitación. Sin duda, es un taller. El típico olor a disolvente aletea en el ambiente.

De pronto, un cuadro capta mi atención. Me acerco temblorosa. Es muy similar al que hasta hace dos meses colgaba en mi salón. Tanto es el parecido que podía sustituir uno por otro sin que pocas personas notasen la diferencia. Observo más atenta el resto de obras de arte y descubro, en la esquina derecha del fondo, otro de idéntica técnica que me pone los pelos de punta. Hay una oreja humana en el centro, rodeada de una sustancia viscosa granate.

Estoy temblando. Mi estómago se está revolviendo y la bilis amarga escala peligrosamente por mi esófago. Debo salir de aquí o vomitaré en el suelo. En mi mente se comienza a formar un terrible pensamiento al que no quiero dar credibilidad.

«Anilata Soeta es Catalina Mateos».

Los dos nombres son asombrosamente parecidos. El de la pintora está formado con las letras en orden invertido del de mi amiga y clienta.

¡No puede ser! ¡Es espantoso! ¿La mujer que hace un rato me ha estado consolando y dándome su apoyo por la desaparición de mi marido es la misma que le asesinó? Yo creyendo que compartíamos sentimientos por la ausencia no deseada de nuestros cónyuges, y la pura realidad es que se estaba riendo de mí.

¡Mis hijos! Tengo que sacarlos de esta casa. Voy a bajar y me los llevaré ahora mismo junto con Pilar y Ricardito.

Poso mi mano en el picaporte y, cuando me dispongo a accionarlo, me doy cuenta de que debo hacer fotos antes de que la psicópata propietaria del chalet se deshaga de las pruebas. Va a vaciar la vivienda de forma inminente y puede que la policía tarde en venir aquí.

Entre lágrimas, realizo varias capturas. Algunas me veo en la obligación de repetirlas por el temblor que sacude mis manos. Listo. No voy a correr el riesgo de que se borren antes de mostrárselas a Pilar y a Natalia. Busco con avidez el contacto de la subinspectora y se las envío todas. Todavía me falta una cosa.

Alumbrándome con la linterna del móvil, paseo la vista por las mesas, los caballetes y las estanterías, hasta dar con un tarro que contiene una sustancia similar a la del lienzo de la oreja. ¡Al bolso!

¿Qué es esto? Hay un envase de plástico detrás de donde estaba el bote. Hace unos meses hubiera dicho que son palitos, pero ahora no me cabe la menor duda de que son huesos. Extraigo un pañuelo de papel y abro un lateral de la tapadera de plástico para coger un par de ellos. Los guardo en un bolsillo externo de mi bandolera. Se la daré tal cual a Natalia, porque no me la pienso volver a poner. ¡Qué asco!

A continuación, pulso su nombre en la lista de contactos y la llamo.

¡Salta el buzón!

Le mando un audio apresurado por el WhatsApp explicándole mis hallazgos y me guardo el teléfono de nuevo en el bolsillo trasero del pantalón. Con sigilo, salgo de la buhardilla e inicio el descenso por las escaleras. Me doy cuenta de que antes, embargada por las lágrimas y el aturdimiento, he subido una planta de más.

Estoy en el vestíbulo. El griterío de los niños ha disminuido. Veo padres que se están despidiendo. ¡Genial! Nos mezclaremos con ellos.

—Sonia —grito divisando a mi hija mayor—. Busca a tus hermanos. Es tarde y nos tenemos que ir.

—¡Un poquito más, porfi! Carmen me iba a enseñar un juego nuevo que tiene en su habitación.

Pobre niña. ¿Qué será de ella y su hermanito cuando se sepa que su madre es una asesina? Espero que sus abuelos sepan apartarlos de todo lo que se les va a venir encima. En breve, la huida de su padre va a parecer una nimiedad comparada con la locura de su madre.

—Otro día, tesoro. La tita Pilar está cansada y nos queda una hora de camino hasta casa.

Rezongando, mi hija me obedece y yo me giro para ir a por los abrigos descubriendo a mi amiga detrás de mí.

—¿Por qué has tardado tanto? ¿Estás bien? ¿Y qué es eso de que estoy mal? —inquiere Pilar con complejo de interrogadora.

—Te prometo que te lo cuento todo luego, pero ahora sígueme la corriente. Tenemos que irnos inmediatamente.

Algo en mi rostro le indica que no estoy bromeado. Al ver acercarse a Catalina y mi gesto de terror, inclina la cabeza suspicaz y, con un ligero asentimiento, me indica que hará lo que le pido.

Si por mi fuera, saldríamos corriendo de este chalet infernal ya mismo. No obstante, no sería lógico que nos largáramos sin más. Debo fingir delante de Catalina y aguantarme las ganas de gritar y de estrujarle el cuello con fuerza. Disimulo lo mejor que puedo, y arqueo los labios en lo que espero que sea una sonrisa convincente.

—Solo son las ocho. No me digáis que os vais —inquiere la anfitriona pesarosa.

Hay que ver lo bien que miente la muy bellaca. Cualquiera que nos vea en este instante, pensaría que estamos conversando como buenas amigas. ¡Qué ganas de acogotarla me están dando! Por no dejar a mis pequeños sin madre, que si no...

—Es por mi culpa. Algo me ha sentado mal y es mejor que volvamos ahora antes de que empeore y no pueda conducir. En mi estado, no quiero tener un accidente —asegura Pilar sin un ápice de rubor en sus mejillas. Otra actriz en potencia. Lo que se están perdiendo los directores.

—¿Te pido un taxi? —pregunta Catalina.

—Te lo agradezco, pero es que mañana tengo cita en el taller a primera hora para una revisión del motor. Ya sabes cómo son los mecánicos: si la pierdo, no me darán otra en semanas. El té me ha entonado un poco, así que vamos a aprovechar.

No espero a que Catalina, alias Anilata, vuelva a insistir. Como un rayo, agarro los abrigos, les lanzo a los niños los suyos y, cogiendo del brazo a la *enfermita,* los arrastro a todos hacia los coches.

—Tranquila o harás que me caiga —protesta Pilar.

—Estábamos echando un partido de fútbol, mamá —señala Juan indignado—. Solo nos faltaban unos minutos.

—Es que la tita está malita —informa Sonia.

Es muy lista, pero hoy ya se podía haber estado calladita. Va a preocupar a los demás niños.

—¿Le pasa algo al bebé? —pregunta Ricardo angustiado.

—No, cariño. El estómago, que se me ha revuelto un poco. Nada importante. ¿Estarás contenta? —me pregunta Pilar en voz baja cargada de enojo.

—Eso es por las galletas de chocolate gigantes que te has comido —replica Paula, que, sin un pelo en la lengua, procede a relatarnos cómo Pilar se ha saltado la dieta baja en azúcar que le ha prescrito su ginecóloga—. A mí no me dejaste comerme una tercera y tú te zampaste cuatro. Es muy injusto.

Mi amiga decide callarse. Inteligente decisión. Sé que en unas horas tendré que darle muchas explicaciones, pero, por el momento, hemos logrado salir de allí.

Ignoro lo que va a ocurrir a continuación. Solo espero que detengan pronto a Catalina. No sé cuánto podré seguir fingiendo normalidad delante de ella y sus hijos.

Capítulo 24

Natalia

Ni David ni Braulio están contentos. Ahora mismo, su enfado con el jefe de la unidad de Delitos Financieros es de órdago. No nos informaron de la existencia de un taller de pintura en el chalet de la sierra del concejal huido. No lo consideraron pertinente. He de decir en su favor que nuestro secretismo sobre los restos humanos hallados en el cuadro que Ana tenía en el salón tampoco ha ayudado.

Creo que otro motivo de su disgusto es que los dos avances significativos en la investigación han venido de la mano de una subinspectora apartada del caso, y de la esposa del desaparecido.

El lunes por la tarde tenía el móvil apagado porque estábamos reunidos con nuestros colegas de Brasil. Nos confirmaron que nunca había existido nadie con el nombre de Anilata Soeta y que el vínculo de la supuesta pintora con el país era inexistente. Durante la videollamada desde el despacho del Comisario, también tuvimos ocasión de hablar con agentes de la Interpol. Habían seguido el rastro de varios cuadros por diversas ciudades europeas y los laboratorios estaban trabajando a pleno rendimiento para confirmar la existencia de restos humanos en ellos y perfilar el ADN de las posibles víctimas.

Al terminar, se me olvidó conectar el teléfono de nuevo. No lo hice hasta las diez de la noche, cuando por fin regresé a mi piso. En cuanto vi los mensajes, me di la vuelta y conduje hasta la casa de Ana. Al primer audio que me envió por WhatsApp le habían seguido otros tres y un sinfín de llamadas perdidas. Cuando llegué a su domicilio los niños estaban durmiendo, rendidos tras una tarde

repleta de actividades y azúcar, y su madre conversaba con una atónita Pilar.

—Toma —me dijo en cuanto me senté a su lado en el sofá, tendiéndome un bolso bandolera.

—¿Qué ocurre? ¿Ya no lo quieres? —inquirí sin comprender.

—No me lo vuelvo a poner ni loca. Dentro hallarás un bote con una *pintura* muy rara y, en el lateral, un par de huesos envueltos en un pañuelo de papel.

—¡Qué asco! —exclamó Pilar—. Voy a vomitar.

—Será por el empacho de galletas —afirmó Ana.

No entendí por qué dijo aquello con un tono de voz tan sarcástico. De todas formas, en ese instante había otro asunto que me preocupaba más y para el cual quería respuestas. ¿Cómo demonios había hallado esa mujer aquellas cosas? ¿Qué hacían en su poder?

—¿Dónde lo has encontrado? ¿Usaste guantes?

—En la buhardilla donde Catalina tiene su taller de pintura. Y no, no usé guantes. Perdona si no voy por la vida con un kit forense en el bolso —replicó irónica Ana—. No se me ocurrió que iba a necesitarlo en el chalet de la sierra de la que creía que era mi amiga.

—Nos hizo marcharnos a los niños y a mí de la fiesta a toda prisa —me explicó Pilar.

—Exacto. Me daba miedo que me pillase con las pruebas encima o que le diera por matarnos a nosotras. ¡Ay, Natalia! ¿Vendrá aquí? ¿Estamos en peligro? Me veo en protección de testigos.

—Para el carro y tranquilízate —le pedí levantando las manos—. Cuéntamelo todo desde el principio y despacito, que voy a ir tomando notas.

Durante un buen rato, Ana me relató cómo su fortuita equivocación la condujo hasta el taller. La similitud en el estilo del lienzo que ella compró en la galería y los que había fotografiado era innegable.

—Ella mató a mi marido —afirmó concluyendo su narración la viuda de Sergio.

—Es posible. Sin embargo, a tenor de lo que has visto, lo único que podemos especular es que Catalina y Anilata son la misma

persona. Haré que analicen lo que has cogido, pero solo nos valdrá para orientar la investigación y convencer a mis jefes de solicitar un nuevo registro del chalet. En un juicio, estas pruebas no tienen ninguna validez legal.

—Natalia, eso de ahí son huesos. Los estoy viendo desde la pantalla del móvil y no me cabe ninguna duda —aseguró Pilar.

—Los forenses confirmarán si son humanos —recalqué a fin de que no se hicieran muchas ilusiones. No sería la primera vez que creíamos estar ante la pista determinante de un caso y luego nos llevábamos un chasco.

—Te digo que era una oreja auténtica, no una réplica de resina —insistió Ana señalando con el índice la instantánea del cuadro de la buhardilla.

—Lo averiguaremos.

Aquella noche no podía hacer nada. No era plan de despertar a todos los miembros de la Unidad de Homicidios y de la de Desapariciones y citarlos en la comisaría. Además, debía pensar la mejor manera de enfocar el tema para lograr una nueva orden de registro basada en pruebas fehacientes obtenidas por la policía, y no por detectives aficionadas. Esta vez iría yo misma con los forenses. No me fiaba de que volvieran a pasar por alto algo esencial. Al cabo de un rato, me despedí de mis amigas y me fui a mi piso con la bandolera de Ana en una bolsa de basura para no contaminarla aún más.

En estos momentos, la locura se ha desatado en los despachos de David, Braulio y el Comisario. Los gritos por no haber sido informados del contenido de la buhardilla del chalet con anterioridad deben haberse escuchado en todo Madrid. Los de Delitos Financieros, para congraciarse con mis superiores, son los que nos van a facilitar los datos pertinentes que avalarán la petición de una nueva orden de registro ante el juez.

Aunque no sabemos a quién pertenecen, los del laboratorio han confirmado que hay restos humanos en la pintura que me dio Ana y que los huesos corresponden a los dedos de una mano masculina. Durante la noche van a hacer el perfil, buscando similitudes con el ADN de Sergio. Mañana miércoles, a primera hora, iré con varios

agentes y forenses al chalet de Catalina. Hemos puesto vigilancia tanto en la sierra como en su piso de Madrid. Cualquier intento de fuga será frustrado por los compañeros. Bajo ningún concepto podrá salir de la capital.

Por precaución, este martes de carnaval voy a pasar la noche con Ana y los niños. Ni Braulio ni David consideran oportuno encargar a una patrulla su protección. Según ellos, un coche de policía aparcado en la calle llamaría la atención de la gente y podría ser contraproducente. Piensan que Catalina no tiene por qué saber que Ana se ha colado en su taller. No opino igual. Le he pedido a Jesús, el novato de la Unidad de Desapariciones, que se cuele en el sistema de cámaras de seguridad del edificio de mi amiga. De esa forma, podremos controlar las idas y venidas de los vecinos, así como detectar la presencia de cualquier extraño. Me da igual que no sea legal. Yo me quedo más tranquila.

—Anoche no dormí nada —me confiesa Ana mientras acabamos de preparar el pollo salteado que vamos a degustar—. Me he pasado el día temiendo que Catalina apareciera de improviso en la zapatería.

Esta mujer me maravilla. Ha salido de trabajar cerca de las ocho y, después de recoger a los niños de casa de sus padres, los ha bañado y está cocinando una cena casera que huele que alimenta. Las madres trabajadoras son las heroínas del mundo real.

—Yo tampoco logré conciliar el sueño —declaro con pesar—. Mi mente no paró de darle vueltas a las mil y una hipótesis y consecuencias de lo que descubriste en la buhardilla. Si no me he presentado de improviso en el chalet, ha sido por no echar a perder la ulterior investigación por errores de forma.

—Hoy, como era fiesta, no tenían inglés, pero el jueves tendré que llevar a los niños a la academia. ¡Coincidiremos con Catalina y sus hijos! No sé si podré contenerme. Pilar está asustada y me mete miedo en el cuerpo. Según ella, cuando estemos durmiendo, un sicario se colará por la puerta y nos degollará a los cuatro.

Pongo los ojos en blanco. La imaginación desatada de la veterinaria es digna de un guionista de cine. Lo malo es que contagia a quien le rodea. Su marido Javier se merece un

monumento. Ahora, con las hormonas alteradas por el embarazo, sus elucubraciones son aún peores.

—Ana, aprecio mucho a Pilar, pero no le hagas mucho caso. Es una exagerada.

—¿Tú crees?

—Por lo que hemos podido averiguar, la vigilancia que tiene contratada el concejal es muy básica. Una cámara en la puerta de entrada con un sistema de alarma que salta al producirse una intrusión, y lo mismo en el acceso a la propiedad. Es imposible que sepa que estuviste en el taller de pintura, salvo que haya echado en falta el bote y los huesos. Piensa que no te vio subir hasta la buhardilla, y que, cuando volviste al salón, seguía allí atendiendo a los invitados.

—Cierto, dudo que me viera —admite Ana visiblemente más tranquila por mis palabras—. Y tampoco creo que haya tenido tiempo libre para pintar. Con los niños de vacaciones un día laborable, estará ocupada. Además, hoy tenía un baile de máscaras en el Casino, para adultos y niños. Conociéndola, se habrá pasado la mañana en la peluquería, dando los últimos toques a los disfraces…

—¿No le valen los de ayer?

—No, mujer. ¡Qué cosas tienes! Los míos heredan los trajes de uno a otro, pero Carmen y Lorencito, fiesta a la que van, vestuario nuevo. Y que sepa, al menos han usado tres, uno para el viernes en el cole, otro ayer y el de hoy. La muy mentirosa nos contó entre lágrimas que su amiga Violeta le había dado trabajo en su empresa de eventos.

—Clarooo, porque anda justa de dinero. Por eso también vende el chalet —replico sarcástica—. ¡Tonterías! De alguna manera tiene que justificar su tren de vida ahora que no está su marido en España. El dinero que ingresa por la venta de sus obras de arte no se refleja en sus cuentas bancarias oficiales.

—¿Crees que todos los compradores habrán sido tan inocentes como yo, que ignoraba el origen de los materiales?

—Me imagino que la mayoría sí, puede que todos, pero hay mucho sádico por el mundo. En la red oscura, un cuadro de estas características puede alcanzar un alto precio en determinados foros.

—Nunca recuperaré el cuerpo entero de Sergio, ¿verdad? —pregunta con un suspiro de resignación Ana.

—Me temo que no. Dudo que la propia Catalina sepa cómo «lo distribuyó». Me da que lo fue mezclando con sangre, huesos y tejidos de otras víctimas sin ningún control.

Aunque me duele en el alma decirle esto, no quiero mentirle. La realidad es la que es, y no vale la pena engañarnos con buenas palabras que nos son más que falsedades. La mujer del concejal es una psicópata que se esconde tras un aura de glamour y elegancia. Los corrillos de Madrid van a tener mucha carnaza sobre la que cotillear durante las próximas semanas.

—Como mucho, obtendrás un recipiente cerrado herméticamente que, después de ser incinerado, podrás depositar en una tumba.

—Me tendrá que valer. La psicóloga opina que, el hecho de tener un sitio donde llorar a un fallecido, da paz a nuestra mente. Más allá de consideraciones religiosas, éticas o creencias diversas.

—Espero que mañana obtengamos pruebas fiables que desemboquen en su detención antes de que termine el día. Con que la buhardilla siga tal y como se ve en las fotos que tomaste, nos vale. No obstante, hay algo que debes considerar. Es evidente que ella es Anilata y usa cuerpos humanos desmembrados a modo de material para sus cuadros. Lo que no hemos demostrado todavía es que ella misma asesine a los sujetos de sus disecciones.

—¿Un cómplice? —inquiere Ana pensativa—. ¿Su marido, tal vez? Es otro buen motivo para huir de España.

—Cierto. Por si acaso, dormiré aquí hasta que sepamos que no hay peligro para vosotros.

—Por mí encantada. Es bueno tener compañía. Y los niños se adoran.

—La tita Natalia puede dormir en mi cama —afirma Sonia entrando en la cocina seguida por sus hermanos menores.

—Sonia y yo compartiremos la mía —comenta Paula con una sonrisa.

Son adorables. Les doy un abrazo bien fuerte conjunto a las dos pensando en que será mejor que otro compañero interrogue a

Catalina cuando la logremos detener. Yo no lograré mantener la calma si la tengo delante.

—¿Noche de chicas? —inquiere Sonia expectante mirando a su madre.

Ana niega con la cabeza antes de hablar.

—Mañana hay colegio —les recuerda a las niñas.

—Cenamos y corriendo a la cama. Así nos dormimos pronto —sugiere Paula—. Por supuesto, nos lavamos los dientes antes durante tres minutos —añade con una sonrisa que derretiría Groenlandia.

—¿Y yo? —pregunta Juan, que se siente excluido de la diversión.

—Tú —comienza a decir Ana cogiendo en volandas al benjamín de la familia— dormirás conmigo y te contaré cuentos hasta que te pongas a roncar.

—Yo no ronco —ríe divertido Juan por las cosquillas que le hace su mami.

Me encanta ser partícipe de esta bonita estampa. Mi familia no era tan cariñosa como la de Ana. Seguro que ella y Sergio formaban un gran equipo. Me alegra que su relación con Gonzalo se vaya consolidando. Es un buen tipo que sabrá estar al lado de ellos, siendo un soporte para su chica y los chiquitines. No intenta sustituir al padre de los pequeños, solo ser un buen amigo suyo y que confíen en él. Si yo lo he logrado, él también será capaz de conseguirlo.

La cena transcurre entre risas y bromas. Las mayores escuchamos a los niños, que nos relatan cómo han pasado el día con sus abuelos. Al terminar, entre los cinco recogemos la cocina y nos acostamos. Gracias al cielo, al segundo cuento, Sonia y Paula se han quedado fritas bajo el rosado edredón. No oigo a Ana. Creo que ella también ha caído redonda junto con Juan.

Me voy a la cama de Sonia. Dormiré encogida, pero ni me planteo mudarme al salón. Si se despiertan por la noche, quiero que me vean con ellas. Aunque no lo manifiestan, han percibido la intranquilidad de su madre y de Pilar. Han vuelto a tener pesadillas y, si eso ocurre esta noche, deseo estar aquí para calmarlas.

Antes de cerrar mis párpados e intentar descansar algo, le echo un último vistazo a los mensajes que he recibido durante estas dos últimas horas. Puesto que no han venido acompañados de una llamada, no he considerado que sean urgentes.

—¿¿¿Qué??? —pregunto en voz alta a la nada.

Temerosa, meto el móvil dentro de la cama. Si mi exabrupto no ha despertado a las niñas, espero que la luz tampoco lo haga.

Ignoro cómo lo han conseguido tan rápido, pero ya sabemos a quién pertenecen los huesos que «robó» Ana: son de Sergio. En cuanto al bote, los resultados son aún más desconcertantes. Sin lugar a dudas, el ADN es de Lorenzo Fuentes, el concejal. Lo han cotejado con una muestra tomada de su cepillo de dientes.

Catalina tiene mucho que explicar.

Capítulo 25

Ana

Son las siete y media y toca levantarse. Me gusta ir preparando el zumo de naranja y los boles de cereales que suelen desayunar mis hijos antes de que se despierten, porque luego todo son carreras y prisas. El fin de semana, con un poco de suerte, tendremos un bizcocho casero de mi madre. Sé que la bollería industrial no es lo más sano, pero, al menos, consigo que coman algo antes de ir al colegio. En mi casa, salir a primera de hora de la mañana solo con un café bebido o un chocolate en su caso, es motivo de castigo.

—Buenos días, mami. ¿Hay galletitas? —pregunta Juan entrando en la cocina somnoliento.

A él nunca tengo que despertarle. Creo que, en cuanto me siente trasteando por la cocina, salta de la cama y corre a mi encuentro. Es como yo. A mi niño no le valen las prisas. Le gusta desayunar despacio y de forma contundente en pijama. Luego, se asea y se viste en tiempo récord. Hoy le he dejado dormitando en mi cama, pero ya me extrañaba a mí no verle asomar por la puerta.

—Buenos días, cielo. Un plato lleno solo para ti —respondo achuchándole a placer.

La siguiente en aparecer es Natalia. Viene quitándose las legañas de los ojos. A modo de saludo, le pongo una taza de café solo con una cucharada de azúcar. Sé que no será el único que se tome a lo largo del día. El motivo por el que no ha terminado aún con el estómago agujereado, es un misterio que no he logrado descifrar.

—Hola. ¿Te dieron mucha lata las niñas?

—Gracias —contesta asiendo el oscuro y humeante líquido—. No. Les leí un par de cuentos y se durmieron. Estaban cansadas.

—Pues tienes ojeras. La cama de Sonia es pequeña para ti y el sofá en el que dormiste la noche anterior para una siesta está bien, pero, si estás tumbada sobre él mucho tiempo, acabas baldada.

—Tranquila, su colchón es muy cómodo. Simplemente me desvelé.

—¿Dándole vueltas a lo que hablamos ayer? —quise saber bajando la voz para que Juan no nos oyese.

—Yo quiero zumo —dice Paula entrando en la cocina con la camisa asomando por fuera de la falda del uniforme. Se la recoloco y la siento en la mesa.

Sonia no tarda en aparecer, peinada y vestida a la perfección. En un futuro inminente, la veo levantándose una hora antes para acicalarse como hacía yo de pequeña. Por nada del mundo me marchaba al colegio sin tener el flequillo que lucía en esa época bien peinado sobre mi frente. Aunque aquello supusiera poner el despertador treinta minutos antes.

Natalia está demasiado callada. Continúa apoyada en la encimera, al lado del microondas, con la vista fija en el móvil. Lo tiene en silencio, por lo cual no oímos los tonos de notificaciones, pero, por la velocidad a la que teclean sus dedos, no paran de llegarle. De pronto, levanta la vista y la fija en mí. Tiene el ceño fruncido en un gesto habitual en ella que ya reconozco como mitad enfado y mitad concentración. Amusga los ojos unos segundos mirando a los niños y, acto seguido, me indica con su cabeza que salgamos de la cocina.

Una vez que estamos en el salón, me toma por el brazo y me conduce hasta la pared más alejada, donde podremos hablar sin que mis hijos nos escuchen. No lo puedo evitar, al entrar echo un fugaz vistazo hacia el lugar donde hasta antes de Navidad colgaba el lienzo. ¿Soy rara por extrañar el cuadro pintado con la sangre de mi marido? Aunque entonces ignoraba que tenía partes de Sergio a unos centímetros de mi cara, la realidad era que yo lo sentía cerca cuando imaginaba que conversaba con él sentada en el sofá.

Con el transcurrir del tiempo, ya no es su voz tranquilizadora lo que rememoro. Mi psicóloga afirma que estoy avanzando en el duelo cuando le digo que estoy segura de que Sergio está actuando de Cupido lanzándome en los brazos de Gonzalo. Es evidente que no necesito el permiso de nadie para iniciar una relación, pero me agrada pensar que él lo aprobaría.

—No me permiten entrar en detalles —me dice Natalia—. Solo debes saber que Catalina está en busca y captura. Anoche huyó de su casa sin que la patrulla apostada en el portal se diera cuenta. Dejó a los niños durmiendo bajo el cuidado de la chica que trabaja para ella como interna y se largó.

—¿Del piso de Madrid? Puede acceder desde el garaje y, además, hay una entrada trasera para los grandes portes, tipo mudanzas. ¿No lo sabías? —inquiero perpleja.

—Lo primero sí, lo segundo no. Un detallito que nos hubiera venido bien conocer —replica Natalia volviendo a coger su móvil. Envía un mensaje y continúa hablando—. Listo. Examinarán las cámaras de seguridad de la zona de atrás. Daremos con ella. Hoy en día es imposible dar un paso o circular con el coche sin que te capten decenas de dispositivos.

—¿Qué habéis averiguado? Tendríais que haberla detenido el lunes. Os di pruebas y muchas fotos. No sé por qué no lo hicisteis.

—Porque no eres policía —me recuerda por enésima vez la subinspectora—. Ningún fiscal aceptaría lo que encontraste en la buhardilla como prueba en un juicio ni tampoco justificaba la legalidad de un registro esa noche.

Me quedo callada y detecto algo en su mirada huidiza. Hay algo más que no me cuenta.

—Has dicho «esa noche». Hoy estás acelerada y dices que ella ha huido. ¿Se ha marchado de España como su marido? ¿Dejando a sus hijos? ¡Increíble! Será una asesina, pero los quiere.

—Ya sabemos a quién pertenece la sangre que estaba mezclada con pintura en el bote. Es de Lorenzo —añade haciendo una pausa —. Y ninguno creemos que se la diera voluntariamente.

—¿Se ha cargado a su marido? —inquiero haciendo un esfuerzo por bajar la voz.

Se me pone la piel de gallina solo de pensar que el lunes Pilar y yo estuvimos tan tranquilas con los niños en el chalet. ¡Cómo me alegro de haber rehúsado siempre dejárselos a su cuidado! Mi intuición recelaba y nunca llegué a aceptar su ofrecimiento.

—Estoy convencida de ello. David y Braulio siguen pensando que puede haber una explicación, pero lo dudo.

—Y yo. Catalina es una mujer muy resuelta y capaz de engañar a cualquiera con sus buenos modales y su educación.

—Hay algo más.

—Suéltalo —le ordeno poniéndome las manos en la cintura. Me hierve la sangre de indignación y enfado. Solo me calma saber que mis hijos están desayunando a unos metros de nosotras.

—Los huesos. Son de Sergio.

—¡La mato! Primero la estrangulo y luego la empujo por las escaleras de su chalecito.

—No vas a hacer eso. Tendría que detenerte y es una pena. Me caes bien —bromea Natalia—. Ahora en serio. A pesar de que mis jefes opinan que es un error, voy a llevar a los niños al colegio. Allí estarán distraídos, ajenos al caos que se va a desatar. Del centro escolar no pueden salir sin que vaya una persona autorizada a recogerlos, ¿cierto?

—Sí, pero…

—Un agente se quedará por la zona por si acaso. Además, una patrulla viene hacia aquí. Permanecerán apostados en la acera mientras realizamos el registro del chalet y localizamos a Catalina.

—¿No pretenderás que me quede en casa tan tranquila?

—Hoy sí. En caso de que tardemos en localizarla, volveremos a plantearnos la situación. Entiende que, si vas a trabajar a una de las zapaterías, tendríamos que tener un policía vigilando en la puerta, otro aquí con los niños, otro con Pilar…

—¿Ella también está en peligro? —inquiero asustada por mi embarazada amiga.

—Cualquiera sabe qué pasa por la mente de Catalina. Tal vez la considere un cabo suelto. No podemos descartarlo. No sé si mis superiores optaran por llevaros a las dos familias, incluidos tus padres, a un piso franco, o que os reuníais todos en esta vivienda.

De momento, por favor, no vayas a la zapatería. Pídeles a tus padres que recojan a los niños al término de las clases y que se vengan aquí con algo de ropa en una bolsa de viaje. Iremos viendo cómo se desarrollan los acontecimientos para tomar una decisión u otra.

—De acuerdo —acabo claudicando—. Porque me lo pides tú y confío en ti.

—Gracias —responde aliviada.

Maldita la gracia que me hace cambiar mis rutinas por esa demente, pero no está en juego solo mi vida. Las de mis seres queridos también está en peligro, así que haré lo que sugiere Natalia.

Mis hijos se muestran encantados cuando su policía favorita les dice que ella los llevará hoy al colegio en mi coche, ya que cambiar las sillitas de sujeción al suyo sería un engorro. Luego volverá a dejarlo en el garaje y se trasladará en el suyo a la sierra. No quiere que a los forenses se les pase nada por alto, de modo que ha solicitado a sus jefes estar presente durante el registro. Me ha prometido informarme enseguida si encuentran a Catalina para que pueda continuar con mis rutinas. Mientras tanto, me dedicaré a hacer una limpieza a fondo de los dormitorios de los niños.

Según se van, oigo a Juan asegurando que irían mucho mejor en el coche de Natalia con las luces y las sirenas puestas. Paula y Sonia apoyan la propuesta. Menudo viajecito le van a dar a dar a mi amiga.

—No hacen falta las sillas, tita —afirma mi pequeño, que no llega al metro veinte y se mueve sin parar en cuanto le abrocho el cinturón de su asiento. Sus hermanas suelen quedarse tranquilas, pero él es igual que llevar un avispero en el vehículo. No calla y parece que tuviera chinchetas en el trasero.

Lo primero que voy a hacer es lavar los cacharros del desayuno. Los meteré en el lavaplatos junto con los de la cena y lo pondré en marcha. Después mi dormitorio y, por último, los de los niños. Una mañana libre, sin ellos correteando por casa, da para mucho. Dentro de unas horas llamaré a mis padres. Sé que se van a poner nerviosos, así que me esperaré al mediodía para que no tengan ocasión de darle muchas vueltas al tema.

Estoy terminando de colocar el edredón de mi cama cuando suena el timbre de la puerta. Por la ventana he visto antes una patrulla de policía apostada en la acera de enfrente. Al final mis vecinos van a tener que agradecerme la seguridad adicional que he aportado al barrio.

—¡Voy! —grito cuando el timbre suena de nuevo.

Fijo que es Natalia. Se le habrá olvidado algo o sube a contarme novedades de la investigación antes de marcharse a la sierra.

—¿Qué tal los peques? ¿Te han dado problemas? No hacía falta que me subieras las llaves del coche…

Mi discurso se muere en mis labios antes de ser pronunciado. Ante mí tengo una figura femenina vestida con unos pantalones vaqueros y una sudadera gris con la capucha subida. Es Catalina. Su look informal no casa con su imagen habitual de mujer elegante y acaudalada. Se habrá colado en el edificio camuflada entre los estudiantes que acuden a una academia que prepara oposiciones situada en la entreplanta. Si tuviera que apostar, diría que las prendas que luce se las ha tomado prestadas a la interna que vive con ellos.

—No puedes…—balbuceo mientras considero ponerme a gritar para alertar a los vecinos. Con suerte, los agentes del exterior se darán cuentan de que ocurre algo y acudirán en mi auxilio.

De pronto, me veo caída en el suelo con un dolor indescriptible en mi pómulo izquierdo, justo donde Catalina me ha atizado un puñetazo. A continuación, siento una patada en las costillas y otra en la cintura. Se ha colado dentro del piso, empujándome a base de impactos contra mi cuerpo de sus pies calzados con unas recias botas de senderismo que le vendí yo hace un par de meses.

—¡Deja de darme golpes! —grito desesperada.

Me agarra del brazo y me arrastra por el suelo hasta el salón. Me cuesta respirar. Va a acabar conmigo antes de que pueda hacer algo por evitarlo. Mis hijos regresarán del colegio y hallarán mi cadáver frío o, lo que es peor, desapareceré de sus vidas tal y como lo hizo su padre.

—Todo iba bien. ¿Por qué tuviste que estropearlo?

—Sergio. Lo mataste.

—Sí, y lo lamento mucho. Bueno, entonces no. Era lo que se tenía que hacer para evitar que descubriera a Lorenzo hablando con el promotor. Mira que le dije al tonto de mi marido que citarse en un hotel era una solemne estupidez. Un encuentro casual en una cafetería hubiera pasado inadvertido, pero a él le gustaba jugar a los misterios.

—Sergio era un buen hombre —logro decir entre jadeos—. Fue a ver un muestrario, nada más. Estoy segura de que, si vio el furtivo encuentro, no le dio importancia.

—Es posible, pero, en el registro de llamadas de su móvil, figuraba que había hablado contigo uno segundos antes. No podíamos arriesgarnos. Él era un testigo de la reunión que en un futuro podría irse de la lengua. No fue nada personal. De hecho, cuando me acerqué a ti para asegurarme de que tu maridito no te había contado nada, y comencé a conocerte, me caíste muy bien. Nos hicimos amigas, nuestros hijos congeniaban…

—Asesina —le espeto con todo el rencor y el odio del que soy capaz de dotar a mi voz. De su confesión deduzco que siempre he formado parte de su lista de estorbos a eliminar. Si no me ha matado ya, ha sido por pura suerte.

—Piénsalo bien. Con mi arte, he vuelto a traer a la vida a Sergio. He evitado que fuera pasto de los gusanos. Ahora podrá contemplar el mundo desde las paredes de medio mundo. Igual que los otros cuerpos que utilizo en mis lienzos. Mis obras rompen la barrera del tiempo y el espacio. Transcenderán a lo largo de la historia.

Está loca. ¿Qué pretende? ¿Que le dé las gracias? ¿En cuántos lienzos hay restos del cuerpo de Sergio?

—¿Y tu marido? ¿Por qué lo mataste? ¿Vio algo que no debía?

—Vaya, sabes más de lo que imaginaba. En fin, supongo que a estas alturas ya da lo mismo. Después de «nuestra conversación», me iré de aquí. En mi caso será cierto. En cuanto a Lorenzo, sí que estaba al tanto de todo lo relativo a mi arte, y reconozco que quizá fue un error usar a Sergio en mis obras. Pero qué quieres que te diga, me pareció una lástima desperdiciar su cadáver. Por lo general,

uso mendigos y gente sin hogar. Tener a mi alcance el cuerpo de un hombre sano fue una tentación.

—Bruja, malnacida…

—Tranquila. No malgastes energías. Vas a morir igual. Como Lorenzo. Él se convirtió en un lastre. La policía investigaba sus negocios y su ruina iba a salpicarnos a los niños y a mí. No tuve otra opción.

—No te valió de nada. Al final lo vas a perder todo —consigo decir desde el suelo, donde permanezco hecha un ovillo.

—Por tu culpa. Ese el motivo de que esté aquí. ¿Sabes eso de que la curiosidad mató al gato? Pues en tu caso va a ser cierto. ¿Qué creías? ¿Que podías colarte en mi taller sin que yo lo supiese? El servicio y mis hijos tienen prohibido subir a la buhardilla. Hay cámaras de vigilancia y una alarma silenciosa que me alerta de cuando un intruso invade mi espacio privado. El lunes entré a coger un poco de pintura mezclada con sangre para aportar realismo a la decoración de Halloween. Carmen me llamó porque se le había atorado la cremallera de su disfraz y salí de la habitación de forma tan precipitada que se me olvidó cerrar la puerta con llave. No me di cuenta hasta que saltó una notificación en mi móvil. La estúpida de Pilar no dejaba de parlotear sobre el embarazo y no hubo manera de ir a tu encuentro y obligarte a salir de allí. Ayer fueron mis hijos los que me detuvieron, pero hoy ya no importa. Acabaré contigo y pondré rumbo a una playa paradisíaca. Seguro que me inspira para crear nuevas obras. Tal vez no sea mala idea arrancarte los ojos y drenar un poco de tu sangre. Necesito materia prima nueva.

Desde la alfombra, tumbada, vuelvo el rostro hacia Catalina. Me asusta lo que detecto en su mirada. No está mintiendo ni trata de asustarme. Me está observando con ojo crítico. Valorando qué parte de mi cuerpo se lleva en la maleta.

—No lo hagas. Piensa en mis hijos —le imploro suplicante. He perdido el orgullo, pero, si conservo la vida, valdrá la pena—. O en los tuyos. ¿Qué pensarán cuando se descubra lo que ocultas en tu taller?

—¿Pretendes que tenga piedad contigo cuando a ti te ha dado igual inmiscuirte en mis asuntos e ir a contárselo a tu amiguita

policía?

—Mataste a Sergio.

—Y ahora le harás compañía.

Me da una patada en la cabeza que me sumerge en una neblina oscura. Pienso que no soy capaz de soportar más dolor, pero me equivoco. Una hoja afilada se introduce en mi vientre. Grito y lloro por la frustración de no poder defenderme. Mis hijos van a perder a sus dos progenitores a manos de una sádica mujer que carece de la facultad de distinguir el bien del mal.

De pronto, se oye un estruendo que hace que Catalina se ponga de pie, alejándose de mí. Aunque los párpados me pesan y me cuesta abrir los ojos, consigo atisbar dos figuras peleándose. Una debe ser Catalina, pero la otra no la distingo bien. Los gruñidos que llegan a mis oídos me hacen creer que es un hombre. Puedo estar equivocada.

La pelea cesa y escucho una voz que empiezo a odiar con todo mi ser, susurrar tan cerca de mí, que noto su aliento en mi cara.

—Tu caballero andante ha muerto. Dos por el precio de uno. Gracias por el material que me vais a dar —afirma Catalina—. Creo que me llevaré tus vísceras y tus ojos. Ya veremos qué le arranco a tu chico. Quizá los atributos que le cuelgan entre las piernas y unos cuantos dedos.

¡Gonzalo! ¡Le ha matado!

Solo quiero que esto acaba pronto. Otra vez noto un pinchazo en mi vientre. Es el fin.

—¡Aléjate de ella! —ordena una mujer que diría que es Natalia —. Suelta el cuchillo y lánzalo lejos.

—¿Y si no lo hago?

Lo último que escucho es un disparo y el sonido de varias sirenas acercándose. No estoy segura. Ya lo averiguaré acompañada por Sergio y Gonzalo desde el mundo de las sombras. No podré volver a acariciar a mis pequeños, pero velaré con ellos durante toda la eternidad.

Epílogo

Ana

Hoy encienden las luces de Navidad en la calle. Los niños esperan ansiosos que den las seis para que salgamos de paseo a verlas. A mí me parece una locura ir justo hoy, pero Gonzalo se lo prometió, y ya puedo protestar que va a dar igual.

Mi actual marido malcría y mima a Sonia, Paula y Juan tanto como a nuestro pequeño Sergio. Es un bebé gordito pelirrojo de ojos verdes idénticos a los míos. De su padre tiene el carácter bonachón y risueño. No llora nunca, ni cuando tiene hambre o tiene el pañal húmedo. Pacientemente, espera a que alguno nos demos cuenta y saciemos sus necesidades. Lo tiene fácil con cinco personas pendientes de él día y noche.

Sonia y Paula se toman muy en serio su papel de hermanas mayores y se pelean por cambiarle el pañal y darle el biberón. Juan ha encontrado en él su juguete favorito. Sergio es la víctima acosada por los malos que los superhéroes deben rescatar. Suele sentarse con él en el regazo para leer juntos los cómics de *Spiderman* o de cualquier otro personaje de *Marvel*. Sospecho que su primera palabra no va a ser ni mamá ni papá. Cuando ya no necesite dormir en una cuna, pondremos una litera en la habitación de Juan para que los dos hermanos compartan dormitorio. El despacho transformado en cuarto del benjamín de la familia será destinado a Sonia y su colección de libros. Además, ya es mayor, y precisa su propio espacio de estudio, al igual que Paula.

Cuando Gonzalo se vino a vivir con nosotros, meses antes de casarnos, los críos lo recibieron encantados y sin recelos. Mis temores de que le consideraran un extraño que ocupaba el lugar de su progenitor resultaron infundados. Mi padre ya me lo había dicho en varias ocasiones: los miedos estaban en mi mente. Tanto los

niños como yo nos merecíamos una segunda oportunidad de amar. Debíamos disfrutarla y dar gracias porque no todo el mundo tenía la suerte de toparse dos veces con su media naranja. Mentiría si dijera que amo a Gonzalo de la misma manera que amé a Sergio. Es distinto. Es un sentimiento más sosegado y maduro. Aunque hay momentos en que la pasión nos puede como a dos adolescentes, hay otros en que la simple compañía silenciosa de Gonzalo mientras estamos acurrucados en un el sofá me basta. Él me serena y me da paz.

Sonia y Paula lo llaman Gonzalo, pero Juan le preguntó, al poco de comunicarles mi embarazo a los niños, si podía llamarle «papá». Las lágrimas del moreno hombretón después de responderle que sí y abrazarle, nunca las olvidaré. Ambos tienen una complicidad increíble. De forma inconsciente, Juan imita gestos de su padrastro, algo que ni sus hijos mayores hacen.

Marco y Daniel, los vástagos del primer matrimonio de Gonzalo, son unos jóvenes inteligentes y carismáticos. Lo llevan en los genes. Por coincidencias de la vida, el mayor es enfermero en la clínica en la cual di a luz a mi chiquitín. Él estuvo en el paritorio y compartió nuestra emoción. Allí mismo me sugirió la magnífica persona con la que estoy casada que le pusiéramos Sergio. A toda la familia nos pareció perfecto. Daniel cursa medicina y es muy cariñoso con sus hermanastros pequeños. Les encanta que vaya buscarlos al colegio y se los lleve a merendar chocolate o al cine.

Mis padres tienen ya los achaques de la edad. Desde que volví a trabajar tras dar a luz, contraté a una chica para que les ayude con los niños. Ya son cuatro y dan mucha guerra. Juan, el otro abuelo, murió en la residencia una noche mientras dormía, dos meses después de que se hiciera público el asesinato de Sergio. Espero que nunca fuera consciente del trágico final de su hijo.

Catalina murió en mi piso, sobre la alfombra, gracias al certero disparo de Natalia. Gonzalo se llevó un buen golpe en la cabeza contra un radiador que sangró de forma aparatosa. Aquel fue el motivo por el cual la maquiavélica artista pensó que estaba muerto. Nada más lejos de la realidad.

Esa mañana había quedado con Gonzalo para desayunar. Con la impresión por lo que me había relatado la subinspectora y su insistencia de que no saliera de casa, se me olvidó avisarle. Alarmado por mi retraso y porque no le respondiera al móvil, vino corriendo pensado que los niños o yo estábamos enfermos. Al traspasar la puerta, se encontró con Catalina a punto de sacarme un ojo con un gran cuchillo del que ya goteaba sangre. Saltó sobre ella, pero la pintora estaba más en forma que él y logró quitárselo de encima en un santiamén.

No erré al pensar que Natalia subiría a verme antes de coger su coche para ir a la sierra. Si no es por ella, mis hijos estarían huérfanos y Gonzalo formaría parte de algún lienzo en una galería.

Pasé dos semanas ingresada en el hospital recuperándome de las heridas que me causó Catalina. Cuando regresé a mi piso, me encontré que mis padres, en colaboración con Pilar, habían redecorado el salón. Nueva pintura, muebles y alfombra de brillantes colores. No quedaba nada que recordara los hechos acaecidos días atrás. Lo mejor fue el cartel de bienvenida que mis tres tesoros habían pintado para mí. Confieso que aún lo guardo, bien dobladito en el armario.

Gonzalo no se separó ni un solo instante de mi cama de hospital. Su convalecencia fue cuidarme a mí. El muy canalla conquistó a las enfermeras con su sonrisa y sus marrones ojos. Incluso le traían una bandeja de comida solo para él. No voy a negar que mi estancia hospitalaria fue menos mala gracias a sus mimos.

Tantas horas dieron para muchas conversaciones durante las que planeamos nuestro futuro juntos. Cuando era viajante, trabajó para el dueño de una fábrica sin hijos. El buen hombre superaba con ganas la edad de jubilación, pero era reticente a colgar el cartel de cerrado y poner a toda la plantilla de patitas en la calle. Había llamado a Gonzalo con una propuesta interesante. Le ofrecía la gerencia de la empresa manteniéndose él mismo como socio capitalista. Mi chico le dijo que ya había iniciado una nueva vida en Madrid y no quería regresar a La Rioja.

—¿Y si aceptas? —le pregunté de pronto.

—¿Quieres que me vaya? ¿Se puede saber qué te están chutando en el suero? —inquirió con el ceño fruncido.

—Tengo una idea loca.

—Miedito me da.

—Calla, tonto —le contesté dándole un suave manotazo en el brazo—. Sabes que mi intención es destinar una de las zapaterías al público infantil, añadiendo una sección de confección. Pues bien, resulta que una de las diseñadoras con las que contacté me comentó que podía crear una línea de ropa para niños con mi nombre.

—No suena mal.

—¿Y si lo amplío también para caballero y señora? Al principio sería para abastecer a mis tres establecimientos, y quizás también a comercios locales. Nada ambicioso. El problema es que necesitaría a una persona que me ayudase a contactar con pequeños propietarios que pudieran estar interesados en vender los artículos de mi marca, y que supiese de alguna fábrica de zapatos dispuesta a cooperar conmigo. ¿Conoces a alguien que se ajuste al perfil?

Aquel fue el comienzo de mi nueva aventura empresarial.

Hoy, cuatro años después, tenemos una marca propia con mi nombre, *Ana Durán*, que cuenta con tiendas en veinte ciudades de España y dos de Portugal. Contamos con una fábrica de calzado y otra de textil. Puedo afirmar con orgullo que hemos logrado compaginar la calidad con un trabajo justo para todos. No importamos de terceros países ni empleamos a nadie sin contrato.

Además, colaboramos con una asociación de discapacitados intelectuales cuyos miembros acuden a terapia equina en las caballerizas de Javier, el marido de Pilar. Según me explicaron sus padres una mañana que llevé a mis hijos a montar a caballo, los chavales, al crecer, encontraban complicado incorporarse al mercado laboral. No podía dejar de pensar en lo que me habían contado. Los jóvenes eran educados, cariñosos y estaban deseosos de aprender cosas nuevas y desarrollar sus talentos. Si la sociedad no les daba una oportunidad, se la daría yo. Se me ocurrió montar un taller de fabricación de bolsos con ellos y ver cómo funcionaba. Ha sido un éxito. Pilar, convertida en una fabulosa diseñadora de artículos de marroquinería, está al frente de la factoría. A mi amiga se le hizo

cuesta arriba volver a su puesto de veterinaria después de dar a luz a la pequeña María. Así que, cuando le ofrecí encargarse de la dirección del taller, no dudó ni un segundo en aceptar mi propuesta. Mi sobrina putativa se ha criado gateando por el suelo entre las hojas con los diseños de su madre y trozos de cuero de diversos colores. Es una artista en potencia.

En cuanto a Carmen y Lorenzo, los hijos del concejal, viven con sus abuelos paternos en una pequeña ciudad de Francia, donde no les señalan con el dedo cuando caminan por ser quienes eran sus padres. Me dan mucha pena. Los pobres no tienen la culpa de los errores de sus progenitores.

Natalia sigue ligada a nosotros. Es una más de la familia. Se lo ganó al salvarme la vida y al ser un apoyo para mis niños después de la agresión de Catalina. Sonia continúa con la idea de ser policía y planea su futuro con cuidado, asesorada por la actual inspectora jefe al mando de la Unidad de Desapariciones de Madrid. Mi amiga fue ascendida y sustituyó a David Quintana tras su marcha a Valencia para hacerse cargo de una Unidad de la que no me puede contar nada. Cosas de policías.

Braulio es la pareja de Natalia y, por tanto, otro *tito* que mis hijos idolatran. La década de edad que les separa no fue óbice para que se enamoraran. Forman una peculiar pareja respetada en comisaría por todos los agentes bajo sus órdenes en sus respectivas secciones. En su faceta privada, son de esas personas que sabes que siempre estarán a tu lado pase lo que pase.

Suena el timbre. Debe ser Gonzalo. Sergio lleva unos minutos inquieto. Sé que no tiene lógica, pero, de alguna manera, presiente que llega su padre antes de que este abra el portal. Ahora escucho las carreras aceleradas de mis hijos en sus habitaciones. ¡Que ansia por ver las luces!

—Vamos, mamá —grita Juan asomando su cabeza morena por el quicio de la puerta del dormitorio de su hermanito donde estoy poniéndole el abrigo—. Yo termino de vestirle. ¿Todavía estás así?

—Tranquilo, cariño. Solo tengo que coger mi bolso, el abrigo y la bufanda. En un santiamén estoy lista.

—Toma —dice Sonia lanzándome mis cosas según pasa por mi lado.

—Nos lo perderemos si no corres —afirma Paula arrugando el ceño en un gesto idéntico al que hacía su padre que me hace sonreír.

—¡Todos al ascensor! —ordena Gonzalo desde el vestíbulo, donde casi es arrollado por los tres adolescentes impacientes que tenemos por hijos.

Me pongo la ropa y paso la correa de la bandolera por mi cabeza, sin dejar de andar hacia mi guapo marido, que me aguarda sonriendo.

—¿Estás lista, cielo?

—Para ti siempre —respondo dándole un beso mientras sigo a mis pequeños.

Menos mal que me he puesto calzado cómodo, porque hoy nos va a tocar patear Madrid hasta que se aburran. Con lo excitados que están, tardarán en cansarse. Previsoramente, he metido en la bolsa que cuelga de la sillita de Sergio un potito para mi chiquitín que puedo calentar en cualquier bar. Esto es un no parar y me encanta. La vida sigue y vamos a disfrutarla con ganas.

***

La luz blanca se ha vuelto a encender. Mis padres me llaman. Creo que voy a irme con ellos. Ahora estoy en calma. Se ha hecho justicia y mi familia vuelve a ser feliz. Es el momento de decir «adiós».

Nota de la Autora

Me encanta pasear por Salamanca y disfrutar de su oferta cultural. Una tarde de verano, viendo una exposición de los alumnos de Bellas Artes en una galería llamada *La Salina,* un cuadro captó mi atención. La joven artista había utilizado trozos de arpillera, palos y otros materiales sacados de la basura para crear algo único e increíble. Por supuesto, no había restos humanos en el lienzo, al menos eso espero, pero mi imaginación rápidamente elucubró lo que podía ocurrir de ser así.

Por otra parte, me hacía gracia escribir una novela con un narrador muerto que hablara con los protagonistas y ellos no se dieran cuenta. Ahora que has terminado de leerla, puedo confesarte, querido lector, que el capítulo en el que Ana comienza una noche a hablarle a la foto de Sergio y él responde desde el cuadro sin que ella lo sepa, es uno de mis favoritos y el que más me ha emocionado escribir. Las sensaciones que experimenté al teclear ese diálogo dudo que se borren alguna vez de mi memoria.

Una vez más, quiero agradecer a mis compis de escritura sus consejos, su paciencia y nuestras charlas existenciales analizando e intentado desentrañar el complicado mundo de la literatura.

También quiero enviar un abrazo virtual muy fuerte a los miles de seguidores de *Tiktok* e *Instagram* que visualizáis mis reseñas y le dais cariñosos «me gustas» a mis vídeos. Adoro comentar con vosotros las lecturas y que me sugiráis más libros para mi ya interminable lista de pendientes.

Por último, y no menos importante, muchas gracias a ti lector, que has elegido mi novela entre la inmensa oferta literaria actual. Si puedes dejar un comentario en Amazon o Goodreads o cualquiera de tus redes para que otros lectores descubran mis historias, te estaré agradecida.

BIOGRAFÍA

Mar P. Zabala nació en Salamanca, ciudad donde se crio y realizó sus estudios. Licenciada en Ciencias Físicas, actualmente compagina su trabajo como profesora con la escritura. Es una apasionada del cine, el teatro y las series de intriga, actividades que le gusta realizar en su tiempo libre. Encuentra la inspiración recorriendo las calles de su ciudad y atravesando los puentes que cruzan el río Tormes.

Tiene cinco cuentos infantiles publicados:

Buky (junio 2016)
María y la tienda de Antigüedades (enero 2017)
Los Sombreros Verdes (noviembre 2018)
El cuadro del general (diciembre 2020)
Broli, Breta y Los Sombreros Verdes (enero 2020)

Y varias novelas de intriga, amor y suspense:

Pasado imperfecto (julio 2017)
Recuerdos olvidados (febrero 2018)
Un té con amor

1.
Un té verde con jazmín (octubre 2018)
2.
Arándanos con mandarina (enero 2019)
3.
Canela y miel (mayo 2019)

Los casos de Marina Altamirano

1.
Nadie es lo que parece (mayo 2018)
2.
La ciudad Oculta (marzo 2019)
3.
Asesina otra vez (septiembre 2019)

Nunca es tarde para el amor

1.
Un candado en el corazón (marzo 2020)
2.
Cuando me miras así (abril 2020)

Contigo en Nueva York (septiembre 2020)
¿Y qué hago yo con este muerto? (agosto 2020)
Los hombres de mi vida

1. *Un nórdico en mi vida* (enero 2021)
2. *Un inglés en mi vida (*febrero 2023*)*

Amor en reformas (mayo 2021)
Las intrigas de Sofía

1.
El diamante blanco (mayo 2020)
2.
Las perlas de Sabrina (octubre 2021)
3.
El vestido azul (noviembre 2022)

La tumba del highlander (mayo 2021)
El fuego de la memoria (mayo 2022)
Quiero morir (mayo 2023)
Niños de otoño (septiembre 2023)
Te encontré en la playa (enero 2024)
Arrésteme, señor highlander (mayo 2024)
Curiosidad peligrosa (febrero 2025)
Muerte en la nieve (mayo 2025)

Sus Redes Sociales son:

https://www.facebook.com/MarPZabalaEscritora/
https://www.instagram.com/marpzabala/
https://twitter.com/marawen2003
Tik Tok @marpzabala

En ellas podrás descubrir más cosas sobre la autora y sus inquietudes.

---

[1] Dar un braguetazo: expresión coloquial para referirse a una persona que se ha casado con otra por interés económico y para alcanzar una mejor posición social.

[2] ERTE: Expediente de Regulación Temporal de Empleo. Es una medida tomada por algunas empresas en situaciones de crisis financiera o fuerza mayor mediante

la cual los contratos de los empleados se paralizan durante un periodo de tiempo limitado.

[3] CNDES: Centro Nacional de Desaparecidos. Depende del Ministerio del Interior y cuenta con la cooperación de todas las Fuerzas y Cuerpos de Seguridad del Estado. Además, coordina las Administraciones Pública con organismos privados de diversa índole, tanto nacionales como internacionales.

[4] Carmen Mola: es un seudónimo bajo el que se esconden los escritores Jorge Díaz, Agustín Martínez y Antonio Mercero, cuya novela *La Bestia* ganó el Premio Planeta en 2021.

[5] AMPA: Asociación de Madres y Padres de Alumnos de un centro educativo.

[6] *Phishing*: se llama a las técnicas informáticas de suplantación de identidad con las que se trata de engañar a una persona haciéndose pasar por su banco o su compañía de suministros.

[7] *Buky*: me he atrevido a incluir en esta dulce escena el primer cuento infantil que publiqué. Es la historia de un librito de adivinanzas, alojado en una biblioteca, y de cómo lo tratan los diferentes dueños que lo toman prestado. Puedes encontrarlo en Amazon en formato *ebook* y en papel.

[8] DGT: Dirección General de Tráfico

[9] Vigo: ciudad gallega que se ha hecho famosa por el espléndido y cuantioso despliegue de luces navideñas que su alcalde instala cada año decorando las calles.

[10] Ebenezen Scrooge: personaje protagonista de *Cuento de Navidad* de Charles Dickens.